

Furia plena

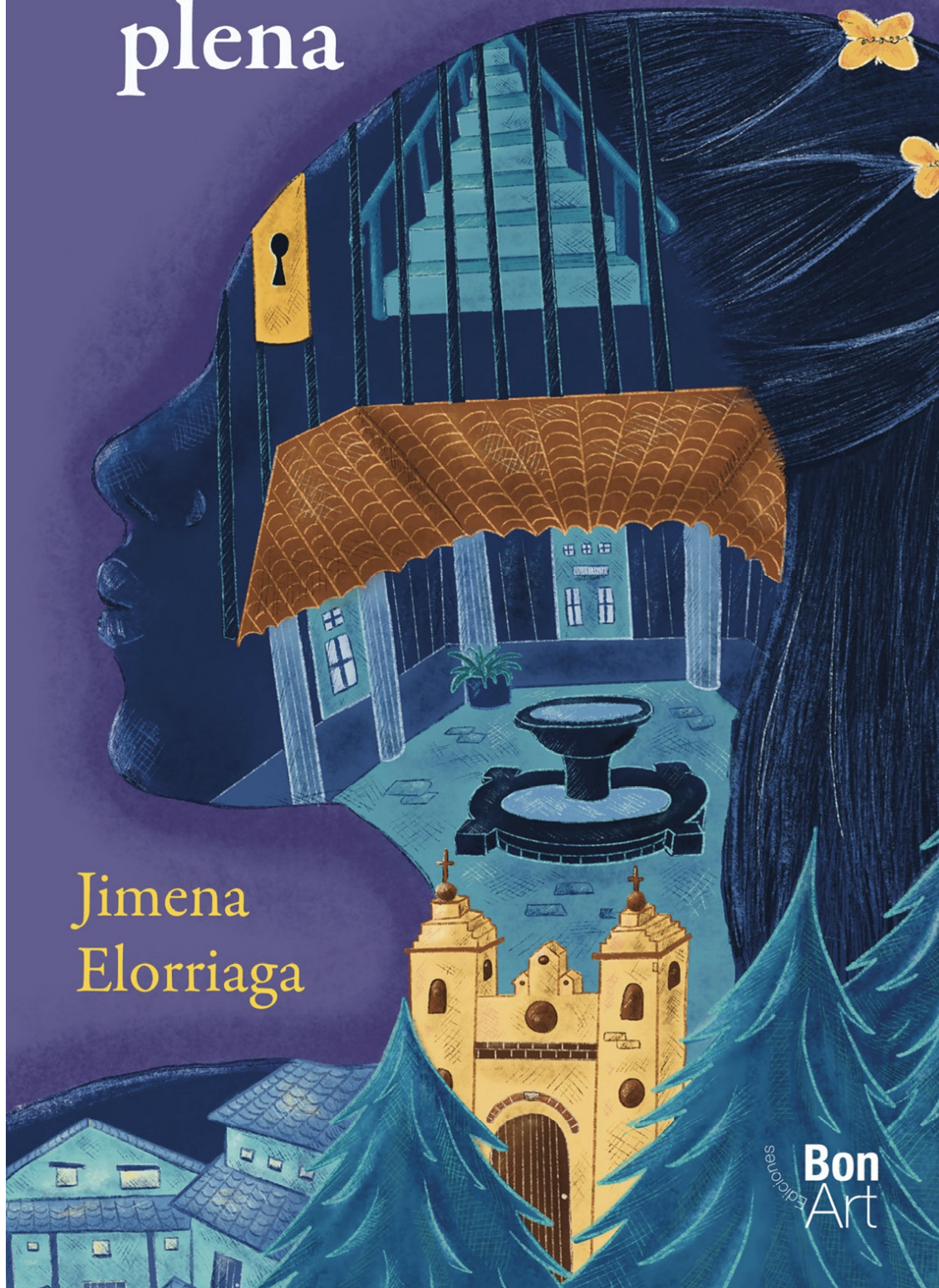
Jimena
Elorriaga



Bon
Art
Ediciones

Furia plena

Jimena
Elorriaga



Furia plena

Ediciones
**Bon
Art**

Angelina Muñiz-Huberman

Cartas a una ardilla

Esther Charabati

Odio a los sanos... y a los optimistas

Alejandro Estivill

Ángel Mota Berriozábal

Antolina Ortiz

Comité Editorial

La violencia más allá de los ríos

Reyna Guerrero

Cero grasa

Alain Derbez

Lo que mira Damián

Mercedes Rodríguez Abascal

La jauría errante de los recuerdos

Matteo Pericoli

Ventanas en otros lugares

S. V. Moraq

Tan cerca del paraíso

Armando Enríquez

Marcaje sin balón, boxeo de sombra

Jimena Elorriaga

Furia plena

Bon
Art
Ediciones

Elorriaga, Jimena
Furia plena / Jimena Elorriaga. -- Ciudad de México : Ediciones Bonart, 2024

352 pp. : 15 x 23 cm. -- (BonArt)
ISBN 9786076966921 (impreso)
ISBN 9786076966938 (ePub)
ISBN 9786076966914 (pdf)

I. Novela Mexicana -- siglo XXI. I. t.
LC: PQ7298.15 R
DEWEY: 863.7 R



Furia plena

Primera edición impresa: 2024

Edición ePub: junio 2024

De la presente edición:

D. R. © 2024, Jimena Elorriaga

D. R. © 2024, Bonilla Distribución y Edición, S.A. de C.V.

Hermenegildo Galeana #116, Barrio del Niño Jesús,

Tlalpan, 14080, Ciudad de México

editorial@bonillaartigaseditores.com.mx

www.bonillaartigaseditores.com

ISBN 978-607-69669-2-1 (impreso)

ISBN 978-607-69669-3-8 (ePub)

ISBN 978-607-69669-1-4 (pdf)

Cuidado de la edición: María del Valle Castillo

Responsable de la colección: André Urzúa Plá

Diseño de forros e ilustración de portada: Mariana Romero Sabre

Diseño editorial: Mariana Romero Sabre

Realización ePub: javierelo

Hecho en México

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Contenido

[Agradecimientos](#)

I

[CORTARSE LAS VENAS CON GALLETAS](#)
[DE ANIMALITOS REMOJADAS](#)
[EN LECHE](#)

[La llegada](#)

[La iglesia](#)

II

[¿SABÍAS QUE LOS](#)
[DINOSAURIOS TENÍAN PLUMAS?](#)
[LAS GALLINAS SON DINOSAURIOS](#)

[La escuela](#)

III

[NO ME GUSTAN](#)
[LOS CANGREJOS GIGANTES](#)

[La feria de día de muertos](#)

[La reja](#)

IV

[CEREBRO...](#)
[¿QUÉ VAMOS A HACER ESTA NOCHE?](#)

[El lago](#)

[El encierro](#)

V

[SALUD, MEDIO AGUACATE](#)

[El trato](#)

[El cementerio](#)

[Sobre la autora](#)

A Patricia y Lorea



Agradecimientos

Hay tanto que agradecer a tantas personas que me permitieron que este libro viera la luz que me será imposible nombrarlas a todas, así que me disculpo si no los menciono. Primero, quisiera comenzar agradeciendo a todos mis amigos y compañeros de mi grupo de tercero de secundaria del Colegio La Paz por ser los primeros en leer esta historia hace unos cuantos años atrás.

A mis padres por dejarme usar su máquina de escribir y luego la computadora por horas para pasar esta historia de su cuaderno original a las hojas que conservé durante años en la parte de arriba de todos los closets que tuve. Te extraño papá, donde sea que estés. Mira mamá, publiqué un libro.

A mi esposo que muchas veces no entendía lo que estaba haciendo, pero me apoyó durante todo el camino que fue desde que decidí que iba a retomar esta historia hasta ver la luz. Te amo mi vida, eres el mejor marido que me pude conseguir.

A mis hijas que son mi principal motor en todo lo que hago y son a las que les dedico este libro y todos sus mensajes. Las amo mis bebés.

A Neska, mi gordis, que se paró conmigo todos los días a las 5:30 am a acompañarme a escribir mientras ella se echaba en el piso sin importar cuánto frío o calor hiciera, mientras exigía que la cargara varias veces.

A mis doctoras, mi nutrióloga y mi psicóloga que me acompañaron durante todo mi proceso de salud que fue uno de los principales motivos que me llevó a reconectarme con la historia de Mónica y decidir retomarla después de vivir momentos de mucha frustración, rabia y desesperanza, pero también de tomar la decisión de salir adelante y no rendirme.

A Mari Carmen Obregón y al curso de Autor Wow por darme las bases y la confianza para perseguir este sueño audaz y creer que era posible lograrlo. Gracias Charms.

A Juan Bonilla de Bonilla Artigas Editores por creer en la historia y volverla parte de la colección Bon Art.

A María Del Valle, mi editora, que fue la primera persona en leer el manuscrito completo y dedicarle horas para ayudarme con toda su paciencia a hacerlo su mejor versión.

A Mariana Romero que hizo un excelente trabajo traduciendo mi idea a la imagen y la portada finales de la novela.

A mi familia y amigos que creyeron en esta historia y que me impulsaron a tratar de consolidar este sueño, pero en especial a mis abuelas que fueron una gran inspiración por su fortaleza y resiliencia, las quiero y extraño a ambas.

Y a ti que leíste este libro y que le diste vida a Mónica y a todos los demás personajes de este libro.

I

CORTARSE LAS VENAS CON GALLETAS
DE ANIMALITOS REMOJADAS
EN LECHE



La llegada

Debemos estar dispuestos a dejar ir la vida que planeamos,
para poder tener la vida que nos espera.
Joseph Campbell

El olor a pino era penetrante y comenzaba a marearle. Sentía que el monótono paisaje de árboles y más árboles que parecían correr a su lado en dirección contraria, como huyendo de su destino, la iba a enloquecer. Mónica también quería huir. Habían salido del Distrito Federal muy temprano en la mañana, así que se recargó adormilada en la ventana y la vibración del coche sobre el camino mal pavimentado la hizo pensar que a pesar de que el trayecto hacia San Lucas no era tan largo, el viaje le resultaba eterno.

Al no haber una ruta directa para llegar tuvieron que viajar primero hacia San Carlos que estaba en un valle rodeado de lo que alguna vez habían sido ingenios azucareros. Envidiaba a los coches que se dirigían en sentido contrario hacia la capital, al Distrito Federal. *¿Por qué no puede ser éste, el lugar donde tengo que vivir?* Pensó mientras atravesaban la ciudad, bueno, “ciudad” era un término relativo, porque probablemente tenía menos de un millón de habitantes, pero era inmensa en comparación con San Lucas.

—Estamos cerca, niña. Ya sólo falta media hora —dijo el Sr. García al salir de San Carlos para tomar la carretera libre. El ceño fruncido del hombre desde que se subieron al auto era una clara señal de que le urgía terminar con el encargo de entregarla.

Con cada curva el clima se fue poniendo más frío y la vegetación iba cambiando. No estaba acostumbrada a viajar en coche durante tantas horas, ya sentía todo el cuerpo tieso por no poderse mover con libertad. En la carretera entre San Lucas y San Carlos, en el kilómetro doce, se toparon de pronto con un centro comercial a medio uso, ya que la otra mitad estaba en construcción. Es más, había una gran parte del terreno todavía cubierta de maleza con un enorme árbol en medio. El espectacular decía “Plaza Florentina 2000”. *Qué pésimo nombre.*

Tendré que ir algún día a ver las tiendas. ¿Qué más hay que hacer en este lugar?

Cuando llegaron a San Lucas, Mónica ya estaba extremadamente incómoda. El aire acondicionado directo le causaba escalofríos y el asiento lo sentía demasiado estrecho. El sr. García, que venía visiblemente tenso, se relajó bastante en el momento que entraron a las calles empedradas del pueblo.

Ya estamos muy cerca del rancho de mi tía.

Hay que aceptar que tiene su encanto. San Lucas estaba rodeado de bosque, cubierto de una niebla espesa que cedía al sol matutino. Sus calles empedradas eran tan clásicas como sus casas blancas con techos de teja roja. La iglesia colonial hecha de piedra se encontraba frente al zócalo que, aunque pequeño, estaba muy bien cuidado, a un costado estaba el hotel del pueblo, seguido del único supermercado. Un par de cuadras más adelante, pasaron por el Palacio Municipal y un centro deportivo con canchas de fútbol y basquetbol que parecía haber sido construido hace poco. El lugar en general estaba atrapado en el tiempo, muy lejano del nuevo milenio que en unos meses comenzaría.

Retiro lo dicho, odio las calles empedradas. El sr. García se volvió a poner tenso en cuanto pasaron el cementerio que estaba a las afueras justo en el camino al rancho. Al verlo, Mónica se volteó y se movió incómoda en el asiento, le hacía recordar la razón por la que estaba aquí. Juraría que el sr. García la miraba de reojo con pena. No lo podía tolerar, no necesitaba su lástima. Él estaba más afligido que ella. Se sentía vacía, como si el hueco que ya estaba ahí desde que su nana Lilia se fue, se hubiese hecho inmenso, tragándose todos sus sentimientos, sus pensamientos y sus recuerdos. Seguía sin entender lo que había pasado, que todo estaba perdido.

El cementerio la transportó de nuevo al funeral o a lo poco que podía recordar. Era como un mal sueño cuyo principio y fin se difuminaban. No habría podido decir, ni aunque le pagaran, cómo es que llegó a la misa, ni cuánto tiempo estuvo en el velorio, ni los nombres, ni los rostros de todas las personas que se le habían acercado a darle el pésame. No habían sido muchos y sabía que eran amigos de sus papás o socios de negocios o algo así, pero no significaban nada para ella. Sólo estaba esa tarde gris y particularmente fría, con nubes llenas de agua a punto de desatar una tormenta. Había ráfagas de viento que le helaban hasta la sangre y truenos que se escuchaban en la distancia, aunque no era raro que lloviera en agosto. Recordaba que en lugar de ojos rojos e hinchados, los tenía secos y limpios pero llenos de rencor y rabia. Había tanto que les quería decir y gritar, pero era demasiado tarde. Esto no era ni lo que quería ni lo que necesitaba para dejar de sentir tanto resentimiento.

Sí había llorado por ellos, pero eso ya tenía varios años. Un recuerdo le llegó de la nada, de un momento en el cuál el sentimiento de abandono era el mismo que el que ahora comenzaba a invadirla.

Era Navidad y en el centro de la sala había un árbol inmenso que brillaba tanto como una estrella. Los regalos que contenían las cajas forradas con papeles llamativos y enormes moños eran un misterio. Estaba tan contenta que salió de la sala gritando.

—¡Mamá, papá, mamá, papá! —subió las escaleras que llevaban a las habitaciones, le parecían eternas, pero no importaba. Abrió la puerta del cuarto de sus padres. —¿Mamá?... —revisó el baño—¿Papá? —vio en el vestidor —¿Dónde están?...

La habitación estaba vacía y la cama sin usarse. En la puerta de entrada se materializó la figura de su nana. La miraba tiernamente, muy conmovida y pareció limpiarse una pequeña lágrima. Se puso en cuclillas y le extendió los brazos para recibirla. Ella corrió a sus brazos confundida.

—¿Dónde están, nana?

Su nana la abrazó y la cargó.

—Ay chiquita. Se te olvidó, ¿verdad?, mi pequeño canguro. Tus papás están en Roma —le limpió las lágrimas que empezaron a correr por sus mejillas—. No te pongas triste nena. Te mandaron muchos regalos y Santa Claus también te trajo muchas cosas. ¡Vamos a abrirlos todos a ver qué te trajeron!

—No quiero. ¡No quiero! ¡No quiero sus tontos regalos!

Mónica se tiró al piso y empezó a patear y a llorar. Su nana suspiró un poco exasperada e hizo un esfuerzo por ser comprensiva.

—Vamos, no llores. Ya tienes 6 años y eres toda una señorita. No puedes hacer berrinches. Ven, si dejas de llorar, te voy a dar tu leche con galletas con chispas de chocolate de desayuno. ¿Qué te parece?

—Mi mamá dice que no debo comer comida que engorda —dijo Mónica todavía llorando.

—Será nuestro secreto. Te lo prometo.

Empezó a sentir la urgencia de rascarse sus cicatrices cuando dieron la vuelta de pronto en un pequeño camino de terracería que terminaba justo enfrente de un muro de piedra gris con una reja negra que se veía bastante vieja con dos gárgolas amenazantes a los costados.

Wow, qué pésimo gusto. El sr. García paró el coche.

—Llegamos —suspiró.

Eso la sacó de su letargo y la puso en alerta. Todo su ser le gritaba que quería salir corriendo de ese extraño lugar.

—¿Realmente tengo que quedarme aquí? Ni siquiera la conozco. Quiero regresar a mi casa.

El sr. García volvió a suspirar a través de sus gruesos bigotes de morsa. Se le quedó viendo con esa mirada que le gritaba ¿Y a dónde más vas a ir?

—No me preguntes a mí, yo sólo era el chofer de tu padre. Lo siento, niña, pero seguramente va a ser para mejor. Al menos así no estarás sola.

Siempre he estado sola. No recordaba haber pasado ningún día de su vida sin sentirse así. Su nana había estado ahí para ella pero ya no estaba desde hacía meses. Desde entonces sólo sentía el vacío en su interior. Ése era su única compañía.

Cuando el sr. García se bajó a tocar el timbre, de inmediato, se escuchó a una jauría de perros ladrando y aullando. La ansiedad de Mónica iba en aumento con cada segundo, se dio cuenta que se había rascado por la sangre que empezó a salir de su muñeca. Tomó un kleenex y sólo deseó que nadie lo notara.

El cielo comenzó a cubrirse con nubes amenazantes. Pronto empezaría a llover. Se sentía como dentro de una película de terror de la que no podía escapar, como el becerro que iba a ser sacrificado. No pudo escuchar nada, pero alcanzó a distinguir que había un intercambio de palabras con alguien al otro lado de la reja, que después procedió a abrir para dejarlos pasar. Unos diez perros salieron disparados a saludar, oler y ladrarle al sr. García que trataba de regresar al auto esquivándolos.

Mónica imaginó que en cualquier momento detrás de los perros saldría un monstruo que se la llevaría lejos y la devoraría. Una parte de ella deseaba eso, desaparecer y no estar aquí. *Es sólo unos meses en lo que logran mandarme al internado en Canadá. Sólo tengo que aguantar unos meses.* No era que le hubiera importado dejar su departamento en el Distrito Federal, nunca lo sintió como un hogar, prefería la casa en la que habían vivido antes, pero tener que venir a vivir con una tía de la cual supo de su existencia hacía menos de diez días, parecía más de lo que podía soportar, aparte de todo lo demás.

La propiedad del rancho era la más grande y antigua del pueblo, o al menos de las más antiguas. Tenía varios huertos, caballerizas, un par de gallineros y establos con ganado y cerdos. La casa era grande y de la época colonial, aunque tenía anexos y detalles que era obvio los habían agregado años después, a principios de siglo. Era una construcción de dos pisos que al parecer también contaba con un ático. Justo frente a la puerta principal había una fuente tipo francesa como las que se construyeron en el Porfiriato. Resultaba imponente aunque también tenía cierto encanto.

No se ve mal para ser mi prisión por unos meses. El sol ya había desaparecido por completo cuando se estacionaron frente a la puerta principal. El clima era un reflejo de su ánimo. Ella también sentía una tormenta en su interior. Las primeras gotas empezaron a caer.

—Bienvenida, señorita —dijo alguien que le estaba abriendo la puerta del auto —. Soy don Jorge. Mucho gusto.

—Mónica —se limitó a contestar desconfiando de su amabilidad.

—Pase, pase. La patrona la está esperando en su oficina. Después puede ir a la cocina para que doña Josefita le haga algo de comer. Nosotros bajamos su equipaje.

Mónica no estaba segura a qué *nosotros* se refería, pero no tenía ánimo de preguntar.

—Gracias.

Sentía que alguien con excesiva cortesía la estaba invitando a pasar a su ejecución. Los perros los alcanzaron y la olisqueaban con mucha curiosidad. Mónica no estaba segura de qué hacer o qué pensar porque nunca la habían dejado tener una mascota, ni siquiera un pez, porque las mascotas ensuciaban y podrían arruinar la sala blanca de su mamá, así que no sabía cómo tratar a una jauría de perros aunque fuera una afectuosa.

—No hacen nada, no se preocupe —uno de ellos le brincó encima —¡Abajo Negrito! —le gritó don Jorge —No hace nada señorita lo que pasa es que es cachorro y se emociona mucho cuando ve gente.

Se apresuró a entrar a la casa, donde otro perro viejo, cansado y algo pasado de peso la recibió moviendo la cola lentamente. Una muchacha bajita de unos veintitantos años, vestida de enfermera, se acercó a saludarla.

—Hola, soy Lorena. Tú debes ser Mónica, ¿cierto?

La muchacha se veía cansada pero le sonreía con la misma amabilidad que el señor que la había recibido. De hecho, hasta podría jurar que se parecían físicamente un poco.

—¿Mi tía está enferma?

—Si le preguntas a ella, te dirá que no. Si le preguntas a su médico, te dirá algo diferente, pero mi recomendación es que mejor no le preguntes nada.

Mónica se movió incómoda.

—¿Y mis maletas?

—Mi papá, don Jorge, se encargará de que las lleven a tu habitación. Ahorita, vamos a ir a que conozcas a tu tía. Aunque primero tenemos que esperar a que acabe con una reunión que salió de último momento. ¿Quieres un café de olla? Doña Josefita hace uno muy sabroso y justo tiene café recién hecho en la cocina. Siéntate allá y te lo traigo —la invitó Lorena sonriendo.

Mónica asintió con la cabeza.

La sala era muy grande y alta. Los muebles eran antiguos y de madera, nada cómodos para su gusto. Estaba tan tensa y cansada de estar sentada por tanto tiempo por el viaje para llegar ahí, que quedarse quieta en el sillón, era imposible. Empezó a caminar alrededor de la habitación, observando los objetos de porcelana, los libros viejos, las fotografías en blanco y negro de gente que no conocía y los cuadros colgados. Trataba de entender quién era esta mujer que ahora estaba a cargo de su vida, que no sonaba nada agradable a decir verdad.

Se asomó al pasillo, sintió que Lorena ya había tardado una eternidad, cuando al fondo se abrió la puerta de golpe. No tuvo tiempo de reaccionar, estaba ahí parada en la mitad sin tener a dónde correr o esconderse.

—¡La voy a demandar, vieja bruja!

Un hombre salía gritando de la habitación que sólo podía ser la oficina de su tía.

—¡La que te va a demandar soy yo a ti por ladrón! ¡Verás que el que las va a pagar eres tú!

El hombre volteó y vio a Mónica toda confundida.

—Bienvenida al infierno, niña —exclamó el hombre y siguió caminando, gritando groserías hasta salir por la puerta principal.

—¿Eres tú, Mónica? Pasa, niña —preguntó una voz cansada pero con mucha autoridad.

Diablos. ¿En qué me acabo de meter? Suspiró para armarse de valor.

—Sí, soy yo —dijo mientras entraba a la habitación y la observaba.

Era un despacho que se veía muy antiguo, de la época del Porfiriato igual que la fuente, y nunca más se hubieran molestado en modernizarlo. Todos los muebles eran de madera, se veían grandes y pesados. Detrás de su tía había decenas, sino es que cientos, de libretas rojas de pasta dura y ella estaba sentada al centro de un gigantesco escritorio que la hacía ver como si estuviese sentada en un trono que le quedaba demasiado grande.

—Lamento lo de tus padres —exclamó con una voz que se oía algo fatigada o hastiada, aunque Mónica no estaba segura si era por ser algo mayor o por el encuentro que acababa de tener y que la había dejado alterada y de no muy buen humor. Cualquiera de los dos, no parecía ser buena señal —. Cierra la puerta. ¿Cuántos años tienes?

—Quince años —respondió mientras se acercaba lentamente a la anciana. Más cerca, pudo distinguir que su apariencia frágil era engañosa, porque sus ojos brillaban con gran intensidad, casi fiera.

—Te ves cansada.

—Lo estoy. Fue un largo viaje para llegar hasta aquí —contestó molesta y un poco ofendida. Esta mujer no sabía ni su edad, a duras penas sabía su nombre y la observaba con mucha atención, parecía estar buscando algún defecto en su apariencia o tratar de ver a través de su alma para descubrir qué se escondía abajo. No esperaba que lo que descubriera le fuera a gustar. Mónica tampoco estaba segura de que lo que ella hallaría pudiera llegar a gustarle.

—Te veo pálida y demasiado delgada. Pareciera que mi sobrina no te alimentaba lo suficiente —dijo con dureza.

Mónica se puso a la defensiva. Por alguna extraña razón, no le gustaba la forma en la que se expresaba de su madre y mucho menos el hecho de que la estuviera juzgando a ella también.

—Acaban de fallecer mis padres. Estoy devastada. ¿Cómo espera que me vea?

Le vino de forma repentina a la cabeza, el nicho en el cementerio y depositar las cenizas, sólo podía sentir cómo se llenaba de rabia. *Los odio, los odio tanto.* Quería escupirles y tal vez con eso borrar el daño que le habían causado. *¿Cómo se atreven? ¿Cómo pudieron hacerme esto? Ahora estoy más sola que nunca. Es tu culpa, mamá, por querer superar a tus amigas con un viaje más espectacular y la tuya, papá, por dejar que la situación se saliera de las manos. Es culpa de ambos por no hacer el esfuerzo de salvarse. Ojalá se pudran en el infierno. Me quitaron todo. Me quitaron a mi nana. No sabían ni mi edad. Nunca los voy a perdonar.* Estaba otra vez ahí parada enfrente de sus nombres, pensando en cómo nunca iba a regresar a ese lugar. Recordó cómo tuvo que volver al departamento y empacar todo lo que tenía en un par de maletas para irse a vivir a ese rancho en el que ahora se encontraba y del cuál no sabía nada.

Devastada... ¿o no? Devastada se sintió cuando Lilia se fue precisamente por órdenes de sus padres. Ahora no estaba segura. Casi no comía desde la partida de su nana y no recordaba cuándo había comido algo por última vez antes de venir. *¿Cómo voy a saber a qué hora comer si*

no hay nadie que se esté haciendo cargo de mí? Bueno mis papás nunca lo hicieron, así que ahora menos.

Su tía casi sonrió.

—Veo que tienes un espíritu desafiante. Ya irás aprendiendo cómo tratar a los demás de forma respetuosa. Por lo pronto, necesitas ir a comer algo. ¡Lorena!

Una cabeza se asomó desde afuera de la oficina.

—¿Sí?

—Por favor, lleva a esta niña a que doña Josefa le dé algo de comer y que se instale. Yo tengo que hablar con el abogado. No, no quiero tomarme esas pastillas.

Lorena se estaba acercando con un pastillero y un vaso de agua.

—Tiene que tomarse sus medicinas desde hace rato.

Le hablaba con cierta autoridad, pero también mucha paciencia y respeto.

—¡Déjamelas aquí! ¡Vayan a la cocina! Necesito trabajar. A ti te veo a la hora de la cena.

Les hizo señas con la mano para que se salieran. Tomó una agenda telefónica y el teléfono que tenía en el escritorio.

Lorena suspiró tan pronto cerró la puerta. Volteó a ver a Mónica y con ojo clínico parecía estar examinándola, tal como lo haría con un paciente. Sin decirle nada, le tomó la muñeca para medir su ritmo cardíaco, notó el rasguño pero no dijo nada. Mónica le arrebató la mano.

—Estás muy pálida. Tienes que comer algo.

¿Por qué todo el mundo quiere darme de comer en esta casa? Era bastante molesto que criticaran su apariencia y le dijeran lo que tenía que hacer cuando no tenía ni una hora de haber llegado.

—Sí comí algo antes de venir para acá —mintió.

—¿A qué hora?

—No me acuerdo.

—Ven. Doña Josefita hace bien rico de comer y jamás me perdonaría si no te llevo a la cocina para que te alimente antes de cualquier otra cosa.

Toda la casa daba a un patio central donde había una fuente y un pequeño jardín. Parecía haber sido construida como en dos partes: la casa original probablemente de la época colonial y una extensión años después pero ya de este siglo, aunque dicha expansión era obvio que había sucedido muchos años antes de que ella naciera. En la parte original de la casa, que tenía dos plantas y un ático, estaba la sala, la oficina y la escalera que daba a lo que eran las habitaciones o parte de ellas. En el comedor se veía que empezaba la ampliación en la que habían añadido habitaciones y la cocina que era hacia donde se dirigían. Parecía que en algún momento había habido la expectativa de que la casa sería ocupada por más y no únicamente por una anciana sola que no tenía ningún otro pariente aparte de la misma Mónica.

—Esa parte es la casa original, pero de este lado está lo que tu tío construyó cuando él y tu tía se casaron. Creo que esperaba que iban a tener muchos hijos, pero eso no pasó —daba la impresión de que Lorena podía leerle los pensamientos, hizo una pausa, pero Mónica no dijo nada—. Aquí está la cocina de adentro y por ahí se sale a la cocina de afuera.

—¿Por qué hay dos cocinas?

—La de adentro es para la casa y la de afuera alimenta a los jornaleros, caballerangos y todos los empleados que trabajan en el rancho. Ahí es donde se come mejor, la verdad —esto último se

lo dijo como si le estuviera contando un secreto muy importante. Mónica no pudo evitar sonreír ligeramente —. Ahí es a donde vamos. Hay champurrado, café y tamales.

—¿Qué es champurrado?

Lorena la vio horrorizada.

—¿No sabes qué es el champurrado? Te va a encantar.

Doña Josefa daba órdenes en su cocina como un general en la mitad del campo de batalla. Vigilaba cada olla, cada tortilla, cada taza con precisión y regañaba a las muchachas que estaban sirviendo en ese momento a lo que parecía ser un cambio de turno. Su trenza larga y blanca iba moviéndose a toda velocidad entre las mesas donde servían de comer que estaban debajo de un techo de lámina. Su rostro serio se suavizó inmediatamente al ver a Lorena y la enorme ternura en su cara y sus ojos abrumó a Mónica que no esperaba algo así.

Lorena sonrió.

—Ella es Mónica, la sobrina de la patrona. Necesita comer algo porque no ha comido nada en toda la mañana. ¿Nos puedes dar algo Josefita?

—¡Pero claro, mi niña! ¡Mírate nomás! Tan bonita y tan flacucha. ¿Qué no te dan de comer en el DF?

¿Qué les pasa en este pueblo que todo el mundo me quiere dar comida? ¿Por qué no me dejan en paz?

—Siéntate aquí, niña. Ahorita te traigo un tamal y champurrado. Luego si quieres te hacemos unas quesadillas. ¿O prefieres unos sopes?

—¿No puedo sólo el café?

—¡Pero claro que no! ¿Qué pregunta es esa? Ahorita te traigo tu tamal verde.

Mónica no sabía qué pensar en ese momento. Nadie nunca le decía qué hacer, al contrario. En su casa, si no quería comer, nadie opinaba nada. No desde que su nana se fue. A veces se daba cuenta que no había comido en al menos un par de días porque empezaba a sentir que se desmayaba. Lorena la veía un poco seria, casi como si estuviera enojada con ella. *¿Cuál es tu problema?*

—Tu tía ya no pudo decirte porque le salió el problema urgente, pero ya te inscribió en la prepa de aquí. Al rato te contará.

—Pero yo me voy a ir a estudiar a Canadá.

Lorena se encogió de hombros.

—Honestamente no sé. Ya tendrás que verlo con ella en la cena. Lo que sé es porque yo le ayudé con algunas cosas porque mi hermana también va a esa escuela en el mismo grado que tú.

Eso le llamó la atención, pero antes de que pudiera decir algo, doña Josefita llegó con un tamal enorme y un jarrito de barro lleno hasta el borde de champurrado. Se quedó parada justo enfrente de Mónica. Le tomó unos segundos, pero se dio cuenta que la estaba esperando a que mordiera el tamal y bebiera ese líquido caliente y espeso que olía como a chocolate, pero con algo diferente. *¿Canela? ¿Especias? ¿Qué ingrediente tendrá esta bebida?*

—Mmmm... delicioso —declaró porque sentía que era la respuesta que doña Josefita esperaba de ella. Y en efecto, sonrió satisfecha y se le llenaron los ojos de orgullo y ternura. Después, se dio la vuelta y se fue a seguir dando órdenes a la cocina.

—Te lo vas a tener que acabar, lo siento —Lorena otra vez parecía estarle leyendo la mente—. Algo que deberás aprender es que siempre te tendrás que comer lo que sea que te ofrezca doña

Josefita. No me veas con esa cara, es la ley.

Mónica la vio horrorizada. Era demasiada comida.

—Tengo que ir a asegurarme de que tu tía tome sus medicinas, pero regreso en un rato más para llevarte a tu habitación. No le vayas a dar mucho a Negrito, porque si le da chorro puede ser que te pongan a ti a limpiar atrás de él. Más vale que seas tú quien se acabe al menos la mitad de ese tamal.

Consternada Mónica miró su plato y comenzó a beber traguitos del champurrado.

—Así que tú eres la nieta de don Jaime —dijo doña Josefita cuando vino a supervisar cómo iba con la labor de comerse su tamal. Iba mal.

—¿Lo conoció?

—Sí, hace muchos años lo llegué a ver en el pueblo antes de la boda de tu tía. Sé que se peleó con su hermana, tu tía, y se fue del pueblo al Distrito Federal y la última vez, después de que falleció su papá, vino al funeral con su familia. Ahí vi de lejos a tu mamá, pero se fue luego luego y nunca regresó.

—Nunca lo conocí. Ni siquiera sabía que había vivido aquí y menos que mi mamá había estado en este lugar. No tenía idea de nada.

—Mi más sentido pésame por tus padres mi niña, que Diosito te dé pronta resignación.

Doña Josefita hablaba con toda honestidad y con la afectación que suele sentir alguien que siempre se interesa por todos los que están a su alrededor.

—Gracias...

Mónica empezó a sentirse muy incómoda. Doña Josefita seguramente lo notó porque cambió el tema.

—Sé que al rato vas a cenar con tu tía. Es a las ocho de la noche. Te aconsejo ser muy puntual. Ella valora mucho eso.

En ese momento, se espantó cuando escuchó a un perro gruñirle a otro.

—¡Negrito! ¡Fuera de aquí! ¡Deja a Canelita en paz!

Canelita defendía con fiereza un hueso de pollo que alguien le había dado, mientras Negrito trataba de llegarle por atrás y quitárselo con rapidez.

—Chhh, ¡Fuera de aquí! ¡Vete para allá!

Mónica veía a los perros sin saber bien qué pensar. La forma en la que ladraban y gruñían la hacían sentir ansiosa, pero nadie más parecía pensar que eso fuera raro.

—Gruñe bastante para verse ya tan viejita.

—¿Canelita? Sí, ya tiene doce, pero que no te engañen las apariencias porque aunque ya tiene sus años, todavía da pelea. Hay que tenerle respeto si no quieres que te muerda cuando intentas quitarle lo que es suyo. Fuera de eso es muy noble y tranquila.

Negrito se fue corriendo en dirección a las caballerizas y los establos. Justo enfrente de la cocina estaba del lado izquierdo, un jardín bastante grande con fuentes y lugares para sentarse y hacia el lado derecho un caminito de terracería que llevaba hacia donde estaban los gallineros y más al fondo los huertos. Al lado de la cocina de afuera, había una pequeña casita donde al parecer estaba la oficina de don Jorge, que era la mano derecha de su tía, quien la ayudaba a administrar el lugar.

—Hace rato que llegué, mi tía estaba discutiendo con alguien.

—Sí, el hijo de su madre de Roberto. Tu tía fue muy amable en darle una oportunidad, porque siempre fue un bueno para nada, pero hace rato lo cacharon robando dinero de los sobres de la nómina de los muchachos. Honestamente la patrona debió de haber llamado a la policía, pero al menos logró recuperar el dinero y él ya no volverá a pisar el rancho.

Lorena se acercó a supervisar su plato.

—¿Cómo vas?

—Mal.

—Anda, dos mordidas más y te llevo a tu cuarto —suspiró Lorena un poco frustrada.

Mónica sentía que le hablaba como si tuviera tres años. La miró de mala gana y le dio un par de mordidas más a fuerza que por tener ganas. Sospechaba que de otra forma Lorena no la iba a dejar levantarse de ahí.

—¡Vamos! Ya estás como tu tía con sus medicinas. ¡Vamos!

Subieron al segundo piso, pasaron una escalera que llevaba al ático y tenía una reja, el cuarto que Lorena mencionó que era el de su tía y al fondo del pasillo lleno de cuadros llegaron a la que sería su habitación.

—Aquí es.

Mónica suspiró, el cansancio y el desgaste del viaje le llegaron de golpe y empezó a sentir demasiado sueño. Le dolía el cuerpo por haber estado tan incómoda y tensa durante todo este tiempo. Los párpados le pesaban.

—Descansa. Al rato Rufina vendrá a ayudarte con tus maletas y en la nohcecita ya podrás platicar con tu tía con calma. Yo me voy, pero regreso mañana.

—¿No te quedas?

—No. Mi turno acabó a las ocho de la mañana, pero me quedé porque justo fue cuando cacharon a Roberto y cuando tu tía se enojó. La otra enfermera se aterró y se fue. Mañana me toca el turno del día, así que nos vemos mañana.

Lorena cerró la puerta detrás de ella.

La habitación era bastante grande y antigua como todo en la casa. Tenía un pequeño sofá con una mesa, un escritorio al lado de una ventana, al fondo una cama matrimonial con burós, un enorme ropero pegado a la pared y su propio baño con una gran tina. No había ni estéreo ni televisión en el cuarto, pero ella había traído los suyos del DF, así que eso no sería problema. Mónica empezó a caminar despacio por todo el cuarto para familiarizarse con él. Tocó todos los objetos que veía tratando de marcarlos con su esencia como para hacerlos suyos. Notó que mientras había estado abajo en la cocina y con su tía habían subido sus cosas, pero seguían empacadas, así que todos los cajones y el ropero se encontraban vacíos. En su departamento nunca le había tocado ver sus cosas sin desempacar.

No me digan que yo voy a tener que desempacar todo. ¿Dónde lo voy a poner? Se sentó en la cama, tenía mucho sueño. Sentía como si su cuerpo no tuviera nada de energía y lo único que quería hacer era dormir y despertar horas, semanas, meses o mejor años después.

Se despertó de golpe, no se había dado cuenta que se había quedado dormida y al principio no entendía ni dónde estaba, ni qué la había despertado. Le tomó unos segundos percatarse que estaban tocando la puerta.

—Pase

Una mujer de edad indeterminada apareció en la puerta. La miró y luego se dirigió hacia las maletas.

—Soy Rufina, niña. Voy a desempacar.

Mónica se sorprendió un poco por su actitud tan directa. Normalmente las personas que ayudaban en su casa se movían como ratoncitos espantados porque no querían exaltar a su madre o enfrentarse a su padre. Rufina se conducía de tal forma que si se hubiera parado enfrente de sus padres, habrían sido ellos los que saldrían corriendo.

—Gracias —se limitó a decir.

Rufina asintió con la cabeza y fue directo a inspeccionar las cosas en silencio para empezar su labor. Por primera vez, Mónica vio su reloj. Eran las siete de la noche.

¿Qué hago? Empezó a sentir mucha ansiedad acerca de la cena con su tía. No es que hubiera sido grosera con ella, pero tampoco había sido muy amable. Lo que más angustia le causaba era el simple hecho de que no la conocía, de que estaba en una casa desconocida, en un pueblo extraño por un periodo de tiempo que nadie le había podido decir cuánto iba a durar y no quería imaginarse que podía ser largo.

Debería estar en el internado en Canadá. ¿Qué hago aquí? Tengo que salir. No me pueden tener encerrada por siempre. ¿O sí? No es que la hubieran puesto bajo llave como tal, pero no tenía control sobre nada de lo que le estaba pasando. No había elegido estar ahí, tampoco que sus papás murieran en un accidente, no había decidido nada sobre el dinero que ahora al parecer no tenía. *¿Ahora soy pobre y huérfana? Esto es absurdo.*

—Niña, ¿te vas a bañar antes de la cena? —Rufina le preguntó mientras guardaba ropa en el ropero y la veía con cara de desaprobación.

—Mmmm... creo que sí.

O hacía algo o iba a empezar a enloquecer y meterse a bañar era tan bueno como cualquier otra cosa.

Al diez para las ocho, Rufina la apuró a que se acabara de arreglar y la acompañó al comedor para que cenara con su tía. Honestamente, era ridículo usar ese lugar para sólo dos personas ya que en esa mesa fácil podían sentarse veinte y era muy probable que les sobrara espacio. Esto no parecía ser obvio para su tía que estaba sentada en una de las cabeceras y le señalaba que se sentara en la otra donde había un lugar preparado para ella. La situación se volvió todavía más absurda para Mónica cuando se sentó y se dio cuenta de que el candelabro obstruía toda su visión. No había forma de que pudiera hablar con su tía así.

La formalidad del recinto no era lo que le molestaba porque sus padres tenían un comedor muy elegante también, aunque en ese caso, era muy moderno, lo que fuera que eso significaba, pero ¿cómo iba a poder hablar de su situación con su tía a diez metros de distancia y con un candelabro enmedio? *¿Y si está sorda y ni me ve ni me escucha?*

—¿Qué tal te pareció el rancho?

—Bien.

—¿Descansaste de tu viaje?

—Sí.

Una de las ayudantes de doña Josefa entró con sus platos. Era sopa de verduras. *¿Quién cena sopa de verduras? Esto es ridículo.*

Su tía parecía haber agotado todas las formalidades superficiales, suspiró y fue directo al grano, cosa que a decir verdad Mónica agradeció.

—A partir del lunes vas a entrar a la escuela aquí en el pueblo. Ya me dijo el abogado de tu papá que su plan original había sido enviarte a un internado a Canadá, pero eso no va a suceder, querida —Mónica se le quedó viendo sin saber si debería decir algo o no. No estaba segura si había una razón para ello o era sólo que su tía se negaba a mandarla. Después de esperar unos momentos a ver si Mónica decía algo, su tía continuó —. Sé que crees que tus papás tenían mucho dinero, pero también tenían muchas deudas, impuestos sin pagar, proveedores que necesitan liquidarse, socios que exigen su parte del negocio e hipotecas vencidas de varias propiedades. En este momento, sólo tienes seguro lo que hay en una cuenta de cheques a nombre de tu madre, que al menos no logró vaciar antes de morir, aunque no te alcanza para vivir ni seis meses aquí, mucho menos en Canadá. Al menos agradezco que se hayan casado por bienes separados.

Mónica empezó a sentir que iba a ponerse a llorar, que el coraje y el odio se desbordaban. Quería vomitar, pero también aventar ese estúpido candelabro que estaba en la mitad de la mesa. *Pobre y huérfana. Esto es casi gracioso. ¿Qué voy a hacer?*

—Sé que no es tu culpa la irresponsabilidad de tus padres. De hecho, ni siquiera habían establecido a alguien como tu tutor legal en su testamento. Absurdo. Yo estoy asumiendo ese papel en honor de mi querido hermano, que en paz descanse y estoy trabajando con el abogado para volverme tu tutora ante la ley.

—Nunca conocí a mi abuelo —se limitó a decir Mónica.

—Lo sé. Y yo no fui ni a su funeral, ni al de su esposa, ni al de tu madre, pero eres mi sangre y por eso estás aquí.

—No necesito su lástima.

—No me malinterpretes. No la tienes.

Se quedó en silencio sin saber qué más decir. *Tómate la sopa y no digas nada.* Eso hizo, porque qué más iba a hacer. A decir verdad no le sorprendía que le dijeran que sus padres habían sido tan irresponsables con su dinero como con ella. No sabía si echarse a reír o llorar. Bueno, al menos la sopa no estaba tan mal. *¿Qué es esta hierba verde que tiene?*

—Es cilantro —dijo su tía que la observaba cómo levantaba en su cuchara una ramita. *¿Cómo puede ver desde allá?* —. No todo está perdido. El abogado de tus padres, que es el albacea, va a supervisar todo lo del testamento y yo, como tu tutora, junto con él vamos a ver qué se puede rescatar, pero por lo pronto, eso significa que vas a vivir aquí, estudiar aquí y obedecer las reglas de esta casa.

No, por Dios no. Ya se veía como en el ejército levantándose a las cinco de la mañana, corriendo alrededor del rancho, siguiendo órdenes de su tía como todos sus empleados. Recordó al que había despedido y le había dado la bienvenida al infierno. Empezó a sentir que se llenaba de terror de sólo imaginarlo.

—¿Cuándo voy a poder salir de aquí?

—El domingo vamos a ir a la iglesia.

Mónica soltó la carcajada, pero rápidamente se calló cuando se dio cuenta que su tía hablaba en serio.

—¿Qué?

—Sí, vamos a ir todos los domingos a la misa de las ocho de la mañana.

—Es broma, ¿no?

—Por supuesto que no.

Su tía ahora fue la que se rió por la cara que estaba poniendo. Mónica sentía como si un par de manos empezaran a apretarle el cuello y estuvieran amenazando con asfixiarla. Esto no podía estar sucediendo.

—No pienso ir.

Su tía sonrió.

—Gracias por la información, pero no te pedí tu opinión. Vas a ir porque es parte de las condiciones que tienes que cumplir para poder seguir teniendo una casa dónde vivir. Es una hora de tu vida a la semana. No te vas a morir.

Antes de que supiera lo que estaba haciendo, Mónica se paró y aventó el candelabro contra la pared.

—¡No voy a ir!

Su tía se puso muy seria, pero no se movió.

—Veo que heredaste el carácter fuerte que hay en nuestra familia. Me imagino que obtenías todo lo que querías haciendo esos berrinches a tus padres...

—Yo no hago berrinches —interrumpió Mónica en una voz que desafortunadamente para ella sí sonaba como que estaba haciendo un berrinche.

Su tía volteó a ver el candelabro roto en el piso.

—Ajá... Lo vas a pagar con tu dinero. Aquí vas a tener que aprender a comportarte, a trabajar en el rancho si así lo decides, a estudiar para sacar buenas calificaciones y a ir a la iglesia todos los domingos. No te voy a encerrar en tu cuarto... todavía... podrás salir y conocer gente, pero cenaremos juntas un par de veces a la semana y vamos a ir a la iglesia. No está sujeto a discusión. No me tienes que ver la cara el resto del tiempo. Ya estoy bastante ocupada con mis cosas como para andar detrás de ti, pero vas a seguir las reglas.

Mónica la vio con resentimiento y sin saber bien qué hacer ahora que había perdido el control y había estrellado el candelabro de su tía. Empezaba a pensar cuánto costaría reponerlo o arreglarlo. Decidió cambiar el tema.

—¿A qué escuela voy a ir?

—A la que van todos aquí en San Lucas. Mañana te traerán tu mochila, tus útiles, tus libros y tus uniformes. David, el chofer, te va a llevar y regresar cada día. Me dijeron que estás muy baja en varias materias, así que vamos a buscarte un tutor para que te ayude. Don Chente y Marcel te enseñarán sobre el rancho para que puedas trabajar y ganarte tu dinero, pero no es obligatorio. El resto del tiempo, es tuyo para que lo uses como tú decidas.

Esto, por algún motivo que no lograba entender, le molestó mucho más que todo lo que había pasado antes.

—Si no me quiere aquí, me puedo ir. No necesito su lástima.

—¿Y a dónde vas a ir, niña?

Otra vez sentía que se llenaba de coraje, pero se limitó a encogerse de hombros para no explotar.

—¿Qué más da? Usted no me quiere aquí de todas formas.

—Nunca dije que no te quisiera aquí, si así fuera, ya estarías en algún orfanato o algo peor en el Distrito Federal.

—Estaría en mi casa.

—No, estarías sin casa. Se van a tener que vender varias cosas y propiedades para pagar a todos los acreedores.

Mónica consideró seriamente aventarle el plato de sopa en la cabeza a su tía, pero no estaba segura que pudiera lanzarlo tan lejos, nunca había sido buena en deportes. La mesa era enorme.

En ese momento, una de las chicas entró con una charola, se llevó su arma antes de que pudiera usarla y salió con rapidez sin voltear a ver a ninguna de las dos y fingiendo que no veía el candelabro destrozado en el piso.

—Si tanto odiaba a su hermano, ¿por qué me quiere aquí en su casa?

—Nunca dije que odiara a mi hermano. Sólo que no conviví con él por muchos años.

—No pareciera que se llevaran tan bien si no se vieron durante años y no conocía a mi mamá.

—A tu mamá la conocí. La vi sólo una vez cuando era niña y vinieron por el funeral de mi papá. Tu madre tendría alrededor de diez años, no estoy segura.

No podía imaginarse cómo se veía su mamá de niña. No estaba segura ni siquiera de haber visto fotografías de alguno de sus padres de chiquitos. Su casa estaba llena de fotos de ellos en distintos viajes, una que otra de ella, pero no había ni de su infancia y ahora que lo pensaba, tampoco de su boda.

—¿Por qué mi mamá nunca la buscó?

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? —*Buena pregunta*—. Yo tampoco la busqué así que no fue sólo su culpa. No sé si hubiera hecho las cosas diferente de haber sabido antes que iba a morir tan joven, pero ya es tarde para eso. La vida no necesariamente pasa como uno quisiera la mayoría de las veces.

Mónica podía estar de acuerdo con eso. Definitivamente su vida no estaba pasando como ella quería, pero tampoco antes. Al menos cuando tenía a Lilia las cosas eran más fáciles de sobrellevar, pero también se la habían quitado, aunque eso fue previo a que su vida se derrumbara de forma tan espectacular hacía sólo unos días.

Empezó a recordar cuando Lilia se fue. El sr. García la había recogido solo de la escuela, lo cuál se le hizo raro, pero él no le dio ninguna explicación. Sólo se limitó a decir que tendría que hablar con sus papás. Eso hizo que un nudo de nervios se le formara en el estómago y un mal presentimiento llenó cada rincón de su ser. En cuanto entró al departamento, empezó a gritar.

—¡Lilia! ¡Lilia! ¿Dónde estás?

No la encontraba por ningún lado de la casa y no era común en ella desaparecer de esa forma sin siquiera haberle avisado que se iba a ausentar una tarde.

—Señorita, le habla su mamá.

La chica se le acercó con la mirada clavada en la alfombra. Eso era demasiado raro y más porque su mamá rara vez estaba en casa a esa hora y mucho menos que quisiera hablar con ella. *¿Habría pasado algo malo?*

—¿Me llamaste?

—Sí, pero te tardas demasiado y necesito que sea rápido que tengo prisa. Voy a una reunión en casa de una amiga y todavía no termino.

Era obvio que su mamá se estaba arreglando para salir a algún lado muy elegante o dónde tenía que verse mejor que quien fuera que iba a estar ahí. Estaba sentada en su tocador, terminando de maquillarse. Su vestido, a la última moda, estaba colgado en un gancho junto con un abrigo de piel de verdad. Se había ido a peinar al salón de belleza.

—No sé, por qué siempre me pasa a mí que me tengo que hacer cargo de todo yo sola. Todo me pasa a mí y además me pones en una situación tan horrible. Ya suficiente es pagar tanto dinero para que te dejen como payaso y ahora esto. Deja de mirarme con esa cara, te hace ver fea.

Su mamá suspiró bastante frustrada.

—¿Qué pasa?

—Realmente odio que me pongan en esta situación. Es sobre tu nana Linda.

—Lilia... ¿Qué pasó con ella? ¿Dónde está?

El nudo que traía en el estómago se apretó todavía más y el mal presentimiento se estaba transformando en pánico.

—Bueno, tu papá considera que ya estás demasiado grande como para tener una nana, ya tienes doce años.

—Tengo catorce. Cumpló quince años en abril.

—¿En serio? ¿No acabas justo de cumplir doce? ¿No eras de diciembre? ¿Quién entonces cumple en diciembre?

—No puedes quitarme a mi nana...

Mónica empezó a sentir que iba a vomitar. Su mamá no parecía darse cuenta de lo que le estaba pasando, ya que seguía retocando su maquillaje resoplando con frustración.

—Con mayor razón entonces, pero bueno, ya está.

—¿Dónde está Lilia?

—Ya te dije. Se fue. Dios... Me veo fatal.

—¿Cómo que se fue?

—¿Qué no escuchaste nada de lo que te dije? Es que nunca me pones atención. Te hablo y te entra por un oído y se te sale por el otro. Es como hablarle a la pared.

—¿Dónde está? — empezó a gritar.

—No me hables así. Soy tu madre. Tienes que respetarme.

—¿Dónde está mi nana! ¡No me puedes quitar a mi nana!

—Ya se fue, a su pueblo o de donde sea que venga. Hace como una hora tuve que lidiar con sus lágrimas, lo cuál fue bastante molesto y eso hizo que se me hiciera tarde para mi comida y ya me tengo que ir. Todos están en mi contra.

Mónica agarró el vestido y lo empezó a romper. Su mamá gritaba atrás de ella intentando detenerla. Empezó a tirar y a romper todo lo que había en la recámara de sus papás, mientras gritaba

—¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!

No le habían permitido despedirse. No pudo hacer nada ni decir nada. No le dieron la oportunidad de hacer algo. Tomaron la decisión por ella y no fue capaz de evitarlo. Ahora ya era demasiado tarde. *No logré despedirme. No tenía que ser así. No debió de haber pasado así. La vida no es justa.*

Sintió como unas lágrimas de coraje corrían por su mejilla y se las secó rápidamente. Su tía

tuvo la cortesía de hacer como que no veía lo que estaba pasando. Comieron el resto de la cena en silencio. Era una cena sencilla, pechuga asada con verduras, pero Mónica percibió el empeño que doña Josefa había puesto al cocinar. El sabor del platillo la hizo sentir un poco mejor.

Después de cenar, regresó a su habitación. Rufina había desempacado la mayoría de sus cosas, pero ignoraba dónde las había guardado. Buscó su pijama favorita pero no la encontró. Tuvo que abrir todos los cajones de la cómoda y del ropero para ver en dónde estaba cada cosa. Tomó nota mental de que había varias cosas que iba a tener que mover de lugar si quería sentir que este lugar sería su casa. *Son sólo unos meses. Seguro en enero ya voy a estar en Canadá.* Se puso una pijama y se metió en la cama. Se dio cuenta que esa casa vieja era bastante ruidosa, parecía quejarse y acomodarse para dormir.

¿Serán los fantasmas? Empezó a ver fijamente el techo como cuando era pequeña. Buscaba en las sombras del techo, figuras, objetos o rostros conocidos o desconocidos, los de los fantasmas que de seguro la miraban con curiosidad porque tanto ellos como Mónica sabían que no pertenecía ahí. Sintió un escalofrío en el cuerpo. *Ahora estamos aquí ustedes y yo. Tendrán que aguantarme unos meses.* Se sentía muy sola, el vacío en su pecho la oprimía. Quería llorar, pero no podía. La nada se había llevado sus lágrimas también.

Cerró los ojos y empezó a pensar que todo lo que había pasado era un sueño. Mañana despertaría, su nana le traería el desayuno, se prepararía para ir a la escuela en el DF, el sr. García la llevaría y después... No, sabía que no estaba viviendo un sueño. Se encontraba aquí y estaba atrapada, no había forma de escapar, pero aun si pudiera, ¿escapar a dónde? Nadie la tenía amarrada, más bien no tenía a dónde ir. Necesitaba a su nana. Después de dar vueltas en la cama por un buen rato, se quedó dormida.

—No, no te vayas por favor, no me dejes.

Comenzó a sollozar. Su nana Lilia la miró con ternura y los ojos húmedos. Le pasó el cabello que le caía en la cara tras la oreja.

—No puedo evitarlo. Trata de entenderlo. No puedo quedarme. No llores... no llores. Prométeme que serás fuerte ¿sí? Prométemelo.

Se limpió las lágrimas.

—Te lo prometo, pero por favor abrázame, abrázame fuerte.

Se abrazaron.

—Debo irme —le susurró al oído y comenzó a caminar.

—Adiós... Adiós, nana.

—Adiós, mi pequeño canguro. Pórtate bien.

Se empezó a desvanecer frente a ella y Mónica sintió cómo se llevaba una parte de su corazón. Las lágrimas se deslizaron por su rostro, pero se las secó, no quería romper su promesa, tenía que cumplirla.

—Te lo prometo nana, te lo prometo.

El sueño se desvaneció.



La iglesia

Quando ya no podemos cambiar la situación,
nos enfrentamos al reto de cambiarnos
a nosotros mismos.
Viktor E. Frankl

Las cortinas de su habitación se corrieron de pronto y la luz del sol entró con gran intensidad lo cuál la dejó completamente deslumbrada. Se sentía como un venado lampareado.

—Buenos días, niña.

—¿Qué hora es?

—Son las 6:30 am.

—¿Pero por qué me tengo que levantar tan temprano en sábado?

Rufina se encogió de hombros.

—Todos están despiertos. Los gallos y las gallinas ya están cacareando y hasta los perros esperan pacientemente su desayuno en la cocina. ¿Por qué tú no?

—Yo no soy una gallina ni un perro.

—No, ya estarías despierta si lo fueras. Ya salió el sol y hay que bajar a desayunar.

—¿No puedo desayunar en la cama?

Rufina soltó una carcajada, lo cuál se veía algo extraño ya que ella a duras penas y sonreía.

—¿Estás enferma?

—No.

—Entonces tienes que bajar a desayunar, ni siquiera tu tía desayuna en la cama.

Aún veía borroso. Se talló los ojos y vio el reloj. Parecía burlarse de ella mostrándole en rojo 6:30 am. Se dejó caer en la cama, se quejó y se estiró.

—Es demasiado temprano. Debería ser un crimen levantarte tan temprano en fin de semana.

—No lo es, niña. Tienes cosas que hacer.

—¿Cómo qué?

—Bajar a desayunar. Lorena traerá tus cosas de la escuela y tienes que preparar y marcar tus útiles para el lunes.

Las clases habían terminado en julio, sus padres habían muerto el once de agosto, apenas hacía diez días, y ahora tenía que entrar a una prepa que no conocía y hacerse cargo de preparar sus propias cosas. *Preferiría hacer la prepa abierta, al menos así no me tendría que levantar temprano o para como son en esta casa, tal vez sí de todas formas.*

Se arrastró de la cama. *No pienso bañarme ahorita.* Sólo se puso unos pants y una sudadera. Se agarró el cabello con una pinza y bajó muy despacio, murmurando entre dientes que definitivamente este lugar era el infierno por hacerla bajar a desayunar un sábado a esta hora de la madrugada.

—¿Qué hay de desayunar?

—Te preparé melón, jugo de naranja, huevo estrellado, café, leche, pan y tortillas.

—No quiero todo eso, ¿no puedo sólo café? No tengo hambre. Es demasiado temprano.

Doña Josefa la miró con desaprobación.

—Estás demasiado flaca, niña. Tienes que comer aunque te tengamos que dar con un embudo como pollo de engorda... Come tu fruta —ordenó doña Josefita con su voz de general con la que le hablaba a sus ayudantes.

—¿Por qué me quieren obligar a comer en esta casa?

—Es por buenas razones, niña. Ya vimos lo que provoca no comer y nadie quiere que se repita lo de Jaqui.

—¿Quién es Jaqui? —preguntó intrigada.

—La niña más dulce del mundo. Que en paz descanse —dijo mientras se persignaba—. Y tampoco quería comer, así que anda... a desayunar.

¿Acaso alguna vez su tía tuvo hijos? No, todo el mundo ha dicho que no. ¿Entonces quién es esta Jaqui?

—¿Era la hija de mi tía?

—No, era la hija de don Jorge, el papá de Lorena y Carla.

Ósea que la enfermera de su tía había tenido una hermana que había muerto.

—¿Tiene mucho que falleció?

—Hace diez meses, más o menos. A principios de noviembre pasado —contestó una voz en la puerta de la cocina. Era Lorena.

Doña Josefa voló a través de la cocina y salió corriendo como si la cocina de afuera se estuviera incendiando. Mónica no podía creer que una señora de su edad y su talla pudiera moverse con tal rapidez, pero lo hizo y la dejó sintiendo que quería que se la tragara la tierra. No sabía qué decir, pero se dio cuenta que Lorena más que estar enojada con ella se veía triste por recordar a su hermana.

—Lo siento mucho, Lorena. Sé lo que es perder a alguien que quieres.

No se le ocurrió qué más podía decirle.

—Sí, lo sé. Por lo de tus padres.

—No, la verdad no. Creo que me dolió mucho más cuando mi nana se fue y eso también fue hace unos meses, en enero.

Lorena se le quedó viendo. Parecía no entender lo que le acababa de decir, pero finalmente suspiró.

—Anda, termina de desayunar. Voy a revisar cómo amaneció tu tía y a darle sus medicinas. Después, te veo en la oficina de mi papá, don Jorge. Ahí están todos tus libros y cosas de la escuela para que empieces a prepararlas.

Tal vez fue su imaginación, pero le pareció percibir cierta tensión cuando Lorena se refería a su papá, casi podía jurar que ella estaba enojada con él o algo así. Se puso a comer, mientras analizaba lo que había escuchado. *¿Qué habrá pasado con la hermana de Lorena? Parece ser que no comía por algún motivo. ¿Será por eso que todo el mundo me empuja la comida?* Sin darse cuenta se había acabado tanto la fruta como el huevo.

Subió a su cuarto y se metió a bañar. Mientras estaba en la regadera, podía escuchar cómo la tubería crujía y hacía ruidos como si la casa se estuviera quejando igual que ella por la injusticia que era levantarse y tener que trabajar tan temprano en un sábado. Se vistió rápidamente porque

el baño no había acabado de calentarse lo suficiente como para ser agradable. En general, la casa era bastante fría, tal vez por lo grande.

Mientras se cepillaba el cabello, miró por la ventana. Desde ahí podía ver el jardín de la casa. Eso le recordó uno de los viajes en los que sus papás sí la llevaron con ellos. Seguramente era otoño porque las hojas de los árboles estaban amarillas, rojas y naranjas. El piso estaba tapizado con ellas, como una hermosa alfombra y todos los negocios tenían decoraciones de *Halloween* o tal vez *Thanksgiving*, no estaba segura. Tenía nueve años más o menos y recordaba estar en un parque enorme en la mitad de la ciudad. Recordaba estar corriendo por los juegos, jugando con las hojas doradas que forraban todo. En ese momento pensó en lo hermosos que eran los árboles llenos de tonalidades rojizas. Recordó que cada cierto tiempo, pasaba por la banca en la que estaba su mamá.

—Mírame mamá... mamá... mamá, mírame.

Su mamá leía una revista de moda y sin levantar los ojos respondía.

—Sí, nena. Te veo. Ve a jugar con Lidia.

Luego corría hacia la caseta telefónica en donde su papá estaba parado hablando muy agitado.

—Mira papá... papá... mírame.

Su papá medio sonreía y le hacía señas con la mano mitad saludo, mitad gesto de que lo dejara seguir hablando.

Entonces, se volteaba hacia la persona que estaba ahí sonriéndole y gritaba.

—¡Nana, mírame!... ¡mírame lo que puedo hacer!

Su nana se acercaba a ella y le decía.

—A ver, mi pequeño canguro, muéstrame lo que puedes hacer.

Mónica la abrazaba, se reía y se iban a los juegos para enseñarle cómo podía sostenerse por unos segundos colgada del pasamanos.

Rufina la arrancó de sus recuerdos.

—Niña, ¿dónde vas a querer estas cosas?

Vio que estaba abriendo la caja donde venía su estéreo.

—Yo creo que aquí en esta cómoda.

La señaló con el cepillo que tenía en la mano.

—¿Vas a bajar a la oficina por tus cosas?

—Al parecer —se quejó con una especie de suspiro, no sabía si de sueño o de frustración.

—Bien, así no me estorbas y puedo limpiar aquí en santa paz.

Mónica la miró fijamente con esa mirada que hacía huir a su personal del DF, pero que parecía no tener ningún efecto en Rufina. ¿*Cuántos años tendrá?* Suspiró de nuevo mientras se ponía los zapatos y entonces se dirigió a donde le habían dicho que estaba la oficina de don Jorge.

La oficina era algo pequeña, sencilla, sólo con lo mínimo indispensable como para poder hacer su trabajo. Tenía en un escritorio una computadora nuevecita con su funda bien puesta. Mónica tomó nota de esto, aunque contaba con la suya, siempre era bueno saber dónde podría haber otra, además ésta venía con impresora, lo cuál era algo raro.

Don Jorge estaba sentado en el escritorio y escribía con mucha intensidad en una libreta, mientras hablaba con una muchacha que estaba parada a su lado dándole la espalda a Mónica. Ambos debieron sentir su presencia porque voltearon a verla al mismo tiempo. A él ya lo había visto antes, pero ella era más bajita que Mónica, aunque definitivamente con caderas y pecho

más rebosantes que los de ella. Su cabello era rizado y lo traía suelto, pero corto como a la mitad del cuello. Vestía una playera blanca con el rostro de Winnie Pooh y unos jeans. Cuando vio a Mónica le sonrió como si ya la conociera desde siempre y se dirigió a ella.

—Tú debes ser Mónica. Mi hermana me habló de ti. Soy Carla. Vamos a ir a la misma escuela, en el mismo año.

Mónica estaba sorprendida de encontrar a alguien más de su misma edad en la casa y también por la familiaridad con la que le hablaba. La apariencia física gritaba que eran hermanas, pero en la actitud Lorena se conducía con mucha más seriedad.

—Mucho gusto.

—¿Cuántos años tienes? Lore no me dijo.

—Tengo quince años.

—¡Yo también! Él es mi papá.

—Hola, Mónica. Nos conocimos ayer cuando llegaste al rancho. ¿Lo recuerdas? —comentó don Jorge con mucha amabilidad.

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Mi hija me dice que es mejor que lleve las cuentas en la computadora, que al final por esa razón me la compró la patrona, pero yo no le entiendo bien a esas cosas. Se me hace demasiado complicado, prefiero mi libreta.

Don Jorge señaló el cuaderno que tenía en el escritorio. Mónica le echó un vistazo y sólo pudo distinguir tachones, rayones y números que no parecían tener ningún sentido.

—Creo que Carla tiene razón. Podemos ayudarle. No sé mucho, pero seguro que entre las dos podemos hacerlo.

Carla le sonrió con alivio al constatar que alguien le daba la razón.

—Aquí está el libro de cómo usar *Excel*, papá. Es fácil. Sólo hay que leerlo e ir haciendo lo que dice. Es más, hasta está en español.

—Ésas cosas son del demonio. No confío en algo que no puedo tocar.

No supo ni cómo, pero pasó los siguientes treinta minutos intentando enseñarle a don Jorge, junto con Carla, a prender la computadora, usar el *mouse* y abrir *Excel* sin mucho éxito. Al final, él dijo que tenía que ir a hacer su ronda al huerto y las caballerizas y dejó a ambas en la oficina después de salir corriendo con mucha más agilidad de la que Mónica creía que podría tener. Se acordó de doña Josefita en la mañana.

Carla la miraba con mucha ternura, como si la conociera de toda la vida.

—Quería decirte que lamento mucho lo de tus padres. Yo sé lo que es perder a alguien. Mi mamá y mi hermana fallecieron no hace mucho y entiendo lo doloroso que puede ser.

Sonaba muy sincera y con mucho sentimiento. *¿También su mamá? Nadie me dijo sobre eso.* Mónica no sabía qué pensar o qué decir al respecto. Se sentía bloqueada, entumecida o algo así, difícil de explicar. Definitivamente no estaba ni cerca de estar lista para mostrar su sentir de una forma tan abierta como Carla con alguien que acababa de conocer. Le llamó la atención que aunque sonaba muy triste, parecía estar bien.

—Lamento mucho lo de tu mamá y tu hermana —respondió Mónica tratando de ser lo más sincera que podía.

—Muchas gracias.

—¿Y qué tal la escuela a la que vamos a ir?

Carla entendió que quería cambiar el tema y se soltó a hablar de la escuela y de las personas que vería ahí. Mónica no entendía la mitad de lo que decía, pero lo agradeció.

Carla sonreía con facilidad y le empezó a hacer varias preguntas sobre su vida en el DF, si tenía novio o si le gustaba alguien, cuál era su materia favorita, qué quería estudiar, qué decían sus amigas de su mudanza, de si era cierto que su tía había estado en un campo de concentración en Europa y Mónica no sabía la respuesta a la mayoría de esas preguntas. Era incómodo darse cuenta que o no estaba segura de lo que quería o no había dejado tras de sí a nadie relevante en su vida. Tal vez eso era mejor. Carla por su parte amaba la biología, los animales y la ciencia en general, nunca había vivido fuera del pueblo, no tenía novio y parecía llevarse con todos pero no ser cercana a nadie en particular.

Mónica no se había dado cuenta de lo sola que se había sentido últimamente hasta ese momento en el cual se puso a platicar con alguien más de su edad. Se preguntaba si podrían llegar a ser amigas. No parecían tener mucho en común, pero el hecho de que Carla fuera tan amable le daba una cierta tranquilidad. No había recibido un trato así en mucho tiempo y hasta ahora se daba cuenta lo mucho que lo necesitaba.

—A veces vengo a ayudarle a mi papá, pero la verdad mi intención era ver la computadora, porque no tenemos una en la casa y quería ver si la podía usar para hacer la tarea y también me daba curiosidad conocerla.

Se sonrojó al decir lo último.

—No veo que eso sea un problema. Yo tengo la mía y tu papá no parece que vaya a usar mucho ésta, la verdad. Además, es bueno tener compañía de vez en cuando, creo.

Carla sonrió y prometió volver cada vez que pudiera. También prometió llevarla a recorrer el rancho y enseñarle las cosas y los animales que más le gustaban. Por lo pronto, le entregó todas sus cosas y le volvió a explicar sobre las clases que llevarían, porque era obvio que no había entendido y la dejó porque ya era hora de irse a preparar sus propias cosas.

Mónica suspiró al ver todo lo que tenía que etiquetar ella sola y se preguntó cómo lo iba a lograr dado que jamás lo había hecho. *Seguramente puedo convencer a Rufina que me ayude con algo.*

—Arriba, niña—le dijo alguien mientras la destapaba y después le abría las cortinas—. Tienes que desayunar y arreglarte para la misa.

Mónica no consiguió que Rufina le ayudara el día anterior, así que se desveló hasta tarde etiquetando y arreglando sus cosas. Se quedó como a la mitad, y le parecía que la pila de útiles sin terminar la veía de forma burlona desde el escritorio, esperando a que regresara de misa para volver a patearle el trasero.

—No otra vez. ¿Qué hora es?

—Son las 6:30.

—¿Qué? Pero si es domingo. Se volvió a tapar hasta la cabeza con la cobija.

—¡Vamos, niña!

Empezó a forcejear y jalonear las cobijas con Rufina.

—¡No, no y no! ¡No voy a ir!

Al menos el desayuno estaba bueno. No podía recordar si alguna vez en su vida ya había comido chilaquiles. Probablemente no, su mamá decía que los carbohidratos y las grasas eran el enemigo y según ella, los chilaquiles estaban llenos de ambos, pero deliciosos. Trató de hacer

memoria de la última vez que alguien le había cocinado con tanto esmero y le fue imposible, su mamá nunca cocinó, su nana dejaba mucho qué desear como chef y la cocinera del DF a decir verdad o no era muy buena o la restringían mucho en cuanto a los ingredientes que podía usar.

Cuando terminó de arreglarse, ya se le había hecho tarde. Bajó corriendo las escaleras, pero una voz la hizo detenerse a la mitad.

—¿En serio vas a ir en esas fachas?

—¿Qué tiene? ¿Cuáles fachas?

—No creo que debas ir a la iglesia en pantalones de mezclilla, con una sudadera y tenis. Además, ni te peinaste.

Tocó la pinza de tres dientes blanca que tenía en el cabello, era su favorita y hacía juego con sus tenis.

—Los pantalones son CK y la sudadera es Armani —aclaró ella como si eso fuera suficiente explicación y justificación.

Era obvio que su tía seguía sin convencerse con su argumento.

—Esa sudadera es negra y además parece de hombre.

—Es de hombre, pero es cómoda y me encanta —cuando la vió, le fascinó y la compró. El logo A/X era grande y estaba en el centro con letras blancas. Era lo que estaba de moda —. Honestamente no veo el problema.

Su tía llevaba un vestido negro. Era la primera vez que la veía en vestido. Las dos veces que la había visto antes llevaba pantalones, ahora que lo pensaba. Traía su bastón y unos lentes le colgaban del cuello, lo cuál le daba un aire todavía de más autoridad. En definitiva, sí se veía mucho más elegante que ella, pero Mónica no estaba buscando verse elegante, sólo quería sobrevivir a la ida a la iglesia y ya. No intentaba impresionar a nadie, ni conocía a nadie.

Bajó el resto de la escalera en silencio. Al final la miró desafiante a los ojos.

—¿Nos vamos o no? Porque la verdad, si no, mi cama me espera.

Su tía refunfuñó, pero se dio la media vuelta y salió hacia el auto. Mónica se subió sin decir nada y comenzó a mirar por la ventana. Ya arriba, se calmó lo suficiente como para hablarle de nuevo.

—Hoy ya no daba tiempo de que regresaras a cambiarte, pero la próxima vez quiero que te vistas bien y no con harapos.

¡Harapos! ¡Cómo puede llamarle harapos a mi ropa! Definitivamente se nota que no tiene ni idea de lo que dice. ¿Tiene idea de lo caras que son estas marcas?

—Es vergonzoso y una falta de respeto ir a la iglesia como si te acabaras de levantar de la cama. ¿Qué van a pensar los demás? ¿Que no te importa mostrar respeto en la casa de Dios?

Eso le cayó muy mal. Su mamá a cada rato se quejaba de que no le importaba lo suficiente lo que pensarán los demás y sintió como si fuera una patada de burro en el estómago. Su ropa estaba bien, era su tía la que no entendía. Y lo que pensarán los tres gatos que iban a estar en la misa, no le importaba en lo más mínimo.

—Por favor David, vamos a la iglesia.

—Sí, doña Lucrecia.

Por fuera, era la misma iglesia que había visto en el camino de llegada al pueblo el día viernes, bonita pero igual que cualquier otra, por dentro era sencilla con unos vitrales preciosos con pasajes bíblicos llenos de color que contrastaban con las paredes y el techo blancos. El sol

empezaba a entrar con fuerza por ellos y bañaba de color las bancas de madera. Éstas eran muy simples y amplias. En general, la iglesia era más pequeña que otras que había conocido antes en viajes; sin embargo, estaba muy bien cuidada para ser tan vieja. El lugar era bonito y acogedor, aunque al mismo tiempo no podía dejar de tener la sensación desagradable de no querer estar ahí.

Seguía sintiéndose rara cuando empezó el coro y entró el padre.

—Hola...—murmuró.

Era mucho más joven y atractivo de lo que esperaba o más bien jamás esperó que así fuera. Se veía de alrededor de treinta años. *Lástima. Qué desperdicio.*

Creyó que eso la ayudaría a sobrellevar la misa con mejor ánimo, no obstante a los diez minutos ya estaba completamente aburrida y empezaba a desesperarse. Podía escuchar a lo lejos todo el palabrerío del padre, pero sólo era un murmullo sin sentido para ella. Veía el misal para calcular cuánto tiempo más faltaba para acabar, mas pasaba tan lento todo que sentía que ya llevaba ahí una eternidad y le faltaba otra. Observaba al padre con algo de curiosidad. No le cabía en la cabeza cómo alguien tan joven podía elegir esta profesión o lo que sea que se consideraba el sacerdocio. *¿¿Apenas veinte minutos?! Me voy a morir aquí. Creo que me voy a cortar las venas con galletas de animalitos remojadas en leche. Al menos está guapo. ¿Eso será sacrilegio? Sí... no, no creo.*

Su tía que podía notar que no se estaba concentrando, la miraba con desaprobación. *Al menos la música lo hace un poco más llevadero.* El coro y la guitarra estaban justo a sus espaldas y hacían melodías muy bonitas. Era un grupo de monjas, tanto las que cantaban como la que las acompañaba con el instrumento. *¿Dónde habrá un convento por aquí? ¿Todavía hay de esas cosas? ¿Y si mi tía decide mandarme a uno? Podía sentir el pánico aumentando. Yo no quiero cantar en el coro de esta misa por el resto de mi vida. Piensa Mónica, piensa. Nadie te ha ido a botar a un convento... hasta ahora.*

Cuando la misa acabó, Mónica ya se había imaginado toda una vida trágica encerrada en un convento. Escuchó con alivio el —*Pueden ir en paz*— y sólo pensó que tenía que salir de ahí lo más pronto posible, antes de que a su tía se le ocurriera ir a botar con las monjas. Sus cicatrices empezaban a picarle y estaba haciendo un gran esfuerzo para no rascarse.

Claro, no contaba con el hecho que las pocas personas que habían asistido a la misa, se le iban a acercar a su tía a saludarla, más bien a hacerle la barba.

—Pero qué bien se ve hoy doña Luce —decía uno.

—Pero qué joven y con qué energía se le ve. Ese peinado la hace ver diez años más joven.

¿Es en serio? Digo sí no se ve como que se va a morir mañana, pero no exagere.

—Es muy bonita su sobrina, se parece mucho a usted.

Cada vez más la urgencia de salir corriendo iba tomando fuerza. A lo lejos, podía distinguir a David, el chofer, parado al lado del coche comiéndose un tamal de los que estaban pasando a vender las monjitas. Estaba pensando seriamente en huir hacia allá cuando de la nada alguien chocó contra ella y la tiró al suelo.

—¡Fíjate por dónde vas, idiota!

Una mano grande y joven se apareció enfrente de ella.

—Perdón, pero no soy ningún idiota. Saliste de entre la gente de la nada y yo tengo prisa, ya voy tarde para mi práctica de fútbol.

Se dio cuenta que era un chavo, muy guapo, por cierto. Tenía el cabello hasta la barbilla, lacio y castaño. Era alto y atlético, se notaba que hacía deporte. Ella le llegaba hasta el cuello. Sus ojos cafés la miraban con una mezcla de reproche por el insulto y curiosidad porque se dio cuenta que no la conocía. Iba vestido con un uniforme de fútbol de un equipo que ella no identificaba. Bueno no conocía ninguno porque no le gustaba el fútbol, pero a su papá sí, así que al menos no era de ninguno de los equipos que había visto que le gustaban.

—Mónica... ¡ven aquí!

—¿Entonces tú eres la sobrina de la bru... de doña Lucrecia?

Mónica casi se suelta a reír.

—¿La bruja?

Él empezó a reír un poco nervioso, al parecer se dio cuenta de lo que había dicho y no sabía cómo corregirlo.

—¡Mónica, ven aquí! Tenemos poco tiempo...

Sólo pudo ver al muchacho un momento más y se dio la media vuelta mientras se reía.

—Ya me voy, la bruja me llama.

No esperó a escuchar si él decía algo más. Cuando llegó al lado de su tía, volteó hacia atrás, hacia dónde había estado él, pero ya no lo vio por ningún lado.

—Vamos, que tenemos poco tiempo.

—¿Poco tiempo para qué? Todo está cerca en este pueblo, no es que vayamos a llegar tarde al rancho.

—Para que te vayas a confesar.

—¿Para que... qué?

Mónica no pudo evitar poner una cara de horror, de repente se vio vestida de monja en el coro y sus cicatrices volvieron a picarle con furia.

—Sí, la siguiente misa es a las 10 de la mañana, así que el padre Luis nos está haciendo el favor.

El padre estaba sentado detrás de su escritorio en la oficina parroquial. Tanto la oficina como el escritorio habían tenido mejores días hace muchos años atrás. En la pared había un crucifijo y un librero lleno de diferentes documentos y varias copias de la biblia, todo desordenado como si el sacerdote los hubiera aventado ahí y no se hubiese tomado la molestia de poner orden. Mónica se sentó en una de las sillas con los brazos cruzados, mientras veía fijamente al padre como si estuviera tratando de asesinarlo con la mente. Él prefirió ignorar su mirada y después de que ella no dijera nada, se aclaró la garganta para empezar a hablar.

—Bueno, Mónica, creo que no me había presentado de manera oficial. Yo soy el padre Luis, el párroco de San Lucas.

Silencio.

Él continuó.

—Entonces, ¿cuándo fue tu última confesión?

Silencio.

—¿Fue hace poco?

—No sé, ¿uno se confiesa para la primera comunión?

El padre sonrió.

—Ya tiene un tiempo entonces. Tu tía me dijo que querías confesarte y puedo ver tu entusiasmo, así que ¿hay algún pecado que quieras confesar?

—No.

—¿Algo que al menos quieras comentar?

—No.

—¿Algo que quieras compartir?

—No.

El padre suspiró.

—Bueno, ¿por qué estás aquí?

—Porque por algún motivo mi tía quiere que haga lo mismo que ella hace, al parecer.

El sacerdote soltó una pequeña carcajada.

—¿Qué?

—Bueno, lo de confesarse, no creo, porque doña Lucrecia no ha venido a confesarse ni una sola vez en los 5 años que llevo aquí.

Mónica sintió como su quijada llegaba hasta el piso y la furia empezó a crecer dentro de ella. Para lo endeble que se veía el escritorio, estaba segura que lo podría aventar contra la pared y las ganas de hacerlo, comenzaron a crecer.

—¿Entonces qué hago aquí?

El padre se encogió de hombros.

—¿Te molesta si fumo?

No esperó a obtener una respuesta y materializó de algún lugar del escritorio una cajetilla de cigarros que Mónica podría jurar que no estaba ahí antes. Prendió uno, le dio el golpe y suspiró con satisfacción.

—Bueno, ¿qué te gustaría hacer? Todavía tenemos unos veinte minutos antes de que se nos acabe el tiempo.

—Irme.

El padre no pudo evitar reírse.

—¿Y si eso no es una opción?

—¿Por qué mi tía me obligaría a confesarme si ella nunca lo hace? No tiene sentido.

—Nadie dijo que en realidad te esté obligando, pero ¿todo tiene que tener sentido?

—¿Qué?

—Te pregunto. ¿Crees que todo tiene que tener sentido y una razón de ser?

—¿No debería? ¿Qué es de la vida si la gente hace cosas sin sentido? El universo se supone que tiene leyes de algún tipo ¿no?

—Bueno, las personas somos imperfectas, no siempre lo que hacemos tiene una razón de ser. Sólo Dios es perfecto.

Mónica no pudo evitar levantar una ceja. No quería mostrar ninguna emoción, pero eso era más fuerte que ella.

—No lo creo. Eso es absurdo.

—¿No crees que las personas somos imperfectas o no crees que Dios es perfecto?

—No creo en ninguna de esas cosas. No puedo entender que haya un dios que permita que el universo sea absurdo.

—Bueno, si nos ponemos a filosofar, hay doctrinas enteras que se basan precisamente en eso, pero no creo que quieras que desempolve mis libros de ese tema hoy. ¿Acaso no crees en Dios o no crees por ejemplo en la doctrina católica?

—Es lo mismo.

Mónica hacía el esfuerzo de que su voz sonara plana y sin emociones, era su forma de protestar.

—No creo que todas las doctrinas cristianas, ni todas las demás religiones, estén de acuerdo con ese argumento. Además, en mi experiencia, muchos jóvenes parecen no tener fe en la iglesia pero sí creen en Dios — dijo el sacerdote justo antes de dar el golpe a su cigarro.

Nunca le habían hecho pensar a profundidad el tema, así que la confusión empezaba a mostrarse en su rostro.

—Honestamente, no lo sé.

El padre Luis apagó su cigarro en una lata de refresco, que Mónica también podía jurar que no estaba ahí antes y procedió a prender otro.

—Bueno, en este momento no me voy a poner a cuestionar tu fe. Es obvio que tu educación religiosa ha sido superficial en el mejor de los casos y no creo que vayamos a poder hacer gran cosa en los minutos que nos quedan, así que te la voy a dejar fácil, piensa que Dios es amor.

Ahora Mónica fue la que no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Amor? ¿Qué cursilería es ésta?

—El amor que tus padres sintieron por ti por ejemplo.

Ahora fue una risa irónica.

—No lo creo.

—¿No crees que tus padres te amaran?

Hizo el esfuerzo de volver a su expresión neutra, aunque el hecho de que le hicieran una pregunta tan directa del tema, la golpeaba con fuerza.

—No.

El padre puso una cara que le costaba entender qué emoción era, tal vez lástima.

—¿Eso te hace sentir triste?

—No. Claro que no.

Otra vez la misma cara. Empezaba a sentir que no lo podía soportar y la urgencia de salir corriendo se apoderó de Mónica. Empezó a rascarse las muñecas.

—¿Qué te hace sentir?

—Ya me quiero ir.

El sacerdote sonrió casi con dulzura, apagó su cigarro y vió su reloj.

—Bueno, le podemos decir a tu tía que cumpliste con la confesión. No creo que logremos nada más en esta ocasión.

—Yo no he confesado nada y ella es la que debería venir, por hipócrita. ¿Por qué forzarme a hacer algo que ni ella misma hace?

—Ella hace muchas buenas acciones, pero como todos, no es perfecta. ¿Puedes valorarla con todo y sus puntos débiles?

—No lo creo. ¿Qué cosas buenas tiene? No he visto ninguna.

El padre se le quedó viendo y después sonrió.

—Bueno, desde hace años ayuda a los más pobres, dona comida para los que no tienen, adopta cuanto perro callejero ve, aporta dinero para la iglesia y las festividades que organizamos y viene a misa todos los domingos.

—Pero no se confiesa y me obliga a mí a venir a hacerlo.

—Pero no se confiesa... y te recibió en su casa sin esperar nada a cambio ni ningún agradecimiento de tu parte, que por lo que veo, no sientes en este momento.

Mónica se le quedó viendo al padre y se puso roja. Sabía que debería sentirse agradecida por lo que estaba haciendo su tía por ella, pero no podía. Sólo sentía el enojo y la frustración por su situación, la idea del agradecimiento se le hacía completamente ajena. Se paró de la silla sin decir ni una palabra y salió hecha una furia de la iglesia.

Justo en el patio fuera de la iglesia que se conectaba a la explanada del zócalo del pueblo, se detuvo en seco. Sentía tanto dentro de ella que a duras penas podía respirar. Quería correr, gritar, romper cosas, hacer todo a la vez. El fuego en su interior ardía y no sabía cómo apagarlo. Se sentó en una banca de piedra que encontró. No había nadie ahí, seguramente la gente ya había entrado a la misa de las 10:00 o era muy temprano para que hubiera gente caminando por el centro. El jardín era sencillo pero bien cuidado. Tenía varios árboles, arbustos y flores cortados con precisión como cubos. Mónica no estaba segura si ese estilo le gustaba, pero ya lo había visto también en otros lugares, tal vez era la moda. Se quedó ahí sentada observando las flores, las abejas, las sombras y el exterior de la iglesia. Fijó su atención en un grupo de palomas que picoteaban el piso en busca de comida. *¿Las palomas se darán cuenta del jardín tan bonito en el que están y podrán disfrutarlo? ¿Qué caso tiene vivir aquí si no ven lo que hay a su alrededor y no lo van a disfrutar? ¿Qué caso tiene todo?* La ironía de su propia situación empezó a hacerle ruido en la cabeza.

—¿Qué tal tu confesión con el padre Luis?

La voz de su tía la sacó de sus pensamientos.

—¿Por qué me hizo hacer eso?

—¿Por qué? ¿A qué te refieres?

—Sí, el Padre dice que usted jamás ha ido a confesarse. ¿Por qué ser hipócrita y obligarme a hacer algo que usted nunca ha hecho?

Su tía suspiró y se sentó a su lado en la banca.

—Te estaba haciendo un favor.

—No necesito favores. No necesito nada.

—Yo tengo mis razones para no hacerlo, pero creo que hablar con alguien te vendría bien por lo que pasó con tus padres.

—No necesito hablar con nadie.

Aunque quería sonar con voz decidida, realmente su respuesta se escuchó como un chillido que no iba a convencer a nadie.

—¿Estás segura?

—Si usted no lo necesita, yo tampoco.

Se cruzó de brazos y la urgencia de aventar algo, tal vez la olla de tamales que estaba del otro lado de la plaza, se apoderó de ella.

—Otra vez tienes esa cara, así que sea lo que sea que estés pensando, no lo hagas.

—¿Qué? ¿Cuál cara?

—La cara de que vas a salir corriendo o vas a aventar algo.

La mirada de Mónica se dirigió sin poder evitarlo a la olla de tamales.

—Ni se te ocurra. No quiero tener que pagar toda la olla por tus berrinches.

Mónica se paró, gritó y se volvió a sentar.

—¡No me diga qué hacer! ¡Claro que no iba a aventar la olla!

Sólo lo pensé.

—Si sigues perdiendo el control, sí te voy a tener que decir qué hacer. Tienes que aprender a dominar tus emociones.

—No es justo.

—Nadie dijo que la vida tiene que ser justa y no necesita serlo para ser hermosa. Ahora, eso no justifica que hagas berrinches cada vez que algo no te parece. No tienes dos años. Aprende a hacerte responsable de tus acciones y controla tus emociones.

Mónica sintió que el enojo invadía todo su cuerpo, pero lo reprimió, no porque su tía le ordenara que se controlara, sino porque se negaba a darle la razón y demostrar que necesitaba controlarse. Se paró y se dirigió al auto sin decir palabra, por miedo a arruinarlo todo si decía lo que estaba pensando.

¿Cómo se atreve a decirme que no controlo mis emociones? Ósea sí arrojé cosas por la ventana, sí rompí el candelabro y bueno sí ya había roto todos los espejos, jarrones y hasta la televisión de mi casa en el DF, pero eso no significa que no sé controlarme. ¡Esta vieja bruja no sabe lo que dice!

II

¿SABÍAS QUE LOS
DINOSAURIOS TENÍAN PLUMAS?
LAS GALLINAS SON DINOSAURIOS



La escuela

Si lo que deseas es paz,
busca cambiarte a ti mismo, no a los demás.
Es más sencillo proteger tus pies con zapatillas,
que alfombrar toda la Tierra.

Anthony de Mello

Llovía, así que rápido cerró la ventana de su cuarto. Había pasado el resto de la tarde viendo la televisión con la molestia de la iglesia picándole las costillas. Cuando llegó al comedor a la hora de la cena, estaba acelerada, pero tenía la determinación de que no iba a dejar que su tía se saliera con la suya y darle la satisfacción de perder el control. Ella sabía que podía controlarse sin necesitar ir a ver a alguien o hacer algo para lograrlo. Doña Lucrecia ya estaba sentada en la mesa, en la cabecera de siempre, pero esta vez su lugar lo habían colocado a la mitad, una mejora considerable del día anterior.

—Buenas noches Mónica —la saludó su tía de forma cortés pero severa. Al parecer no le hacía gracia su comportamiento en la iglesia ni en el patio—. Siéntate. ¿O vas a comer parada? Esto no es un puesto de tacos.

Eso le causó cierta gracia y se sentó en silencio sin emitir una sola palabra durante el transcurso de la cena. Su tía no hizo ningún intento por hacerle plática y se limitó a comer. El hecho de que la ignorara causó que la irritación creciera más y no pudo evitar mirar el candelabro que se veía que alguien había pegado con *kola loka* después de lo ocurrido el día anterior.

Aún con la ventana cerrada, sentía mucho frío. Casi tanto como la noche en la que la despertaron para avisarle que sus padres habían muerto. Había llovido y la madrugada era helada, no recordaba bien la hora, pero era más cercana a la medianoche que al amanecer.

—Señorita, la buscan allá afuera —le dijo alguien con una voz muy nerviosa y alterada. Miró al ama de llaves con ojos asesinos y se volvió a tapar con las cobijas.

—Que vuelvan mañana. Es la mitad de la noche. ¿Qué no saben qué hora es?

—Tiene que salir, es el abogado que trabaja con su papá... despierte... tiene que salir.

Mónica se levantó de mala gana. Estaba segura de que tenía que ver con sus padres. Una combinación de molestia y ansiedad empezó a acumularse dentro de ella. *Seguramente se emborracharon y arruinaron algo en Grecia. ¿Estaban en las islas griegas? ¿A dónde se suponía que iban? No me acuerdo.* Se puso su sudadera. Caminó hasta la sala arrastrando los pies claramente molesta de que la despertaran. Se sentía bastante adormilada.

Cuando se detuvo en el marco de la puerta de la sala y vio la cara del abogado, todo el sueño desapareció y empezó a sentir cómo el corazón le latía a toda velocidad. *Algo está mal.* El hombre trató de sonreír con amabilidad, pero su propia ansiedad era palpable. Nunca antes había intentado sonreírle, es más, siempre que lo había visto la ignoraba sin ningún empacho. *Algo está muy mal.*

—Por favor Mónica, siéntate.

Era obvio que se había levantado de la cama con rapidez, se puso lo primero que encontró y no se peinó. Nunca lo había visto así, siempre iba vestido de forma impecable y peinado con tanto gel que podría ser un casco. Claro, sus reuniones anteriores habían sido si acaso dos o tres cuando mucho, pero en ninguna su apariencia era así de desencajada.

—¿Qué hicieron?

El hombre empezó a dudar. Era obvio que no sabía cómo empezar la conversación y toda la decisión con la que había llegado, se estaba derritiendo bajo la mirada poco amistosa de Mónica.

—¿No quieres agua? ¿O un té? Hace frío.

El corazón de Mónica estaba tratando de salirse por su garganta y empezó a sentir náuseas.

—No. ¿Qué hicieron?

Por favor, que los hayan arrestado por hacer algo indecente en público o algo así.

Él suspiró como armándose de valor, luego pudo ver cómo sus hombros se caían por el peso de la noticia que ahora tenía que dar.

—Tus padres fallecieron en un accidente aéreo hace unas horas. La embajada no me supo decir todavía si fue un jet privado o un helicóptero, pero lo sabré en cualquier momento. Estamos esperando su llamada.

Mónica pudo escuchar conmoción en el pasillo, al parecer más gente estaba escuchando la noticia. Ella sintió que le habían dado un golpe en el estómago y no podía respirar. Un chillido ensordecedor comenzó a sonar en sus oídos. El abogado hablaba, pero ella dejó de escuchar, a lo lejos sólo podía oír palabras sin sentido.

—Vamos a intentar recuperar los restos... iban a ver el eclipse... no te preocupes... nos hacemos cargo del papeleo para volarlos...en el aeropuerto... espero no tome mucho... una semana... el funeral... cremación... no te preocupes...

—¿Un funeral? No puede ser...

—Sí, pero ya había arreglos preparados, sólo tendremos que hacer unos ajustes, pero no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? Mis padres están muertos.

El abogado la miró incómodo.

—Sí, pero todo va a estar bien. No te preocupes —dijo él tratando de sonar compasivo pero para ella sólo sonaba ridículo.

Si volvía a escucharlo decir no te preocupes una vez más, ella se iba a aventar por el balcón o lo iba a aventar a él o a los dos, a todo el departamento con todo lo que había dentro.

—Ellos querrían un funeral espectacular.

—Bueno, no sé si tenemos los fondos, pero nosotros nos haremos cargo. No te pr...

Ella levantó la mano para interrumpirlo. No lo quería escuchar otra vez. Se levantó del sillón en el que estaba y salió sin decir una sola palabra. Ahí en el pasillo, el ama de llaves y la cocinera lloraban. Las ignoró y se dirigió a su habitación. Seguramente estaba en shock porque no podía sentir nada. Un vacío furioso empezó a devorar todo en su interior, y amenazaba con llevarse todo lo que había en el departamento. Se volvió a meter en la cama. Ahora sí estaba sola. No podía ni empezar a imaginar qué iba a ser de ella ahora que sus padres estaban muertos. *Digo, nunca estaban. Pero, ¿con quién voy a vivir?* Empezó a sentir todo y nada a la vez. *Frío. Hace mucho frío.* No se dio cuenta en qué momento se quedó dormida otra vez.

Esta vez Rufina la despertó antes que los otros días, lo cuál no la hizo nada feliz, pero como estaba emocionada por ir a la escuela no lo sintió tanto.

—Buenos días, niña. Hoy te hicieron hot cakes de desayunar.

—No me gustan los hot cakes. Me gustaron los chilaquiles. ¿Puedo comer eso mejor?

—No da tiempo. Tal vez mañana.

Se arregló y desayunó de mala gana para no ir a la escuela con el estómago vacío porque sentía que iba a vomitar de los nervios. Era la primera vez que asistía a otra escuela en su vida y que experimentaba un cambio como éste.

La preparatoria, según vió, no tenía nada de especial o espectacular. Eran dos edificios de tres pisos, en un terreno que debía ser por lo menos, la mitad de grande que su antigua escuela, sino es que menos. Al entrar, estaba la cancha de basket ball y la dirección en la planta baja. Podía ver un patio entre los edificios y la cafetería al fondo, al lado de la cancha de fútbol. En la zona más alejada se veía una parte que parecía un terreno baldío donde no se habían molestado en construir nada, ni despejar la maleza ni los árboles. Nada que ver con los amplios jardines perfectamente bien cuidados de Santa Teresa, que además tenía varios edificios de distintos tamaños con distintas canchas, albercas y auditorios.

—¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Mónica.

—¿Te inscribieron en quinto o en sexto?

—Cuarto...

Mónica suspiró con visible frustración. Nunca antes se había responsabilizado de ningún trámite escolar, pero estaba segura de que no era ni así de lento, ni así de exasperante.

—Mmmmm... —La velocidad con la que se movía la secretaria, que podría haber sido la mamá de su tía, hacía que le dieran ganas de arrancarse los cabellos de la cabeza y gritar con todas sus fuerzas —Sí... aquí estás... Tu salón es 4-B. Está en el segundo piso del edificio de enfrente, del lado derecho. Miss Laura... ¿la puede usted acompañar?

—Buenos días. Yo soy la maestra de física, química y matemáticas.

Mónica la miró a detalle. Era una mujer alta, más que Mónica. Relativamente joven, tendría no más de cuarenta años, casi sin arrugas. Parecía tener el cabello teñido de castaño oscuro hasta la barbilla. Era muy delgada.

—Mucho gusto. Me llamo Laura.

Mónica no respondió. La miraba con extrañeza y curiosidad. Le recordaba a su madre que tendría más o menos la misma edad. Sólo que su mamá era obvio que se había hecho cirugía plástica, lo cuál irónicamente la hacía ver mayor que la maestra. Mónica se preguntaba si algo así se vería su mamá si no se hubiese hecho nada. Su apariencia sería mucho mejor, la verdad.

—¿Eres Adriana?

Mónica puso una cara de espanto como si la acabaran de insultar.

—¿Me equivoqué? Lo siento. Me confundí.

—Soy Mónica.

Su respuesta fue más seca de lo que habría querido, pero al mismo tiempo, ella se había confundido con su nombre, así que no se sintió mal.

—Mucho gusto, Mónica. Ven, te acompaño a tu salón.

Sonrió ligeramente. No estaba segura por qué pero la maestra le despertó cierta simpatía a pesar de no haber puesto atención a su nombre. Eso no era muy común en ella; por lo general, era huraña, la gente no le gustaba y ella tampoco despertaba mucha consideración en las personas que la conocían. Nunca había sido la más popular en su escuela, y aunque creía tener algunas amigas, comenzaba a sospechar que lo que les había interesado era la aparente fortuna de sus padres. Todo parecía indicar que en realidad no tenía amigos. Ella también solía ser poco amable y muy seca con los desconocidos. *No tengo amigos. Tenía a Lilia y se acabó cuando se fue. Nadie de mi escuela vino al funeral, ni siquiera me marcaron por teléfono ni me escribieron.*

Miss Laura intentó hacerle un poco de plática mientras caminaban hacia el salón.

—¿Qué tal vas en matemáticas?

—Mal.

Miss Laura frunció el ceño, pero sonrió.

—Bueno, si lo necesitas, puedo ayudarte con eso. Le he dado asesoría a varios de los alumnos de la escuela. Si vas atrasada, podemos ponerte al día. No te preocupes.

—Gracias —dijo secamente y se escuchó más sarcástico de lo que había sido su intención. Nadie le había ofrecido ayuda así antes.

—¡Rodrigo y Juan Carlos a su salón!

Mónica no alcanzó a ver a los chicos a los que les estaba hablando, pero les gritó con toda la autoridad que no había usado con ella hasta ese momento. *Al parecer tiene un carácter más fuerte de lo que pensé.*

—Lo lamento. Eran mi hijo y su amigo. Ya deberían estar en clase. Tú no te preocupes, tu maestro sabe que vas a llegar más tarde por ser nueva.

A Mónica eso le llamó la atención. *Su hijo...* No podía evitar que las antenitas se le activaran al momento de mencionar a un muchacho. En especial uno que justo no había alcanzado a ver bien. En realidad, no tenía mucha experiencia con chicos. No se había dado el tiempo ni la oportunidad de conocer a alguien ni de forma amistosa y mucho menos romántica y la mayoría salía huyendo de ella de todas formas.

—¿Era uno de los que estaban afuera? —preguntó tratando de sonar así como que no le importaba mucho.

—Sí, es el alto. Se llama Juan Carlos. Va en el mismo grado, pero no en tu clase. Tu salón es éste. Ya llegamos.

—Andrés... te traigo a la alumna nueva.

—Gracias Lau. Pasa por favor.

Mónica tomó nota de que el maestro se veía bastante interesado en la maestra que la acompañaba.

—¡Silencio, clase! A continuación les presento a su nueva compañera. ¿Cómo te llamas?

—Mónica.

Trató de sonar segura de sí misma aunque en realidad estaba aterrada. Esperaba que al menos su cara se viera neutral y no pareciera un venado espantado.

—Pasa y toma asiento en esa banca.

La única disponible era la de hasta delante, cosa que no le causó ninguna gracia. Pudo ver que alguien la saludaba con entusiasmo, era Carla, se sintió aliviada, al menos sí conocía a alguien en su salón. Sin embargo, también notó como el resto del grupo la miraba con curiosidad, en

particular dos chavas sentadas hasta atrás que murmuraban entre sí y se reían. Eso no le gustó. Se sentó y fingió que no notaba las miradas durante el resto de la clase.

En el descanso, Carla se acercó a saludarla. Mónica se sintió agradecida de que la recibiera con tanta cordialidad. El resto del grupo, aún la veía con cierto recelo, como si fuera un alien que todavía no determinan si es amistoso o no y por lo tanto, no han decidido cómo tratarlo. Carla no parecía notar en lo absoluto la actitud de sus compañeros de clase.

—¿Qué te parece la prepa?

—Más pequeña de lo que imaginé. Mi otra escuela tenía una alberca techada y una al aire libre, muchas canchas, un gimnasio techado, varios jardines y cafeterías. No digo que esté fea, pero es más simple que el Santa Teresa. Al menos no es de monjas.

No estaba segura si iba a ofender a Carla con su honestidad y se arrepintió de haber comparado las escuelas. Carla no pareció ofenderse con el comentario.

—Me imagino, pero espero que te guste. Sí, aquí no hay monjas, bueno, en el pueblo están las del coro de la iglesia, pero ellas vienen de San Carlos. De la escuela, luego te llevo a que conozcas a Torcuato el...

—Hola —alguien más interrumpió a Carla. Era una de las chavas de la banca de atrás. Se veía que tenía más dinero. Los lentes oscuros que traía colgados eran *CK* y accesorios a la última moda. En ese momento, Mónica no estaba muy segura de qué pensar de ella. Su lenguaje corporal decía que era amistosa, pero no sabía si realmente iba a ser sincera o no—. Perdón, Carla, te interrumpí.

—No te preocupes, Juliana.

—¿Tú eres Mónica cierto? La sobrina de la doña. ¿Es cierto que hay fantasmas en su casa y puedes ver deambulando a su marido muerto por el rancho?

—No me ha tocado verlo, ni a él ni a ningún fantasma. Hay muchos perros eso sí.

Juliana se rió y Mónica empezó a relajarse un poco. Parecía que había malinterpretado su actitud en el salón.

—Yo soy Juliana y ella es Mariana —la otra chava hizo un gesto de saludo, pero no dijo nada. Se veía bastante seria, pero no antagonista—. Nos da gusto conocerte. Nunca hay gente nueva en este pueblo y tú vienes del DF, ¿cierto? ¿Qué tan diferente es de aquí? Me imagino que mucho. ¿Qué te parece la escuela? Supongo que no la gran cosa...

Mónica pudo darse cuenta que Juliana hablaba mucho y a gran velocidad. Eso de seguro explicaba por qué Mariana ni se molestaba en abrir la boca. Sólo veía a su alrededor con cara de aburrimiento. Juliana no le había dado la oportunidad de contestar ninguna de sus preguntas ya que ella misma se contestaba sola en cuanto terminaba de formularlas. Eso no le molestó tanto en realidad, prefería eso a que fuera una persona que se declarase su adversaria de inmediato.

—... Yo he vivido en San Lucas desde siempre, excepto un año que nos fuimos a Canadá cuando tenía 8 años —volteó a ver su reloj, que era de marca—. Bueno, ya va a empezar la siguiente clase, hablamos al rato. ¿Fumas? Podemos presentarte a Torcuato como decía Carla. Nos ponemos de acuerdo para el receso.

Cuando tocó la campana del siguiente descanso, Juliana la tomó del brazo y la sacó casi arrastrando del salón, con Mariana del otro lado y Carla caminando contenta atrás. Apenas y pudo tomar su lonchera, que según doña Josefa contenía una torta, fruta picada, agua y unos

pepinos. Nadie le había preparado algo desde que Lilia se fue y aunque le gustó, pensó que sería imposible acabarse todo.

Torcuato era el burro de la escuela, una especie de mascota oficial que vivía en la parte de la maleza, retozando feliz en su pequeño espacio, recibiendo mimos y comida de los estudiantes. Mónica podía decir que eso sí era único de esta escuela, porque en su otro colegio nunca hubo una mascota como ésa. Después de saludar de lejos al burro, caminaron hacia donde la maleza se hacía más densa y ahí Juliana materializó unos cigarros. Cuando las otras tres lo rechazaron, se encogió de hombros y encendió uno.

—¿Ya fuiste a la Plaza Florentina? Apenas la inauguraron. Sé que nada que ver con Santa Fe, pero es lo más grande que hemos tenido en el pueblo. Mi papá es el presidente municipal y dueño del único hotel. Los papás de Mariana son dueños del único súper y bueno, a Carla ya la conoces según veo.

—Sí, mi hermana y mi papá trabajan para su tía.

—¿Tienes hermanos? Yo soy hija única. Mariana tiene un hermano que va en el otro salón.

—No tengo. ¿Son de la misma edad?

—Sí, cuates.

Era lo más que Mariana había dicho en todo el día.

—Y Carla... ya sabes.

—Éramos tres, pero después de que falleció Jaqui sólo somos Lorena y yo.

—Sí, lo siento. ¿Te gusta ir de compras? A mí me encanta. Mariana casi no va porque trabaja en la tienda, pero si quieres podemos ir un día de éstos. Creo que van a abrir un *Zara* o algo así antes de *Halloween*. También, la tenemos que llevar al zócalo a dar la vuelta los viernes. No hay mucho que ver, pero para ti los chicos serán novedad. Hay un par que valen la pena, aunque no estén disponibles. Podríamos ir al lago...

—No. Al lago no.

Mariana no dio ninguna explicación, pero por la mirada que Juliana puso, Mónica se dio cuenta que había un tema ahí.

Continuó.

—Te va a encantar la feria de día de muertos y el show que van a hacer por el inicio del milenio. Vas a ver que hay muchas cosas que te van a entretener y en poco tiempo dejarás de extrañar el DF.

La campana anunció el fin del receso. Así que se apresuraron a ir al salón. Juliana se metió un chicle de menta a la boca que escupió justo en el bote de basura de la entrada del salón. Mónica se sentó en su banca y no escuchó nada de la clase, se quedó pensando en las chicas que acababa de conocer. Juliana parecía tener gustos más similares a los suyos que Carla, un poco más superficial, pero parecía genuina en su interés por conocerla e incluirla, Mariana era una persona de pocas palabras, lo cuál hacía una buena mancuerna con Juliana y Carla vivía en su propia burbuja pero feliz de compartir con ella y hacerse su amiga. Eso nunca le había pasado, así que en parte no estaba segura de qué pensar, pero un gran peso que no sabía que sentía se levantó de sus hombros. Esta nueva vida ya era demasiado diferente de la anterior y eso era bueno y malo a la vez.

En un descanso corto se asomó a ver la cancha donde estaban jugando fútbol el otro grupo que tenía deportes. Ahí reconoció al chico con el que se había tropezado el domingo en la iglesia.

Juliana pareció notar cómo se le quedaba viendo.

—¿Lo conoces? Es Juan Carlos, el hijo de miss Laura.

—Me topé con él fuera de la iglesia o más bien me atropelló afuera de la iglesia.

—Muy guapo, pero no pierdas tu tiempo, ya está apartado.

Mónica trató de disimular su decepción y fingió que el resto del equipo le llamaba la atención tanto como él y Juliana pasó el resto del descanso dando santo y seña de cada uno y Mónica olvidando todo en cuanto entraba por sus oídos porque su atención seguía fija en Juan Carlos.

Cuando llegó al rancho, la recibió doña Josefa con un plato de sopa que la verdad estaba muy buena. La sopa le calentó el cuerpo y fue como un abrazo después de un día tan intenso. Había conocido mucha gente y se sentía agotada, pero al mismo tiempo no era capaz de quedarse dentro de la casa después de comer, así que se cambió de ropa y salió a dar una vuelta por el jardín.

El jardín era muy grande, lleno de pasadizos, árboles, arbustos y flores bien cuidados. Le recordaba un poco al que había visto afuera de la iglesia, aunque éste parecía como salido de un cuento de hadas. Se quedó ahí sentada observando las flores, las abejas, las sombras y los caminos de piedra. Necesitaba tiempo para recuperarse.

—Niña, ya no tardan en llegar para instalarte tus cosas. Ven para que te quites la pijama y no los recibas así.

—Esto no es una pijama.

—¿No? ¿Estás segura? Parece una.

—Esta sudadera es muy cara, Rufina. Es para hacer ejercicio.

—Yo no te veo haciendo ejercicio.

Mónica suspiró.

—¿Y mi tía?

—Trabajando en su despacho.

—¿Voy a tener que cenar con ella hoy?

—Creo que sí.

El técnico que iba a instalar el teléfono, la televisión y el Internet para su computadora llegó poco tiempo después. Rufina y Canelita vigilaron la labor del señor con un poco de recelo. Ambas parecían mirar con desaprobación cómo metían cables a la recámara. Después, Rufina limpió de nuevo toda la habitación, acomodó los cables más a su gusto, lo mejor que pudo y guardó el resto de las cosas que tenía todavía sin un lugar. Mónica se dio cuenta de la energía y la rapidez con la que se movía en este momento que no estaba muy satisfecha con el desorden, pero a ella no le interesaba mucho lo que pasaba, estaba muy concentrada en sus propios pensamientos. Tenía un plan sobre lo que le iba a decir a su tía esa noche en la cena.

La idea de ver a su tía hacía que se le hiciera un nudo en el estómago. Seguía enojada con ella por obligarla a confesarse y se sentía nerviosa de pedirle lo que se le había ocurrido. Tenía miedo que le dijera que no. Sabía que no tenía forma de zafarse de la cena porque era uno de los requisitos que le había puesto, pero nunca había cenado con sus padres con frecuencia e imaginar hacer esto diario hacía que se sintiera como un gato al que arrastran para meterlo a bañar.

La primera parte de la cena transcurrió básicamente sin que dijeran una palabra. Mónica estuvo todo el primer plato armándose de valor para hablar. Finalmente, decidió soltarlo así nada más sin contexto previo.

—Quiero tomar clases extra de matemáticas.

Su tía dejó el tenedor al lado del plato y la observó en silencio por un momento.

—¿En dónde? —preguntó después de un rato.

—Con la miss Laura. Ella me dijo que me puede dar clases. Que ha ayudado a otros estudiantes a ponerse al corriente.

—¿En serio? —Su tía sonaba intrigada—. ¿Y cuándo tuviste esta conversación con ella?

—Cuando me enseñó mi salón. Todavía no sé qué días, ni en qué horario, ni en dónde. *Lo más importante de todo*. Pero creo que me ayudaría mucho a regularizarme. Estoy atrasada en casi todo.

Su tía se rió. Eso no lo esperaba.

—Bueno, me da gusto ver que no eres una holgazana... o no tanto. Está bien, puedo ayudarte a revisarlo con Laura. Estoy de acuerdo con que te vendría bien. Vi tus calificaciones en general y sí estás bastante baja en todo.

—¿Conoce a miss Laura?

Su tía sonrió.

—Todo el mundo se conoce en San Lucas.

—Cierto, pero tampoco así como que todos los días. También quiero poder salir.

—Sí, cuando hayas acabado lo que tienes que hacer puedes salir y eso me lleva a uno de los temas que quería tratar hoy contigo.

El corazón de Mónica empezó a latir con fuerza. Sabía que le iban a decir algo que no le gustaría. Sus cicatrices empezaron a picarle.

—Aún no hemos hablado de cómo vas a ganarte tu dinero en el rancho.

—¿Qué?

—Quedamos en que parte de las reglas es que si querías tener dinero, ibas a tener que trabajar. Y por lo que escucho, quieres poder salir de aquí de vez en cuando, así que tenemos que determinar cómo va a ser.

Mónica no pudo ocultar su cara de horror. Sus papás nunca le condicionaron el dinero. Siempre le daban lo que pidiera o firmaba con la tarjeta de su mamá cuando iban de compras. Su tía notó el espanto en su mirada y sonrió de una forma casi dulce.

—No me malinterpretes, Mónica. No te voy a cobrar por vivir aquí, ni por tu escuela, ni tus clases de regularización, ni tus gastos legales que son bastantes, pero considero que es momento de que vayas aprendiendo a ganarte tu propio dinero. Tu mamá no te lo enseñó, pero todavía estás a tiempo de aprender y vamos a empezar ahora.

El horror estaba cambiando a furia y Mónica sólo podía agarrar la orilla de la mesa con todas sus fuerzas para no gritar.

—No puede obligarme a trabajar.

—No te voy a obligar. Te voy a dar la opción de ganar tu dinero si es que quieres salir los fines de semana a lo que sea que ahora hacen los jóvenes en el pueblo. Tienes tres posibilidades: trabajar con don Chente, que se encarga de los animales; con don Marcel, que se encarga de los huertos o con don Jorge, que ya conoces y que me dijo que le ayudaste el otro día con la computadora.

Mónica no podía ocultar la rabia que sentía. *¿Obligarme a trabajar? ¿Cómo se atreve? ¿Quién se cree que es?*

—No quiero.

Su tía suspiró, pero continuó con el mismo tono de voz.

—Por cada hora que trabajes con ellos a la semana, te pagaré un domingo que podrás gastar como tú quieras, eso la verdad no me interesa. Lo importante es que elijas y de ahí vamos viendo. Piénsalo. Tómame unos días para decidir qué te gustaría intentar primero. Mi sugerencia sería continuar con don Jorge, necesita mucha ayuda, pero lo dejo a tu criterio.

—¡Esto no es justo!

Su tía suspiró exasperada.

—Al contrario, Mónica. Ahora no lo ves, porque nunca has tenido que ganarte nada en tu vida hasta el momento, pero lo que te estoy dando es una gran oportunidad para ti.

Mónica se paró de golpe viendo en dirección al candelabro. Su tía la miró exasperada.

—Si lo vuelves a tirar, ahora sí lo vas a pagar con tu dinero como ya dije.

Mónica gritó de coraje y salió del comedor. Su tía siguió cenando.

Cuando llegó a su cuarto estaba histérica. Gritó, pateó, tiró por la ventana ese florero estúpido que había traído Rufina que ni le gustaba. Ver cómo se partía en pedazos, la hizo sentirse mejor de inicio, pero ese sentimiento fue sustituido inmediatamente por una enorme culpa. Sin embargo, seguía enojada. *¿Cómo se atrevía?* La odiaba, quería matarla. Para colmo tenía que acompañarla a la iglesia y cenar con ella casi cada noche. Ojalá se incendiara el mundo entero. Empezó a gritar.

—¡Te odio, te odio! ¡No es justo! ¡Es culpa de todos ustedes!

Se dejó caer rendida en el piso, jadeaba del coraje. Después de un rato, se arrastró hasta la cama y se durmió sin soñar nada.

Cuando llegó de la escuela al día siguiente, un florero más sencillo adornaba su escritorio y parecía burlarse de ella por lo que había pasado el día anterior. Podía sentir cómo la miraba con reproche por el destino tan cruel que había sufrido su predecesor. Mónica se vio tentada también a tirarlo por la ventana, pero no se atrevió.

Decidió salir a explorar el rancho, pero se dijo a sí misma que no era como para ver qué tipo de trabajo había disponible para ella. Era sólo para salir del aburrimiento. Para ser una casa tan vieja, los fantasmas estaban bastante callados. Toda la casa parecía estar aburrida y en silencio... le resultó tan abrumador que tuvo que ir afuera.

Se asomó a la oficina de don Jorge para ver si veía a Carla, pero el hombre estaba solo sentado frente a la computadora, tecleando con los dedos índices y cara de angustia mientras leía el libro que le explicaba cómo usar *Windows*. Mónica sintió pena por él, pero no se atrevió a entrar a ayudarlo. No todavía, no quería darle esa satisfacción a su tía.

Caminó en dirección a los huertos, donde ya había gente recogiendo las manzanas que estaban listas.

—Todavía no es la cosecha, pero algunas ya están maduras.

Una voz que venía de atrás de ella le dijo con orgullo como si estuviera hablando de sus propios hijos.

—¿Perdón?

—La cosecha es en octubre, pero algunos árboles se adelantan.

Don Marcel la observaba con algo de curiosidad, pero trataba de disimularlo.

—¿Lleva mucho trabajando en el huerto?

—Desde que era chamaco. Yo vi cuando la patrona llegó a vivir aquí.

Eso llenó de curiosidad a Mónica.

—¿Y qué tal?

—Era casi tan chamaca como tú. Al principio casi no la veíamos, se la pasaba en la casa. Con el tiempo empezó a ayudar en la cosecha y después durante años trabajó tanto como cualquiera de nosotros. Cuando falleció el patrón, ella ya conocía estos huertos como la palma de su mano y yo empecé a hacerme cargo. Ahora está viendo qué se necesita para mandar la fruta al gabacho, dicen. ¿Quieres una canasta? Para recoger algunas manzanas.

—Tal vez después.

Mónica se despidió y se disculpó de forma un poco torpe. No se sentía lista como para ponerse a recoger fruta, pero al menos sabía que era algo que su tía sí había hecho durante años. *Al menos no es algo que me impone nada más porque sí, como la iglesia.*

Siguió deambulando hasta llegar a los corrales donde estaban las gallinas. Un par de ellas se le acercaron con curiosidad a ver si era uno de los humanos que traía comida, al ver que no, perdieron interés y se bambolearon de nuevo hacia el gallinero.

—No te encariñes mucho, al menos un par de ellas son la cena.

Mónica se volteó de golpe y vio a don Chente con don Jorge y detrás de ellos estaba Carla que la saludaba igual que en la escuela. Eso hizo que el shock del comentario pasara más rápido.

—Hola. No creí verte aquí afuera, iba a subir a buscarte antes de irnos. Vine con Lorena porque se va a quedar esta noche con tu tía y me regreso con mi papá que ya casi sale por hoy, pero siempre me gusta venir a ver a las gallinas.

Mónica volteó a ver el corralito donde estaban caminando sin hacer nada especial, un par se pelaba por algo que parecía ser un gusano.

—¿Por qué?

Los dos señores se retiraron en dirección de la oficina y Carla se quedó con ella.

—Mi familia es muy grande. Mi mamá tenía nueve hermanos y mi papá diez. No todos viven aquí, pero de vez en cuando nos juntamos.

Mónica no pudo disimular su cara de horror al pensar en que su mamá pudiera tener nueve más como ella o su papá diez más.

—¿Sabías que los dinosaurios tenían plumas? Las gallinas son dinosaurios. Eso me dijo mi tío que estudia paleontología en Estados Unidos.

—¿Qué? ¿Es broma?

Mónica vio con dudas a las gallinas, que estaba segura se acababan de dar un cabezazo al estrellarse una con la otra sin motivo aparente.

—Bueno, no exactamente, pero ellos saben que las aves vienen de los dinosaurios y por eso me gusta venir aquí. Me gusta imaginarme que tenemos un corral lleno de dinosaurios emplumados caminando por aquí.

Los ojos de Carla brillaban con fascinación observando a las gallinas. Mónica no lo veía pero admiró cómo Carla podía ver su realidad de forma tan única y diferente. Para ella sólo eran gallinas, Carla reconocía a los dinosaurios que eran. Deseó que un día, ella también pudiera ver algo con esa pasión y vislumbrar más allá de lo que estaba enfrente de ella.

—Un día de éstos, me voy a dedicar a estudiar cómo evolucionaron los animales.

—Yo no sé qué quiero estudiar.

Carla la miró con ternura sin juzgarla.

—Pronto lo vas a descubrir. No te preocupes. Tienes tiempo.

A veces parecía que eso era lo que le sobraba.

—Sí, un día de éstos.

Pasaron tres semanas desde su llegada. Ya se había acostumbrado a la rutina de la casa. Rufina la ayudaba con sus cosas y a levantarla en las mañanas, doña Josefita le cocinaba la mayoría de sus comidas y comenzó a prepararle sus platillos favoritos con más frecuencia, Lorena que ahora sólo venía durante el día a ver cuestiones de la salud de su tía de la que nadie le daba explicaciones y su tía que veía de vez en cuando en la cena, ya que a veces, cenaba en su despacho por trabajo.

Estaba aburrida. A pesar de tener la autorización para salir, no lo había hecho porque realmente no tenía dinero. No le apetecía tener que hacer lo que se supone tenía que hacer para ganárselo. Sin embargo, el aburrimiento comenzaba a orillarla y eso la llevó a pensar en que ayudar al papá de Carla con su computadora no sería mala idea.

Parte de la jauría de perros estaba descansando fuera de la oficina, excepto Negrito que parecía vivir instalado en la cocina exterior siempre con la esperanza de que le dieran algo de comer. De vez en cuando, una de las muchachas se apiadaba de él y le lanzaba algo que devoraba antes de que tocara el piso y retomaba su guardia. El resto estaba descansando, esperando a que don Jorge diera su ronda por el rancho para acompañarlo.

—Hola, don Jorge.

Él estaba igual que la última vez que lo había visto, con la computadora prendida, cara de sufrimiento y el libro en la mano.

—Hola, niña. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Sigues con problemas en la computadora? ¿Necesita ayuda?

—Carla me ayudó a hacer esta hoja y creí que ya le había entendido, pero al parecer no y no ha podido regresar porque le está ayudando a mi hermana a preparar los tamales para la fiesta del 15.

—¿Con tres semanas de anticipación? ¿Pues qué hacen?

—Bueno, también van a hacer chiles en nogada. Le quedan muy ricos, no tanto como a mi esposa, pero son buenos. ¿Los has probado?

Le sonrió con tristeza.

—No, nunca.

—¿En serio? Tendremos que traerte unos para que los pruebes.

—Mmm... no es necesario. En serio.

—Insisto.

Mónica pensó en cómo cambiar el tema porque le hacía sentir incómoda que le ofreciera los chiles cuando seguro ya tenían suficiente trabajo preparando la comida para alimentar el ejército que era su familia.

—¿Y Lorena?

Don Jorge suspiró.

—No, Lorena no cocina ni en defensa propia.

—Yo decía para la computadora, si ella lo ha ayudado.

—No, no. No me atrevería a pedirle que me ayude. Sigue enojada conmigo por lo de Jaqui.

—¿Lo de Jaqui?

Era obvio que el tema lo hacía sentir incómodo porque empezó a retorcerse en su lugar. El dolor que Mónica vio en sus ojos fue suficiente como para que sintiera algo similar a arrepentimiento por haber preguntado.

—No se preocupe. Yo le ayudo. Dígame, ¿qué problema tiene?

Pasó la siguiente hora y media entre explicando y haciendo ella las fórmulas que don Jorge necesitaba. No es que fuera muy buena con las computadoras, pero comparada con él, era todo un genio. No estaba segura que su tía fuera a notar o a saber lo que había hecho y se preguntaba cómo le iba a hacer para cobrarle por su trabajo. Por suerte, no fue necesario, ya que en la cena su tía le deslizó el dinero antes de que ella dijera algo.

—Seguiré ayudando a don Jorge a usar la computadora.

—Me parece bien. Es un trabajo bastante útil. Por cierto, ya quedé con Laura para que venga a darte asesorías y comienzas el lunes. Después de ver el nivel que tienes, veremos qué días y durante cuánto tiempo las vas a necesitar.

Mónica no pudo evitar sonreír con satisfacción, no estaba segura de sí por la noticia de las clases, el dinero o el cumplimiento del trabajo que había hecho, tal vez todo.

Ya que era sábado, decidió hacer una excursión a la Plaza Florentina para ver si comprando algo se le terminaba de quitar el aburrimiento. Hacía mucho no se compraba ropa nueva, además, en algo tenía que gastar el dinero que acababa de ganar. Le pidió a David que la llevara.

Tal como recordaba cuando pasó por ahí la primera vez, el centro comercial estaba todavía en construcción. Por dentro era más grande de lo que esperaba y prometía la apertura de grandes tiendas, pero de momento sólo estaban abiertas tiendas pequeñas y puestos de chucherías. De todas formas se las ingenió para comprar varias cosas y tener a David atrás de ella sosteniendo las bolsas.

Tenía hambre así que se compró un capuccino frío y unas galletas de chocolate que iba comiendo mientras paseaba. Al dar una vuelta, chocó contra alguien que le tiró el café, por suerte sin que se manchara. Era Juliana, pero no se había dado cuenta de que la persona contra la que había chocado era Mónica.

—Lo siento, no me fijé. Estaba concentrada en los zapatos que iba a comprar. Mira, si quieres te lo repongo. Total... iba a comprar uno también.

Mónica no estaba nada complacida.

—Gracias, yo tampoco me fijé por donde caminaba —dijo ella en un tono sarcástico que Juliana o no detectó o decidió ignorar, pero al menos la hizo levantar la cabeza y darse cuenta con quién estaba hablando.

Dió un pequeño grito de gusto y la tomó del brazo para llevarla de nuevo a la cafetería. Ya ahí ordenó dos cafés y se sentaron a platicar.

—¿Qué haces aquí sola? ¿Por qué no me dijiste que ibas a venir?

—Vine de compras de improviso. No lo tenía planeado —se puso un poco a la defensiva, pues no sintió que tuviera que justificar su presencia. Se quitó la pinza que traía puesta —. ¿Tú?

—Igual. Quería comprar algo para ponerme en El Grito, pero siempre estoy aquí de todas formas, a veces con Mariana, a veces sola. En este lugar me siento más cómoda que en cualquier otro lado. Creo que paso más tiempo aquí que en mi casa. Lo prefiero.

—¿Por qué no te gusta estar en tu casa?

Se dio cuenta que a pesar de que Juliana hablaba mucho, nunca había escuchado sobre su situación familiar, aunque Carla ya le había dicho que sus papás estaban separados.

—Es complicado. En sí, mi casa ya no es mi casa. Ahora es la casa de “Charlot”, la novia de mi papá. Ahorita, mi mamá vive en el hotel en lo que terminan nuestra casa. Y no me gusta estar en ninguno de los dos lugares, así que aquí estoy. A veces también voy a la casa de Mariana, pero ella comparte habitación con su hermano o tiene que trabajar en la tienda. La verdad es que luego no sé a dónde ir.

Mónica se sentía un poco incómoda con la honestidad de Juliana y no estaba segura de qué decirle. Entendía el no sentirse cómoda en ningún lugar, pero no sabía cómo decirlo.

—De todas formas a ver si luego te invito a nadar. La casa de mi papá tiene alberca y un jacuzzi como para diez personas. ¿El rancho de tu tía tiene alberca?

—No, pero sí me agrada la idea de ir a tu casa, en la mía la verdad me aburro, por eso vine aquí.

—En general, me temo que te vas a aburrir aquí. No hay mucho qué hacer. Ya me urge acabar la prepa e irme.

—¿A dónde te quieres ir?

—Lo más lejos posible, idealmente, a estudiar a Monterrey, aunque no sé ni qué. ¿Tú?

—Honestamente, no sé. Se supone que me iba a ir a estudiar a Canadá, pero ahora ya no sé qué va a ser de mi vida.

—Cierto... —Juliana pareció olvidar por un momento la situación de Mónica y se veía avergonzada. Dio unos tragos de café mientras pensaba. Lo más seguro es que estuviera buscando una forma no tan obvia de cambiar de tema —. Entonces, con mayor razón tienes que venir a la casa y hacemos una albercada o algo así, antes de que haga frío. También, tenemos que ir al lago, aunque Mariana diga que no. No te he visto en la plaza del zócalo ni el viernes ni el sábado. Te tenemos que sacar más.

—¿El lago?

Mónica recordó la reacción de Mariana ese día en la escuela y otra vez le causó curiosidad.

—Sí, es a donde los de sexto y más grandes se juntan a beber los fines de semana y pues la plaza del zócalo es a dónde va todo el mundo a verse y tú no has ido.

Juliana trataba de sonar natural, Mónica podía detectar que algo había ahí, pero lo dejó pasar.

—No sabía.

—Bueno, vamos a corregir eso. No es como que te pierdas de mucho, pero pues algo es algo. Están por estrenar los cines de aquí también la siguiente semana. Tendremos que venir.

Mónica volteó a ver su reloj.

—Ya me tengo que ir.

Tenía que ayudarle a don Jorge con la computadora.

—Sí, en la escuela nos ponemos bien de acuerdo para salir.

—Va, me parece bien.

—Te veo el lunes.

David la estaba esperando justo donde empezaba el estacionamiento. Ya llevaba ahí un buen rato, pero no parecía molestarle.

—Vamos a casa, por favor. Me muero de hambre.

Sin darse cuenta había gastado de más en puras chucherías y ropa que no estaba segura que le

gustara del todo. Siempre que iba de compras le pasaba igual. De primer momento, gastar dinero le daba mucha satisfacción, pero después cuando veía lo que había comprado, nada le gustaba o le parecía tan satisfactorio como en la tienda. Por lo general, se olvidaba de ese sentimiento pronto, pero ahora que era su propio dinero que tenía que ganarse, la sensación era mucho peor. *Necesito encontrar algo diferente que hacer, ¿pero qué?* No se le ocurría nada. No practicaba ningún deporte, ni tenía ninguna actividad artística en qué ocupar su tiempo. *¿Con qué me puedo entretener?*

Le vino a la mente el recuerdo de las escaleras del ático. En todo el tiempo que llevaba ahí no había visto la reja abierta ni una sola vez. *Tal vez esté abierta hoy. En algún momento tienen que limpiar.* No había probado si realmente estaba cerrada. Dejó las compras sobre su cama y decidió ir a comprobarlo. Tomó la reja con ambas manos y la empujó con fuerza. Estaba cerrada. Se asomó para ver si alcanzaba a ver algo, pero no se veía nada excepto la escalera que se perdía en la oscuridad.

Escuchó pasos, no distinguía de dónde venían porque el eco la confundía. No sabía hacia dónde correr. Entró en pánico y se deslizó debajo de un mueble que estaba ahí en el pasillo donde cabía. *Guácala, ¿cuándo fue la última vez que barrieron aquí?* No alcanzaba a ver quién era, sólo veía su sombra. Pudo escuchar cómo abría la reja, entraba, cerraba detrás y subía las escaleras. Esperó unos momentos antes de salir de su escondite. Se acercó a ver si alcanzaba a reconocer a la persona, pero sólo distinguía luz al final de la escalera, no veía a nadie. Probó a ver si la reja estaba abierta, pero no. Estaba cerrada. Decidió regresar a su cuarto; sin embargo, ahora más que nunca la consumía la curiosidad. *¿Quién sería la persona que subió? ¿Por qué habrá subido a esta hora? ¿Cómo habrá conseguido una llave?* Antes la reja le había provocado un leve interés y ahora se tuvo que dormir con todas sus preguntas y su confusión de por qué tanta seguridad alrededor del ático. Sólo sabía que lo iba a tener que averiguar.

El lunes a las cuatro, Laura llegó para darle su primera clase. La recibió en un estudio que estaba abajo que al parecer nadie ocupaba y que era obvio habían limpiado hacía poco para que pudiera usarlo, todavía olía a polvo y a guardado, pero era amplio y tenía una ventana muy grande que permitía que mucha luz del patio entrara durante la tarde, lo cuál también hacía que tuviera una temperatura agradable y no estuviera frío como la mayoría de las habitaciones de la casa.

—Vamos a empezar con un examen diagnóstico para ver cómo está tu nivel de Matemáticas.

—¿En serio?

—Sí, ¿cómo vamos a saber qué necesitas reforzar si no sabemos qué es lo que te falla primero?

Mónica entendía la lógica de ese argumento, pero le sonaba igual de tentador que si le dijera —Vamos a sacarte los ojos para admirarlos y ver qué tal están.

La aplicación del examen transcurrió sin mayores sobresaltos más allá de los continuos suspiros de Mónica que sentía que la estaban torturando lentamente.

—Por cierto, le dije a tu tía que la siguiente sesión te llevaría a comer a mi casa después de la escuela para que tomemos ahí la clase ¿No te molesta?

Esa pregunta se le hacía ridícula. *¿Y tener la oportunidad de averiguar más sobre Juan Carlos? Claro que no.*

—No, no me molesta.

Trató de sonar neutral y sin emoción pero fracasó; sin embargo, Laura parecía estar demasiado concentrada en lo que estaba pensando como para notar su intento fallido.

—Gracias por ser flexible. Es porque tengo que llevar mi coche al taller y se me complica venir hasta acá la siguiente semana.

La idea de pasar la tarde en casa de Juan Carlos la llenaba de emoción, aunque ella misma se dijera que no era importante. Pensó que tenía que llevar un cambio de playera y su labial, peinarse mejor ese día, aunque no era nada especial. Aún no sabía nada de él y no se atrevía a volver a preguntar a Juliana o a Carla por miedo de parecer demasiado interesada. Sólo se había dedicado a verlo de lejos en la cancha donde siempre estaba.

—Honestamente, Mónica. Creo que tu nivel en general está bien. Entiendes los conceptos pero tienes algunos huecos que creo podremos llenar con facilidad. En diciembre ya te habrás puesto al corriente. Con que nos veamos una vez a la semana, los lunes, va a ser suficiente. Le avisaré a tu tía y sólo la siguiente semana, espero, trabajaremos en mi casa.

Nunca nadie le había dicho que estaba bien en la escuela. Su nana siempre le decía cosas buenas, pero ni sus maestros ni sus padres habían hablado bien de su inteligencia o su nivel. Sintió algo extraño que tal vez era similar a la satisfacción, pero no se atrevió a sonreír.

—Gracias.

Su tía dejó en claro que ella no tenía intenciones de ir al Grito que iba a dar el papá de Juliana en el Zócalo. Los papás de Mónica siempre estaban fuera en septiembre, así que nunca había ido a una Noche Mexicana en su vida. Su tía accedió a dejarla ir con la condición de tener a David pegado como lapa todo el tiempo que estuviera en la plaza. La idea de tener niño no le entusiasmó, pero con tal de salir, no reclamó nada más que con la cara de pocos amigos con la que recibió la noticia.

Se habían quedado de ver en casa de Mariana porque estaba enfrente y de ahí Juliana las iba a llevar al palco donde iba a estar su papá y sus invitados. Mónica llegó temprano y se vió sentada con Mariana sola sin saber qué decir. Nunca había estado a solas con ella, a pesar de siempre estar juntas en la escuela. Se dio cuenta que Juliana o Carla estaban presentes todo el tiempo y eran las que llevaban la conversación.

—¿Tienen mucho viviendo aquí?

Mónica apretaba el vaso de agua que le habían dado como si su vida dependiera de ello y con tanta fuerza que por un segundo tuvo miedo de romper el cristal, así que lo dejó sobre la mesa.

—Sí, mis papás se fueron al DF a estudiar la carrera, pero regresaron y se casaron y no se han movido de aquí desde entonces.

A Mariana no parecía incomodarle el silencio que Mónica trataba de llenar con mucho esfuerzo.

—¿Y te gusta?

—¿Qué?

—Vivir aquí.

—Creo...

—¿Sabes qué te gustaría estudiar?

—Administración.

Mónica no sabía cómo continuar con la conversación con las respuestas cortas de Mariana, así que empezó a preguntar tanta cosa como le pasó por la cabeza.

—¿Y tus papás?

—Cerrando la tienda.

—¿Van a ir con nosotros?

—No creo.

—Me decía Juliana que compartes cuarto con tu hermano.

Silencio.

—¿Y qué tal?

—Molesto.

—¿Son cuates?

—Sí.

Me muero aquí.

—¿Él va a ir con nosotras?

—Más le vale que no.

—¿No se llevan bien?

—Sí nos llevamos. Sólo que no lo soporto la mayoría del tiempo.

Como lo decía con la cara seria de siempre, Mónica no podía estar segura si hablaba en serio o era una broma de la que debería de reírse. Así que sólo sonrió de forma incómoda.

—¿Él dónde va a estar?

—Yo creo que con su mejor amigo, creo que es su único amigo desde Kinder.

—¿Quién?

—Juan Carlos, el hijo de la miss Laura.

Si Mónica hubiera sido un perro, en ese instante habría parado la oreja.

—¿El hijo de miss Laura?

—¿Lo conoces?

En ese momento, sonó el timbre y era Juliana.

—Vámonos chicas. Se me hizo tarde y tenemos que correr. ¡Hora de la fiesta!

Pasó toda la noche buscando entre la gente a ver si identificaba a Juan Carlos y al hermano de Mariana por algún lugar en la fiesta. La pasó bien, pero el concierto tenía la música demasiado alta y ellas estaban justo al lado de la bocina, lo cuál hacía que no entendiera nada de lo que decía Juliana y entonces se limitara a asentir y sonreír mientras rogaba que no fueran preguntas.

Al final le agradeció a Juliana por la invitación y se fue a casa satisfecha con la experiencia que acababa de vivir, se organizaron para que antes de que acabara septiembre harían una albercada en casa de Juliana. Mariana se despidió de ella con lo que Mónica asumió que era una sonrisa y un abrazo. Quedaron de verse en la escuela el viernes.

Cuando estaba en el asiento delantero del coche de Laura se sintió incómoda. Era una sensación extraña y pensó que eso era un mal presentimiento, aunque decidió mejor ignorarlo. Nunca había pasado tiempo a solas con una maestra de su escuela y menos ido a su casa, así que todo era nuevo para ella. El pequeño coche no era la gran cosa, pero Laura lo traía impecable y ordenado. Su forma de manejar era tensa, era obvio que no le gustaba; sin embargo, no tenía un chofer que la llevara y la trajera como a ella. Mónica se preguntó si a ella le gustaría manejar, nunca lo había pensado.

La casa de Laura y Juan Carlos estaba cerca de la escuela, aunque algo lejos de la suya. Era algo pequeña, más bien acogedora. Cuando entró, lo primero que vio fue un pequeño pasillo con una mesita y un florero junto con unas escaleras que supuso llevaban a las habitaciones. Del lado

derecho, observó la sala y a la izquierda el comedor y la cocina. La mesa estaba puesta. A lo lejos se escuchaba una televisión, aunque no alcanzaba a distinguir qué programa.

—¡Ya llegamos!

De inmediato se escuchó cómo alguien bajaba las escaleras a toda velocidad y se detenía de pronto.

—Hola.

Era Juan Carlos y llevaba la misma ropa que la primera vez que lo había visto.

—Ella es Mónica, viene a comer con nosotros hoy. ¿Te acuerdas? Es la sobrina de doña Lucrecia.

Juan Carlos se pasó la mano por la cabeza para acomodarse el cabello que le caía sobre la cara y Mónica pudo sentir cómo su corazón se detenía por un instante.

—Sí, mamá. Sí la ubico de la escuela. ¿Cómo estás?

Le sonrió y ella tuvo que usar todo su poder para no caer porque sentía que le temblaban las rodillas. No lo había visto tan de cerca desde ese día en la iglesia. Y él la ubicaba de la escuela. Creyó que le faltaba el aire.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien.

Laura se dirigió a la cocina.

—¿Te trajo Rodrigo?

—No... alguien más.

Mónica no pudo evitar notar que él parecía no querer aclarar quién era ese alguien que le había dado un aventón. Su mamá no pareció notarlo o lo dejó pasar.

—Por favor, avísale a tu abuela para que baje a comer. Siéntate, Mónica. No me tardo. Es sólo meter todo al microondas.

Juan Carlos antes de subir le señaló su lugar y ella se sentó a esperar. Él bajó casi de inmediato y se sentó frente al lugar señalado.

—¿Cómo te va en esa casa? ¿Es cierto que hay fantasmas?

—Bien. No me ha tocado ver ninguno.

Él sonrió. Ella se sonrojó y rogó que él no lo notara.

—Dicen que don Gulfrano sigue en la casa penando por matar al amante de doña Lucrecia.

Mónica no pudo evitar reírse de la idea de su tía teniendo un amante.

—Todo el mundo parece tener una historia sobre el rancho, pero yo no conozco ninguna. Es más, no sabía que mi tía existía antes de que mis... —se paró en seco. No estaba segura de querer hablar de sus padres. Él sonrió con simpatía.

—Mi mamá me contó la historia de por qué llegaste a vivir ahí. Lamento mucho lo de tus papás.

Su sonrisa era más tímida, pero la miraba directo a los ojos y pudo sentir cómo se ponía toda roja, otra vez.

—Gracias.

—No sé lo que es que tus papás ya no estén de esa forma, pero sí sé lo que es no tener a tu papá, así que lo lamento mucho.

Por primera vez, Mónica se dio cuenta que no sabía nada del papá de Juan Carlos. Había escuchado comentarios de su mamá obviamente, pero acababa de caer en cuenta que nadie le había hablado del papá y por su tono de voz, parecía ser un tema del que él no quería hablar más allá de lo que acababa de comentar. Obvio, ahora tenía que saberlo todo. *¿Qué le habrá pasado a su papá? No está muerto, pero ¿entonces qué?*

En ese momento, una mujer mayor, tal vez de la edad de su tía, entró. Se veía que le costaba mucho más moverse que a doña Lucrecia que era igual de ágil que Mónica.

—Siéntate abue. Ya viene la comida.

La señora la vió y le sonrió.

—¡Qué bueno que hoy también te pudiste quedar a comer, Devora! ¡Qué gusto verte! ¿Te cambiaste el peinado?

—Abue, ella no es Devora.

Mónica levantó una ceja. Aunque era obvio que la señora no estaba del todo bien, no le causó ni la más mínima gracia que la confundieran con esa susodicha Devora. Juan Carlos se puso todo rojo y Mónica asumió que era justo quién lo había traído a su casa y también de quién Juliana ya le había comentado algo.

—Perdón, es que a mi abuela se le va un poco la onda. No es nada personal. Es que Devora suele ser la única chava que viene a la casa.

Menos gracia. Empezó a apretar la cuchara y los nudillos se pusieron blancos. Intentaba respirar para no gritar y aventar todo lo que estaba sobre la mesa, cuando miss Laura entró con la sopa.

—¿Qué tal te ha parecido San Lucas?

—Bien.

—¿Ya habías venido antes? —miss Laura intentaba mantener una conversación cordial y parecía genuina en querer conocerla más.

—No, la verdad, nunca.

—Me comentó doña Lucrecia que tu abuelo era su hermano menor, ¿cierto?

—Sí, eso lo supe cuando me lo dijo el abogado después del funeral.

—Ese peinado te queda muy bien, Devora. ¿Ya llegó mi Chanchito? —interrumpió la abuela.

—Abue, ya te dije que es Mónica, no Devora.

¿Quién es mi chanchito? Nadie contestó esa pregunta, pero era obvio que hacía sentir incómodos tanto a miss Laura como a Juan Carlos. Mónica decidió dejar pasar las constantes ocasiones en las que la abuela de Juan Carlos la llamó por el nombre equivocado, porque después de un rato, era obvio para todos los presentes que nunca recordaría el correcto.

Justo cuando acabaron de comer, Juan Carlos ayudó a su mamá a recoger los platos de la mesa. La abuela se dispuso a ponerse de pie, por lo que Mónica no estaba segura si debería ayudarla. Como estaba batallando un poco le ofreció su brazo, el cuál tomó sonriendo.

—Te ves bien, Lucrecia. Contenta. Te ha sentado bien el matrimonio.

Mónica se le quedó mirando sin saber qué decir. En ese momento, regresó Juan Carlos quién la llevó a su cuarto, donde volvió a prender la televisión.

Volteó hacia donde parecía haber un jardín. Juan Carlos llegó y vió que le llamaba la atención, así que la llevó a conocerlo. No tenía el tamaño de el de su tía, pero era bonito y acogedor, lleno de flores. Tenía una mesa y unas sillas de metal blancas donde se sentaron por un momento.

—Creo que tu abuelita me confundió con mi tía.

Juan Carlos rió.

—No sabía que se conocían, pero tiene lógica, creo que son como de la misma edad. Aunque mi abue desde que tuvo el derrame, no quedó bien.

—Tu mamá la cuida muy bien. Es una buena hija.

La sonrisa de Juan Carlos se volvió amarga.

—No es su mamá. Es la mamá de mi papá.

—Oh, no sabía.

—No te preocupes. No tenías por qué. Aunque mis papás están divorciados, mi mamá insistió en traerla a vivir con nosotros cuando se puso mal.

Mónica no estaba segura si preguntar, pero no se aguantó.

—¿Y tu papá?

—Ni siquiera vino cuando mi mamá le avisó. Vive con su pareja en Estados Unidos. Se fue a trabajar cuando yo tenía ocho años y nunca regresó.

Mónica se quedó en silencio. No sabía qué decir. *Vamos, piensa en algo. Algo.* No tuvo que hacerlo ya que en ese momento escucharon la voz de miss Laura que llamaba a Mónica porque ya era hora de su clase.

III

NO ME GUSTAN

LOS CANGREJOS GIGANTES



La feria de día de muertos

La libertad absoluta es el derecho
y el poder de decidir cómo cualquier persona
o cosa externa nos afecta.
Stephen Covey

Había acabado antes que todas el examen sorpresa de física, lo cuál ahora empezaba a preocuparle. Se sentó a leer la revista *Tú* que Juliana le había prestado para tratar de olvidar la ansiedad que ahora le presionaba el pecho. No pasó mucho tiempo para que oyera una voz familiar.

—Hola.

Levantó la cabeza de la revista como en cámara lenta. Era Juan Carlos y venía con una chica. Era bonita pero había algo en ella que no le agradó al verla. Temía que en cualquier momento él le dijera: “Te presento a mi novia”, pero eso no sucedió.

Mónica debía de tener cara de sorpresa porque él inmediatamente sintió la necesidad de aclarar la relación.

—Casi lo olvido. Te presento a mi amiga Devora. Devora, ella es Mónica, la sobrina de doña Lucrecia.

En ese momento Mónica se dio cuenta que había estado conteniendo el aliento como esperando un golpe.

—Sí, la señora de la casa con las gárgolas ¿no?

La chica sonreía amablemente. Su cabello ondulado le caía por los hombros de forma muy atractiva, a pesar de que Juan Carlos parecía no notarlo, Mónica sí lo notaba.

—La casa es vieja, sí.

—¿Es cierto que ahí están los fantasmas de todos los amantes que mató doña Lucrecia? Dicen que tuvo varios y los enterró a todos en su casa.

—No me ha tocado ningún fantasma, pero sí es una casa un poco aterradora, aunque tiene su encanto.

La prefecta los interrumpió.

—Chicos, es hora de entrar a sus salones.

—Yo acabo de salir de un examen.

—Pero ustedes dos, deberían de estar en clase, así que a su salón.

—Ya viene la feria de día de muertos, si quieres puedes venir con nosotros. Va a estar toda la escuela. ¿Te late la idea?— le preguntó Juan Carlos antes de irse.

Devora puso cara de sorpresa al escucharlo decir eso, todos sus movimientos se volvieron más rígidos.

—No sé... ¿qué día es?

Podía ver que a Devora no le hacía gracia esa invitación y sonreía de forma forzada.

—Es el lunes primero de noviembre. En tres semanas —aclaró ella.

—Piénsalo y me dices al rato después de clase. No es nada formal. Seguro tus amigas también van a estar ahí, pero no se te vaya a olvidar que yo paso... que nosotros pasamos por ti.

Mónica sonrió vagamente. *¿Cómo podría olvidarlo? ¿Qué clase de invitación fue esa? ¿Por qué tenemos que ir los tres?*

Empezaron a caminar y Mónica los siguió con la mirada hasta que llegaron a su salón. Se quedó sentada en el mismo lugar en el que ya estaba. *Para acabarla de amolar van juntos.* A pesar de ser de la misma edad, se quedó con la sensación de que Devora la miraba como si fuera una niña tonta, aunque no entendía por qué. Había sido amable, pero algo en su actitud no le cuadraba. Tenía un mal presentimiento sobre ella y su mirada no le inspiraba confianza. Trató de pensar que era sólo su imaginación.

—¿Qué te pasa? Te ves perdida. ¿Tan mal te fue en el examen?

No necesitó voltear para saber que era Juliana la que le hablaba porque ya reconocía su voz.

—Hola, Juliana. Tal vez puedas ayudarme a entender algo que me acaba de pasar. ¿Ves que va a ser la Feria de día de muertos en tres semanas?

—Mmmm sí, todo *El Camino* va a estar ahí, bueno todo el pueblo va a estar ahí, así que tienes que lucirte. Es el evento de la temporada. Te iba a preguntar que si ibas a querer que vayamos juntas. ¿Estabas pensando ir sola o qué onda?

—Juan Carlos me acaba de invitar.

Los ojos de Juliana empezaron a brillar con el potencial de un chisme jugoso y no pudo ocultar su cara de sorpresa.

—¿Juan Carlos? No lo puedo creer... ¿Es en serio? ¿Ahorita?

—¿Qué tiene?

Juliana se rió.

—¿Qué qué tiene? Se nota que no eres de aquí. Él jamás sale con nadie que no sea su “amiga” del alma Devora. Ella vive pegada a él como una lapa. Todo el mundo piensa que está perdidamente enamorada de él, pero Juan Carlos parece no darse cuenta o no querer darse cuenta. Aún así, Devora se ha encargado de espantarlo a todas las chavas de la escuela y no deja que nadie se le acerque ni por casualidad. Yo creo que por eso el pobre nunca ha tenido una novia. Devora se ha asegurado que si no puede ser ella, nadie pueda andar con Juan Carlos. No sé cómo lograste que te invitara, pero yo diría que te cuides de ella. Es mala onda y va a hacer cualquier cosa para mantenerlo a su lado.

—Vamos a ir los tres juntos... Me invitó para que fuéramos los tres.

Juliana soltó la carcajada.

—Eso lo tengo que ver... pagaría por ver la cara de Devora cuando Juan Carlos te dijo que fueras con ellos. Estoy segura de que casi se muere. Tendremos que ir de compras. Te ayudaré a escoger tu ropa para que te veas espectacular. Ya me estoy imaginando lo que te vas a poner. ¿Qué vas a hacer este fin? Ven a mi casa y nos vamos a la Plaza.

Mónica escuchaba la voz de Juliana a lo lejos que le decía qué se iban a probar y qué color le quedaba mejor, pero ella seguía pensando en lo que acababa de pasar y la cabeza empezó a darle vueltas.

Cuando más tarde se encontró con Juan Carlos y Devora les confirmó su asistencia con ellos a la Feria y se quedaron platicando un buen rato. Él estaba muy animado contando todas las cosas

que podrían ver y hacer ahí mientras Mónica asentía con una amplia sonrisa. Devora casi no habló. Sólo los observaba cada vez más seria.

—No se te vaya a olvidar que ya quedamos. Después nos ponemos bien de acuerdo en la hora en la que pasamos por ti.

Mónica no entendía por qué tanta insistencia de que no se le fuera a olvidar, ella sabía muy bien que no iba a pensar en nada más durante las siguientes tres semanas.

El viernes organizaron ir a la casa de Juliana a comer. Fueron las cuatro. Mariana ya conocía bien la casa, pues era amiga de Juliana desde el Kinder. Por otro lado, Carla que nunca había sido cercana a Juliana antes, era la primera vez, al igual que Mónica, en ser convocada. A la salida de la escuela, se subieron todas en el Mercedes en el que recogían a Juliana. Estando en el auto, Juliana se volteó desde el asiento del copiloto y las observó con seriedad. Todas la miraron con gran expectativa.

—Mariana ya sabe y a Mónica ya le había contado. Carla igual y lo sospecha, pero les aviso para que sepan. Pues... la casa nueva de mi mamá sigue sin estar lista y mi papá y su “novia” son los que viven en mi casa. No los soporto. ¡Ella tiene como veinticinco y él cuarenta y cinco años! ¡Qué asco! ¡Mi papá es un idiota! —Mónica y Carla se quedaron calladas sin saber qué responder. Mariana sólo veía a todos con cara de aburrimiento, como si hubiera escuchado ese mismo discurso miles de veces antes. Juliana notó la reacción de cada una y suspiró—. Da igual. Sólo las preparaba para lo que nos espera.

—¿Y tu mamá cómo está después del divorcio?

—En realidad, todavía no se divorcian.

Mónica puso cara de sorpresa y un poco pálida de la pena.

—Perdón.. yo creí...

—Están separados, pero si todo sale bien, el asunto estará resuelto antes de Navidad. Eso espero porque la verdad ya no aguanto los pleitos. Siempre me ponen en medio. Si se preguntan, si me importa o me duele todo esto... me molesta mucho. Sobre todo me enoja ver a Yolanda obligar a todo el mundo que la llame Charlot.

—Creí que así se llamaba.

—Es disque su nombre artístico. Según ella va a ser actriz. Es tan antipática. ¡No la soporto!

Carla no pudo evitar preguntar.

—¿Tú papá la quiere? Si la quiere, creo que no vas a poder hacer nada más que aceptarlo.

—Honestamente, no estoy segura de que quiera a nadie. Sí, eso me dijo la dra. Baldosa, la mamá de Mariana. No exactamente con esas palabras, pero eso.

Mariana sonrió al escuchar la referencia a su mamá. No dijo nada, pero era obvio que se sentía orgullosa de que la mencionaran. Mónica se preguntó cómo debía ser sentir eso.

—En fin, creo que mi papá está deslumbrado por su juventud y su belleza. No creo que él nunca haya sabido lo que es amar a alguien y creo que nunca lo va a saber.

—Veo que esto te afecta mucho. Lo siento —Carla sonaba preocupada.

—No... —suspiró —Bueno, ya estamos llegando.

Entraron a una zona residencial donde estaban las casas más lujosas del pueblo, cerca de la Plaza Florentina. No eran muchas, pero estaban construyendo más. Se detuvieron enfrente de una casa enorme, muy moderna en comparación con la de su tía que parecía haber estado ahí por Dios sabe cuántos años. Al entrar, las recibió un señor que aunque tenía un poco de sobrepeso,

aún se veía como un hombre atractivo. Tenía más canas que su papá, pero también estaba peinado a la moda. Detrás de él, apareció una joven como de la misma edad de Lorena, su cabello era obvio que estaba teñido de rubio, pero era muy hermosa, con un cuerpo escultural como de revista. Juliana los veía con cara de pocos amigos.

—Hola, papá. Hola, Yola.

—Es Charlot —corrigió ella en un tono muy dulce, aunque era obvio que no era la primera vez que lo hacía.

—Sí, lo que sea —contestó Juliana en un tono todavía más seco, cortante y de mala gana que el saludo original—. Ellas son mis amigas: Mariana, que ya conoces, Carla, que ya iba conmigo en la escuela y Mónica, la sobrina de doña Lucrecia. Vienen a verme a mí, así que por hoy no lo echen a perder.

—Mucho gusto Mónica. Tu tía es una mujer muy respetada en San Lucas y muy dura en los negocios a decir verdad, pero me temo que desconocía que tenía una sobrina.

El papá de Juliana sólo dirigió su atención a ella y le dedicó su mejor sonrisa. Eso de inmediato le causó mucha incomodidad a Mónica.

—Sí... yo tampoco sabía que tenía una tía hasta después que fallecieron mis papás, así que no se preocupe.

—Lo lamento mucho —dijo Charlot con mucha ternura—. Mi más sentido pésame.

Mónica sonrió y asintió con la cabeza. Le costaba decir algo cuando alguien le hablaba con lo que aparentaba ser sinceridad genuina, aunque por la forma en la que Juliana se expresaba de ellos, no estaba segura.

—Les pedimos pizza. Está en la barra de la cocina.

Juliana se dirigió a la cocina sin decir una palabra y las demás la siguieron haciendo un gesto de despedida con la mano.

Después de comer, subieron las escaleras y entraron a la habitación de Juliana, mientras ponía el pie para tapar el paso y evitar que el *French poodle* de Charlot entrara a su habitación.

—No, fuera. ¡Hazte para allá! ¡No, Brandon! ¡No puedes pasar!

Mientras Juliana discutía con el perro para poder cerrar la puerta, Mónica observó toda la habitación. Le recordó a la suya del DF. Era muy moderna. Su recámara actual, al contrario, parecía como sacada de un museo y aunque ya le había hecho modificaciones, en especial después de ese día que la redecoró aventando todo por la ventana, seguía siendo obvio que era antigua. Eso sí, la habitación de Juliana era más pequeña, poco más de la mitad de la suya.

Juliana logró expulsar al perro con éxito y se sentó en la cama. Mónica se sentó al lado de ella, Mariana en su otro costado y Carla en el sillón que tenía pegado a su cama. Se dio cuenta que la cama era muy suave y cómoda. La suya era dura y chillaba cada vez que se movía en el colchón.

—Ay, ya por fin. Ese perro es insoportable. No los tolero a ninguno. Mi papá actúa como tonto, Yolanda es una hipócrita. Ojalá se murieran.

Carla la miró con algo de horror, Mariana seguía con cara de aburrimiento como si nada de esto fuera nuevo para ella y Mónica no estaba segura de qué pensar. Charlot le había parecido bastante amable, pero Juliana no parecía percibirlo así y en definitiva no estaba de acuerdo. Sin embargo, el sentimiento de enojo lo entendía perfectamente.

—Eso me suena familiar...

—A mí papá no le importa cuánto me lastima con todo esto.

—¿Entonces qué haces viviendo con él? —Carla sonaba con mucha curiosidad.

Era obvio que no entendía esta dinámica familiar. Mónica pensó que era porque había crecido en una casa donde todos se habían querido mucho y no concebía algo como esto.

—Porque la casa de mi mamá todavía no está lista y ella no quiere que viva en el hotel. Creo que lo preferiría o no sé, la verdad. Me dicen que ya son sólo un par de semanas más. En cuanto esté lista, me voy con ella.

—Ya te dije que mejor te vayas al hotel aunque tu mamá te diga que no. Así estarías más cerca de la tienda y te puedes venir conmigo en las tardes.

—Pero está tu hermano.

—Sí... es raro —aceptó Mariana.

—¿Rodrigo? ¿Qué no es muy bueno con las computadoras? —Carla no sonaba demasiado interesada, pero el hecho de que hablara de un chico, hizo que Mónica tomara nota mental.

—Sí, de flojera.

—Vivir aquí con mi papá ES de flojera. Los odio.

—Lo entiendo... bastante... —coincidió Mónica.

—¿Odiabas a tus papás?

Ahora la cara horrorizada de Carla se dirigió hacia Mónica. Se dio cuenta que nunca le había dicho eso a ella. Mariana seguía mirándola igual como si eso no fuera noticia para ella. Mónica no estaba segura si era porque ya se había dado cuenta o no le importaba o siempre veía a todos igual.

—Muchas veces sí, creo... En ocasiones, ya ni sé qué era lo que sentía... otras, me arrepiento...

—Yo no me voy a arrepentir —interrumpió Juliana.

—¿Estás segura? —Carla sonaba muy preocupada y empezó a comerse las uñas.

Mónica recordó cuando ella se rascaba sus cicatrices. Este tema la estaba poniendo ansiosa.

—No... pero las injusticias son demasiadas. ¿No lo crees? —volteó a ver a Mónica directo porque parecía percibir que ella era la que mejor la entendía de las tres en este tema y sí. Volteó a ver a Carla —. Pero a veces te veo, Carla, tan en paz, sin rencores, habiendo perdonado a tu familia por todo lo que pasaron que me pregunto cómo sería eso. No sentir tanto enojo o tanto rencor.

—No fue fácil. Primero fue lidiar con la enfermedad de mi mamá y que mi papá no nos hizo caso a ninguna de las tres durante su tratamiento y nos tuvimos que hacer bolas nosotras solas y luego, lo de Jaqui, eso fue lo peor.

—¿Qué fue lo que pasó? —Mónica llevaba semanas sintiendo curiosidad sobre ese tema.

—Es una larga historia... hay quien dice que Jaqui se suicidó, pero no fue exactamente así. Yo creo que estaba enferma y no lo podía controlar. Era la persona más dulce que he conocido, pero también siempre fue muy particular. Le gustaba tener todo en perfecto orden y era muy quisquillosa con la comida. Creo que ambas cosas se juntaron para terminar en lo que pasó. Cuando mamá murió dejó de comer. Al principio todo el mundo lo entendió porque estábamos todos muy mal, pero cada vez estaba peor y peor. Si comía, se atascaba de madrugada y después vomitaba todo. Mi papá trataba de ignorarlo pensando que se le pasaría solo.

—¿Y qué sucedió? —Juliana preguntó en un susurro.

—Jaqui era la más apegada a mamá de las tres. Era la más parecida a ella. Creo que por eso le pegó tan duro. Cada vez estaba más flaquita y más demacrada. Ninguno de nosotros sabía qué hacer y comer era lo último que pasaba por nuestras mentes. Yo traté de hablar con mi papá porque compartíamos cuarto y yo la oía en las noches, pero me dijo que no me preocupara, que todo iba a estar bien.

—¿Y Lorena?

Era la primera vez que veía a Mariana mostrar interés y se sorprendió al descubrir en su rostro una mueca de compungida con la historia de Carla.

—Justo después de que mamá murió se fue al DF porque consiguió trabajo en un hospital privado y no sabía lo que estaba pasando con Jaqui hasta que le hablé y le dije que tenía que venir porque era obvio que mi papá no sabía qué hacer ni con nosotras, ni con la casa.

—¿Y qué pasó? —volvió a preguntar Juliana.

—Varias de mis tías empezaron a traernos comida y a ayudar con la casa, pero a Jaqui no le gustaba nada de lo que preparaban. A ella sólo le gustaba la comida de mamá y básicamente se negaba a comer cualquier otra cosa. Creo que todos mis tíos y mi papá pensaron que empezaría a comer en cuanto el hambre le ganara —su voz se empezó a quebrar un poco—. La verdad me arrepiento de no haber insistido.

—¿Por qué? —se aventuró a indagar Mónica.

—A veces... a veces comía como por tres o se acababa todo lo que había quedado en la alacena o en el refri, pero luego la podía escuchar en el baño vomitando todo, en especial en la noche. No sé si era que se había empachado o lo estaba haciendo a propósito. Cuando llegué a preguntarle al respecto, siempre me daba el avión. Empezó a bajar mucho de peso, pero parecía que nadie se daba cuenta. Sabía que estaba muy deprimida, pero sentía que había algo más que no estaba bien. Se veía muy acabada. Cuando se cambiaba de ropa, parecía un esqueleto y eso me daba cosa.

—¿Y qué pasó? —Juliana no podía detenerse.

—Mi papá por fin accedió a llevarla al doctor porque ya estaba demasiado flaquita, casi en los huesos, pero le dijeron que no era algo físico. La mamá de Mariana vino a la casa a vernos en esos días y fue cuando le hablé a Lorena. Ella le recomendó a mi papá que la llevara a México a un lugar especial de unos conocidos, porque decía que Jaqui parecía tener algo que se llamaba Anorexia o algo así.

—Sí, algo me acuerdo de que mi mamá iba diario a tu casa —comentó Mariana.

—Sí. Entre Lorena y tu mamá lograron convencer a mi papá de ir al DF. Hasta tu tía hizo que David los llevara en su coche y pagó todos los gastos porque no había forma que Jaqui aguantara el viaje en camión.

—¿Y qué pasó? —ahora era Mónica la que preguntaba.

—Pues los doctores le dijeron a mi papá que había que internarla, pero no era un hospital normal, era un psiquiátrico que tenía un programa para desórdenes alimenticios. Era dejarla ahí y pienso que mi papá entre que creía que se le iba a quitar solo y entre que no la quería encerrar en un lugar que él creía que era para locos, no quiso. Cada vez que le preguntabas a Jaqui si estaba bien, ella decía que sí, aunque no se veía bien.

—¿Entonces no lo hicieron? —Juliana sonaba indignada.

—Lorena gritó y se peleó con él para que la dejara quedarse, pero él era quien tenía la última palabra por ser el papá y mi hermana no pudo hacer nada. Creo que mi papá al igual que todos nosotros no sabía qué hacer. Yo entendía que algo no estaba nada bien. Cada vez se debilitaba más y dormía prácticamente todo el día. Hablé con la directora, ella mandó llamar a mi papá, pero lo único que pasó fue que Jaqui dejó de ir a la escuela permanentemente. Es por eso que Lorena todavía no lo perdona. Ella renunció a su trabajo y se regresó a San Lucas con la esperanza de lograr convencerlo de regresar a Jaqui al hospital, pero no lo logró. A veces pienso que fue porque no podía aceptar que estuviera enferma o creía que era algo físico de lo que se iba a recuperar un día de éstos. Le hizo varios estudios para descartar todo tipo de cáncer, pero no servía de nada. La llevamos con un brujo, que para espantar los malos espíritus o algo así, pero cada vez estaba más flaca. Yo en las noches podía escuchar a Lorena pelearse con mi papá cada vez más fuerte. Un día amenazó que se iba a llevar a Jaqui por la fuerza y casi la sube cargando al coche, pero tanto Jaqui como mi papá se negaron.

—¿Y qué pasó? —la voz de Juliana se quebraba un poco.

—Jaqui falleció poco después.

—¿Y tú? —preguntó con mucha ternura Mariana, lo que sorprendió a Mónica que no creía que fuera capaz de expresarse así.

—Yo todavía me enojo mucho, pero a veces platico con tu mamá, y eso me ha ayudado a ir soltando poco a poco el enojo. El día que Jaqui murió estaba desolada y sentía que me iba a morir junto con ella. Era mi mejor amiga, la mejor persona que he conocido y ya no estaba, no sabía qué hacer. Pero ahora estoy más tranquila.

—¿No sigues enojada con tu papá? —preguntó Mónica.

—Lo he ido perdonando al ir entendiendo lo que él estaba pasando y porque no quiero vivir como Lorena enojada todo el tiempo. Yo quiero ser feliz y no lo puedo ser si no lo perdono, pero no por él, por mí.

—No sé cómo lo has hecho. Yo veo a mi papá y todavía siento que lo quiero matar. No sé si logre perdonarlo como tú. Tal vez en unos años, ya que me haya hecho a la idea de todo esto, pero ahorita no lo veo —confesó Juliana.

—Es difícil —coincidió Carla.

—¿Y tú? —Juliana le preguntó a Mónica.

—¿Yo? No lo sé... quisiera... pero no sé cómo... no sé si puedo. Ya no están y ya no puedo arreglar las cosas con mis papás. No sé cómo hacerlo sola.

—Mariana ya me alucina con todo esto, pero prefiero ser honesta. Todo el mundo espera que supere todo rápido y me hace sentir tan falsa. Estoy enojada y no quiero ocultarlo.

—No te alucino, pero igual y deberías volver con mi mamá o ir con ese terapeuta al que te quería llevar tu mamá en San Carlos.

—No estoy loca —dijo Juliana con un tono defensivo.

—Un poco sí, pero así te quiero —bromeó Mariana, aunque en su tono seco característico.

Juliana se rió y todas también.

—Te admiro Carla. Sabía algo de la historia de Jaqui por lo que se cuenta en el pueblo, pero escucharlo de ti. Wow. No me lo imagino. Qué fuerte eres.

—Gracias. Yo espero que con el tiempo logres estar en paz con todo esto de tus papás. Sentir tanto odio, la verdad cansa y a veces no le veo el caso. Ojalá las dos logren ser felices, porque

me he dado cuenta que eso es algo que uno elige.

—Sí... sí, soy feliz... aquí no... no con mi papá, pero creo que sí soy feliz... creo...

—¿Y si nos metemos al jacuzzi? Traje mi traje de baño —Mariana sacó su bikini de su mochila.

Las demás hicieron lo mismo y Juliana fue a su vestidor a buscar el suyo.

La tarde con Juliana le pareció divertida, aunque varias veces veía en ella las mismas actitudes que había tenido con sus padres y eso la hacía sentir incómoda, como que no estaba bien. Eso la entristeció. No quería que Juliana sufriera como ella lo había hecho, pero también podía ver cómo mucho de lo que le pasaba, ella misma lo provocaba. *¿Habré hecho lo mismo? ¿Lo estoy haciendo ahora?* Todos esos sentimientos le dejaban un mal sabor de boca que no sabía cómo remediar. Tal vez nunca sabría, eso la hacía sentir ansiosa. Decidieron que el siguiente fin de semana irían de compras para la feria.

El siguiente sábado, su día transcurrió normal, pero tenía la preocupación de que no sabía qué se iba a poner para la feria. Habían quedado de verse en la Plaza Florentina a las 4:00 de la tarde y ya había ahorrado lo suficiente como para comprarse algo decente. Le pidió a David que la llevara y su tía le dio permiso. Su plan era gastar menos de lo que tenía en su presupuesto, pero no sabía si con eso iba a poder verse espectacular. No quería gastarse todo su dinero, porque le había tomado semanas juntar lo que ya tenía y si no, no podría comprarse nada hasta semanas después. Todavía le estaba costando trabajo acostumbrarse a vivir con lo que le pagaban por ayudar y no recibir dinero cada vez que extendía la mano para comprar lo que quisiera sin que nadie la cuestionara.

Ya en la plaza, no estaba segura de hacia dónde dirigirse. Se dio cuenta que no habían quedado de verse en un lugar en particular. Caminó a la fuente donde se disponía a esperar mientras pensaba qué comprar ya que de las tiendas importantes y de moda más de la mitad seguían cerradas y las que sí estaban abiertas, no eran tanto su estilo.

—¡Mónica! ¡Hola! —Juliana llegó corriendo y sin aliento.

—Hola.

—Perdón, se me hizo algo tarde. Ya sabes, necesitaba que me trajeran pero el chofer estaba con Yolanda y me costó obligar a mi papá a traerme. Mi mamá está en San Carlos, pero ya estoy aquí. ¿Sabes algo de Carla? Mariana me dijo que no iba a poder venir, algo del inventario de la tienda o algo así, no sé.

—No, pero el viernes me dijo que no estaba segura si sí iba a poder venir por algo de una tía. Lo más probable es que seamos tú y yo.

—Te ves preocupada. ¿Cuál es el problema?

—Necesito verme espectacular, pero no sé qué comprar y no tengo mucho dinero porque mi tía sólo me da dinero por ayudar en el rancho.

Juliana la vio con un poco de horror, como tratando de imaginar cómo sería su vida si la sometieran a semejante tortura.

—Te ayudaré con tu ropa. Por el dinero, no te preocupes. Le saqué a mi papá su tarjeta de crédito. Ven, vamos al primer piso que ahí hay una tienda que te va a encantar.

Cuando salió de la plaza después de las 8:00 de la noche, se había comprado una falda negra, un halter naranja, una camisa negra, unos zapatos de tacón y sales para la tina. Hubiera comprado más, pero se acabó su dinero y no quiso aceptar la tarjeta que traía Juliana. Hicieron

cita en el salón de belleza para arreglarse el cabello el mero día. Decidió que se lo iba a cortar porque ya lo tenía muy largo. También hizo cita para depilarse las piernas. Había una guerra para la cuál tenía que alistarse. Se sintió como el soldado que se prepara para la batalla.

Se despidió de Juliana y quedaron de verse en la discoteca, frente a las bocinas. Tenían varios días para planear lo que iban a hacer para lidiar con Devora y el lunes se pondrían de acuerdo con Mariana y Carla. Tenía tantas emociones que se sentía como en una montaña rusa. Estaba molesta por acabarse todo su dinero, contenta por pasar la tarde con Juliana y tener ropa nueva, pero intrigada e inquieta por el asunto de Devora y Juan Carlos.

—No sé por qué Devora es así. La conozco de toda la vida, pero de la secundaria para acá cambió mucho. Se retrajo y básicamente sólo Juan Carlos es su amigo —Mariana le dio una mordida a su sandwich antes de continuar—. A veces va a la casa.

—¿Se lleva con Rodrigo? —preguntó Mónica.

—No realmente, pero luego acompaña a Juan Carlos. Siempre con la misma actitud. Rodrigo tampoco la quiere mucho que digamos.

—¿Y tú? —Carla sonaba intrigada.

—Me da lo mismo, pero siempre es igual con todos, aunque nunca se ha metido conmigo.

—Tú le debes de dar miedo —aseguró Juliana.

Las tres se rieron y Mariana sonrió.

—Yo creo que es porque Juan Carlos nunca me ha interesado.

—Nadie te interesa, Mariana —bromeó Juliana.

Todas voltearon a ver a Mónica, quien se puso roja pero no dijo nada.

—¿Vas a tener clase con miss Laura? —Juliana sonaba como que estaba maquinando algo.

—Hoy —Mónica contestó sin estar segura de sus intenciones.

—A ver si logras sacarle algo de la relación que tienen ellos dos. La verdad parece que tú le gustas. He visto como se te queda viendo desde la cancha —Juliana soltó esto como si fuera algo que ya todas sabían.

—¡Claro que no! —Se puso más roja. No era algo que supiera.

—¡Claro que sí! —Juliana hablaba como si fuera obvio—. Investiga con su mamá.

—Miss Laura es muy buena. Cuando Jaqui ya no podía ir a la escuela, ella venía a la casa a ayudarle para que siguiera con sus materias. Me cae muy bien. ¿Sabías que estudió Matemáticas en el DF?

—No, pero sí sé que se hace cargo de la abuelita de Juan Carlos que no es su mamá —comentó Mariana.

—Cierto... —dijo Mónica—. ¿Ustedes saben qué pasó con el papá de Juan Carlos?

Todas se quedaron pensando.

—Es verdad... llevan tantos años siendo ellos dos que se me había olvidado por completo su papá. Tengo recuerdos vagos de haberlo visto en alguna feria con él, pero eso fue cuando eramos chiquitos. Se fue de San Lucas hace muchos años —aseguró Mariana.

—Sí, según yo se fue a Estados Unidos y ya no regresó. Mi papá dice que en San Francisco se volvió gay...

—¡Juliana! —la regañó Mariana.

—Dice... pero mi papá asegura muchas cosas, así que quién sabe. También me comentó que hace muchos años mataron a alguien donde ahora está la Plaza Florentina. Puras tonterías.

—¡No le voy a preguntar sobre eso a miss Laura! —dijo horrorizada Mónica.

—No... pero ve si logras sacarle algo sobre Devora y Juan Carlos —Juliana no podía ocultar su sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, lo haré.

Miss Laura llegó un poco tarde ese día, Mónica ya estaba sentada cada vez más impaciente.

—Perdón, perdón, mi coche está fallando otra vez y se me paró un par de veces para llegar. En fin, ¿hiciste los ejercicios que te dejé la semana pasada?

—Sí, pero no pude con estos dos.

—Ya veo. Antes de que se me olvide. ¿Te habló Carlitos para ponerse de acuerdo?

—¿Quién?

—Mi hijo, Juan Carlos.

Mónica que estaba dando un trago al vaso de agua que tenía con ella, estuvo a punto de ahogarse y aunque se rió entre dientes, intentó controlarse.

—No sabía que así le decían.

—Sí, sólo yo. Pero no le vayas a decir que te dije, me mataría —miss Laura se rió también, pero era una risa nerviosa.

Mónica trató de no carcajearse por respeto, pero entre el apodo para Juan Carlos que medía casi dos metros y la cara de arrepentimiento por abrir la boca de miss Laura, era casi inevitable.

—No... no me ha hablado —trató de sonar tan seria como le era posible.

—Es que me comentó que van a ir a la Feria él, Devora y tú. Me da mucho gusto, la verdad. Creo que a esa chica le hacen falta más amigas y Juan Carlos también necesita llevarse con más gente. Perdón por decirlo.

Mónica decidió tomar la oportunidad.

—Sí, no he visto a Devora con amigas en la escuela. ¿No tiene?

—Me temo que no, siempre está con Juan Carlos o a veces también con Rodrigo cuando se juntan, pero no parece tener amigas y es una lástima, es una chica tan buena. Estoy segura que la vas a amar.

—No lo dudo... —Mónica hizo un enorme esfuerzo para que no se oyera el sarcasmo en su voz.

—¿Repasamos los ejercicios que te costaron trabajo?

—Sí, la verdad es que no les entendí nada.

Después de que miss Laura se fue, no podía dejar de pensar en lo que le había dicho sobre Devora y Juan Carlos. Sus palabras le retumbaban en la cabeza. *Devora no tiene amigos, más que Juan Carlos*. Al mismo tiempo, imaginaba el rostro de Juan Carlos y podía sentir cómo se enrojecía. Se sentía muy extraña. Nunca le había pasado eso antes. Hizo varios intentos para sacárselo de la cabeza, pero no pudo.

Juan Carlos le confirmó en la escuela la hora en la que pasaría por ella el lunes para ir a la feria. Se organizó también con sus amigas para verse en dónde había dicho Juliana e hicieron todo un plan de cómo se iban a deshacer de Devora durante la fiesta para que Mónica pudiera tener tiempo a solas con Juan Carlos. No quedaba nada más que hacer que esperar al mero día para poner en marcha todo.

El resultado de su paso por el salón de belleza fue espectacular, ella no habría podido peinarse así de ninguna manera. Sabía que si iba a pelear contra Devora, tenía que impresionar a Juan

Carlos.

Regresó a su casa antes de las 5:30, subió con prisa las escaleras y a pesar de no haber recuperado todavía el aliento, corrió a vestirse y maquillarse. Le dio una pasadita al cabello que se le había desacomodado y se puso los zapatos. Se sintió otra vez como un soldado que se preparaba para la batalla y sentía que el tiempo no pasaba lo suficientemente rápido.

Faltaban veinte minutos para que la recogieran y ya estaba lista. Cosa que nunca antes había pasado. Siempre dejaba a los demás esperando. Se sentó en su cama a aguardar que le vinieran a avisar que habían llegado por ella. A los treinta segundos se dio cuenta que no podía quedarse en su cuarto, así que decidió bajar a la sala y esperar desde ahí.

En la sala se sentó junto a la ventana, pero estaba demasiado impaciente y empezó a dar vueltas por toda la habitación. Probó todos los sillones, tocó el piano, jugó con las cortinas, miró detenidamente todas las fotografías que encontró y revisó su reloj cada minuto para ver qué hora era. Nunca había pasado por ella un chico para llevarla a una fiesta o a ningún lado, de hecho. Ya se había memorizado todas las caras de las fotos y estaba viendo los cuadros por octava vez cuando oyó un auto llegar. Su corazón se detuvo por un segundo cuando percibió cómo se estacionaba y alguien se bajaba. Casi dio un brinco cuando escuchó el timbre. Rufina fue a abrir la puerta.

—Hola. Vengo por Mónica. ¿Ya está lista? —preguntó una voz algo nerviosa.

Rufina se le quedó mirando sin ninguna expresión, luego le cerró la puerta en la cara y caminó a la sala. Mónica no le dio tiempo de decirle nada, salió casi corriendo hacia la puerta principal. Se detuvo justo enfrente, respiró hondo y trató de poner su mejor cara de que nada estaba pasando y de que definitivamente no había pasado los últimos veinte minutos dando vueltas como un coyote al borde de la desesperación.

—Hola —trató de decir en su voz más neutra.

—Hola —contestó Juan Carlos que llevaba unos jeans baggies y una camisa blanca. Estaba peinado como la última vez que lo había visto, sólo que con un *wet look*. Se veía tan bien que Mónica se quedó con la boca abierta.

Se volteó hacia Rufina.

—Por favor dile a David que me recoja como a la una.

—No es necesario. Nosotros te regresamos —la interrumpió Juan Carlos.

—¿En serio? Bueno, entonces no le digas nada. Traigo mis llaves. Avísale a mi tía que ya me fui por favor.

Su emoción se desinfló cuando vio a Devora sentada e instalada en el asiento del copiloto, pero se recuperó un poco cuando al abrirle la puerta del coche Juan Carlos le dijo

—Te ves muy bonita.

—Gracias —respondió sonrojada.

Casi pudo jurar que Devora se burló de ella, pero Juan Carlos no lo notó. Sin embargo, esto la hizo sonrojarse aún más, así que se tapó la cara con las manos y fingió ver por la ventana. Por fortuna, no tardaron mucho en llegar.

El lugar de la feria era el deportivo de la ciudad que estaba completamente iluminado con juegos mecánicos, puestos de comida de todo tipo, una feria ganadera, ofrendas de muertos montadas por los diferentes negocios y al fondo del lugar habían adaptado una discoteca. Había una cola inmensa para entrar. Mónica estaba muy nerviosa, la feria la tenía muy impresionada,

ya que todo era nuevo para ella, jamás había estado en algo así antes. Sintió que temblaba de tantas emociones que sentía y aunque trató de disimularlo, Juan Carlos lo notó.

—¿Tienes frío?

En ese momento recordó que en su emoción no había traído ningún suéter.

—Este... yo... sí, algo.

No se atrevió a decir que lo que realmente pasaba es que más que temblar por el frío, tenía miedo de tanta gente y tanto ruido. Recorrieron las ofrendas y Juan Carlos le iba enseñando y explicando quiénes eran las personas para las cuales habían sido montadas cuando se trataba de gente desconocida para ella. La verdad, la explicación le daba igual, pero podría haber pasado horas escuchando a Juan Carlos hablarle. Devora no dijo ni una sola palabra y tenía cara de que estaban asistiendo a un funeral. Mónica se preguntó si esperaba que fuera el de ella.

Se dirigieron a la discoteca, que como era de esperarse tenía la entrada atascada. Cuando por fin entraron, sólo veía luces brillantes, espaldas y humo. Trató de avisarle a Devora y a Juan Carlos a gritos y con señas que buscaría a sus amigas y que ahorita los veía. Ambos asintieron con la cabeza, pero Juan Carlos tenía una expresión algo confundida. Antes de que se le acercara a repetir lo que acababa de decirles, Devora lo jaló como para decirle algo. Mónica decidió que en definitiva necesitaba refuerzos, así que se dirigió a donde estaban las bocinas y se dispuso a encontrar a Juliana y Carla antes de quedarse sorda.

De repente, alguien la tocó por la espalda y se detuvo para ver quién era.

—Hola ¡Qué bueno que llegaste!

Le tomó unos segundos reconocer la voz, pero cuando volteó vio a Carla sonriéndole ahí.

—Hola. Sí, vine con Juan Carlos.

Carla frunció el ceño.

—¿Y dónde está Juan Carlos? ¿Ya supiste qué onda con Devora?

A Mónica le molestó el comentario.

—Le avisé que las iba a venir a buscar. Se quedó con su súper mejor amiga, pero tendremos que ir a poner en acción el plan.

—Siempre están juntos... yo nunca me he llevado con ella, en realidad, pero lograremos separarlos un rato. Vas a ver.

—¿Has visto a Juliana y a Mariana?

—No, pero no deben tardar mucho. Siempre llegan tarde a todos lados.

Casi no tuvieron que esperar. Un par de canciones después, Juliana se materializó de la nada.

—¡Hola chicas!

—¡Hola! ¡Qué bueno que llegaste! ¿Y Mariana?

—Va a llegar más tarde con su hermano. Estaba terminando no sé qué en la tienda y me dijo que me adelantara. ¿Listas para el plan? Pero primero vamos por algo a la barra para prepararnos.

Carla y Juliana aunque se conocían realmente no habían sido nunca amigas, pero al parecer gracias a Mónica estaban empezando a llevarse cada vez más. Eso le hacía sentir algo nuevo dentro de ella. Recordó a sus compañeras del colegio Santa Teresa con las que nunca había hablado mucho y sin embargo las había considerado sus amigas, antes de que no le marcaran ni una vez desde que sus papás murieron y ella se mudara. Eso le dejó un mal sabor de boca y la

hizo sentir un poco incómoda, pero trató de concentrarse en lo que sentía con estas nuevas amigas.

Ya en la barra, Juliana se acercó con toda seguridad, se hizo espacio entre la gente que la rodeaba y le gritó al cantinero para que le hiciera caso. Poco después, tenía tres bebidas en las manos que entregó a cada una.

—Toma, es una piña colada. Bueno, aquí es sin alcohol porque es tardeada, pero si eso es problema, allá afuera lo podemos remediar.

—No, así está bien —dijo Mónica. Nunca le había gustado beber.

—¿Tiene hielo? —preguntó Carla.

—Sí claro, lo hacen en la licuadora con hielo —Juliana no podía evitar poner cara de que eso era una pregunta absurda.

—Mmmm yo no la quiero, gracias. Es que no me gustan los cangrejos gigantes.

Mónica y Juliana se voltearon a ver como tratando de saber si la otra acababa de escuchar lo mismo salir de la boca de Carla.

—¿Qué? —preguntó Juliana.

—Sí, es que el hielo me recuerda a los icebergs. Eso me recuerda al Ártico y el Ártico me recuerda que en el fondo de ese mar hay unos cangrejos gigantes que parecen arañas monstruosas y eso no me gusta.

—Okay... —dijo Juliana mientras tomaba la piña colada y la dejaba en la barra con cara de no estar segura si Carla estaba bien de la cabeza o no —¿Qué tal una coca sin hielo?

—Sí, mejor.

Después de eso, empezaron a recorrer el lugar buscando a Juan Carlos y a Devora, pero no parecían estar en ningún lado. Mónica sintió un hoyo en el estómago. *¿Será que se olvidó de mí y ya se fueron?* Juliana y Carla se veían muy relajadas, bailaban, se reían y platicaban sin darse cuenta de la angustia que había invadido a Mónica que presentía que algo estaba mal, muy mal.

De repente sintió que la jalaban y ahí estaba Juan Carlos muy alterado gritándole.

—¿¿Dónde estabas?! ¡Te desapareciste de la nada y no sabía a dónde te habías ido! ¡Creí que te había pasado algo! ¡Te hemos estado buscando por todo el lugar!

Estaba tan rojo, y sí, se veía asustado. Mónica no entendía lo que estaba pasando o por qué le decía eso, ella le había dicho lo que iba a hacer.

—Pero yo... no... sí les avisé...

Él la tomó del brazo y empezó a jalarla hacia la entrada. Mónica volteó a ver a sus amigas que no estaban seguras de lo que sucedía, pero desde lejos y con señas le preguntaban si requería que intervinieran y que no dejaran que Juan Carlos se la llevara. Negó con la cabeza y dejó que la sacara del lugar.

—Me espanté horrible —reprochó él.

—¿Pero por qué? Yo les dije a dónde iba y justo estaba regresando a buscarlos.

—¿No entiendes? No he parado de buscarte, creí... creí que algo malo te había pasado o que te habías ido sin avisarme con alguien más.

—¿En serio? —ella empezó a sentir mariposas en el estómago. *¿Está celoso?*

—Sí, fue horrible... es que no entiendes... eres mi responsabilidad... no sé, sentí como si hubiera perdido a mi hermanita o algo así importante.

—¿Hermanita? —las mariposas sufrieron una muerte agonizante. Se soltó de él que todavía la estaba agarrando del brazo. Estaba totalmente ofendida y desilusionada.

—No te preocupes, si sólo sientes que soy una responsabilidad, busco a alguien más que me regrese a mi casa porque creo que ya me quiero ir.

—Creo que tienes razón, voy por Devora para que nos vayamos. Espérame aquí, por favor no te muevas, otra vez —respondió algo confundido.

—Claro...

Cuando regresó con Devora, ella se comportó de manera fría y distante con él. No quería hacerlo, pero no podía evitarlo, el enojo la dominaba por completo y para no gritarle se mantuvo en silencio durante todo el camino a su casa. Casi podía jurar que veía una sonrisa triunfal en el rostro de Devora, lo cuál la hacía enojar más todavía. Estaba segura de que ella sí se había enterado de lo que les había dicho y no le había avisado a Juan Carlos.



La reja

No puedes cambiar cómo te tratan las personas
o lo que dicen de ti.

Lo único que puedes cambiar
es cómo reaccionas a ello.

Mahatma Gandhi

Cuando llegó a su cuarto, azotó la puerta y se dirigió a la cama, estaba segura de que les había dicho que iba a ver a sus amigas y regresaba. Estaba segura de que Devora la había escuchado perfectamente. Por la reacción que había tenido Juan Carlos, era evidente que él no le había entendido. Se quedó pensando en la cama un rato, recordó lo que Juliana le había dicho acerca de Devora. Parecía que estaba tratando de deshacerse de ella. Le había declarado la guerra de forma silenciosa por el susodicho muchacho y obvio no iba a ceder terreno. No podía permitirlo.

Sus padres peleaban por todo, entre ellos, en los negocios, con sus amistades, con gente que ni conocían con tal de probar que eran los mejores, aunque no estaba segura de si vivir en competencia por saber quién tenía más dinero, más propiedades, más viajes exóticos era como a ella le gustaría vivir, no podía huir de una pelea, no sabía cómo y ahora quería probarle a Devora que estaba mal. Ella se había equivocado en meterse con Mónica sin haberle hecho nada para provocarla.

Recordó aquella ocasión en la que su mamá no pudo soportar las fotografías que le enseñó su mejor amiga de su viaje a Mikonos y quiso hacer lo mismo, fue por eso que planearon un viaje a Europa e ir a ver el eclipse, lo demás fue historia. *Pero esto no es lo mismo, aquí me están atacando. Así que tengo que usar todo para responder.* Sabía que lo primero era reconciliarse de alguna manera con Juan Carlos, pero su orgullo no le permitía imaginar cómo podría iniciarlo ella. Tenía que encontrar la manera. Sólo podía pensar en que no se iba a dejar vencer.

El miércoles en la escuela le aclaró a Juliana y a Carla lo que había pasado en la fiesta. Ambas estuvieron de acuerdo en que Devora estaba actuando de forma sospechosa, pero según lo esperado. Mariana permaneció callada pero asintió cuando las otras dos opinaron que ahí *había gato encerrado*. Todo el pueblo sabía que estaba perdidamente enamorada de Juan Carlos y que no lo iba a soltar así como así.

—Es obvio que le interesas y eso ella no lo puede tolerar. Vamos a tener que pensar cómo se la quitamos de encima porque siempre la trae como lapa pegada y como ya vimos, no tiene miedo de atacar cuando se siente amenazada. Por cierto, ya tengo celular otra vez. Lo había tirado al agua y apenas mi papá me compró otro. Les paso el número.

Juliana les mostró su nueva *Blackberry*.

—Yo no tengo celular— dijo Carla un poco apenada.

—Yo ya tengo tu número, pero recuerda que comparto el celular con mi hermano, así que nada de mensajes —advirtió Mariana.

—Yo tampoco tengo. Lo aventé por la ventana poco antes de que mis papás murieran y pues por todo lo que pasó no me compraron otro. Todavía no he resuelto comprarme uno yo con mi

dinero.

—Bueno, anoten el número de todas formas. Siempre me pueden marcar de sus casas, si es necesario. ¿Qué van a hacer el viernes? Podrían venir a mi casa y luego vamos a dar la vuelta. Ya está empezando a hacer frío para el jacuzzi, pero podemos ir al Zócalo o a la Plaza Florentina, alrededor de la fuente está empezando a ponerse interesante.

Mónica pensó que debería ir justo a la Plaza Florentina a ver si ahí podía comprar un nuevo celular o tal vez en alguna de las tiendas del centro. Iba a tener que pedirle a David que la llevara. Había pasado meses sin tener uno, pero como no tenía a nadie con quién comunicarse... no le había importado. Ahora las cosas estaban cambiando. Se preguntó si su ahorro era suficiente como para comprarlo o tendría que pedirle a su tía.

Después del receso, encontró en su banca un paquete. Decía: “Para Mónica”, pero no tenía escrito por fuera quién lo enviaba. No pudo abrirlo en ese momento porque ya iba a empezar la clase, además de que le causaba angustia pensar que pudiera ser algo malo y no lo quería abrir enfrente de los demás. Lo metió dentro de su mochila y decidió esperar a estar sola. Todo pasó tan rápido que ninguna de sus amigas lo notó. Ya les contaría después qué era.

Cuando llegó a su casa no pudo controlar más su curiosidad y lo abrió. Era de Juan Carlos. Contenía un simpático peluche que cargaba un letrero que decía: “Lo siento”. Su rostro tenía un gesto gracioso y era morado con antenas. También incluía una pequeña nota:

Mónica:

Mira, yo no acostumbro a hacer esto. No escribo cartas ni nada así, pero quería disculparme contigo porque después de pensarlo mucho... creo que fui muy grosero y me porté muy mal contigo y con tus amigas también. Sí recuerdo que trataste de decirnos algo antes de desaparecer, pero ni Devora ni yo te escuchamos. Si actué así fue porque me preocupé por ti y me imagino que te enojaste conmigo por la manera tan brusca en la que te saqué del antro. Me disculpo por eso y espero podamos volver a hablarnos muy pronto.

Juan Carlos

Leer la carta la hizo sonreír. Agradeció no haber tenido que dar el primer paso, porque después de un par de días seguía sin saber cómo hacerlo. Después de leer un par de veces más la carta, estaba segura de que él era sincero, aunque era obvio que Devora estaba mintiendo, ya lidiaría con eso después. Decidió que le respondería, pero en cuanto tuvo la hoja en blanco enfrente de ella no supo qué escribir. Lilia, su nana, había tratado de inculcarle valores, pero nadie nunca se había disculpado con ella antes y no sabía cómo pedir perdón, ni cómo perdonar. Sin embargo, tenía que hacerlo para vengarse de Devora, así que se sentó durante horas en el escritorio hasta que finalmente y después de varios intentos que quedaron regados en el piso, logró contestarle.

Juan Carlos:

Yo tampoco acostumbro a escribir, pero quería agradecerte por la carta y el peluche. Me gustó mucho. Lo pondré en mi escritorio para observarlo diario. Creí que me habían escuchado cuando les dije que iba a buscar a mis amigas, porque nos habíamos quedado de ver al lado de las bocinas y no me di cuenta que no me entendiste. Te perdono el que te enojaras conmigo porque lo entiendo. Creo que yo, en tu lugar, también me habría preocupado. Me despido y nos vemos en la escuela pronto. Ojalá luego podamos organizar algo más.

Mónica

Se sintió muy complacida con su respuesta. La metió en un sobre junto con el número de teléfono de su casa y pensó que ahora se enfrentaba a la situación de que se la tenía que hacer

llegar. Intentó hacer la tarea de la clase de literatura y empezó a leer “El Conde de Montecristo” sin lograr concentrarse. *¿Cómo haré para dejarle la carta en su lugar sin que nadie se dé cuenta? ¿Le pido ayuda a alguien? No, mejor no.* Transcurrió la tarde y no avanzó nada con su libro, así que se dio por vencida y lo dejó a un lado. De todas formas ya era hora de bajar a cenar con su tía.

—¿Cómo te fue en la escuela hoy?

—Bien.

—¿Qué tal tus clases?

—Bien.

Su tía suspiró.

—¿Cómo te has sentido con las lecciones de miss Laura? ¿Te han servido?

—Creo que bien —contestó Mónica después de pensarlo por un momento.

—¿Tienes alguna respuesta diferente a sólo bien?

Mónica la miró sin estar segura qué esperaba que dijera.

—No.

Su tía comió un bocado de carne asada para manejar la frustración. Después de masticar un rato, lo volvió a intentar.

—¿Qué tal te pareció la feria de día de muertos?

—Fue... interesante...

—¿Te gustaron las ofrendas? Cada año hacen unas espectaculares.

Mónica se dio cuenta que no podría nombrar ni una sola ofrenda, mucho menos describirla, ni porque la amenazaran con una pistola en la cabeza.

—Sí, muy bien.

Su tía pareció darse por vencida con el tema de la feria.

—Mañana iré al DF a una cita con el abogado, pero espero regresar el mismo día. Al parecer avanzamos con el asunto de tu herencia y creo que podré ser tu tutora legal, pero lo sabré hasta mañana.

—¿Ya no seré pobre?

—¿Pobre? —su tía rió—. ¿Qué sabes tú de ser pobre niña? No te ha faltado nada ni un solo día de tu vida. Nunca has pasado hambre, ni te has quedado sin hogar. Tú mayor problema es que la cantidad de dinero de la que puedes disponer de momento es mucho menor a lo que esperarías, pero no estás en la calle.

—Sí, ya sé. El dinero de la cuenta de mi mamá. Ya sé que malgastó el dinero de mi papá.

—Ese dinero nunca fue de tu papá. Si tu mamá malgastó ese dinero, fue su propia herencia. Cosa que quiero que aprendas a no hacer tú.

—¿Herencia?

—¿Sí sabes que tu abuelo tenía una empresa que vendió y que le pagaron mucho por ella?

—Creo... —respondió aun y cuando no sabía nada del tema.

—¿Sí sabes de dónde viene tu nombre? ¿Verdad?

—Creo que de la mamá de mi mamá —eso sí lo sabía.

—Sí, doña Mónica, le decían. Su familia era la dueña de la empresa y tu abuelo, mi hermano, tomó el mando de la misma cuando murió su suegro.

—¿Mi abuela no se hizo cargo de su empresa?

—No, no sé si ya estaba enferma en ese momento, pero no vivió mucho más que su papá. Jaime vendió la empresa cuando Adriana estaba en la universidad y de ahí viene el dinero que heredaste. En este momento, no hemos podido recuperar nada del lado de tu papá.

—¿Y mi mamá se lo gastó todo?

—No creo. Sé que mi hermano hizo varias malas inversiones y perdió millones, pero Adriana al parecer lo gastó a puños en cuanto tu abuelo murió, no mucho después de que tú naciste.

Sabía que su mamá se había quedado huérfana antes de que ella pudiera conocer a sus abuelos y también alguna vez su nana le dijo que la habían llamado Mónica en honor a su abuela, pero no conocía ninguno de los detalles que ahora le daba su tía. Por primera vez en su vida, pensó que conocía a su mamá menos de lo que pensaba. Es más, no estaba segura de conocer en absoluto a la mujer que ahora estaba sentada frente a ella. A pesar de que eso la hizo sentir intranquila, no dijo nada. Se dedicó a terminar su cena.

Ya en su cuarto, se acostó en la cama y se puso a ver televisión. Necesitaba algo que la distrajera porque estaba segura de que no iba a poder descansar de otra forma. Eligió un documental de cómo se hacían los *tupperware* que sirvió para arrullarla. Mientras se quedaba dormida, recordó cuando el abogado de su papá llegó a su casa al día siguiente del funeral. En ese momento ella no sabía qué iba a hacer. Al menos la mitad del personal de servicio ya había desaparecido llevándose sus cosas y Dios sabe si algo más, no le interesaba averiguarlo. Él venía por papeles y a informarle lo que iba a pasar. No recordaba mucho, en su momento no lo escuchó, estaba como en otro lado y la gente a su alrededor eran sólo manchas que le hablaban en un idioma que no entendía. Le venían a la mente fragmentos de la conversación.

—Vamos a ver con la notaría la fecha para la lectura del testamento.... unos seis meses más o menos... voy a contactar a tu posible tutora y albacea, no la conozco, pero ya localizamos sus datos, es una tía de tu mamá, la señora Lucrecia Merlo, viuda de Iniestra...

—Vaya nombre.

—Sí... está en un pueblo, cerca de aquí... también, tenemos que ver qué se va a hacer con la deuda... Hacienda... y los accionistas quieren una junta para ver...

En ese momento dejó de escuchar por completo. Ahora viviría con una desconocida, Dios sabe en dónde, en un lugar que ni conocía. No le dio las gracias al abogado cuando se fue, tampoco estaba segura si él siquiera se despidió. Tal vez, simplemente se cansó de ser ignorado, se paró y se retiró. Estaba tan enojada en ese momento que entró al cuarto de sus padres y empezó a romper todo lo que se encontró a su paso.

—¡Me dejaron en la miseria! ¡Me dejaron viviendo con una desconocida! ¿Dónde están? ¡No es justo! ¿Dónde están? ¡Mamá! ¡Papá! ¿Dónde están?

Gritó hasta que la garganta ya no le dio más. Se quedó dormida al pie de la cama de sus papás como lo había hecho varias veces más cuando tenía miedo pero no la dejaban dormir con ellos.

Al día siguiente en la escuela, se sentía como en la película de *Misión Imposible*, como una espía con la tarea de infiltrarse en un salón ajeno y dejar la carta sin ser vista. Aun si su vida dependiera de ello, no habría podido recordar nada de lo que vio en sus clases ese día. Sabía que él iba a pasar todo el receso jugando fútbol, porque ya lo había observado antes, unas cuantas veces, bueno diario, y que Devora iba a estar ahí observando el juego, así que al menos ella no le estorbaría. Se escabulló al salón de Juan Carlos, buscó sus cosas y dejó la carta en su banca entre dos libros. Se sintió muy satisfecha cuando escuchó a alguien entrar al salón.

—¿Qué haces?

—Nada.

Volteó y era el amigo de Juan Carlos, el hermano de Mariana, Rodrigo. Ya los había visto platicando antes, pero nunca había hablado con él. Sólo lo ubicaba de lejos y de lo poco que Mariana había mencionado de él, para ser cuates, casi no se parecían entre sí aunque tenían la misma mirada.

—Ajá... —dijo él sin ocultar su sarcasmo.

—Me confundí de salón, pero ya me voy —fue lo primero que le vino a la mente.

—Claro... Bueno, si te vuelves a confundir de salón después y estás buscando comprar algún programa de computadora, aquí suelo estar. Ahora tengo el *Encarta*, por si te interesa. Te puedo dar descuento por primera vez y sólo por ser amiga de Mariana.

—¿Me conoces? —Mónica estaba realmente sorprendida.

—Todos te conocen y más porque ya te he visto con mi hermana y considerando el carácter que tiene, siempre es interesante ver quién se junta con ella. No te preocupes, no diré nada sobre que “viniste a hacer nada”.

—Okay... Gracias —suspiró con alivio en su voz.

Rodrigo se sentó en su banca, sacó un cómic de su mochila y empezó a leer como si ella no existiera y estuviera solo en el salón. Mónica no supo bien cómo sentirse al respecto, pero decidió salirse y hacer como si esa interacción nunca hubiera sucedido. *El hermano de Mariana es tan raro como ella.*

Esa tarde estuvo dando vueltas como un coyote alrededor del teléfono mientras lo observaba fijamente. *Suena. Vamos, suena. Suena.* Trató de ignorarlo, pero no pudo evitar regresar a pararse enfrente de él a cada rato. *Esto es muy estúpido. Me rehúso a estar aquí esperando por una eternidad.* Se dirigió a la cama, volteó a ver de reojo el teléfono en la mesa y cuando se dio la vuelta, riiiiiiing... sonó. Salió corriendo como loca, se tropezó con el sillón, cayó al suelo de boca y desde ahí contestó.

—¿Bueno? ¿Quién habla? —todavía respiraba exaltada mientras se incorporaba, pero lo estaba tratando de disimular.

—Yo. Juan Carlos.

—¿Qué onda? ¿Por qué me marcas?

Qué pregunta más estúpida.

—Bueno... tú me diste tu teléfono —su confusión era obvia.

—Es verdad.

—Y quería invitarte al cine el viernes —el corazón de Mónica empezó a latir tan fuerte que sentía que se le iba a salir del pecho y se infló de la emoción —.Vamos a ir con Devora a ver una película que no tiene mucho que salió, *American Beauty*, y quisiera que nos acompañes.

El corazón de Mónica se desinfló y una pequeña furia empezó a crecer en su interior.

—Ah —dijo en un tono desganado que salió natural. Por un momento, pensó si ir o no, porque la idea de volver a salir los tres era tan tentadora como hacerse una endodoncia sin anestesia —. Sí, sí voy. ¿A qué hora?

—Pasamos por ti a las siete.

—¿Qué película me dijiste?

—Se llama *American Beauty*. No sé de qué se trata... ya que estemos ahí vemos y si no hubiera boletos, vemos qué otra película hay.

—Bueno, está bien.

—Muy bien. Ya me tengo que ir porque aquí está Devora que vino a ayudarme a estudiar historia... Nos vemos en la escuela mañana.

La sangre de Mónica ardía con el coraje que sentía.

Colgó y suspiró. Estaba entre saltar de alegría, aventar la televisión por la ventana, gritar o bailar por toda la habitación. Se sentía confundida. Estaba feliz de que Juan Carlos le hubiera hablado para invitarla a salir, pero no podía dejar de sentir rabia por tener que ir con Devora también. No estaba segura de las intenciones que él tenía, lo que sí sabía es que tendría que cuidarse de ella.

Se sentía inquieta y todavía era temprano como para dormirse, así que decidió pasearse por la casa. Salíó a que le diera el aire y se dio una vuelta por los establos y las caballerizas. Alguna vez sus papás quisieron que practicara equitación, pero cuando un caballo le mordió la playera que traía en su tercera clase, desarrolló un miedo tal, que no hubo manera de hacerla subirse a uno de nuevo. Sin embargo, en esta ocasión los caballos se veían tan apacibles que pensó pedirle a don Chente, que era el encargado de los animales, que le enseñara a montar. Tenía entendido que todavía algunas veces su tía montaba a caballo, aunque no le había tocado verla. Se paseó por el jardín y se sentó en una de las bancas de piedra por un momento. Un grupo de perros pasó y la olisqueó mientras le movían la cola. Al ver que no tenía comida, continuaron su camino hacia la cocina. Ya empezaba el atardecer. Cerró los ojos e imaginó que Juan Carlos llegaba, platicaban y la tomaba de las manos, se acercaba, más y más, estaba a punto de besarla...

—Niña, ya es hora de cenar. Doña Josefa te preparó espagueti. Tal como se lo pediste la otra vez. Ése que es con carne.

—A la boloñesa. ¿Ya regresó mi tía?

—No, aún no, pero debe de llegar hoy. Seguramente vendrá ya en camino.

El espagueti estaba muy bueno. Doña Josefa era una excelente cocinera. Ya había subido al menos tres kilos desde su llegada a la casa. Antes, no le daba hambre nunca, pero aquí le preparaban casi todo lo que pedía y siempre muy rico. Se preguntó cuál sería el ingrediente que hacía que todo supiera tan bien. Tendría que darse una vuelta a la cocina para averiguarlo.

Al terminar de cenar se seguía sintiendo muy inquieta, tal vez era el hecho de haberlo hecho sola. Como no tenía nada mejor que hacer, decidió explorar la casa porque estudiar no era en ese momento una opción a considerar, imposible que pudiera concentrarse. Primero, revisó las habitaciones de la planta baja. Algunas ya las conocía, pero otras no. En las habitaciones que estaban desocupadas había bastante polvo. Se veía que sólo se limpiaban pocas veces al año. Todos los muebles estaban cubiertos de sábanas blancas. En algunas encontró cajas con curiosidades como álbumes de fotografías de personas que ya había visto en la sala, pero que no conocía. En otras, retratos enmarcados. En una en particular, descubrió lo que parecía ser el retrato de bodas de su tía. Lucía tan joven. No sonreía, pero vestía muy elegante con un velo largo y lleno de encaje. Su vestido era sencillo, pero muy favorecedor. Podía ver en sus ojos a la persona que era ahora. También, encontró pinturas, libros, llaves que decidió probar en la reja y otros objetos que había regados por todos lados, algunos interesantes, otros no.

Probó las llaves en la reja, pero ninguna abrió. Seguía intrigada sobre qué había allá arriba y le causaba demasiada curiosidad lo que podía estar ahí guardado, en especial porque los otros

espacios de la casa estaban abiertos, sin ningún tipo de restricción para poder entrar o salir. Volvió a escuchar pasos como la otra noche y salió corriendo a su habitación. No quería tener que dar explicaciones de por qué estaba ahí tratando de abrir la reja del ático.

—Niña, despierta. Ya se te hizo tarde. ¿No oíste el despertador?

—¿Qué?

Volteó a ver el reloj. 6:30 am. Las clases empezaban a las 7:00. Se levantó de un brinco y corrió al baño.

—¿Vas a desayunar?

—No, no me da tiempo.

—Le diré a doña Josefa que te ponga algo para comer en el camino.

Nunca se había bañado tan rápido. El agua estaba fría y tiritaba pero no tenía tiempo para pelearse con el calentador. Se vistió y salió de la casa en menos de 15 minutos con el pelo mojado y el corazón acelerado. Entró a clase con el estómago vacío porque no tuvo tiempo de comerse la torta que le habían dado sino hasta la hora del receso.

—Está bien. Vete al cine con ellos. Nos organizamos para que vengas a la casa el siguiente fin de semana —dijo Juliana y después fumó una última bocanada del cigarro que tenía en la mano y lo apagó en una piedra que había en los arbustos.

—¿No te molesta? —Mónica sonaba realmente angustiada.

—No, ya sabíamos que para vengarte de Devora, tienes que pasar tiempo con Juan Carlos y él te acaba de invitar al cine. Es la oportunidad perfecta.

—Yo creo que deberías tratar de hacerte su amiga —todas voltearon a ver a Carla como si viniera de otro planeta.

—¿Que no viste lo que hizo en la feria? Mónica prácticamente no estuvo ni una hora por su culpa —Juliana seguía molesta por no haber podido hacer nada de lo planeado, aunque no con ella.

—Bueno, pero que no te afecte tanto lo que hace o dice, al menos. No sé si está tratando de atacarte, pero tú no dejes que te arruine la salida —recalcó Carla.

—Estoy de acuerdo con Carla —Mariana hablaba poco pero parecía pensar igual que Carla.

—¿En serio? —Mónica no estaba segura cómo dos personas tan diferentes podían coincidir tanto en sus puntos de vista.

—Sí, qué flojera dejar que lo que haga Devora te arruine el día. No lo permitas —Mariana hablaba con su aburrimiento característico.

—Eso suena fácil, pero checa. Yo creo que va a ser más hostil esta vez. Voy a pensar qué podemos hacer para quitarla del camino para la que sigue —una sonrisa se dibujaba en el rostro de Juliana mientras imaginaba qué planear.

Mónica agradeció que sus amigas no se molestaran por cambiarles el plan y esperaba poder contarles después cómo le había ido. No estaba segura cómo conseguir que lo que hiciera Devora no le afectara, se le hacía imposible, pero como decía Juliana, aprovecharía para estudiar su comportamiento detenidamente.

A las 6:30 ya estaba arreglada y esperando a que dieran las 7:00 para que pasaran por ella. No le quitaba la vista al reloj y cada minuto que pasaba sentía que duraba una eternidad. Trataba de ver si desde su cuarto podía escuchar el timbre. Esta vez no quería parecer demasiado ansiosa esperando en la sala, e hizo un enorme esfuerzo por no estar sentada al lado de la puerta principal

abajo del timbre. *Suena, suena. Vamos... suena.* Intentó imaginar que tenía el poder de materializar a Juan Carlos en la puerta y de paso eliminar a Devora. Recorrió toda su habitación una y otra vez como león enjaulado y para cuando dieron las 7:02 sentía que se quería aventar por la ventana, pero justo antes de cualquier cosa, alguien tocó la puerta, la abrió y era Rufina.

—Niña, ya llegaron por ti.

—Gracias —murmuró.

Bajó las escaleras corriendo, por lo cuál se tropezó y en el último escalón se fue de boca, pero se levantó de un salto, maldijo las escaleras y se tambaleó hasta la puerta. Respiró hondo, se ajustó la ropa y abrió.

—Hola —falló de forma miserable en tratar de ocultar su entusiasmo de verlo.

—Hola —él se acercó y le dio un beso en la mejilla a modo de saludo, nunca antes había hecho eso —. ¿Cómo estás?

Ella se tomó unos segundos para retomar el aliento.

—Bien —dijo tratando de sonar lo más neutral posible, pero su emoción la traicionó.

Caminaron juntos hacia el coche.

—Hola —dijo Devora en un tono poco amable y seco.

—Hola —respondió Mónica en el mismo tono.

Como siempre, Devora iba sentada en el asiento de adelante. Era como su guardaespaldas y el idiota parecía no notarlo. Eso la irritaba mucho, en realidad demasiado. Tanto que sentía que quería darle un puñetazo en la cara a cualquiera de los dos, o a los dos, pero por diferentes motivos.

Por suerte, el horario de la película sí les acomodó y, aunque todavía había lugar, la sala estaba llena y les costó trabajo encontrar tres asientos juntos. Juan Carlos corrió hacia ellos para que nadie más se los ganara. Él se sentó primero, Devora la empujó para pasar antes y se sentó al lado de él, así que Mónica quedó al final. Eso hizo que su irritación creciera todavía más. Aunque la película era buena, ella no pudo concentrarse en lo que estaba viendo y sólo podía pensar que su malestar iba en aumento con cada minuto que pasaba. *Que no me afecte lo que hace y que no me arruine la salida, sí claro.*

Durante el trayecto de regreso, sentía que tenía que permanecer callada para no gritar, así que fijó su mirada en el camino y trató de ignorar a los demás. Casi podía jurar que Juan Carlos la iba viendo por el espejo retrovisor cada vez que podía, pero no se atrevía a voltear o sentía que iba a decirle algo de lo que después se podía arrepentir.

Al llegar a su casa, Juan Carlos se bajó del auto para acompañarla a la puerta y volteó a ver el recinto con una mirada nerviosa. Con las luces apagadas resultaba muy imponente y tétrico. Ninguna otra casa de las que había visto en el pueblo tenía las columnas ni los ventanales como la suya, así que Mónica entendía por qué él los observaba fijamente. La puerta en apariencia parecía ser muy pesada, pero Rufina por lo general la abría con gran facilidad y Mónica, sobre todo cuando estaba enojada, no tenía ningún problema para abrirla. Él le abrió la puerta del auto, lo cuál no dejaba de sorprender a Mónica y mientras se bajaba casi podía jurar que Devora se retorció del coraje con una cara de enfado y un brillo de odio en sus ojos.

Tocó el timbre y mientras esperaban a que le abrieran, porque en su prisa por salir había olvidado sus llaves, él le dijo

—Mañana te hablo, quisiera platicar contigo y después podríamos ir al cine de nuevo.

—Sí, está bien. Voy a estar aquí en la casa en la mañana —hizo un enorme esfuerzo para no gritarle en ese momento que no se le ocurriera volver a traer a Devora a una de sus citas o lo iba a golpear.

En cuanto se abrió la puerta, ella entró a la casa murmurando adiós y la puerta se cerró tras de sí sin que hubiera escuchado una respuesta.

Al subir las escaleras, probó la reja para ver si de casualidad estaba abierta. Sólo para sentir que su noche no había sido un total y completo fracaso. Estaba cerrada, obvio. Recargó su cabeza contra ella. Sentía que la quería arrancar con sus manos, pero al tomarla y jalar, no la movía nada. *¿Por qué está esto cerrado?* Fue cuando se le ocurrió preguntarle a Rufina sobre la reja. Ella llevaba Dios sabe cuánto tiempo en la casa y tal vez sabría algo. Sólo necesitaba el valor para preguntar.

—¿Qué tal tu cita?

—Horrible. No hay forma de deshacerse de Devora y lo peor es que es súper grosera.

Juliana rió.

—Me imaginé que algo así iba a ser.

—Intenté hacer lo que decía Carla, pero la verdad, no pude.

—Yo tampoco habría podido, la verdad —aceptó Juliana.

—Y Juan Carlos parece no notarlos, eso me da mucho más coraje.

—Sí, no pareciera ser muy brillante en ese sentido.

—En fin, ¿nos vemos al rato?

—No puedo. Tengo que hacer unas cosas con mi mamá en San Carlos. Así que no voy a estar.

—Tú no has salido con ningún chico últimamente, ¿verdad? —se le ocurrió preguntar en ese momento.

—No desde que corté con el innombrable a principios de año. La verdad, fue tan horrible que ahorita no me dan ganas. A ver qué pasa en el nuevo milenio.

—¿Y Mariana y Carla?

—Carla, la verdad no sé y a Mariana no parece interesarle en lo absoluto. Sólo piensa en la tienda, nunca he visto que le guste ningún chico.

—¿Y chica?

Juliana rió.

—No, tampoco, pero quién sabe, caras vemos, corazones no sabemos. Ánimo, vas a ver que al rato te marca.

No marcó. Mónica lo maldijo un millón de veces por no darle un horario específico, pero pasó toda la mañana pegada al teléfono y nada. Podía sentir cómo el aparato se burlaba de ella y de su impaciencia. Pasado el mediodía, cuando creía que estaba apunto de enloquecer y volver a redecorar su cuarto aventando todo por la ventana, alguien tocó su puerta con timidez. Supo quién era antes de abrir.

—Hola, Carla.

—Hola. Me le pegué a Lorena que vino a ver a tu tía —fue cuando notó su cara desencajada por la frustración—. ¿Qué pasó? —preguntó preocupada.

—Nada. Ayer el estúpido de Juan Carlos me dijo que me iba a marcar, pero no lo ha hecho.

—Ya veo... ¿quieres que salgamos de aquí?

—Sí, por favor antes de que enloquezca.

—¿Por qué no vamos por un helado? En el zócalo se pone un carrito que tiene unos muy buenos. Lorena sólo le está checando la presión a tu tía, así que nos puede dejar ahí. Ya que después te recoja David.

—Me parece una fantástica idea. Voy por mi suéter.

Se sentaron en una de las bancas del zócalo cada una con su cono de oblea en la mano. Mónica nunca había probado un helado de un carrito, es más, casi nunca había comido helado porque su mamá prohibía el azúcar en su casa, pero estaba bueno. Ella decidió probar el de mamey y Carla comía uno de vainilla muy complacida.

—Carla...

—Dime.

—¿Cómo le haces para verte tan tranquila? ¿Es el hecho de que no te gusta nadie?

—No creo —Carla rió—. En dado caso podría estar angustiada porque precisamente no me gusta nadie, como a mi prima Claudia. Aunque ella es más bien porque este año cumple treinta y no está ni cerca de casarse. Todos la presionan para que se case, pero yo no entiendo. No veo por qué es tan necesario. Trabaja como secretaria en San Carlos y le va bien, pero aún así todas mis tías le dicen todo el tiempo que necesita marido.

—Bueno, yo no hablo de casarse.

—Yo quiero estudiar. Quiero saber por qué los animales son como son, cómo llegaron a ser así. ¿Tú qué quieres, Mónica?

—No lo sé. Nunca me había puesto a pensar en ello.

—¿Y qué te gustaría?

—No estoy segura. No sé si puedo pensar en el futuro. Me siento perdida.

—Bueno, ¿qué te gusta? —preguntó Carla con la boca llena mordiendo el cono de su helado.

—Buena pregunta. Siempre me he enfocado en lo que no me gusta, así que no sé qué es lo que me gusta.

Carla debió de haber visto la cara que puso, porque le sonrió con dulzura.

—Bueno, empieza por ahí.

¿Qué me gusta? ¿Qué quiero? Esa idea le puso la mente en blanco, pero no la dejaba en paz. Sentía que tendría que saber la respuesta, ya casi era adulta, pero no, ni idea. *Si fuera mayor, sabría lo que quiero, ¿no?* Eso y la molestia de que Juan Carlos no le había marcado, le daban vueltas en la cabeza sin parar y aunque cuando se fue a dormir ya era tarde, no podía conciliar el sueño.

Despertó después de dormir sólo un par de horas, era domingo y tenían que ir a la iglesia. Le parecía muy hipócrita toda esa gente que seguro se portaba mal toda la semana y creía que por ir a la iglesia un día en particular como por arte de magia se salvaría de ir al infierno, que probablemente se merecían. Se preguntaba si ahí estaban sus padres, pagando por cada lágrima que ella había derramado por su culpa hasta quedarse seca y ya no le era posible llorar más. No tenía caso pensar en eso, ya la habían dejado en paz.

Al estar en la iglesia, sentía un malestar en su interior, tal vez era la falta de sueño o era algo que le recordaba sobre lo que ayer había hablado con Carla. El padre Luis se dirigía a la congregación que le respondía con entusiasmo a pesar de la hora tan horrible en la que todos estaban despiertos en domingo. De vez en cuando sentía su mirada sobre ella. Mónica usaba toda

la energía que había en su ser para no mandar todo al diablo y dormirse en la banca al lado de su tía que ya de por sí desaprobaba todo lo que hacía.

Después de la misa, el padre se acercó a ellas y las saludó con una sonrisa. Mónica sintió de inmediato una profunda enemistad por él y por cualquier otra persona que tuviera tanta energía tan temprano. Seguro había un lugar especial en el infierno para todos ellos.

—Doña Lucrecia, ¿cómo le ha ido?

—Bien, padre. Gracias.

—¿Qué tal su salud? ¿Cómo vas Mónica? ¿Cómo es ser la dama de compañía de tu tía?

Doña Lucrecia gruño.

—Estoy mucho mejor y ya sabe padre que no soporto los chaperones. Mi sobrina me acompaña porque ahora vive en mi casa. Soy su única familia.

El padre Luis dirigió su mirada y su sonrisa hacia ella. Mónica quería golpearlo para quitársela del rostro. Nadie debería de estar tan feliz a esta hora de la madrugada.

—¿Cómo estás Mónica?

—¿Por qué?

El padre de inicio se sorprendió por la rudeza y sequedad con la que le contestó, pero volvió a su sonrisa habitual a los pocos segundos.

—¿Vamos a tener nuestra charla esta semana?

—No.

—Sí.

Mónica volteó a ver a su tía con resentimiento e incredulidad. Ya habían pasado algunas semanas desde la última vez que la forzó a hablar con él. Creía que ya la había librado. Su tía continuó ignorando la mirada asesina que le estaba lanzando.

—Sí, padre. Creo que la beneficiará bastante.

—Estupendo.

Mónica estaba sentada otra vez con los brazos cruzados en la oficina parroquial.

—¿Qué pasa Mónica? He observado que no comulgas y que siempre pareces estar disgustada. ¿Tienes algún problema?

Ella soltó una risa incrédula y contestó en tono sarcástico.

—No, no tengo ningún problema.

El padre ignoró el tono, tal como su tía había ignorado su mirada. Eso la frustró todavía más.

—¿Qué pasa entonces?

—Sólo es el hecho de que me obliguen a venir. No comulgo porque no quiero. Mis padres eran prácticamente ateos, pero la verdad creo que nunca me llevaron al catecismo porque se les olvidó. No sé ni cómo me dejaron hacer la primera comunión. Nunca se preocuparon de mi educación religiosa. Tengo entendido que me bautizaron por presión de mi abuela paterna, que murió poco después y ahí quedó todo. Antes de llegar aquí, no creo haber ido a la iglesia más allá de un par de veces y estoy casi segura que una de esas, fue mi bautizo y la otra mi primera comunión.

—Ya veo.

—Mi nana alguna vez trató de que fuéramos a la iglesia, pero yo me negué. No puedo negarme a mi tía, así que aquí estoy, pero no me interesa nada de esto.

—Lo lamento mucho.

Le sorprendió la sinceridad con la que le hablaba. Ella esperaba ver terror en sus ojos por todo lo que acababa de decir, pero sólo encontró que la miraba con compasión, lo cuál la hacía sentir todavía más incómoda.

—No necesito su lástima. Dios nunca se fijó en mí. ¿Qué más da?

—Bueno, te agradezco que estés aquí hoy.

Mónica se movía nerviosa en su asiento. Esperaba que el padre casi se desmayara mientras lo observaba con fastidio, pero no, ahí estaba, mirándola con compasión. Eso era mucho peor.

—Dios te ama. Dios es amor. Claro que se fija en ti.

—No. Alto. Odio eso. Dios no me ama. Eso es absurdo. Nadie que te ama te hace pasar por todo lo que yo he vivido. No puede ser así.

—Bueno, en este momento, ¿qué piensas?

—Pienso que nada tiene sentido, que esto es absurdo y no tiene caso. El mundo está en mi contra.

—¿Piensas que dentro de lo absurdo de la vida puede existir la felicidad?

—¿Cómo? —preguntó confundida.

—No voy a empezar con creer en Dios, porque no estás abierta a eso en este momento, pero te recomendaría que te concentres en lo que sí puedes controlar.

—No puedo controlar nada.

—¿Estás segura?

—Sí.

—No estoy de acuerdo.

—¿Por qué no?

—Porque puedes controlarte a tí misma, tu actitud. No puedes controlar tus circunstancias, pero sí cómo reaccionas. La positividad es una elección, Mónica. Tu felicidad no depende de lo que te pase o lo que te haya pasado, sino de tu actitud ante la vida. Qué tan feliz seas va a depender de lo que pienses.

—Es fácil decirlo, padre. Usted no parece haber vivido nada difícil en su vida —Mónica rió con algo de sarcasmo.

—No estés tan segura.

—¿Por qué no? Está aquí tan tranquilo y sonriente a esta hora de la madrugada.

El padre Luis encendió un cigarro, la miró fijamente y suspiró hondo antes de hablar.

—Mi padre fue un alcohólico violento que se desquitaba con su familia. Todavía tengo las cicatrices en la espalda para probarlo. Durante muchos años de mi juventud yo me sumergí en las drogas, el alcohol y vamos a dejarlo en acciones que no me dejaban nada bueno ni a mí, ni a nadie.

Mónica no pudo evitar que la boca le llegara hasta el suelo. Se quedó muda por varios segundos, pero la curiosidad fue más grande.

—¿Y qué pasó?

—Después de una experiencia muy desagradable, me di cuenta que tenía que cambiar mi perspectiva, que yo era responsable de mí mismo y que sólo iba a encontrar la salvación dedicando mi vida al servicio de los demás. Yo encontré a Dios, pero si en este momento, no

quieres escuchar acerca de eso, al menos piensa que no son las circunstancias las que te controlan a ti. Más bien eres tú quien puede controlar tu manera de reaccionar ante lo que te sucede. Empieza con eso.

Empieza con eso... Mónica no estaba contenta con la recomendación del cura. Durante el trayecto en el auto, de regreso al rancho con su tía, permaneció callada. Se encontraba muy molesta con todos a su alrededor.

—No quiero regresar.

Estaban ya cerca de la reja de la entrada. Su tía suspiró con la misma frustración que había experimentado en la iglesia.

—¿Por qué no? Te hace bien.

—¡No puede obligarme! —respondió Mónica alzando el tono de voz.

—De hecho, sí puedo si así lo decido. Soy lo más parecido a una tutora que tienes y puedo hacer que me obedezcas quieras o no. Podría prohibirte las salidas que has hecho, negarte los permisos, pero no lo hago. No quiero encerrarte en tu habitación y que no puedas salir nunca ni hacer tu vida.

—¡No es justo!

—La vida no es justa —su tía sonrió y le dijo con voz calmada, a pesar de su exasperación que seguía siendo visible—. En mis tiempos, nos limitaban mucho más y me obligaron a cosas que no tengo intención de obligarte a ti. Sin embargo, la disciplina y la rutina no te van a matar, al contrario. Te estoy regalando la oportunidad de aprender a crear hábitos y forjar tu autodisciplina, que no tienes ninguna, por cierto. Los berrinches no te van a llevar a nada bueno en esta vida. Eres lo que haces todos los días, no lo olvides.

Mónica hizo tal coraje que las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas enrojecidas, pero no dijo nada porque no quería reconocer que estaba dejando que su enojo la dominara. Nunca había tenido que aprender a controlarse. Siempre sacaba todo su enojo, lloraba, gritaba, rompía cosas, insultaba a la gente, hasta que no le quedaba nada dentro y se sentía como un globo desinflado. No sabía de qué otra forma se supone que tenía que actuar y le molestaba que le dijeran que se tenía que controlar. Su tía atestiguó la manera violenta con la que cerró la puerta al descender del auto sin decir una palabra más.

Cuando llegó a su habitación, Mónica azotó la puerta tan duro, otra vez, que uno de los cuadros se cayó de la pared al suelo. Deshizo su cama, gritó en una almohada, pataleó y tiró otros tres cuadros, las cortinas y otros objetos decorativos por la ventana al jardín.

Cuando terminó, tirada en la alfombra, la invadió un sentimiento de culpa por haber perdido el control cuando era precisamente lo que quería demostrar que no le pasaba. Se avergonzó porque justo había hecho lo que ella no quería reconocer que sentía y por primera vez en su vida no quería que le sucediera de nuevo. *Yo no hago berrinches, tengo que demostrarles que no tienen la razón.*

Fue hasta después de las cuatro de la tarde cuando Rufina tocó a su puerta y tuvo que levantarse de la posición fetal en la que se había quedado toda la mañana.

—¿Pasó por aquí un huracán? —dijo mientras observaba la habitación devastada por el berrinche de Mónica. Luego hizo como si no fuera nada relevante —. ¿Vas a comer, niña?

—Este... sí...

Las mejillas de Mónica ardían de la vergüenza.

—Bueno, ya está listo allá abajo. Ve a comer algo en lo que te ayudo a recoger. La siguiente vez que decidas redecorar tu cuarto, por favor avísame antes, y así no me das más trabajo del que ya tengo.

Mónica no estaba segura si estaba bromeando o hablando en serio. De todas formas, no se rió y salió de la habitación en silencio sintiéndose peor por haber perdido el control.

Comió unas enchiladas verdes deliciosas que la hicieron sentir que le volvía el alma al cuerpo y recuperaba la calma. Se dio cuenta que le empezaba a gustar la comida cada vez más. Cuando regresó a su cuarto, Rufina estaba terminando de recoger su desastre. Se sentó en la cama y decidió cuestionarla.

—Rufina...

—Mande, niña.

—¿Qué hay arriba de donde está la reja?

Rufina hizo una pausa, se puso tensa, y de inmediato continuó limpiando como si nada.

—El ático.

—¿Por qué está cerrado con llave?

La volteó a ver con una cara que preguntaba “¿y tú cómo sabes que está cerrado?”

—No sé. Tu tía es la única que tiene la llave. A veces sube a limpiar ella misma o a hacer Dios sabe qué. No deja que nadie más entre y tiene la llave en su llavero donde están todas las llaves del rancho.

Su tono dejaba claro que no tenía intención de contestar más preguntas del tema, pero Mónica no pudo evitar querer saber más.

—¿Sube mucho?

—No me he fijado, pero cuando sube, está allá arriba por al menos un par de horas.

—¿Nadie sabe lo que hay arriba?

Rufina la miró con la misma exasperación que su tía en la iglesia.

—No. Nadie.

Mónica se sintió más intrigada que nunca.

—¿Dónde está el llavero?

Podía jurar que Rufina quería alzar los brazos y decir “Ya por Dios. Déjalo en paz”, pero se limitó a contestarle en su tono más cortante.

—Pues siempre lo carga. A veces lo deja en su oficina o en su cuarto, pero por lo general lo trae consigo. ¿Por qué tanta curiosidad?

Eso último sonaba más a un “Ya déjame en paz”.

—No, nada más. Simple curiosidad, es todo.

Era obvio que ahora sentía la necesidad de robar las llaves de su tía y ver qué era lo que escondía allá arriba que no dejaba que nadie más en el rancho supiera o lo viera. La pregunta era ¿cómo hacerle para conseguir ese llavero y que su tía no se diera cuenta? Tenía que idear un plan.

Sin darse cuenta llegó la hora de la cena. Cuando entró al comedor, vio que habían dispuesto su lugar más cerca de su tía en comparación con la vez anterior y aunque todo lucía igual que siempre, ella se sentía más tensa y que iba a ser más difícil aguantar esta cena que en otras ocasiones.

La cena transcurrió normal hasta que su tía le informó.

—He decidido que vas a regresar a la iglesia de nuevo, aunque no quieras.

—No estoy de acuerdo.

—No pedí tu opinión. Sólo te informo que vamos a regresar.

A Mónica le hirvió la sangre. Estaba acostumbrada a negarse a algo, causar destrozos y que se hiciera su santa voluntad. Le dieron cuanta cosa había pedido, excepto atención... o amor. Su nana se había esforzado, pero lo cierto es que siempre acababan haciendo lo que Mónica quería y no tenía intenciones de cambiar eso ahora y empezar a obedecer. Sin embargo, estaba tratando de controlarse porque no quería que le dijeran que no sabía hacerlo, porque obvio no era cierto. Su tía lo notó.

—Respira, Mónica. Sé que no es lo que quieres, pero ya es momento de que empieces a acostumbrarte a vivir desafíos para que aprendas a enfrentarlos. El negarte a aceptar tu realidad sólo te va a hacer infeliz. Además, con ir a la iglesia una vez a la semana no te vas a morir. Tal vez también te venga bien un café con la dra. Baldosa.

—¿Ésa quién es? —sabía quién era, obvio, pero no quería reconocerlo.

—Alguien que te podría ayudar a controlarte más. Por cierto, miss Laura, como tú le dices, me comenta que otra vez tiene dificultades con su auto, así que me pidió mi autorización para tomar la clase de mañana en su casa. ¿Estás de acuerdo?

Como por arte de magia su enojo se desvaneció.

—Sí, está bien.

—Entonces, le marco para avisarle que sí.

Llegó a su habitación todavía sintiendo toda la rabia dentro de sí, misma que estaba tratando de dominar para no volver a romperlo todo. Cuando le dijeron que iría a la casa de Juan Carlos, se calmó, pero ya había regresado de nuevo. Sonó su teléfono.

—Bueno.

—¿Qué onda, cómo estás? —era Juliana. Quería saber qué había pensado de lo que hablaron el día anterior. Mónica se dio cuenta que no había pensado para nada en ese tema en todo el día —. ¿Quieres venir a mi casa otra vez el viernes?

—¿Cuál es el plan?

—Lo que sea... no sé. Mi mamá se va al DF y mi papá tampoco va a estar por juntas del ayuntamiento o no sé qué. Yolanda se encontrará en la casa y no quiero estar sola con ella.

—Podríamos ir a la Plaza. Total, ya es como tu casa.

Juliana rió.

—Sí, es buena idea. Nos ponemos de acuerdo mañana en la escuela. Descansa.

—Tú también.

El lunes amaneció lloviendo mucho. Todos en el rancho le dijeron que eso era algo inusual para esta época del año.

—Debe ser un frente frío —comentó doña Josefita mientras le servía el desayuno.

El camino a la prepa había estado más brumoso de lo normal. No se distinguía nada a más de cinco metros de distancia, motivo por el cual llegó algo tarde a la escuela y al parecer no era la única. Había mucho movimiento. Estudiantes corriendo para no empaparse con la lluvia y gente simplemente yendo de un lado a otro creando confusión. Cuando llegó a su banca, se dio cuenta junto con la mayoría de sus compañeros, que la lluvia había entrado a los salones empapándolo

todo. La prefecta estaba pidiendo a los alumnos que se fueran a la cafetería, que era el lugar techado más grande de toda la escuela en lo que determinaban qué hacer.

Después de momentos de frío y confusión, la directora apareció diciendo que se suspenderían las clases. Pedía a todos que pasaran a la dirección o al teléfono público de la entrada para llamar a sus padres para que los pasaran a recoger. Ya también estaban hablando a las casas para avisar a los alumnos que todavía no llegaban que no era necesario que fueran y estaban regresando a los que apenas iban apareciendo.

Mónica volteó a ver a su alrededor, pero no estaba ninguna de sus amigas y se sintió muy sola. En eso sintió una mano en su hombro; era miss Laura.

—Hola Mónica. Ya habíamos quedado de darte clase hoy en mi casa. ¿Quieres que la adelantemos o prefieres irte a tu casa?

¿Y perder la oportunidad de ir a la casa de Juan Carlos?

—Adelantarla está bien. Y que David pase por mí ahí.

—Está bien. Hagamos esto, espérame en el coche mientras llamo a tu tía para avisarle que adelantaremos la clase y encuentro a Carlitos, digo a Juan Carlos. En un momento más nos vamos. ¿Te parece?

—Sí, está bien.

Se subieron al coche en el estacionamiento de maestros que estaba justo afuera de la escuela. Miss Laura tocó el claxon cuatro veces. Eso le llamó la atención a Mónica.

—Es para que Juan Carlos sepa que tiene que venir aquí, en caso de que no lo vea en el caos que es ahorita la escuela —le explicó.

Se salió del coche y fue a hacer la llamada telefónica. Mónica se quedó ahí sintiéndose incómoda y rara de estar sola en un automóvil ajeno. Unos minutos después, la puerta delantera se abrió bruscamente y se cerró de un portazo, alguien se acomodaba con torpeza en el asiento del copiloto. Juan Carlos tardó un momento en darse cuenta que Mónica estaba ahí. Ella se había puesto roja como un tomate.

—Hola... ¿Cómo te va? —dijo sorprendido.

Estaba mojado. Llevaba el uniforme empapado y el agua le escurría desde la cabeza hasta los pies, así que se acomodó el cabello pasándolo con sus dos manos hacia atrás. Al hacer ese movimiento Mónica sintió que se le salía el corazón por la garganta. *Dios, se ve guapísimo.*

—Biiien. ¿Y tú?

No podía evitar sonrojarse más. Se acababa de dar cuenta que estaban solos en el coche por primera vez.

—Empapado. ¿Qué haces aquí? Creí que era mi mamá la que estaba en el coche.

—Me preguntó si adelantábamos la clase de la tarde de una vez por la lluvia. Tu mamá fue a hablar a mi casa para avisarle a mi tía.

—Bueno, me da gusto verte de mejor humor —le dijo dedicándole su mejor sonrisa.

—¿Qué? ¿A qué te refieres con lo de “mejor humor”?

En ese momento, miss Laura abrió la puerta del coche y entró.

—Carlitos, qué bueno que escuchaste el claxon. No estaba segura si iba a tener que regresar a buscarte otra vez.

—Sí... —recordó la presencia de Mónica en el auto —No... má, ya te he dicho que no me llames así.

—Lo siento, lo siento. Mi error. Mónica —ambos la voltearon a ver —, hablé con tu tía y acordamos que te quedarás en la casa hasta que baje la lluvia. La carretera se pone muy brumosa y es algo peligroso, es mejor así. Espero no te moleste quedarte en la casa por más tiempo una vez acabada la lección.

Mónica trató de disimular su sonrisa de oreja a oreja lo mejor que pudo.

—No hay problema. Puedo esperar.

—Perfecto.

Miss Laura arrancó y se dirigió hacia su casa.

Al momento de estacionarse, la lluvia comenzó a caer más fuerte y todos se empaparon antes de que pudieran entrar.

—Carli... Juan Carlos, por favor préstale a Mónica algo porque se empapó. Yo también me voy a cambiar.

—Sí, claro. Ven.

Entró al cuarto de Juan Carlos casi sin poder respirar. Él revolvió un par de cajones y sacó una playera y una sudadera negra con el logo de *Nike* en blanco. Mónica entró al baño para cambiarse. La ropa olía a una combinación de suavizante y loción. La abrazó con fuerza, luego se la puso rápidamente y se remangó hasta los codos. Se acomodó el pelo y se retocó el brillo de labios con el que tenía en el bolsillo de su falda.

Cuando salió del baño, pudo escuchar a Juan Carlos hablando con su mamá. Se quedó parada en el marco de la puerta sin saber qué hacer porque era obvio que estaban discutiendo sobre algo.

—Ten la tarjeta.

—¡No la quiero!

—No tienes que llamarlo hoy, ni mucho menos, pero es para que lo puedas hacer pronto.

—¡No tengo nada que hablar con él!

—Tómala por favor —el tono de miss Laura era entre exasperado y suplicante.

—No.

—Carlitos, por favor... te extraña mucho.

—Yo no lo extraño.

Nunca había escuchado a Juan Carlos ser tan cortante y mucho menos con su mamá.

—Házlo por tu abuela, al menos. A ella le rompe el corazón que no quieras hablar con tu papá.

—No tengo nada que hablar con él. No insistas —lo último lo dijo en un tono mucho más suave.

Su mamá suspiró.

—La voy a dejar aquí al lado del teléfono, junto con su número para que le marques cuando te sientas más tranquilo.

—Estoy tranquilo. No me interesa nada de él. Para mí, está muerto. ¡Ya déjame en paz!

Entró a su cuarto muy agitado y Mónica no estaba segura de si seguirlo o cómo reaccionar. Él se dejó caer en la cama. Ella se quedó parada donde estaba sin saber qué hacer. Después de unos segundos, decidió entrar al cuarto detrás de él. Observó la habitación que era mucho más pequeña que la suya. Las paredes eran blancas y todos los muebles y la colcha eran azules. Había posters de jugadores de fútbol en todas las paredes. Varios trofeos y medallas descansaban en su cajonera, todas parecían ser de campeonatos de fútbol.

—Siento que hayas escuchado eso.

—Yo no escuché nada.

Él se río con algo de amargura.

—Lo escucharon hasta los vecinos. Hasta mi abuela que está medio sorda, pero se hace como que no oye nada.

—¿De quién hablaban?

—De mi papá. No quiero tocar el tema, pero mi mamá insiste que le marque, por eso me compró la tarjeta para marcarle de larga distancia.

—¿En qué parte de Estados Unidos vive? —se arrepintió de preguntar porque él nunca había dicho que estuviera en ese país.

—En San Francisco. Pero mi abuela y mi mamá parecen olvidar que nos abandonó y ahora quiere que le marque que disque porque me extraña —o no lo notó o dejó pasar la pregunta y prefirió asumir que ella ya sabía.

—Tu mamá es muy buena persona.

—Es la mejor. Cuida a mi abuela tanto como cuidó a sus papás. Mis abuelos maternos ya fallecieron los dos. Sólo queda la mamá de mi papá.

Mónica se sentó al lado de él en la cama, pero guardando un poco de distancia. Entre que le daba pena y entre que no sabía si él quería que ella se acercara. Él tenía la mirada hacia el piso y ella no sabía cómo comportarse, así que movía la pierna de forma nerviosa y empezó a rascarse sus cicatrices.

—Deja de moverte así. Me estás poniendo nervioso.

—No me estoy moviendo.

—Claro que sí. Estás moviendo toda la cama también.

—No es cierto.

La volteó a ver con una mirada que no podía entender y se puso roja de los nervios.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Ajá...

—¿No te vas a enojar?

—No lo sé...

—¿Qué te pasó aquí? —le tomó la muñeca y pasó los dedos sobre su cicatriz.

Los nervios se volvieron mortificación y sintió que quería que la tragara la tierra.

—Tienes cicatrices en las dos muñecas. Sólo me había fijado en la derecha —murmuró más para él mismo que tratando de decírselo a ella.

Mónica se paró de inmediato y caminó hacia la puerta. Sentía que quería huir de ahí. Empezaba a sentir que no podía respirar.

—Nada. No me pasó nada. Fue un accidente.

—¿Un accidente?

—Sí... hace calor... ¿no tienes sed? Me muero de sed.

Él sonrió y se levantó.

—Ven, te sirvo agua.

Era obvio que ella no quería hablar de ese tema, así que no preguntó nada más.

—Gracias —respondió sin estar segura de si lo que agradecía era el vaso de agua o el que él aceptara el cambio de tema.

—No hay de qué. Yo también tengo sed. Entiendo que debe ser difícil —dijo de forma incómoda mientras se pasaba el cabello hacia atrás con una mano.

—No he tenido nada difícil.

Él se le quedó viendo por un momento muy confundido.

—Mónica, ¿no acaban de fallecer tus papás?

Ella no estaba segura de cómo responder. No le gustaba sentirse vulnerable, pero tampoco podía negar lo que era obvio.

—Sí...

—Yo pensaría que es difícil tener que llegar a vivir a un lugar en el que nunca he estado con una persona que no conozco.

—Sí, pero...

—Lo lamento mucho. Sé lo importante que es tener el apoyo de alguien cuando pasas por algo complicado.

La actitud defensiva de Mónica se vio disminuida por la curiosidad.

—¿Quién te apoyó a ti?

—Mi mamá, obvio, pero ella también sufrió mucho aunque nunca lo diga. Rodrigo también ha estado ahí siempre, a su manera, pero Devora ha sido quién más me ha apoyado desde que recuerdo. Ella me ayudó a mejorar en la escuela y a concentrarme en mi entrenamiento para poder obtener la beca que necesito para la universidad. Me encantaría entrar a los Pumas, pero sin algún tipo de apoyo, no hay forma de que me pueda mantener en el DF y jugar fútbol al mismo tiempo.

Por un lado, Mónica odió escucharlo hablar bien de Devora porque la verdad le caía mal, pero era muy interesante enterarse de cómo ella se había convertido en su apoyo después de lo que había pasado con su papá.

En eso oyeron a miss Laura que los empezó a llamar.

—¡Mónica! ¡Juan Carlos! Ya es hora de comenzar la clase

Mónica salía de la habitación, cuando él le tomó la mano.

—¡Espera! Tenemos que hablar otro día.

—Tú no me marcaste —por fin dijo lo que había tenido en mente toda la mañana.

—Te marqué un par de veces, pero me dijeron que no estabas. Después Devora me dijo que dejara de ser tan intenso y me convenció de que era mejor esperar. Cuando lo volví a intentar, estaba ocupado.

Recordó su tarde y sintió que quería golpear a Devora y a sí misma también.

—¿Qué querías decirme?

—Que... deberíamos ir de nuevo al cine.

Ella le sonrió, él la miró fijamente y por un segundo pudo jurar que la iba a besar, pero oyeron a la abuela subirle el volumen a la televisión y el momento pasó. Mientras bajaba las escaleras pensó que tal vez un día de éstos le contaría lo que había pasado y por qué tenía esas cicatrices. *Tal vez.*

David pasó por ella al terminar su clase. La lluvia había terminado. Cuando llegó a su casa, se cambió de ropa, pero se quitó lo de Juan Carlos con tanto cuidado como si fuera de cristal y se

fuera a romper. Puso la playera y la sudadera sobre la cama y las admiró. Suspiró. Él la hacía sentir como nunca antes. Sí, le habían gustado algunos niños, pero era la primera vez que experimentaba esto. Era la primera vez que sentía muchas cosas, a decir verdad. Por momentos, podía ser casi feliz, casi estar en paz, como antes de que Lilia se fuera o como nunca antes se había sentido.

Decidió bajar a la cocina por algo de comer, todavía no era la hora de la comida, pero no se había comido el *lunch* y tenía hambre. Pasó por al lado de la reja y se acordó de las llaves. *¿Cómo las voy a robar si siempre las trae consigo? De alguna forma tengo que sacarlas de su oficina o de su cuarto.* Nunca había revisado si alguna de esas dos habitaciones tenía llave.

Lorena entró hablando con David a la cocina mientras ella comía una pieza de pan dulce.

—Que te surtan esta receta en lo que doña Lucrecia está en su cita.

—¿Te la dio el doctor?

—Me la dictó por teléfono. Aquí no lo venden, así que por eso hay que comprarlo en el DF.

Mónica paró la oreja. Nadie le había dicho que su tía iba a ir al DF otra vez esta semana. Lorena pareció notarla en ese momento con su cara de no entender qué está pasando.

—Tu tía te explicará mejor que yo. Creo que tiene una cita con tu abogado por algo del testamento o no sé.

—¿Voy a tener que ir?

Dime que no. Dime que no.

—No lo creo. De todas formas, va sólo un día. Se va mañana y regresa al día siguiente. Si quieres, haz una lista de las cosas que te gustaría que te comprara David mientras tu tía está en su cita.

Regresó a su cuarto con una gran sonrisa, era la oportunidad perfecta para intentar robar las llaves y averiguar de una vez por todas qué era lo que su tía guardaba en ese ático con tanto recelo.

En la noche hizo su lista de compras, necesitaba cera depiladora que no vendían en el pueblo, por ejemplo. Se la entregaría a David mañana, antes de que la llevara a la prepa. Le frustraba un poco que iba a perder la mañana de búsqueda por ir a la escuela y que sus planes no podrían llevarse a cabo hasta la tarde. Sin embargo, se consoló al pensar que por fin iba a descubrir el secreto, tal vez era algo por lo que valía la pena el esfuerzo de robar las llaves.

Al día siguiente, mientras desayunaba antes de irse a la escuela, Rufina le informó que su tía ya se había ido, así que otro de los chicos la llevaría. Aprovechó para preguntarle si ella también se hacía cargo del cuarto de su tía. Sabía que era el cuarto más cercano a la reja lo cuál no le sorprendía en lo más mínimo. Ya había notado al lado de su puerta el retrato de una pareja, pero fue Rufina la que le comentó que eran su tío y su tía, era de cuando recién se habían casado. Ella lucía muy joven, alrededor de diecisiete o diecinueve años cuando mucho con una expresión muy seria, igual a la que tenía ahora, y él mucho mayor pero muy elegante. El cuadro era bastante grande, no había forma de no notarlo en el pasillo.

—La instrucción de doña Lucrecia es que su cuarto permanezca cerrado con llave a menos que alguien lo esté limpiando —contestó.

—Entonces, ¿tú traes las llaves?

—No, niña. Sólo cuando voy a limpiar. Si no se están usando, están colgadas en el llavero de la cocina con todas las demás —después de decir eso, la miró con cierto arrepentimiento de haber

compartido tanta información.

—Excepto la reja.

—Sí, ésa no... ¿Por qué tanta curiosidad? —su mirada de sospecha estaba fija en la cara de Mónica, la cuál no pudo evitar sonrojarse un poco.

—Nada más. Quiero entender cómo funcionan las cosas aquí.

Rufina la vió con cierta desconfianza, pero no dijo nada. Probablemente consideraba que su curiosidad era bastante inofensiva, aunque un poco molesta.

En la tarde, aprovechó que todos estaban distraídos limpiando después de la comida para buscar el llavero. Hasta Canelita y Negrito concentraban su atención en unos huesos de pollo que una de las ayudantes de la cocina les acababa de dar. Localizó el llavero al lado de la puerta, en un gancho sencillo. No era nada especial, es más, era un llavero cómico, lo cuál era un poco absurdo para ser lo que abriría la recámara de alguien tan serio como su tía. Era morado con un monstruo verde dibujado y tenía por lo menos veinte llaves diferentes. Probarlas todas rápido iba a ser todo un reto.

Se aseguró de que nadie la viera y subió corriendo las escaleras. Cuando llegó al primer piso, estaba sin aliento y tuvo que tomarse un momento para recuperarse en lo que empezaba a revisarlas todas.

Mientras las probaba una por una, volteaba a ver el cuadro como si sintiera una mirada que la juzgaba por tratar de espiar en una habitación que no era la suya. Los ojos de su tía la criticaban igual que ahora, aunque actualmente tendría alrededor de setenta y cinco años. Por la ropa y los peinados, supuso que la fotografía correspondía a la época de los años treinta o cuarenta. No estaba segura, pero se veía que había sido tomada en blanco y negro, y había sido retocada después con colores. El vestido de ella era azul rey y él llevaba un traje café. Ninguno de los dos salía sonriendo, a pesar de tener poco de haberse casado, pero casi podía jurar que su tío se veía feliz de alguna forma, mientras su tía tenía la mirada triste. Se preguntó si era infeliz en ese matrimonio, ya que su postura la hacía ver tímida, casi infantil, muy inocente, muy diferente a lo que era ahora, severa y rígida. Mónica sentía que su tía miraba de forma dura, casi malévola o vengativa, aunque seguía siendo una mirada triste, que había cambiado por agresividad o resentimiento lo que antes era inocencia.

Seguía probando llave por llave. Lo hacía rápido aunque con torpeza porque tenía miedo de que la fueran a cazar. Cuando por fin encontró la correcta, se metió dentro del cuarto sin pensarlo dos veces, ya no podía soportar la mirada amenazadora de la pareja del cuadro, no temía lo que fuera que se podía encontrar en el interior.

Notó de inmediato que la recámara estaba impecable, los muebles eran antiguos, de mucho antes de que naciera su tía, pero estaban en perfectas condiciones. Todo era madera oscura: el piso, los muebles, el ropero, incluso las paredes tenían madera, lo cuál era muy inconveniente porque todo crujía con cada paso que daba y temía ser sorprendida en cualquier momento con las manos en la masa. Sabía que tenía poco tiempo, era casi la hora de la cena, así que revisó los cajones con el mayor cuidado posible, mientras trataba de apresurarse.

Al no encontrar nada, empezó a sentir la frustración creciendo dentro de ella. Quería aventar todo para localizar lo que quería, pero sabía que tenía que controlarse porque no podía dejar evidencia de que había estado ahí. La desesperación estaba a punto de dominarla por completo, cuando una idea le vino a la mente. *El despacho, seguramente si no se llevó la llave, va a estar ahí.* Se le acabó el tiempo. Tenía que salir corriendo porque Rufina ya no tardaba en llegar. De

alguna forma después de cenar necesitaba todavía revisar el despacho de su tía y regresar las llaves sin que nadie notara lo que acababa de hacer. Estaba tan próxima de averiguar lo que escondía su tía.

Al menos esta vez no había ningún cuadro que la juzgara, el riesgo ahora era el pasillo abierto por donde podía pasar alguien en cualquier momento. Sentía que sudaba frío cada vez que probaba una llave y no funcionaba. Al fin, después de diez intentos, lo logró y entró. El despacho, al igual que la habitación estaba muy ordenado, equipado con lo básico necesario para trabajar, aunque no había una computadora, lo que en realidad no le sorprendía, todavía mucha gente mayor era renuente a la tecnología. De todas formas ésta iba a desentonar en una oficina que parecía estar atrapada todavía en principios de siglo. Sentía que en cualquier momento Porfirio Díaz aparecería para correrla de su oficina. Atrás junto con las libretas, se veían varias fotografías, pero ninguna aparecía el esposo de su tía. Sobre el escritorio había una de ella misma montada en un caballo al lado de un gran árbol, sonriendo a la cámara como nunca la había visto sonreír y aunque en la imagen estaba sola, parecía ver con mucho cariño a la persona del otro lado de la lente. Revisó todos los muebles y fue en el último cajón del librero donde encontró un juego de llaves sin ningún distintivo, tendría que probarlas, pero estaba segura de que eran las correctas. Regresó el llavero a su lugar al lado de la cocina, pero dejó el despacho abierto para poder regresar después las llaves que recién había encontrado. Ya era muy tarde y cuando una de las chicas que ayudaba en la casa a Rufina la vió despierta y dando vueltas por la casa, la mandó a dormir. No le quedó de otra más que irse a la cama e intentarlo al día siguiente, sólo esperaba que nadie se diera cuenta del despacho abierto.

Sentía mucha angustia y eso la llevó a tener todo tipo de pensamientos ansiosos sobre la casa, sobre su tía, sobre Juan Carlos, sobre Devora. Había muchas dudas en su mente sobre lo que vendría en su futuro y seguía sin poder contestar tampoco la pregunta de Carla.

¿Qué es lo que quieres, Mónica?

IV

CEREBRO...

¿QUÉ VAMOS A HACER ESTA NOCHE?



El lago

Sólo cuando seamos lo suficientemente valientes
como para explorar nuestra oscuridad,
descubriremos el poder infinito de nuestra luz.
Brené Brown

Cuando Rufina fue a despertarla, le costó más trabajo de lo normal ya que Mónica se aferraba con tal fuerza a la cama que resultaba imposible separarla de las cobijas. Comenzó a jalonearlas hasta que Mónica las soltó, provocando que la mujer cayera al suelo sentada. Mónica no logró contenerse y se dobló de la risa. Por su parte, Rufina comenzó a reírse aún en el piso. Nunca la había escuchado reír así. Eso se sintió bien.

—Vamos, es hora de desayunar.

A Mónica le costó trabajo controlar su ataque de risa, por lo que se tardó en bajar más de lo normal. Las lágrimas le corrían por las mejillas cuando se sentó a desayunar.

—Como David no está don Chente nos va a hacer el favor de llevarte a la escuela.

—¿A qué hora regresa mi tía?

—En la noche, ya tarde, así que don Jorge te traerá aquí, aprovechando que su hija va a tu misma escuela. Ya mañana todo regresará a la normalidad.

Mónica pensó que en la tarde era cuando iba a tener que entrar al ático o no tendría otra oportunidad en Dios sabe cuánto tiempo. *Ahora o nunca.*

Don Chente escuchaba a todo volumen su estación de radio favorita, así que cuando arrancó la bocina le gritó en la cara. Nervioso intentó bajarle, no lo logró, así que mejor la apagó. Mónica se mordió los labios para evitar reírse. Después de unos minutos, ya que estaba segura que no se iba a carcajear en su cara, decidió hacerle preguntas.

—Don Chente...

—Sí, niña.

—¿Cuánto lleva en el rancho?

—Uy, no... pues... desde que era chamaco. Empecé como caballerango.

—Entonces conoce a mi tía desde hace mucho.

—Uy sí, de toda la vida.

—Tengo entendido que le gusta montar a caballo.

—Le encantan los caballos. Es toda una amazona. Su favorita es Chispita.

—¿Chispita? —rió Mónica.

—No dejes que su nombre te engañe. Es una yegua preciosa, pero cuando llegó no se dejaba montar por nadie. Era casi salvaje. Su pelaje es de un negro tan oscuro que incluso brilla y tiene una marca blanca en el cuello que parece una chispa. De ahí sacamos su nombre. Tú tía fue la única que la pudo domar y únicamente se deja montar por ella.

—¿Todavía lo hace?

—A veces, y Chispita sabe que tiene que ir más despacio ahora y la cuida. Los caballos son muy inteligentes.

—Me imagino.

—¿Sabe montar?

—No, me dan miedo los caballos.

—Si se anima, podemos empezar con Princesa. Ella es muy mansa y elegante.

—Sí... un día de éstos.

Les contó a sus amigas lo que le había dicho Juan Carlos de Devora, aunque omitió lo de su papá y lo de sus cicatrices. No se sentía cómoda compartiendo eso.

—Sí, esa tipa está en tu contra.

—No entiendo por qué. Yo no le he hecho nada.

—Eso no importa. Aguas que no te va a perdonar que hayas pasado tiempo a solas con él. Yo que tú me cuidarías las espaldas porque algo va a intentar hacer.

—¿Tú crees, Juliana? —preguntó Carla.

—Sí, sí lo creo.

—Sí había notado una vibra rara de ella en la Feria del día de muertos y esto me confirma lo que ya había sospechado antes —Carla se veía pensativa.

—¿Qué es?

—Que cree que está en guerra contigo, pero todavía no entiendo por qué.

Sonó la campana del receso, Juliana apagó su cigarro, se despidieron de Torcuato que había observado toda la conversación mientras comía su forraje y se fueron al salón.

—Por cierto, al rato te vas con nosotros —le mencionó Carla.

—Sí, me dijo doña Josefita.

Estaba perdida en sus pensamientos en el camino a su casa, se sentía rara porque nunca había estado en un coche con Carla y su papá. Empezó a notar la tensión que había entre ellos aunque era mucho menor de la que había observado cuando Lorena interactuaba con él.

—¿Puedo quedarme contigo un rato en lo que pasa mi tía por mí? —la voz de Carla la sacó de sus pensamientos.

—Claro —Mónica sonrió.

—Mi papá no me iba a recoger a mí hoy y me le pegué cuando escuché que te iba a traer. No estaba segura si ibas a querer que entrara a tu habitación, pero pensé que igual y todavía no te hartabas de mí después de estar juntas toda la mañana.

—¿Cómo me voy a hartar de ti? Eres una de mis mejores amigas aquí en San Lucas. *En el mundo, en realidad.*

A Carla se le iluminó la cara.

—¿En serio? ¡Tú también eres mi mejor amiga! Hace mucho no me sentía así, no desde lo de Jaqui... —sonreía con una cierta tristeza que atravesaba su rostro, pero ya no dijo nada más porque no estaba segura si su papá la había escuchado adelante. La tomó de la mano y la apretó en silencio.

Ya en su cuarto, en donde nadie las podía escuchar. Mónica decidió retomar la conversación que habían tenido en el coche. La verdad es que nunca había sido *la mejor amiga* de nadie; sonrió.

—¿Yo también soy una de tus mejores amigas?

—Claro. Me había sentido muy sola desde que falleció Jaqui, pero juntarme con ustedes me ha ayudado mucho. En especial en el aniversario de su muerte.

—¿Cuándo fue?

—Acaba de cumplir un año, de hecho. El lunes...

—Lo lamento mucho —se dio cuenta que lo decía con toda honestidad, mientras le sonreía con toda la compasión que podía sentir—. ¿Por qué no nos dijiste?

Carla se encogió de hombros.

—No lo sé, pero gracias. La extraño todos los días y sé que Lorena y mi papá también, igual que a mamá.

—Si no quieres hablar de eso, lo entiendo.

—No, sí quiero, quiero acordarme de ella todos los días, pero mi papá no desea hablar del tema en absoluto, casi es como si pretendiera borrarla y Lorena no puede hablar de ella sin sentir rabia en contra de mi papá. Así que es muy difícil. En casa siento que no la puedo mencionar, así que gracias por dejarme hablar aquí —Carla se limpió las lágrimas y Mónica también.

—¿Tú no estás enojada como Lorena? Yo estoy enojada todo el tiempo, a veces ni sé por qué.

Carla se quedó pensando por un momento.

—Te mentiría si te dijera que no. Hay días en los que me siento muy enojada con mi papá por la forma en la que actuó, con Lorena por la manera en la que reaccionó con papá, conmigo porque siento que pude haber hecho más, pero también con Jaqui y con mamá por morir y dejarme aquí.

—Sí, yo también...

—¿Pero no te cansas? —preguntó Carla.

—¿Cansarme? —ahora fue el turno de Mónica de quedarse callada por un momento, porque nunca había pensado en ello. Respondió en voz baja, como si tuviera miedo de que la fueran a escuchar—. Bueno, a veces sí, pero no puedo evitar sentirme así. Mis padres murieron y ya no pude hacer nada con ellos, todo se quedó igual. Nunca hubo una disculpa, ni reconocieron todo el daño que me hicieron, nunca cambiaron. Sigo enojada porque además de todo, me robaron la posibilidad de arreglar las cosas. ¿Cómo no voy a estar llena de enojo?

—No lo sé... Yo sí me canso de estar enojada todo el tiempo. En alguna ocasión la dra. Baldosa me dijo que mi mente es mi casa y que los pensamientos son la decoración. Yo sí me canso de tener una decoración fea siempre.

—Eso no tiene ningún sentido.

Carla rió.

—Sí lo tiene, pero creo que es difícil de explicar, al menos para mí. Sólo sé que quiero vivir el resto de mi vida en un lugar agradable y tranquilo.

—No lo sé... Creo que no había pensado en el resto de mi vida.

—Hay algo que eran como los siete o los nueve pasos del duelo y creo que al final es aceptar. No creo estar ahí todavía, si te soy honesta, pero eso quiero. ¿No quieres eso tú?

—No lo sé... ¿Cómo aceptas una vida así? ¿Cómo dices que esto está bien?

—La verdad... ni idea... sólo sé que quiero ser feliz y al parecer sólo depende de mí —dijo Carla y después suspiró.

—Eso no sé si lo hace mejor o peor.

—Es lo que es, además...

Rufina tocó para avisar que habían llegado por Carla. Ella se apresuró a salir.

—Nos vemos mañana en la escuela.

—Sí, hasta mañana. ¿Vas a ir a casa de Juliana?

—No lo sé. Tengo el babyshower de una de mis tías, pero mañana les confirmo.

Después de comer subió a su habitación para disimular, se cercioró que no hubiera nadie en el pasillo, salió, corrió a la reja, sacó las llaves muy nerviosa y probó un par. Le costó trabajo abrir porque no dejaba de temblar de los nervios y la curiosidad que le causaba subir las escaleras por primera vez. Cuando por fin logró abrir, respiró hondo antes de empezar porque le temblaban las piernas y sentía que se iba a caer por las escaleras.

Estaba muy oscuro y no veía ningún interruptor de luz ni en la escalera ni al llegar arriba. El olor a guardado y polvo la golpeó en la cara en cuanto entró al desván. No había ventanas, pero ya que se acostumbró un poco a la oscuridad encontró un quinqué que al lado tenía unos cerillos. Logró prenderlo, después de varios cerillos y maldiciones y se puso a inspeccionar la habitación.

No había ningún tipo de decoración. A pesar de tener las paredes pintadas de blanco era obvio que no le habían pasado una nueva capa de pintura en muchos años. El espacio aunque algo polvoso no parecía estar descuidado. Era como si lo limpiaran de vez en cuando y se notaba que no le había tocado limpieza en unas cuantas semanas. Los únicos muebles del lugar eran una mecedora, una mesita donde había encontrado el quinqué y un baúl.

Trató de abrir el baúl y se percató que estaba cerrado con llave, así que probó las otras llaves que no habían funcionado con la reja mientras se preguntaba qué había ahí dentro que su tía protegía con tanto recelo. *¿Qué tanto atesora?* Después de varios intentos, logró abrirlo. El baúl era bastante viejo y pesado. Tuvo que usar ambas manos para levantar la tapa. La madera era sólida y sus acabados de hierro. Se veía que lo habían limpiado hace poco. No tenía polvo. Al principio, por la falta de luz no lograba distinguir lo que había adentro, así que tomó el quinqué y lo acercó para ver el interior con cuidado.

Fue en ese momento que vio lo que realmente ocultaba su tía. Cartas. Papeles. Fotografías. Estaba lleno. La mayoría de las fotografías eran viejas, en blanco y negro. Algunas eran más recientes y estaban a color, pero la mayoría eran de personas vestidas al estilo de los años cuarenta o cincuenta. En una de ellas aparecía su tía de joven montada en un caballo a la sombra de un gran árbol y, parado a su lado, había un muchacho muy bien parecido. Ambos sonreían. Era similar a la que tenía en un marco en su escritorio. Ese mismo muchacho estaba retratado en distintas circunstancias: una comida, un día de campo con más gente, en una fotografía en la que salía abrazado de otro muchacho que se le hacía algo familiar e incluso en una toma en la que salía solo viendo a la cámara como si fuera una estrella de cine de esa época. También, había varias fotografías de su tía, en unas parecía estar arreglada como para un baile, en otras salía montando a caballo, había una de cuando era niña en la que salía con su abuelo y finalmente otra de lo que parecía ser su retrato de bodas. Su esposo definitivamente no era tan atractivo, pero aparecía muy bien vestido, aunque muy serio. Su tía también se veía muy seria. Encontró un par de fotos más de su esposo, pero en ninguna de las imágenes salían sonriendo ni él, ni ella.

¿Esto es todo? ¿Esto es lo que atesora con tanto recelo? ¿Sólo un montón de papeles y fotografías viejas? No entiendo. Había un atado de sobres amarrados con un listón que llamaron su atención. No tenían dirección, ni timbres postales, así que no habían sido enviados por correo. Eso despertó aún más su curiosidad. En la parte de atrás de uno de ellos, estaba escrito en manuscrita:

Para Lucrecia

¿De quién será? Todos los sobres se veían viejos y gastados, era obvio que habían sido manipulados varias veces. Así que eran cartas que su tía había releído con frecuencia. Abrió el sobre con mucho cuidado para no dañar el envoltorio ni lo que contenía. No quería que la fueran a cachar por romperlo. La letra manuscrita era la misma.

Mi querida Luchi:

Te extraño tanto. Ayer estuve en nuestro árbol y me acordé de lo bella que te veías sentada a mi lado.

¡Órale! ¡Qué apodo! Ya quiero ver qué me haría si le digo Luchi. Mi tía, una belleza... ¡Qué loco!

No entiendo por qué estás aceptando casarte con él. Ya no abres tu balcón para que te pueda ver. ¿Por qué permites que tu padre nos separe? Sé que me odia, ya me lo dijo Jaime el otro día y él tampoco entiende por qué lo aceptas si es obvio que no lo amas. Yo sí te amo y te amo más que a nadie en el mundo y lo sabes. Y tú también a mí porque me lo dijiste cuando marqué nuestros nombres en nuestro árbol.

Como no tengo ninguna otra forma de contactarte, le daré esta carta a tu nana Petra cuando vaya al mercado mañana.

No tenía idea que mi tía había vivido tal romance. Parece de película.

Sé que ella te dará la carta. Si todavía sientes lo mismo por mí, te espero mañana en la tarde en nuestro árbol. Sé que nos tenemos que ver a escondidas y lo odio, pero muero por verte y supongo que tú también.

No tengo dinero ahorita, pero podemos huir lejos de San Lucas a donde nadie te pueda obligar a casarte con don Gulfrano.

¿La estaban obligando a casarse con mi tío? Pues parece que sí lo lograron. Qué mal plan. Con razón nunca sonríe.

Si es necesario, lo retaré a un duelo tal como te lo prometí en el baile. No voy a permitir que te force a ser su esposa en contra de tu voluntad.

Prefiero morir a dejar que eso suceda.

Te amo tanto.

Alejandro.

¿Será esto el secreto que quiere proteger? Sí, consideraba algo jugoso lo que leía en la carta y no podía imaginarla viviendo ese romance, tal vez por eso lo ocultaba. No le cabía en la cabeza que su tía se había sentido así y que alguien la había correspondido tanto. Seguía teniendo la sensación de que debería de haber algo más. Un romance no era suficiente como para tener todo esto tan escondido bajo llave en un ático tantos años después.

Guardó con cuidado la carta y decidió leer otra más. En general, todas parecían ser iguales, excepto la última que encontró; era un sobre diferente con otra letra, pero decidió revisar la penúltima para ver qué decía ya que sospechaba que era escrita por Alejandro, el enamorado de su tía.

Mi muy querida Luchi:

No puedo creer la noticia que me diste y eso casi me destruye el corazón. Sé que somos el uno para el otro desde ese baile en el que te vi. Justo acababas de cumplir quince años y lucías preciosa en tu vestido blanco. Parecías una muñeca de porcelana. Fue ahí que me enamoré de ti. Me da la impresión que fue hace siglos. Siento tanta pena que me digas que te casas la siguiente semana.

No puedo dejar de pensar que no lo estás haciendo por tu propia voluntad. Estoy seguro de que Gulfrano

te está obligando. Por eso decidí retarlo a un duelo mañana al amanecer.

¡Órale! ¿Eso todavía se acostumbraba en esa época? Tal vez porque era un pueblo.

Sólo quería que lo supieras por si me muero, pero si todo sale como espero, estaremos libres de irnos muy lejos juntos.

No quiero que vayas, por eso no te diré dónde será. Sólo porque si las cosas no salen bien, no quiero que me veas morir. Si me muero, sólo te pido que no te cases con él. No te merece ni te ama como yo.

Te recuerdo que te amo y siempre te amaré, pase lo que pase.

Espera mi regreso triunfal o mi funeral.

Te amo.

Alejandro

Se quedó congelada, sin saber qué pensar. Era obvio que las cosas no sucedieron como él las esperaba, pero no estaba segura si eso significaba que había fallecido. Tal vez, sólo se había ido del pueblo para nunca regresar después de salir herido.

Se conocieron cuando eran muy jóvenes y al menos para él fue amor a primera vista. Sonaba a que ella también había estado enamorada de él, pero algo pasó que la hizo decidir contraer matrimonio con alguien más. Él decía que su papá la obligaba a casarse. Se estaba rompiendo la cabeza tratando de recordar si alguna vez su mamá había mencionado algo de su bisabuelo, pero no se acordaba de nada.

Decidió abrir el último sobre, el que era diferente de los demás. Por fuera no decía nada, pero adentro tenía una carta escrita con una letra diferente a las anteriores, parecía haber sido redactada con prisas porque tenía varios tachones y rayones de tinta.

Luchi:

Espero ya estés contenta después del desastre que hiciste. Espero ya te sientas cómoda en tu casa grande, con tu marido rico. Yo me voy. Ya estoy harto, esto fue la gota que derramó el vaso. No me importa si la familia no tiene ni un peso, yo me voy a la capital y haré mi propia fortuna y no regresaré nunca. Te quedas haciéndote cargo del viejo.

Sé que Gulfrano no es malo, pero no veo cómo pudiste haberte casado con él después de lo que pasó con Ale. Cometiste el peor error de tu vida y vivirás con eso hasta que mueras.

No creo que pueda entender nunca lo que pasó. Tú y yo sabemos que así no se ve una herida de bala de una pistola, eso fue un rifle de caza. Hemos cazado suficientes conejos desde niños como para aprender a distinguirlas.

No había ningún motivo para que tú aparecieras de pronto en el Campo de la Florentina. Nadie me va a quitar de la cabeza que conspiraste con Gulfrano o, peor, fuiste por tu propia voluntad a atacar a Ale. Si pretendías herirlo nada más, pues te salió mal...

¿Mi tía mató a Alejandro? No puede ser... ¿No se supone que lo amaba? ¿Esta carta es de mi abuelo?

Si tu intención era matarlo, pues felicidades. Te salió bien. Te quitaste de encima al pretendiente incómodo y te dejó el camino libre para casarte con el rico. Honestamente, nunca voy a entender por qué atacaste a Ale y no quiero saber. Sé que ese día llorabas mientras lo sostenías diciendo que había sido un accidente, pero eso no quita que su sangre haya quedado en tus manos y que tú hayas sido la responsable.

No hay forma de que la pistola de Gulfrano para el duelo hiriera el costado de Ale así. Pero considero que lo peor es que seguiste adelante con la boda, dos días después del funeral. ¿Cómo pudiste ser tan descorazonada? Me das asco.

Ojalá disfrutes el resto de tu miserable vida al lado de ese idiota sin cerebro que aceptó casarse contigo, que ahora todo el mundo cree que fue el matón pero yo no.

Hasta nunca.

Jaime

Órale.. ¿Su abuelo estaba realmente acusando a su tía de haber matado a su pretendiente? ¿Sería este el secreto que guardaba con tanto recelo? ¿En realidad es una asesina? Se quedó unos momentos tratando de procesar lo que acababa de leer, el ático no tenía ventanas ni nada, pero sabía que era hora de salir de ahí porque seguro ya desde hace un rato la estaban buscando. Guardó todo con cuidado y bajó con el mayor sigilo que pudo para evitar que la descubrieran.

En efecto, Rufina la había estado buscando, era la hora de cenar y las enchiladas de mole que le habían servido estaban ya frías esperándola sobre la mesa de la cocina. Aun así las encontró deliciosas.

Mientras cenaba digería el shock inicial que le había provocado el secreto descubierto y comenzó a pensar en la posibilidad de que en esta historia de amor fuera Julieta la que asesina a Romeo, lo cuál se le hacía tan trágico que era casi gracioso. Tal vez, por eso su tía era esta clase de persona; porque llevaba viviendo con la culpa todo este tiempo, sin decirle nada a nadie. *Pero... ¿Por qué nunca tuvo hijos? ¿Por qué me trata así a mí? ¿Yo qué culpa tengo de que mi abuelo la acusara de ser una asesina? ¿Será por algún tipo de venganza? ¿Será por eso que yo no sabía de su existencia?*

Antes de regresar a su cuarto y teniendo cuidado de no ser vista devolvió las llaves a donde las había encontrado. Observó el despacho con nuevos ojos; tratando de entender a la mujer que solía estar aquí trabajando por el rancho de un hombre con el cuál, al parecer, la habían obligado a casarse, pero por el cuál también había matado a su pretendiente para tener el camino libre. *Todo esto es muy confuso.* Sabía que necesitaría más información antes de llegar a una conclusión.

No comentó nada con sus amigas acerca de sus descubrimientos, prefirió esperar hasta entender mejor la historia. Ellas, a pesar de haber notado que se encontraba más seria que de costumbre, no le preguntaron nada pensando que tal vez su tía había regresado con malas noticias que Mónica no quería compartir de momento. La realidad era que aunque desconocía lo que había hecho su tía en el DF, no tenía ninguna prisa por verla; tenía miedo de cometer alguna indiscreción respecto a lo que había descubierto en el ático y prefirió evitarla. Por suerte, su tía no podría cenar con ella esa noche y al día siguiente iría a la casa de Juliana, así que sería hasta el sábado cuando sabría lo que había pasado durante el viaje a la ciudad.

—Lo siento, Juliana, pero me es imposible ir a tu casa hoy. Voy a ayudar a mi tía a preparar los tamales para su babyshower —dijo Carla durante el receso.

—No te preocupes. Ya nos organizaremos después.

—Mariana, ¿tú vienes con nosotras?

—Sí, voy un rato.

—Perfecto.

El viernes a la hora de la salida, el *Mercedes* las estaba esperando. Mónica recordó que su papá prefería los *BMW* y se dio cuenta que ninguno de los coches de su tía eran así de lujosos a pesar de que era muy probable que tuviera igual o más dinero que el papá de Juliana y que el suyo. Se preguntó si sería por practicidad, por modestia o por ambos motivos.

En casa de Juliana, encontraron a Yolanda, Charlot, haciendo aerobics frente a la televisión de la sala; quien hizo una pequeña pausa para saludarlas en cuanto las escuchó llegar. Mónica no

pudo dejar de observar el hecho de que las recibía con una amplia sonrisa, pero guardando su distancia. Sabía que Juliana no la quería, así que se mantenía algo alejada.

—Hola, niñas.

—Hola, Yola.

—Es Charlot —dijo ella en un tono muy dulce a pesar de que era obvio que habían tenido esa misma conversación antes y Mónica estaba segura que se repetía si no diario, al menos casi todos los días.

—Sí, lo que sea —contestó Juliana en el mismo tono seco y cortante que sólo la había escuchado tener con ella.

—¿Quieren comer algo? Tenemos comida en la casa, pero si no les gusta, podemos pedir pizza o el nuevo lugar de comida china de la plaza también entrega a domicilio.

Las dos invitadas voltearon a ver a Juliana para ver qué decía, ella notó sus miradas, pero siguió viendo a Charlot con disgusto.

—¿Qué hay de comer aquí?

—La señora Mari nos dejó hechos taquitos de pollo. Si quieren.

—A mí sí me gustan —contestó Mariana.

—¿Y tú, Mónica?

—Sí, taquitos está bien.

—¿Quieres July? —preguntó Charlot.

—No me digas así. Tú no puedes llamarme así.

Charlot suspiró.

—Lo lamento. Me equivoqué. ¿Vas a querer taquitos?

—Sí... vengan, vamos arriba.

Charlot les sonrió, pero Juliana se dio la media vuelta hacia las escaleras sin decir nada más. Las otras dos amigas la siguieron después de sonreírle discretamente a modo de disculpa.

—Es insostenible —comentó Juliana mientras azotaba la puerta.

—Fue muy amable —recalcó Mariana.

—¿Te pones de su lado? ¿No viste cómo me llamó? Sólo mi mamá y mi papá me llaman así. Ella no tiene derecho a llamarme así.

—No creo que lo haya hecho de mala intención —volvió a decir Mariana con el mismo tono.

—¿Tú qué opinas, Mónica?

—A mí también se me hizo que era amable —contestó con timidez.

—¿Tú también te pones en mi contra?

—Nadie está en tu contra. Tú eres grosera —Mariana interrumpió.

—Ella llegó a destruir mi familia —se quejó Juliana.

—Empezó a andar con tu papá ya que se había separado de tu mamá y lo sabes.

—A veces te odio, Mariana.

—No, me amas y lo sabes.

Juliana suspiró exasperada.

—¿Tú qué piensas, Mónica?

—No sé... pero no es mala onda.

—Las dos están en mi contra. No entienden lo que me está pasando.

Mariana la seguía viendo con cara de regaño, pero sus facciones se suavizaron un poco. Mónica podría jurar que casi le sonreía con dulzura a Juliana.

—Ya deja el drama... ¿por qué no hablas con mi mamá?

En ese momento oyeron a Charlot gritando que la comida estaba servida.

—¡Vamos, siéntense! ¿Quieren crema y queso?

—Sí, por favor —dijo Mariana con amabilidad pero volteando a ver a Juliana como una mamá que le enseña a su hija a hacer algo.

—¿Quieren salsa?

Charlot iba y venía del comedor a la cocina trayendo las cosas. Mónica notó que no había lugar para ella en la mesa; sin embargo, no dijo nada y fue Mariana quien, al parecer no tenía miedo de hacer preguntas incómodas, la que cuestionó —¿No te vas a sentar a comer?

Charlot volteó a ver a Juliana con una mirada nerviosa.

—No, yo tengo una llamada con mi agente y comeré después.

—¿Tú agente? —quiso indagar Mónica.

—Sí, estamos viendo de que me den un papel en una telenovela. Igual y la siguiente semana me voy a hacer un casting al DF —exclamó Charlot que no podía ocultar su entusiasmo por esta oportunidad.

—Deberías irte y quedarte allá —Juliana intentó que su voz sonara dulce pero Mónica detectó un tono venenoso que no había visto que usara con nadie más.

Mariana volteó a ver a Juliana con una expresión reprobatoria, la misma mirada con la que la vería su mamá si se estuviera portando mal en un lugar público y no pudiese hacerle nada en ese momento. Juliana lo notó, pero la ignoró.

—Bueno, esperemos se te haga el papel.

Charlot sonrió con cierta desconfianza, pero con mucha ilusión.

—Sí, muchas gracias.

Ya que Charlot se había ido, Mónica no pudo evitar preguntarle a Mariana.

—¿Desde hace cuánto son amigas ustedes dos?

—Desde el kinder —contestó Mariana de forma automática. Juliana asintió con la cabeza.

—Pero no se parecen en nada —dijo Mónica más para ella que para sus dos amigas.

—Mariana es la hermana que nunca tuve. Si no fuéramos amigas desde el kinder, no sé si lo seríamos ahorita. ¿Verdad, Pinky?

—¡Cállate! Sólo el idiota de Rodrigo me llama así.

—¿Tú hermano? Sólo lo he visto una vez.

—Mejor... es un ñoño.

—No te dejes engañar. Pinky adora a su hermano —recalcó Juliana con toda la intención de molestar a su amiga.

Mariana volteó a ver a Juliana con una expresión de reproche pero no negó lo que decía.

—Es amigo de Juan Carlos, ¿cierto? —preguntó Mónica.

—Sí.

Mónica se quedó pensando en que no había vuelto a saber nada de él después de lo de su casa. Imaginó que la estaba evitando.

Juliana pareció adivinar sus pensamientos.

—No te preocupes, Mónica. Por si no lo sabes hay un torneo estatal de fútbol importante el ocho de diciembre y traen a Juan Carlos a marchas forzadas para que esté listo para el partido. No le vas a ver ni el pelo hasta después de esa fecha.

Mónica la miró sorprendida, pero no dijo nada.

—Si no empiezas a investigar las cosas, no vas a lograr nada en esta vida. Pon atención a los calendarios de fútbol —soltó Juliana como si fuera obvio.

—Juliana va a ser investigadora privada o policía judicial cuando sea grande —recalcó Mariana en su tono seco pero tratando de sonar dulce.

Todas soltaron una carcajada.

Sabía que era una excusa, pero se estaba volviendo loca en la casa. Conseguir un vestido para la cena de Navidad; era su misión. Era mentira, claro, pero aquí estaba en la Plaza Florentina 2000, cuyo nombre ahora suponía era por ser el campo del duelo. *Sigue siendo un feo nombre, pero creo que ya entiendo un poco por qué.* Eso significaba que su tía mató a Alejandro en ese lugar. Posiblemente, al único hombre al que había amado y que asesinó, aunque podría haber sido sin querer. *O no.* No se atrevía a confrontar a su tía con lo que había descubierto. Varias veces en las cenas lo tenía en la punta de la lengua, pero no había podido articularlo. *Cobarde. Un día de éstos lo haré.*

Después de comprar el celular que hacía varios días había pensado adquirir, caminó hacia la parte donde estaba el gran árbol y lo empezó a ver con mucha atención. Algo le decía que era el mismo que salía en las fotos que encontró y chance era el mismo en el que grabaron sus nombres como enamorados. Se acercó y revisó todo el tronco. En una parte casi juraba que podía distinguir un corazón con los nombres Ale y Luchi tallados en la madera, pero ya casi desvanecidos por completo.

—¿Qué haces?

Mónica estaba tan sumergida en sus pensamientos, que escuchar eso la espantó. Se dió la vuelta tan rápido que perdió el equilibrio, se tropezó con una de las ramas, cayó y se pegó en la cabeza. Quedó sentada, en la tierra, adolorida y juraba que podía escuchar carcajadas, mientras una voz familiar le hablaba.

—¿Estás bien?

Estaba tan aturdida que no lograba distinguir quién era la persona que le hablaba, pero le estaba ayudando a levantarse. Ya de pie se dio cuenta que era la voz de Juan Carlos. Atrás de él pudo distinguir a Devora riéndose. Mónica se puso pálida y roja a la vez, una parte de ella rogaba que en realidad no fuera Juan Carlos la persona que estaba viendo frente a ella, pero sí era. Perdió el equilibrio otra vez.

—Estás débil. Ven, te ayudo —la sentó en la banca más cercana—. ¿Quieres que te traiga una coca o algo dulce para subirte el azúcar?

Le sostuvo la mano como para tomarle el pulso y con la otra se hizo hacia atrás el cabello. Era probable que estuviera escuchando su pulso todo acelerado porque puso cara de preocupación y la miró fijamente.

—Estoy bien —su voz era casi imperceptible.

—No, no lo creo. Cuanto te caíste, te pegaste fuerte en la cabeza.

Le puso la mano en la cara mientras observaba el golpe que tenía y que ella apenas estaba empezando a sentir y le faltó el aire. Se miraron a los ojos hasta que Devora le tocó el hombro a

Juan Carlos y rompió la tensión que iba en aumento. Quiso aparentar estar tranquila; Mónica juraría que estaba furiosa.

—¿Por qué no vas a comprarle algo al *Sanborns*? La pobre se ve bastante pálida.

Él asintió y corrió hacia donde estaba la tienda, obedeciendo la instrucción de Devora. Ella se sentó muy despacio al lado de Mónica y le sonrió mientras se acomodaba el cabello. Mónica sintió que estaba esperando a que ella dijera algo, pero no lo hizo, sólo se quedó sentada, viéndola con expectativa. Al final, suspiró y rompió el silencio.

—Mira, hagamos esto rápido y sin lágrimas. Ya estoy acostumbrada a dar este discurso; lo he hecho varias veces. La verdad me desespera, pero sé que tengo que defender a Juan Carlos.

—¿A qué te refieres? —Mónica hablaba con un tono que sonó más sarcástico que sorprendido que era su intención, pues ya sabía lo que venía.

Devora sonrió.

—Mira... no dudo que tengas buenas intenciones y él también, pero sólo lo alejas de lo que es realmente importante. Por estar contigo o se distrae de su trabajo en la escuela o ha llegado tarde a sus prácticas, así que tienes que dejar de verlo. Estas semanas fueron un claro ejemplo de eso. Me costó tanto trabajo que se concentrara sólo en entrenar y no buscarte para salir. Hasta quería que fueras al partido de ayer y le tuve que decir que te había preguntado y que no quisiste ir. Creí que ya con eso iba a ser suficiente, pero te ve y arruinas todo mi progreso.

Mónica pudo sentir la furia creciendo en su interior.

—Tú no eres su novia, ni nada por el estilo. ¿Quién eres para decidir por él con quién debe verse o a dónde y cuándo ir? No le veo un letrero colgado que diga que es de tu propiedad.

Devora suspiró visiblemente frustrada.

—¡Escucha! No será mi novio, pero lo conozco de toda la vida. Sé lo que quiere lograr y por qué y la única forma que tiene para conseguirlo es concentrándose éste y el siguiente año para obtener la beca. Y no lo va a hacer si sigue saliendo contigo.

—Tú lo que quieres es que te haga caso a ti.

Era obvio que la frustración de Devora iba en aumento.

—Claro que no, pero no tengo porqué darte explicaciones sobre lo que yo quiero o no. Lo importante es que lo estás distrayendo y eso tiene que terminar. Sólo le haces daño.

—¡Por favor! No me hagas reír. Es porque tú estás perdidamente enamorada de él. Si él sintiera lo mismo que tú, ya sería tu novio, pero no es así.

—Por supuesto que no, a mí no me interesa andar con él, es como mi hermano, pero si sigue juntándose contigo no va a lograr su meta. Llevo mucho tiempo espantándole distracciones que podrían ser una amenaza para lograr su sueño de ser futbolista profesional y creí que ya había eliminado todas, pero llegas tú y lo arruinas todo. No voy a permitir que estropees todo su esfuerzo.

—¿Estás loca?

—Necesitas alejarte de él. Déjalo ser para que logre lo que más desea; está tan cerca de conseguirlo. Ya casi lo logramos.

—Yo no estoy arruinando nada, ni impidiendo nada —Mónica no pudo evitar alzar la voz.

—Tú no sabes lo que es esforzarse cada día para lograr algo. Siempre has tenido todo. Bueno, pues Juan Carlos y yo sí lo sabemos. Y si no te alejas en este momento, voy a gritar que estás loca por él.

—No te atrevas...

—¿Tienes miedo? —Devora sonrió.

—Yo no te he hecho nada para que seas así conmigo. ¿Por qué me odias?

—Sólo eres un obstáculo. Un día de éstos, muy pronto, estaremos fuera de aquí estudiando en el DF y logrando nuestros sueños. No voy a dejar que te interpongas. Así que vete ahorita o voy a empezar a gritar.

Mónica se puso de pie de un salto. El mareo le pegó de inmediato. Se tambaleó, pero el orgullo la ayudó a mantenerse de pie.

—Está bien... está bien, pero regresaré. No te librarás de mí.

—Eso está por verse —dijo Devora con tono triunfal.

Mónica se fue lamentando no haber podido decirle algo a Juan Carlos. Se preguntaba si él se extrañaría de la forma tan abrupta en la que se había ido sin despedirse. También, pensaba en lo que había dicho Devora del partido. Nunca se le ocurrió ir por su propia cuenta y ahora se quería dar de toques contra la pared por no pensarlo. Ahora, Juan Carlos creería que lo había rechazado.

—¿Pero qué te pasó en la cara, niña? —exclamó doña Josefa.

—Nada. No te espantes.

—Cómo no quieres que me espante, si estás toda hinchada y roja. Voy por Lorena para que te revise. Acuéstate, hay que ponerte hielo para disminuir la inflamación. Te hago un caldito de pollo, eso va a ayudar.

—Gracias, doña Josefa.

—¿Pero qué te hiciste? —murmuró mientras se iba.

Se acordó de cuando a los ocho años se había caído de la bicicleta por haberse confiado y no hacer caso a la advertencia de que iba demasiado rápido. Recordó el cuidado con el que su nana Lilia le había curado la raspada en la rodilla. Hacía tiempo que no se acordaba de ella.

—Pero mi pequeño canguro, mira esa raspada.

—Creo que me piqué con este fierro. ¿Me va a dar tétanos?

Lilia sonrió.

—No, estás vacunada. ¿Te acuerdas que te llevé?

—Sí, y me dolió mucho. ¡Me sigue doliendo ahorita!

—No llores... —dijo mientras la cargaba—. Voy a limpiarte con la medicina. Arde un poquito porque te cura, pero vas a estar bien.

—¡No, no, no! ¡Eso duele más! —comenzó a llorar más fuerte —¡Eso no!

Recordó cómo la sentó en el baño de la planta de abajo mientras sacaba del botiquín desinfectante, alcohol y gasas. Cuando le puso el *merthiolate*, lloró todavía más fuerte y su nana la riñó con dureza.

—¡Basta ya! No llores más. Es una simple cortada en la rodilla. ¡Ya está curada! Recuerda que no debes llorar por cosas insignificantes. ¡Nunca! ¡Tú no eres así! ¡Tú eres fuerte!

No estaba segura si era por eso que le costaba mucho trabajo llorar, por eso apretaba los dientes o reía o rompía cosas. Era mucho más fácil que dejarlo todo salir. *Son cosas insignificantes.*

Al día siguiente, regresó a la plaza. No había comprado nada de lo que había planeado y nadie la cuestionó por ello. Aún estaba enojada por lo ocurrido con Devora y decidió que gastar dinero la haría sentir mejor. Tal vez algo de ropa de alguna de las tiendas recién abiertas en anticipación para las compras de Navidad, la haría sentir mejor. Iba en piloto automático. Viendo y agarrando

cosas, sin fijarse en su alrededor, mientras repetía una y otra vez en su cabeza la escena de lo que había pasado ayer.

Cuando tomó una blusa, sintió como alguien la jalaba desde el otro lado del rack.

—¡Oye! ¡Yo lo vi pri...!

—Hola. Tienes razón... creo que tú lo viste primero —se disculpó Juliana.

—Hola Juliana. ¡Qué gusto verte! ¿Que no ibas a irte con tu mamá este fin?

—Pues... la casa de mi mamá sigue sin estar lista y el idiota de mi papá organizó una comida en la que va presumiendo a Char... Yolanda como si fuera un trofeo, así que me tuve que salir de ahí. No los soporto. ¡Ella tiene como veinticinco y él cuarenta y cinco años! ¡Qué asco!

Mónica se quedó callada sin saber qué responder. Juliana lo notó.

—No te preocupes. Sólo me desahogaba. Ya no aguantaba más. Traía el nudo en la garganta y lo tenía que sacar.

—¿Y cómo está tu mamá después del divorcio? —se dio cuenta que casi nunca hablaban de ella.

—En realidad, todavía no se divorcian.

Mónica se sorprendió y se puso un poco pálida de la pena.

—Perdón.. yo creí...por lo que habías dicho, que...

—Ya debería haberse finalizado, pero siguen peleando como perros y gatos. Si todo sale bien, se finaliza esta semana. Eso espero porque la verdad ya no aguanto los pleitos.

—¿Qué te parece si vamos a la cafetería de los capuchinos? —propuso Mónica para distraer a su amiga.

—Sí, vayamos, excelente idea.

En la cafetería Juliana pidió un capuchino lleno de crema batida y chispas, parecía más un postre que un café. Mónica sólo pidió un capuchino caliente. No se atrevía a tocar el tema de los padres de Juliana que se notaba que hoy era algo que le molestaba mucho, así que se limitó a darle sorbos a su café hasta que Juliana rompió el silencio.

—Si te preguntas si me importa o me duele todo esto... me molesta mucho. Sobre todo me molesta ver a Yolanda paseándose por la casa como si fuera suya.

—Charlot.

Juliana miró con dureza a Mónica por corregirla.

—Odio su disque nombre artístico. Según ella va a ser actriz... verla pasearse por la casa en su intento de bikini. Es tan antipática. ¡No la soporto!

—¿Tú papá la quiere? Creo que no vas a poder hacer nada para cambiar la situación y vas a tener que aceptarlo.

—Honestamente no estoy segura de que quiera a nadie. Ya sé que me lo han dicho antes, varias veces: tú, Carla, Mariana y la dra. Baldosa.

¿Qué todo el pueblo va con ella?

—¿Entonces?

—Mi papá está deslumbrado por su juventud y su belleza. No creo que él nunca haya sabido lo que es amar a alguien, ni lo va a saber nunca. Lo único que ama es su dinero. Ojalá mi mamá se lo quitara todo.

—Veo que esto te afecta mucho.

—No... —suspiró—. Bueno, sí.

—No vas a poder hacer gran cosa para cambiar a tu papá. Sé lo que se siente. ¿Igual y si tratas de que te afecte lo menos posible? Lo lamento.

—Gracias por escucharme. Creo que tú entiendes mi situación mejor que Mariana o que Carla. Tú sabes lo que es odiar a tus papás.

Eso hizo sentir muy incómoda a Mónica. No quería que los demás la identificaran como alguien que odiaba a sus papás. Quería enojarse, pero no sabía si con Juliana o consigo misma.

—Cambiano el tema... ¿quieres escuchar un chisme?

—Siempre.

—Pues, ¿qué crees? Devora ya me amenazó.

—¿En serio? ¿Por eso llegaste golpeada hoy a la escuela? No quisimos preguntarte nada porque no hiciste ningún comentario. Ya se había tardado y se me hacía raro. ¿Qué te dijo? ¿Cómo te golpeó? ¿Te vas a dejar intimidar? ¿La mandamos golpear? Mi papá conoce a alguien.

—No me pegó. Tuve un accidente justo antes de sus amenazas. Juan Carlos había ido a buscarme una *coca* y ahí fue cuando ella aprovechó para atacar. Por supuesto que no me voy a dejar intimidar, la verdad es que yo no tenía nada en su contra, pero ya me hizo enojar y no me voy a dejar. Yo nunca pierdo. ¿Sabes que él le pidió que me invitara a su juego y ella inventó que yo no había querido ir?

—Bueno, ¿qué más te dijo?

—Que yo era una distracción para Juan Carlos, un estorbo o un obstáculo y quién sabe cuántas tonterías más. Dice que ella no está enamorada de él, pero ¿por qué otro motivo trataría de espantarlo todo lo que se le acerca?

—Devora es rara la verdad —reflexionó Juliana mientras daba sorbos a su café—. No era así, pero hace unos dos años se volvió toda hostil con cualquiera que no sea Juan Carlos, aunque medio tolera a Rodrigo, eso sí. Al menos eso dice Mariana que de vez en cuando la ha visto en su casa. A ella no le habla para nada, pero al menos no la ataca como hizo contigo. Al final, Devora no es suicida.

—Ella dice que no está enamorada de él.

—Pues para no estarlo, se comporta de una forma muy extraña y no creo que sea justo para él que interfiera en su vida de esa manera.

—Sí, hay algo raro ahí.

Siguieron platicando y se olvidaron del resto del mundo por un rato. Hablaron de todo y nada a la vez.

—Dios, ya es bien tarde —dijo Juliana mientras volteaba a ver su reloj—. Mi papá va a descubrir que me salí y me va a matar. Mañana no vamos a poder vernos, quedé con mi mamá de acompañarla a comprar unas cosas que vamos a donar, después seguimos hablando sobre qué hacer con Devora.

—¿A donar?

—Sí, el padre Luis hace una colecta muy grande por Navidad. Bueno, me voy. ¿No te importa?

—No, no hay problema. Vete. Y suerte con la comida.

Juliana suspiró y sonrió.

—Gracias por escucharme. Creo que me hacía falta.

—De nada.

Mónica hizo sus compras, mientras pensaba en lo que había hablado con Juliana. Se sentía bien de que le contara lo que le pasaba y sí la entendía bastante bien, pero la sensación de que ella no quería ser esa persona que odiaba a sus papás y la reconocían por ello seguía creciendo en su interior. Recordaba a Carla que decía que se cansaba de sentirse enojada y que quería ser feliz. La idea de ser así le llamaba más, aunque no sabía ni cómo eso era posible. Tendría todo un fin de semana para pensar en eso y en lo de Juan Carlos y el domingo la arrastrarían de nuevo a la iglesia. *Yei. Qué horror.*

El domingo se arregló muy despacio. No tenía ganas de ir a la iglesia, así que si la iban a forzar, no se las haría fácil. Subió al coche tarde y su tía le hizo notar que ya tenían un retraso considerable.

—¿Qué? ¿Nos vamos a perder el inicio? ¿Van a hacer o decir algo nuevo que no hayan dicho o hecho antes? —dijo Mónica con sarcasmo.

Su tía hizo un enorme esfuerzo para no ahorcarla y prefirió guardar silencio. Era evidente que llegar tarde era algo que le molestaba demasiado. Esto le causó gracia a Mónica que empezó a reírse a carcajadas sin razón aparente durante el camino. Estaba segura de que David comenzaba a reírse un poco también y lo disimulaba con un falso ataque de tos.

Al llegar, la misa había comenzado. Su tía estaba más molesta y ella esforzándose para no soltar una carcajada. Se concentró en el único confesionario de la iglesia. Ya lo había visto varias veces, pero realmente nunca le había prestado atención. En realidad, no tenía nada extraordinario, era rústico y sin adornos. Imaginó cómo sería si la obligaran a hablar con el padre Luis ahí, en lugar de en su oficina y odió la idea. Si fuera así, caminaría muy lento, como pidiéndole permiso a un pie para mover el otro. Luego, pensó que ahí tendría que hincarse y eso le gustó aún menos. Sentía que era rebajarse y no lo haría de buena gana y sin que la tuvieran que obligar.

—¿Quieres contarme tus pecados?

—¿Qué?

—Sí, que si quieres contarme tus pecados. Te vi observando muy fijamente el confesionario durante la misa.

—No, no quiero. De hecho, estoy aquí porque mi tía me obliga a venir.

El padre Luis sonrió levemente. Comenzaba a conocerla y sabía que con ella no valía la pena andarse con rodeos, había que ir al grano.

—Hoy tenemos poco tiempo porque necesito organizar la misa para la virgen de Guadalupe al rato, así que dime, ¿qué pensaste de lo que hablamos la vez pasada?

—Nada. No hay nada qué pensar.

—¿Entonces no redecoraste tu habitación tirando todo por la ventana?

Mónica se le quedó viendo sorprendida. No esperaba que supiera lo que había pasado en su casa.

—Vivimos en un pueblo, Mónica. No eres la única persona con quien hablo durante la semana. ¿Tanto odias venir a la iglesia?

—Sí. Bueno, no... no es que la odie... No creo en nada de esto y la hora, pero...

—Ya veo.

—No, no entiende ni ve nada. Dios no me ayudó, cuando más lo necesitaba. No tengo por qué creer en él.

—¿Querías que viniera como superhéroe a rescatarte?

—¿Qué? Eso es absurdo.

—Estoy de acuerdo —como siempre, sacó sus cigarros y se puso a fumar—. Tal vez por decir cosas como éstas es que me mandaron a un pueblo, en lugar de permanecer en el DF, pero nadie te va a rescatar. De ti depende encontrar la luz de tu interior para sacarte de la oscuridad. Yo creo que el regalo de Dios, la vida, el Universo o como lo quieras llamar, es la resiliencia para salir adelante, pero es uno mismo quien elige usarla o no. Tú tienes que sanarte a ti misma.

—No es justo —dijo Mónica con un tono resentido.

—La vida no es justa, pero es hermosa y tú eliges si la ves de esa manera o no.

Mónica empezó a sentir cómo el enojo crecía dentro de ella.

—Bueno, yo ya cumplí, ya vine, ya lo escuché y ya me quiero ir.

—Empieza por agradecer, Mónica. ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste?

—¿Qué? ¿Sobre qué?

—Sí, de algo te pueden servir estos veinte minutos, comienza a agradecer las cosas buenas que hay en tu vida.

—No hay nada bueno en mi vida.

—Claro que lo hay, pero primero tienes que empezar a verlo y la mejor forma de hacerlo es agradecer de manera consciente. Deberías tomarte un café con la dra. Baldosa.

—Eso mismo dice mi tía.

—Tiene razón. No lo dejes pasar. Es algo que vale la pena.

—Bueno, ya me voy. Nos vemos la siguiente ocasión que mi tía me obligue a venir.

—Buen día, Mónica.

—No lo creo.

Se levantó y se fue sin siquiera darle oportunidad al padre Luis de responder. No podía evitar su carácter, ella consideraba que tenía una personalidad decisiva, aunque impulsiva. A veces reconocía a sus papás en su forma de comportarse, se preguntaba si ése era su legado. Ambos habían sido hijos únicos a los que les habían cumplido todos sus caprichos y ahora ella era la que quedaba. Presentía que el matrimonio de sus padres había sido una transacción de negocios bien pensada y planeada por gente que ya no estaba aquí y que ahora le había caído todo el peso encima de sus malas decisiones. *¿Por qué no puedo ser alguien más y que nadie espere nada de mí? ¿Sería lo mejor? ¿Qué hay que agradecer de esta situación?*

Se quedó pensando en lo que había dicho el padre Luis y lo consideró ridículo. No había nada qué valorar. Sin embargo, le venía a la mente Carla que a pesar de haber llevado una vida muy dura, siempre parecía enfocarse en las cosas que le gustaban y en lo que le apasionaba. *¿Podría yo ser también así? pero, ¿qué me gusta?*

—¿No consideras que has sido demasiado insolente? Te has comportado muy mal.

Mónica empezó a sudar frío. *¿Y si descubrió que subí al ático y que sé lo que esconde en su cuarto secreto? ¿Y si me mata a mí también?* Empezó a ponerse muy nerviosa, aunque hacía lo posible para disimularlo. Sin embargo, estaba fracasando en su intento.

—¿Qué quiere conmigo?

—Tengo que hablarte de cómo quedó la repartición del dinero y los bienes de tus padres.

—¿Son malas noticias?

—No son buenas.

Mónica sintió un nudo en el estómago que crecía. Porque estaba segura que sus papás le habían arruinado la vida, de nuevo.

—Ya, ¿qué es?

—Bueno, después de vender básicamente todo lo que te pertenecía, hemos logrado saldar la deuda que te hubiera heredado tu papá, pero ya no será el caso.

—Ajá...

—Y que hay suficiente como para pagarte la universidad, pero no más. Si es que no entramos en pleito legal con los socios por lo poco que queda, pero el abogado está viendo que eso no suceda. Si decidieras ir a alguna universidad pública se pueden estirar los recursos. De todas formas, lo vamos a invertir para hacerlo rendir un tanto más en lo que llega ese momento, pero te recomendaría que consideres ingresar a alguna autónoma. Hay algunas muy buenas.

—¿Mi abuelo no le dejó nada a mi mamá?

Era obvio que la mención de su hermano hacía sentir incómoda a su tía, pero trataba de disimularlo.

—Él tampoco dejó nada.

—¿Por qué no?

—Honestamente, no lo sé. Cuando se fue de aquí, no tenía nada, pero creo que brilló por la misma habilidad administrativa de tu papá con el dinero de su esposa.

—¿Por qué le incomoda hablar de él?

Ya sabía la respuesta, pero quería escuchar qué razones le daba, su tía se puso pálida, por un segundo bajó la guardia donde se notó una infinita tristeza, pero se recuperó rápido. —Las cosas que pasaron. La forma en la que se fue de aquí. Todavía cargo el pasado sobre mis hombros y no lo puedo soltar. A veces se me olvida que ya no está aquí.

Por un momento, Mónica dudó si hablaba de su abuelo, de su tío o de Alejandro. Podría estar hablando de cualquiera de los tres.

—¿Sigue enojada con él?

Su tía se quedó pensando por un momento.

—No, pero llevo tanto tiempo con esto, que no sé si lo puedo soltar.

—No entiendo.

Su tía sonrió sólo por un instante.

—No espero que lo entiendas, pero sí que no cometas los mismos errores que yo.

—No lo creo.

—Sí, sí lo haces. Claramente todavía ansías que tus papás de alguna forma te compensen el daño que te hicieron, que es responsabilidad de ellos sanarlo, pero ya no están y tal como yo lo he hecho, sigues esperando que alguien más venga y te resuelva tu vida.

—Yo no hago eso.

—¿Estás segura? Creo que es algo bueno que estés empezando a convivir con gente nueva que te enseñe y te nutra, por eso me interesa que veas al padre Luis y a la dra. Baldosa.

—¿Usted va? Porque según el padre Luis usted no ha ido con él ni una vez desde que él llegó al pueblo.

—Es cierto, pero no estamos hablando de mí sino de lo que tú debes aprender a mejorar.

—¡Qué conveniente! ¿Por qué soy yo la única que tiene que mejorar aquí?

—Tal vez, pero tienes que reconocer lo que estás haciendo mal, lo que repites una y otra vez que sólo te hace daño y detenerlo.

—Siento que está siendo muy hipócrita.

Su tía dejó pasar el comentario tan agresivo de Mónica y cambió el tema de forma abrupta.

—Tu maestra, Laura, me canceló la clase de mañana.

Mónica sintió curiosidad y se preguntó si el hecho de que miss Laura cancelara la clase tendría algo que ver con Devora y Juan Carlos.

—¿Por?

—Participa como voluntaria en la organización de la colecta de Navidad del Padre Luis, y no podrá darte clase. Le dije que no se preocupara que pueden retomar las sesiones regresando de vacaciones. De todas formas, ya sales la siguiente semana.

Mónica le hizo una cara desagradable. No le gustaba que tomara decisiones así sin consultarla primero.

—Me hubiera gustado saberlo antes.

—¿Hubieras dicho algo diferente?

—No sé —dudó.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? —su tía suspiró tratando de controlar su exasperación—. Soy quién te queda y no soy tu enemiga, Mónica, al contrario. Soy la única que está velando por tus intereses lo reconozcas o no. Mañana vas a reunirte con la dra. Baldosa. Hoy no podré cenar contigo porque tengo muchos asuntos que revisar, así que nos veremos hasta mañana.

Después de hablar con su tía, se sentía tan abrumada que decidió prepararse un baño de tina. Cuando por fin se metió en la espuma rebosante, aspiró profundamente el aroma tranquilizador que llenaba el baño. Al entrar su cuerpo al agua caliente se relajó tanto que casi se queda dormida. Por unos minutos, olvidó todo lo que había pasado y estuvo a punto de llamar a su nana para que le pasara una toalla, pero recordó que ya no estaba. Se sentía tan bien ahí que no salió de la tina hasta que el agua se había enfriado y ella parecía viejita de lo arrugada que se veían sus manos. Se secó y se puso la pijama aún cuando faltaban horas para irse a dormir.

Después de darle vueltas en la cabeza por varias horas, decidió hablarle a Juan Carlos para aclarar lo que pasó el jueves que lo vio en la plaza y por qué se había tenido que ir. Preparó todo un discurso sobre lo que le iba a decir y cómo le iba a explicar lo que le dijo Devora. Tuvo que respirar hondo varias veces antes de marcar para calmar su corazón y también mientras esperaba a que contestaran.

—¿Bueno?

—Bueno... ¿Juan Carlos?

—Sí... ¿quién habla?

—Soy yo, Mónica.

—¿Mónica? —su tono pasó de neutro a enojado, eso no era buena señal —¿Cómo te atreves a llamarme después de...

—¿De qué?

—No puedo creerlo, después de lo que dijiste sobre mí. ¿En serio eres tan cínica?

—¿Qué? No... yo nunca... yo no he dicho nada sobre ti.

Devora. Tiene que ser ella.

—Me dijo Devora lo que andabas diciendo sobre mí.

Esa víbora. Fue cuando entendió lo que estaba pasando, ella le dijo algo a Juan Carlos para ponerlo en su contra. Tenía que aclararlo, aunque sabía que era difícil defenderse del ataque si ni siquiera estaba segura de lo que le había dicho.

—Devora te mintió.

—Ella jamás me mentiría, es mi mejor amiga.

La voy a matar.

—No sé si quiere contigo o qué, pero lleva años alejando a todas las chicas de ti. Hasta donde sé lo ha hecho más de una vez. Ella misma lo aceptó en mi cara.

—¿Por qué la quieres calumniar así? No te ha hecho nada y siempre se ha portado muy bien contigo.

¿Eres tonto o ciego?

—Te estoy diciendo la verdad. Piénsalo. ¿Cuántas veces has estado en una situación así antes? No soy sólo yo. No sé por qué lo hace, pero yo nunca he dicho nada malo de ti.

—Devora tiene razón, eres una hipócrita. Tú no entiendes por lo que ella ha pasado y estás en su contra. En mi contra...

—Juan Carlos, escúchame... no es cierto. ¡Tienes que escucharme!

—No tengo que hacer nada por ti después de cómo jugaste conmigo y mis sentimientos.

—No, Juan Carlos, en serio, escúchame. No es cierto.

—¡No!

—Por favor...

Colgó.

Mónica se quedó fría. Podía sentir la furia creciendo en su interior y la tentación de aventar todo lo que se encontraba a su alcance, pero se contuvo. *Esto no se va a quedar así, me las vas a pagar. No sólo volteas a Juan Carlos en mi contra, sino además hablas mal de mí. Vas a ver.* Decidió marcarle a Juliana. Ella sabría qué hacer con esta situación.

—¿Puedes creerlo?

—La verdad sí, pero pienso que ahora sí le dolió más a él. Devora la verdad es terrible. ¿Qué quieres hacer?

—Venganza...

—Okay... tengo una idea... Paso por ti en una hora —dijo Juliana muy entusiasmada.

—Perfecto. Estaré lista.

El enojo le permitía enfocarse en la venganza, porque no quería darle salida a sus sentimientos sobre lo mal que se sentía por la forma en la que Juan Carlos le había hablado. Sabía que lo habían engañado, pero eso no lo hacía más fácil. Cuando alguien la lastimaba, solía sacarlo de su vida sin contemplaciones, pero en esa ocasión sólo podía pensar en que tenía que demostrarle a Juan Carlos que la hipócrita era Devora y sólo a través de la revancha sentía que lo iba a lograr.

—¿A dónde vamos?

—A casa de Mariana.

—¿Mariana? ¿Ella cómo nos va a ayudar?

—Ella no, su hermano, Rodrigo.

—¿Rodrigo?

—Sí, por una módica cantidad puede ayudarte a obtener información que destruya a Devora y la quite de tu camino.

Algo en su interior le dijo que eso era una mala idea. Su enojo y deseo de venganza se desinflaron un poco.

—¿Crees que sea buena idea?

—A mí me ayudó.

La curiosidad de Mónica se fue hasta el cielo.

—¿Cuándo?

—Hace casi un año para que el idiota de Diego borrara los videos que tenía de mí.

—¿Qué videos?

—Luego te cuento...

El tema era obvio que la hacía sentir incómoda, así que lo dejó pasar. Aún así, empezó a sentir cierta culpa por lo que Juliana le estaba proponiendo hacer.

—¿Qué puedo hacer por ustedes señoritas? —preguntó Rodrigo sentado en la silla de su escritorio como si fuera un trono.

—Ya sabes, te marqué hace rato. No te hagas el gracioso —Juliana le hablaba con el mismo tono exasperado como le hablaría su hermana. Él se limitó a sonreír como si eso fuera lo normal.

—¿Trajiste lo que te pedí?

—Toma. Mi papá sólo lo tenía ahí en su oficina y nunca he visto que nadie lo use.

Rodrigo sonrió todavía más y Mónica se quedó mirando el objeto que Juliana acababa de sacar de su mochila. Parecía una videocasetera.

—¿Qué es eso? —preguntó Mónica.

—Un quemador —dijo él como si fuera algo obvio.

—¿Eso para qué sirve?

—Para hacerme rico. Tu amiga acaba de ser extremadamente generosa. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

Mónica se preguntaba cómo le pagaría, mientras Juliana contestó por ella.

—Quiere destruir a Devora porque para variar está interfiriendo en la vida de Juan Carlos y acaba de mentirle para alejarlo de Mónica.

Rodrigo suspiró.

—JC es buen amigo mío y aunque Devora me cae bien, sí lo vigila como perro guardián. Suele ser bastante inofensiva...

—Es una amenaza y lo único que logra es arruinar la vida de Juan Carlos —lo interrumpió Juliana—. Hoy es Mónica pero parece que lo quiere aislar de todo el mundo para tenerlo sólo para ella. Hay que detenerla antes de que sea demasiado tarde.

Mónica veía la pasión de Juliana por el tema y se preguntó si estaba hablando de ella y Juan Carlos o de algo más.

—Bueno, por un quemador no puedo negarme. ¿Qué es lo que buscan?

—Queremos información que la haga hacerse a un lado, como con Diego...

—Sí, lo recuerdo. De mis mejores trabajos hasta hoy —Rodrigo suspiró—. Okay, el martes en la escuela te tendré lo que buscas.

—Perfecto. ¿Está Mariana? Ya no le avisé que veníamos.

—Está abajo, en la tienda, con mi mamá.

—Bueno, vamos a saludarla. Ven, Mónica.

Juliana salió del cuarto, pero antes de que Mónica lo hiciera escuchó a Rodrigo llamarla. — Espera... ¿esto es lo que quieres? ¿O es lo que quiere Juliana?

Mónica dudó un momento.

—Sí, quiero que deje de interferir. Si Juan Carlos desea dejarme de hablar, que sea porque él así lo decida, no porque Devora lo envenenó con mentiras. Yo nunca he hablado mal de ninguno de los dos. Ella empezó.

—Entiendo... sólo te diré que Dev tiene una situación difícil con sus padres, así que aunque no la justifico, creo que algo hay ahí de eso. No tiene amigos...

—Lo tomaré en cuenta —ahora Mónica fue quién interrumpió.

—Por cierto... Me saludas a Carla.

—Okay... —eso le llamó mucho la atención.

—Y si necesitas que te consiga algún programa de computadora, película o música, lo podemos arreglar.

—Yo no, pero podría regalarle a Carla el Encarta en Navidad.

Rodrigo sonrió con mucho entusiasmo.

—No sabía que le gustaban las enciclopedias. Te lo tengo junto con lo de Devora.

—Gracias. ¿Cuánto sería de eso?

—De la enciclopedia, nada. Es cortesía de la casa. Sólo por esta ocasión —advirtió al final.

Mónica salió de la habitación sintiéndose cada vez más cerca de su venganza, pero no mejor. Había algo que no la dejaba tranquila acerca de esto; sin embargo, no sabía qué era exactamente.

Encontró a Mariana en la oficina haciendo cuentas en una libreta con Juliana hablando al lado de ella sin parar, mientras gruñía cada cierto tiempo para hacer notar que la escuchaba. Sólo volteó a ver con una mirada severa a Juliana cuando mencionó el plan de usar a su hermano para obtener información, hizo como que iba a decir algo, pero decidió mejor no hacerlo y siguió escribiendo. Sin voltear a verla, se dirigió a Mónica.

—Vas a ver a mi mamá mañana.

—¿Cómo sabes?

—San Lucas es un pueblo. Todo el mundo sabe todo.

—¿En serio?

Mariana casi rió.

—Me dijo mi mamá. Qué bueno. La influencia de alguien que no sea ésta te vendrá bien —lo último lo dijo señalando con el lápiz a Juliana.

—¡Oye!

—¿Dónde está tu mamá ahorita? —preguntó Mónica con mucha curiosidad.

—Ayudando en la iglesia. En un rato es la misa de la Guadalupana en la que vienen hasta mariachis y mañana es la colecta, así que fue a ayudar al Padre Luis con varias cosas.

—Ya veo...

No volvieron a comentar del tema de Devora y se distrajerón hablando de otras cosas, hasta que fue hora de irse a su casa y Mariana se preparó para alcanzar a su mamá en la iglesia.

Se acostó en su cama. Una sensación le comprimía el pecho y no la dejaba en paz, no podía dormir. Tal vez era la ola de sentimientos que había acumulado en los últimos días o meses, no estaba segura. Una de las cosas que la sacaban de onda era la manera en la que Juan Carlos le había hablado, no podía creerlo, incluso si hubiera sido por culpa de Devora resultaba inaceptable. Todo le daba vueltas en la cabeza y hacía tiempo que no se sentía así. Tenía ganas de llorar y se mordió los labios para no hacerlo.

Al día siguiente, acudió al restaurante *Los Suspiros* a las 4:00 pm, en lugar de tomar su clase con miss Laura. Fue sin estar segura de qué esperar. Había escuchado mucho acerca de la mamá de Mariana y Rodrigo, pero nunca la había visto en persona. No estaba segura cómo la reconocería, pero en cuanto vio a una mujer idéntica a Mariana, supo que era ella. La principal diferencia que notó es que la dra. Baldosa tenía una mirada muy dulce, mientras que Mariana siempre miraba con dureza todo a su alrededor. La encontró sentada con un café de olla frente a ella y por un segundo pudo ver cómo sería Mariana en el futuro, claro si de la noche a la mañana se convirtiera en alguien que parecía destilar la energía cursi de los Ositos Cariñositos. Cuando la dra. Baldosa miró con calidez hacia donde se encontraba Mónica y sonrió, el parecido con su hija aumentó, aunque en realidad nunca había visto a Mariana sonreír de esa manera. Mónica se sentó tratando de verse lo más desafiante posible. La dra. Baldosa actuó como si no fuera así y la saludó con amabilidad.

—Hola, Mónica. ¿Cómo te fue hoy en la escuela?

—Bien...

—¿Qué fue lo más interesante que viste?

—Nada...

—Primero, quería decirte que lamento mucho lo que pasó —Mónica la miró confundida. *¿Ella sabe sobre lo de Devora? ¿O es sobre algo más?* Notó la confusión en su rostro, así que hizo una aclaración —. Sobre la muerte de tus padres. Te quería dar mi más sentido pésame. Me puedo imaginar que han sido meses complicados para ti. Lo lamento mucho.

—Sí... muy triste... —sintió la necesidad de cambiar el tema lo más pronto posible —. ¿Dónde está Mariana?

—En la bodega de la tienda, me ayuda con el inventario, pero plátame, ¿cómo te sientes en la escuela?

Mónica sintió raro que le estuviera haciendo esas preguntas sobre su día en la prepa, su mamá jamás se había interesado por preguntarle ni cómo le había ido y mucho menos cómo se sentía ahí. Su papá, menos. No estaba segura de que él hubiera podido contestar ni en qué grado ni en qué escuela iba, incluso con una pistola en la cabeza.

—¿Te tocó entregar el reporte de literatura igual que a Mariana?

—Sí... lo entregué hoy.

—¿Y qué tal?

—Bien... creo... no me molesta leer los libros, pero hacer los reportes es de flojera, la verdad, preferiría estar haciendo algo más.

—¿Como qué?

—Bueno, me gusta más estar en el rancho haciendo cosas útiles, como ayudando a don Jorge con la computadora. Tal vez un día de éstos, atienda a los animales, no sé si los huertos, podría

ser, pero creo que se puede mejorar mucho la forma en la que se manejan las cuentas. Usar más la computadora, también quisiera aprender a montar...

—Ya sueñas como Mariana con lo de la computadora y las cuentas. ¿Y qué más te gustaría hacer en el rancho?

En ese momento se dio cuenta que ya había dicho más de lo que pretendía decir y se arrepintió.

—Nada más.

Llegó un café igual, olía como a miel, sabía que era el piloncillo del café de olla. Nunca lo había probado.

—¿Ya habías tomado café de olla antes?

—No. No se ha dado la oportunidad.

—Adelante, pruébalo. Aquí es una de sus especialidades y el pan es muy rico. Sé que no es muy sofisticado como seguramente hay en el DF, pero la señora que abrió el restaurante venía de San Cristóbal de las Casas y se trajo las recetas de la panadería de su familia. Es delicioso y aunque es un poco denso, cuando lo remojas en el café, es sabroso. Este lugar es muy típico de aquí. Ya lleva toda la vida.

Mónica tomó una pieza que parecía un huesito, partió un pedazo y lo remojó en el café, el sabor la hizo sentir como que la estaban abrazando, sonrió de una forma que casi era imperceptible.

—Está bueno...

—Mi mamá decía que un buen pan y un café son un abrazo para el alma en días como hoy que ya hace frío. ¿Qué tal te ha parecido San Lucas?

—Está bien... creo... es muy diferente a lo que estaba acostumbrada, pero me gusta.

—Me imagino. ¿Qué es lo que más te agrada?

—No soy una niña de kinder que tengan que preguntarle qué es lo que prefiere y qué no. Ni siquiera sé qué hago aquí.

—Te estás tomando un café. Eso es todo. Nadie espera nada de ti.

—No lo creo.

—¿No crees que haya alguien que de manera genuina esté interesada en conocerte y saber más de ti?

—No —contestó Mónica muy seca.

—¿Cuál sería mi propósito? Hoy es sólo conocerte mejor. ¿No crees que sea cierto?

Mónica puso cara de desconfianza.

—No. ¿Por qué habría de querer saber más de mí?

—Es una buena pregunta. ¿Por qué consideras que alguien NO querría?

—No lo sé, pero no creo que haya un buen motivo.

—Bueno, conocer gente nueva te nutre. Siempre es bueno tener la posibilidad de relacionarse y convivir con personas diferentes a las acostumbradas. Es importante abrir tu mundo para encontrar tu lugar en él. Es una necesidad humana.

—Tal vez... —dudó Mónica.

—¿Qué piensas?

—Que esto suena a terapia y que usted es una doctora. Me llegaron a examinar psiquiatras en el hospital después de mi... accidente.

—De hecho, es toda una historia. Todo el mundo me llama doctora, pero no es así. Mi papá nunca entendió la diferencia entre psiquiatría y psicología, así que le dijo a todo el mundo que yo era doctora. No lo soy, pero por más que lo traté de explicar, de todas formas se me quedó el título aquí en el pueblo. ¿Qué tal fue tu experiencia?

—No creo que me haya ayudado en nada. Lo cual es una ironía porque horas antes le había rogado a mi mamá que me llevara a terapia porque me quería morir.

—¿Qué te respondió? —la cara de la dra. Baldosa se mantuvo neutra, pero pudo notar el nudo que se le hizo en la garganta.

—Que eso no iba a pasar porque la gente se iba a enterar y no quería que la hiciera quedar mal como mamá, que la ropa sucia se lava en casa y que era mejor que empezara a escribir un diario.

—Lo lamento. Hay todavía mucha resistencia a la terapia. ¿Y qué pasó?

—Todo salió mal. Yo acabé en el hospital y ahora ella está muerta.

—Lo siento mucho. Me imagino que fue muy duro para ti —dijo con mucha dulzura.

—No lo sé... supongo... ¿Por qué todos me decían que hablara con usted?

—Bueno...lo más cercano a un psicólogo que tiene San Lucas es el padre Luis, pero él no es un profesional de la salud mental y a veces ayuda tener a alguien con más experiencia en ese campo.

—Esto no parece ser un consultorio.

La dra. Baldosa volteó a ver a su alrededor y rió.

—No, no lo es. La verdad es que no ejerzo formalmente, sólo me gusta ayudar a la gente a encontrar sus propias respuestas cuando es necesario.

—¿Cómo?

—Cuando exploras y confrontas lo que te duele, sanas. Creo que es un poco como echarle *merthiolate* a una herida.

Mónica rió con una risa amarga.

—¿Qué es lo que te parece gracioso?

—Nada. Eso me hizo recordar mi accidente —dijo mientras levantaba su muñeca en la cuál se veía una cicatriz casi ya imperceptible.

Recordó fragmentos de ese día: la pelea con su mamá, cómo estaba demasiado enojada y no sabía lo que hacía y en lugar de ir a su cuarto se dirigió a la cocina, la forma en la que empezó a aventar todo a su paso y a tirar cuanta cosa había en los cajones, los cuchillos, ese grande y filoso para rebanar carne, la manera en la que lo escondió debajo de su suéter y cómo caminó lentamente a su habitación.

—¿Qué pasó después de tu... *accidente*? —preguntó la dra. Baldosa sacándola de sus recuerdos. Ella hablaba con la certeza de que las marcas en sus muñecas no eran producto de un accidente.

—Estuve en el hospital unos días, en “observación” dijeron. No sé qué le habrán dicho los médicos a mi mamá, pero cuando salí ellos ya tenían listo el viaje a Grecia porque ella tenía que recuperarse del trago amargo que la había hecho pasar. Y ahora aquí estoy —la manera de nombrar el suceso era una señal de que no quería dar más detalles sobre lo acontecido.

—Lo lamento mucho, Mónica. ¿Puedo tocarte? —a Mónica se le hizo una petición muy extraña, pero asintió. La dra. Baldosa le tomó la mano con mucha delicadeza, como si fuera de porcelana y se fuera a romper. La miró a los ojos con mucha ternura —. No puedo cambiar lo

que has vivido y tú tampoco, pero si me dejas, puedo ayudarte a que te des el amor que nunca recibiste y poco a poco te percatas que puedes y mereces ser feliz.

Mónica se soltó de la mano.

—Ya me tengo que ir.

—Avísame si quieres que nos volvamos a reunir.

—Sí... sí...

Mónica salió del restaurante sintiendo que no podía respirar. Le temblaban las rodillas y sentía que le zumbaban los oídos. Le tomó unos momentos recuperarse.

—Esto es una pésima idea, Juliana —regañó Mariana.

—Es una gran idea.

—No lo sé, Juli. Estoy de acuerdo con Mariana. Ir al lago es una mala idea —dijo Carla preocupada.

—Carla, yo he ido mil veces y no pasa nada. Además, ahí es donde va a estar Devora mañana. ¿No es cierto, Rodrigo?

—Sí, eso dice el chat. Se quedó de ver ahí con un tal Alex_842000.

—¿Ven? Vamos, la cachamos en el acto con el tipo éste, le sacamos fotos, le enseñamos las fotos a Juan Carlos y probamos que ella es la hipócrita.

—¿Qué tiene de malo el lago? No sé dónde es —llevaba ya meses escuchando del lugar y de las advertencias en su contra y quería saber más.

Mariana se volteó a ver a Mónica.

—Es donde se reúnen los que beben y toman drogas.

—No todos... yo iba ahí... —objetó Juliana.

—Tú ibas con el idiota de Diego y por eso deberías saber que es una pésima idea —la reprendió Mariana.

—Pinky tiene razón —confirmó su hermano.

—Ya te he dicho que no me digas así, Rodrigo.

—Soy Cerebro para ti.

Carla no pudo evitar reírse, lo cuál hizo a Rodrigo sonrojarse. Juliana los ignoró.

—Es una gran idea. Lo que pasa es que tienen miedo. ¿Vienes Mónica? Es la única oportunidad que tenemos de probar que Devora es una mentirosa.

—Yo no voy —dijo Mariana—. Mi mamá nos mataría y tú no deberías ir, Mónica. Puede ser peligroso y lo sabes, Juli. Además, nunca nos van a dejar ir ahí.

—Obviamente no vamos a decir que vamos a ir ahí, Mariana. Vamos a decir que vamos al cine a celebrar el último día de clases. Todo el mundo va a estar ocupado con la pastorela de la iglesia y nadie tiene por qué enterarse. No nos vamos a quedar.

Mónica estaba dudando, su instinto le decía que era mala idea, pero Juliana tenía razón. No iba a haber mejor oportunidad de probar que Devora no sólo le mentía a Juan Carlos para quitárselo, sino que además era tan descarada como para quedarse de ver con alguien y tener un romance a escondidas. Era el momento de la venganza.

—Yo sí voy —dijo al fin.

—¿Tú qué dices, Carla? —preguntó Juliana muy contenta.

—No sé... sólo si vamos todos. ¿Ustedes van?

Rodrigo y Mariana contestaron al unísono.

—Claro.

—No.

Mariana volteó a ver a su hermano con una mirada asesina. Él se encogió de hombros. —Pinky y yo iremos con ustedes.

—Que no me digas así... —gruñó Mariana.

—Perfecto. Ya quedamos. Mi papá tiene una cámara muy sofisticada que nos puede servir. Está en su oficina y no se dará cuenta si la tomo prestada. ¿Tienen un rollo que podamos usar?

—Te puedo vender uno. En la tienda tenemos —dijo Mariana de mala gana.

—Mariana, soy tu amiga. ¿No me puedes fiar?

—No. Tomas puras malas decisiones.

—Ugh. Está bien. Compro dos por cualquier cosa.

El viernes estaba todo planeado: Rodrigo las llevaría al muelle del lago, ahí encontrarían a Devora, le tomarían fotos y una vez reveladas se las enseñarían a Juan Carlos, él por fin entendería que Devora lo estaba engañando, la perdonaría, irían juntos a la fiesta de Año Nuevo para recibir el 2000 y todos vivirían felices por siempre. *No hay forma de que esto salga mal.*

Pasaron todos juntos a recoger a Mónica en el coche. Carla iba en el asiento del copiloto y Juliana y Mariana iban atrás. Ambas se veían enojadas y estaban discutiendo algo cuando Mónica se sentó.

—Listo, arranca —dijo Juliana.

—Pinky...

—No —contestó Mariana en su tono más amenazante.

—Ya sabes... —advirtió su hermano.

—No —repitió ella.

—Mariana... ya... para que ya nos vayamos —exclamó Juliana exasperada. Mónica y Carla se miraron sin entender.

Mariana suspiró.

—No tienes idea de lo que me debes, Juliana y tú también, Mónica.

—Sí, sí... anda que necesitamos que nos lleve tu hermano —contestó Juliana apresurándola.

—Los voy a matar a ambos.

—Vamos, Pinky.

—Te odio. Cerebro... —suspiró—, ¿qué vamos a hacer esta noche?

—¡Tratar de conquistar al mundo! Y vengarnos de Devora, al parecer —dijo Rodrigo muy feliz. Arrancó el coche y se dirigieron al lago.

Mónica no estaba segura qué era lo que encontraría en el muelle del lago, pero definitivamente lo que vio no se parecía nada a lo que había imaginado. El lugar no tenía nada de especial. Había un par de casas de block de concreto abandonadas, un grupo de coches con música a todo volumen alrededor de lo que parecía ser una fogata y a cierta distancia un muelle que no había recibido atención en los últimos treinta años al lado de un edificio que se veía igual de descuidado. Cuando llegaron, encontraron a veinte personas en torno al fuego, bebiendo de vasos de plástico rojos, la mayoría fumando tabaco, pero una que otra persona parecía estar consumiendo algo más.

Rodrigo, Mariana y Carla se veían tensos, Juliana parecía estar lista para atacar y Mónica no podía evitar recordar fiestas similares en las que había estado antes y al mismo tiempo diferentes en todos los sentidos.

Cuando se bajaron del coche, listos para ir a buscar a Devora. Rodrigo se acercó a las llantas delanteras.

—¡Me lleva...!

—¿Qué pasó? —Carla se aproximó a él.

—Creo que se nos ponchó la llanta —exclamó él.

—¿Eso es algo malo?

—Claro que es malo, Carla —respondió Juliana— ¿Lo puedes arreglar en lo que buscamos a Devora? Mariana, Carla, Mónica y yo podemos adelantarnos.

—Sí, sí puedo, pero creo que es mala idea que nos separemos —advirtió él.

—No nos vamos a separar. Sólo vamos a buscar.

—Esto es una mala idea, Juliana. Creo que deberíamos irnos —dijo Mariana.

—Cálmate, Mariana. No podemos ir a ningún lado con una llanta ponchada y ya estamos aquí. Vamos a buscar. Quedaron de verse a las 8:00 y ya son las 8:30.

Rodrigo se quedó cambiando la llanta mientras las cuatro amigas caminaron hacia la fogata. Mónica no conocía a nadie y no esperaba encontrarse a ningún conocido. En eso, alguien agarró el brazo de Carla.

—¡No puede ser! ¿Eres la hermanita de Jaqui y Lore?

—Sí...—respondió ella con desconfianza.

—¿No te acuerdas de mí? Soy Sebastián, era amigo de tu hermana.

Carla se quedó viendo al chico fijamente, tratando de recordar si lo conocía. Poco tiempo después, una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Sí, sí me acuerdo. Viniste a visitar a Jaqui un par de veces cuando estaba... enferma...

—Lo lamento mucho. Mi más sentido pésame —se disculpó Sebastián.

—Nos tenemos que ir, Carla. Tenemos prisa —dijo Juliana con urgencia.

—Ya voy... un momento, Juli.

—Mariana, quédate con ella y nos alcanzan.

—No creo que sea buena idea separarnos —repitió Mariana.

—Por mi vida, Pinky, eres demasiado negativa. Pareces disco rayado. Sólo apúrense y ya.

Juliana caminaba muy decidida. Cualquiera hubiera jurado que esta misión era personal para ella y no para Mónica, lo cuál la inquietaba. Ya estaban muy cerca de lo que parecía ser un cobertizo abandonado al lado del muelle cuando una voz hizo que Juliana se parara en seco.

—Juls... bebé... ¿qué haces aquí?

Mónica pudo apreciar cómo toda la decisión que traía Juliana se desintegró y casi juró que captó una combinación de miedo y ansiedad en su rostro.

—Me lleva... —murmuró ella.

—Hola, nena. ¿Qué te trae por aquí? ¿Quién es tu amiga? —repitió el muchacho que se acercaba lentamente como acechando su presa. Juliana no contestó, pero sí volteó a ver a Mónica. Era obvio que estaba nerviosa. Nunca la había visto así —¿No me vas a saludar? Hace mucho que no nos vemos.

—¿Qué quieres, Diego? —contestó ella con el mismo tono que con el que le hablaba a Charlot. Él sonrió con mucho gusto, ignorando la entonación seca y cortante de Juliana.

—Nena, hace tanto que no nos vemos y me recibes así... ¿Qué pasó?

Juliana se volteó con Mónica y le entregó su cámara.

—Toma, ve. Ahorita te alcanzo.

—¿Estás segura? —preguntó Mónica muy ansiosa.

—Sí —contestó Juliana como alguien que se prepara para pelear.

Mónica dudó por un momento, pero le hizo caso. Se acercó con sigilo al cobertizo. No había luz, así que tenía que moverse con cuidado. *Esto es una pérdida de tiempo.* Escuchó voces, hablaban en voz baja así que no distinguía qué decían, pero eran dos personas y se estaban riendo. Caminó más cerca, tratando de fijarse bien en dónde pisaba para no hacer ruido. Se asomó al interior y vio dos figuras hablando muy cerca la una de la otra. Trató de acercarse más para distinguir quiénes eran y qué decían.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudo distinguir a Devora, el chico con el que hablaba estaba de espaldas y no le podía ver la cara. Seguía sin poder escuchar lo que decían, pero distinguió cómo reían. Trató de tomar una foto, pero entre la falta de luz y el hecho de que no se le veía la cara, no iba a servir de mucho para convencer a Juan Carlos. *¿Y si es Juan Carlos?* Sintió como una patada en el estómago. *No, no puede ser él. Rodrigo dijo que era alguien más.* Necesitaba llegar más cerca.

El joven misterioso se acercó para besar a Devora. Entre los celos y la duda, decidió prender el flash. Era ahora o nunca. Se movió lo más rápido que pudo para quedar frente a ellos y empezó a tomar fotos.

Los dos tortolitos estaban confundidos y desorientados por la luz y Mónica confirmó que no era Juan Carlos, era alguien que no conocía, pero que en definitiva, no se esperaba.

—¿Mónica?

—Hola, Devora... yo... perdón...

—¿Perdón?

—Es que... yo...

—¡Oh por dios! ¿Alexa? —Juliana estaba parada atrás. La luz del flash seguía apuntando de frente a Devora y Alexa que las miraban confundidas sobre lo que estaba pasando. Mónica tomó un par de fotos más.

—¿La conoces? —preguntó Mónica.

—Sí, íbamos juntas en baile.

—¿Qué haces? —gruñó Devora.

—¿Qué hace? Deja te explico, Devora. Vino a cacharte con las manos en la masa, engañando a todos, tratando de quedarte con Juan Carlos mientras por el otro lado andabas con alguien más...

—dijo Juliana señalando a Alexa sin saber qué más decir.

—¿Cómo pudieron hacer eso? ¿Cómo supieron que estábamos aquí?

—Hola... yo entré a tu correo y tu chat... ¿qué está pasando? Ya por fin pude cambiar la llanta —Rodrigo entró al cobertizo con toda naturalidad.

—¿Qué? —exclamó Devora.

—En mi defensa, fue idea de Juliana.

—¡Rodrigo! —gritaron Mónica y Juliana al mismo tiempo.

—Es la verdad.

—¿Cómo pudieron hacerme esto? —Devora sonaba furiosa.

—En defensa de Juliana, tú empezaste. Me alejaste de Juan Carlos, le mentiste sobre mí y ¿para qué? Para que pudieras escabullirte con... ella... ¿no crees que la hipócrita aquí eres tú? —Mónica por fin se estaba recuperando del shock inicial.

—No. Lo de Juan Carlos es diferente. Yo no violé tu privacidad. Ni me escabullí para tomarte fotos —Devora suspiró —.Es que no lo entiendes.

Mariana y Carla llegaron en ese momento y tenían la misma cara de confusión que todos los demás.

—¿Qué pasó? —preguntó Carla —. ¿Alexa?

—¿Pues a cuánta gente trajeron? ¿Falta alguien más? ¿Va a salir alguien del fondo del lago con una cámara de video?

—No, ya somos todos —explicó Rodrigo.

—Hola, Carla —saludó Alexa.

—¿La conoces? —quiso indagar Mónica.

—Sí, el año pasado jugamos voleibol juntas. ¿Qué pasó?

—¿Qué pasó? Pasó que ustedes llegaron, invadieron mi privacidad y vinieron a atacarme sólo por querer a alguien diferente... Ustedes me odian igual que todos los demás por ser diferente. Sólo Juan Carlos me acepta como soy. Por eso no puedo perderlo, es mi único amigo. No entienden. Si él empieza a tener una novia, me va a abandonar y es lo único que tengo. No puedo dejar que eso suceda.

—Devora, eso no es cierto. En nuestra defensa, creíamos que Alex_842000 era hombre —se disculpó Juliana —. Y nadie te odia por ser “diferente”, la gente te odia porque eres bien mala onda y ojete con los demás. ¿Cierto chicos?

—Yo estoy de acuerdo —dijo Rodrigo.

—Sí, es cierto —se sumó Carla.

—Creo que tienen un punto. Sí hay algo de cierto que no dejas ver la persona maravillosa que puedes ser y alejas a todos antes de que tengan la oportunidad de conocerte como yo o como Juan Carlos.

—No me ayudes, Alexa.

—En dado caso, a mí no me caías mal hasta que empezaste a interferir entre Juan Carlos y yo —aclaró Mónica —. Él tiene tanto derecho como tú o como yo a decidir y tú no lo permites. Ese es el problema.

—Él tiene que concentrarse en sus estudios para ganarse su beca deportiva —se defendió Devora —. El problema son ustedes que creen que pueden venir a amedrentarme, invadir mi privacidad, tomar fotos y chantajearme.

—Bueno, el plan de Juliana la verdad no era chantajearte, sino más bien exponerte con Juan Carlos, pero creo que el chantaje también puede funcionar. Todavía tengo los chats y eso. Seguramente podremos llegar a un acuerdo —aclaró Rodrigo.

—Ugh, Rodrigo. No voy a pagarte —se quejó Juliana.

—Te recuerdo que ya lo hiciste porque yo cobro por adelantado.

—No, pero podemos borrar todo si hablas con Juan Carlos y aclaras las cosas por las buenas —comentó Mónica.

—Eso no es justo. Tú mejor que nadie, Juliana, deberías de estar en contra de tratar de chantajear a la gente.

—¿Sientes que es injusto que invadan tu privacidad? ¿Que tú no hiciste nada malo que lo ameritara? ¿Que no merecías que te grabaran en un momento íntimo sin tu permiso? —Juliana lo dijo enojada pero también se le quebraba la voz.

Devora la miró apenada.

—Lo siento mucho. Sé que en su momento te critiqué duramente, pero ahora me doy cuenta que estuvo mal. Ahora borren todo, si en serio crees que eso está mal.

—Sólo si te comprometes a hablar con Juan Carlos mañana. Carla y Mariana son buenas personas. Yo no y Mónica depende de lo que hagas. Ella tiene toda la información. No puedes seguir controlando la vida de tu amigo así, por la razón que sea. Él no está aquí para que lo controles. Tú no decides sobre la vida de los demás. Es lo mínimo que puedes hacer.

Devora gruñó con frustración.

—Está bien. Mañana hablo con él, pero ni creas que te voy a pedir una disculpa, Mónica. Esto que hicieron estuvo mal. ¡Ven, Alexa! ¡Vámonos!

—Hasta mañana —dijo Juliana con un tono dulce muy fingido —¿Ya ven? Les dije que todo iba a salir bien.

—¡Sí! —gritó Carla arrastrando un poco la palabra. Era obvio que algo raro traía.

—¿A ésta qué le pasa? —preguntó Juliana.

—No sé. Me distraje con el idiota de mi hermano un momento y ella se quedó con su amigo.

—Oh no... —dijo Juliana —Oh no...

—No pasó nada. Sólo me compartió de sus brownies. Cocina muy rico. Quiere ser chef y la verdad estaba delicioso. Me dijo que sólo me comiera la mitad, pero estaba tan bueno que me lo comí todo.

Juliana puso cara de espanto.

—Carla, ¿te comiste todo el brownie de Sebas? ¿Tú sola?

—Sí —respondió y soltó una carcajada.

—Me lleva la que me trajo... Me quiero volver chango... Tenemos que irnos... AHORITA.

—¿Por qué? —preguntó Mónica.

—Porque he visto lo que esos brownies le hacen a alguien experimentado y Carla no es una de ellos. Carla, escúchame: tienes que vomitar.

—No quiero... Hace mucho calor aquí, ¿no?

—Diablos... esto es malo. VÁ-MO-NOS... Nos van a matar —Juliana sacó arrastrando a Carla y salió volando hacia el coche.



El encierro

Una vida feliz consiste no en la ausencia,
sino en el dominio de las dificultades.

Helen Keller

—Los voy a matar. ¿Son idiotas o qué? ¿Cómo se les ocurre?

Los cuatro estaban sentados en la sala como niños que Lorena regañaba mientras caminaba por la sala dando zancadas.

—Nunca le dijimos que aceptara el brownie y...

—¡Cállate, Mariana! —la interrumpió Lorena— ¡No tenían nada que estar haciendo ahí! ¡Ve a marcarle a tu mamá!

Mariana volteó a ver con ojos asesinos a sus compañeros de sillón, se paró e iba a salir de la habitación cuando la detuvo.

—Le vas a marcar desde aquí —señaló el teléfono que estaba en una mesita en la sala—. Ella ya está esperando tu llamada, le informé en cuanto me avisaron. No sabía si ustedes también iban a estar igual que mi hermana.

Más ojos asesinos dirigidos en especial a Juliana y a Mónica. Comenzó a marcar y les dio la espalda buscando tener un poco de privacidad.

Juliana había usado su celular buscando a Lorena, quien por suerte estaba en casa y les indicó que llevaran a Carla para allá. Después de examinarlos a todos, determinó que Carla sólo estaba teniendo un mal viaje, pero no estaba en peligro y que los demás estaban bien.

Desde el otro lado de la línea se alcanzó a escuchar a la dra. Baldosa.

—Bendito Dios, hija, qué bueno que están bien. ¿Cómo está Carla?

—Pues... se siente mal, sí le pegó en el camino para acá, pero dice Lorena que va a estar bien mañana.

—Qué bueno, son buenas noticias. ¿Tu hermano?

—Ese idiota está bien —dijo Mariana con un tono asesino.

—Qué bueno, qué bueno. ¿Las demás?

—Todas bien... —Mónica se sorprendió de no caer muerta en ese instante.

—Perfecto, mi vida. Ahora tomen sus cosas y vengan para la casa porque los voy a matar a los dos. Aquí los espero.

Mariana no dijo nada, colgó el teléfono y volvió a mirar a todos con odio.

—Se los dije. Les dije que era una mala idea, pero no. No me hicieron caso. Cuando salga del castigo, Juliana, te voy a matar.

—¿Carla entonces va a estar bien? —preguntó Rodrigo muy preocupado.

—Sí, Rodri. Le pegó duro porque se comió todo el brownie y no debería de haber hecho eso, pero mañana va a estar bien. La mercancía de Sebas es demasiado fuerte como para una sola persona.

—No teníamos idea. Sólo la dejé sola un momento en lo que revisaba que este idiota hubiera acabado de cambiar la llanta. Estaban hablando normal, de... de Jaqui —se lamentó Mariana—. Lo siento mucho, en serio.

—Sí, él era amigo de mi hermana, de los últimos que vino al final. Lo sé, nena, pero llegó el momento de enfrentar las consecuencias de sus malas decisiones. Vayan a casa que su mamá los está esperando.

Mariana las miró una última vez como deseando que se prendieran en llamas. Rodrigo se veía más aliviado. Desde que se dieron cuenta que había algo mal con Carla, él había estado mucho más alterado que todas las demás. Tomaron sus chamarras en silencio y salieron, mientras Lorena se volteaba a ver a las otras dos.

—Ahora, ustedes dos. Ya avisé a sus casas y vienen por ustedes.

—No... Pero ni mi mamá ni mi papá están. Sólo está... no...

—Sí... —dijo Lorena con todo el peso de la ley.

—No —repitió Juliana horrorizada.

Mónica entendió de quién estaban hablando, pero justo antes de que Juliana pudiera decir algo más, tocaron el timbre. Lorena fue a abrir la puerta sin necesidad de preguntar quién era. Todas sabían.

—Hola nena, ¿cómo estás? ¿Cómo sigue tu hermana? ¿Qué pasó? —escucharon a Charlot desde la puerta.

—Como ya te dije se fueron al lago.

—¿Están bien? —Charlot sonaba preocupada.

—En general, sí, pero mi hermana se comió un brownie entero.

—¿De los de Sebas? Ufff... son buenos, pero uno entero... wow...

En eso volteó a ver donde Juliana y Mónica estaban sentadas. Una con cara de confusión y la otra de furia mal escondida.

—Juli, agarra tus cosas que nos vamos a casa —ordenó con la firmeza con la que Mónica nunca la había escuchado hablar.

—¡No me llames así! ¡Yo no voy a ningún lado contigo! ¿Dónde está mi mamá? —gritó Juliana.

Charlot ignoró los gritos y continuó en un tono calmado pero duro.

—Hablé con tu mamá antes de salir para acá. Le prometí que le marcarías en cuanto lleguemos a la casa para ver qué procede, pero es probable que te castiguen porque ya sabes que tenías prohibido volver al lago.

—Nunca me dijiste eso —Mónica sonaba sorprendida.

—No era importante y no íbamos ahí por algo mío —contestó Juliana en voz baja.

—Vámonos que tu mamá está esperando tu llamada y no se escucha nada contenta. Todavía no le hemos dicho nada a tu papá, pero eso puede cambiar si no cooperas.

Juliana se paró de mala gana del sillón. Se despidió de un beso de Mónica y salió dando un portazo de la casa sin despedirse de Lorena. Charlot salió detrás de ella después de despedirse de ambas de lejos por la prisa.

Lorena suspiró y se sentó en el sillón frente a Mónica.

—En serio lo lamento. Nunca fue mi intención que esto le pasara a Carla. Me siento muy mal por ello.

—Lo sé. ¿Contenta con tu venganza?

Mónica se puso roja por el hecho de que Lorena supiera todo lo que habían hecho.

—No.

Lorena sonrió con tristeza.

—Sí, la idea de vengarse suena bien, pero en realidad te hace más daño.

—Es que me dio mucho coraje lo que hizo Devora y me dejé llevar por el plan de Juliana. Parecía una buena idea. Es que me enojé tanto...

—Te entiendo, en serio. Yo sé lo que es estar enojada todo el tiempo.

—¿Por lo de Jaqui?

Lorena suspiró.

—Desde antes. Cuando mamá enfermó, me llené de enojo. Me rebelé, me porté mal, les hice la vida muy difícil a mis papás y no sé, la verdad, como no me corrieron de la casa. Sin embargo, mi mamá aún estando enferma siempre estuvo ahí y después comprendí que mi enojo era todo el dolor que estaba sintiendo en ese momento. No te voy a decir qué hacer con tu vida, Mónica. Ya suficiente has sufrido tú también. Sólo piensa: ¿quieres pasar el resto de tu vida enojada como yo o quieres encontrar la paz?

—Quiero que todo se arregle —se quejó Mónica.

—La vida no se arregla. No es ni justa, ni injusta, es lo que es.

—Eso suena horrible.

Lorena se rió con un toque de amargura.

—Puede que tengas razón, pero eso no cambia nada. Acepta la vida como es y empezarás a darte cuenta que puedes ser feliz. Yo lo estoy intentando.

—¿Pero no te sientes triste, enojada o cosas así?

—Todos los sentimientos son parte de ser feliz. Tal vez, feliz no sea la palabra correcta, pero confía en mí, tiene más sentido de lo que crees —escucharon un coche estacionarse afuera—. Bueno, ya llegó David por ti. Piénsalo. Tu tía te espera y no sonaba nada contenta en el teléfono.

Cuando llegó a su casa, Mónica sentía el corazón en la garganta.

Nunca había temido confrontar a sus padres, pero de alguna forma, la idea de enfrentar a su tía la llenaba de terror. Respiró hondo y entró. Toda la planta baja estaba apagada. Así que decidió correr a su cuarto. Con suerte, su tía se había dormido.

Una vez cerrada la puerta, respiró con alivio, por un momento creyó que había librado cualquier regaño, pero alguien tocó a su puerta bruscamente. Mónica sabía de quién se trataba y se preparó para la confrontación. Al abrir la puerta, la visitante la empujó. Su tía era mucho más fuerte de lo que ella esperaba.

—T..t...tía... —dijo tartamudeando por la sorpresa de la fuerza con la que la empujó— ¿qué hace aquí?

—Vengo a hablar contigo, niña irresponsable.

—¿Irresponsable?

—¿No acabas de exponer a una de tus amigas a pasar por una terrible experiencia sólo por tu deseo inmaduro de venganza?

Mónica se quedó callada. No estaba segura de qué decir.

—Devora empezó —dijo después de un rato de permanecer en silencio.

—No estoy preguntando quién empezó.

—Ella volteó a Juan Carlos en mi contra sin ningún motivo. Yo no le había hecho nada, así que Juliana pensó que era buena idea —se quejó Mónica.

—¿Ahora es culpa de Juliana?

Mónica sintió la necesidad de defenderse.

—No dije eso, pero fue su plan.

—¿Y se te hizo correcto ir a chantajear a tu amiga?

—Devora no es mi amiga.

—Lo que sea. ¿Se te hace correcto tratar de chantajear a alguien sólo porque se comportó de forma mezquina contigo? ¿Y exponer a tus amigos a un lugar peligroso sólo para cumplir con tu capricho de venganza?

—Bueno... yo... No sabía que era peligroso.

—Exacto. No sabías. No pensaste. Se te hizo fácil dejarte llevar por tus emociones sin ponerte a pensar en las consecuencias de tus acciones ni si realmente estaban justificadas o no.

—Bueno, sí estaba justificado. Devora me trató mal.

Su tía explotó.

—¡Pobre de ti! No puedes controlar cómo te tratan los demás, pero sí puedes controlar cómo te comportas. Y tú actuaste mal. Vas a tener que disculparte.

—¿Con Carla?

—También con ella por exponerla a un peligro innecesario.

—¿Qué? ¿Con Devora? —Mónica estaba horrorizada—. No, no lo haré —le costaba un poco respirar, no entendía por qué tendría ELLA que ser la que pidiera disculpas.

—Sí lo harás.

—Yo no voy a disculparme con nadie. No hice nada malo.

—El hecho de que no entiendas por qué tus acciones estuvieron mal, me preocupa. Sin embargo, en esta ocasión sí vas a tener que obedecerme.

—¡Usted no es nadie para ordenarme nada!

—¡Sí lo soy! Por una vez en tu vida, debes de obedecer. Todos tenemos que aprender un día, tarde o temprano, no a obedecer de forma ciega, pero sí las consecuencias de nuestras acciones. Mejor que lo aprendas ahorita con algo sencillo como tener que pedir una disculpa. Si no lo haces, tendré que castigarte todas las vacaciones.

—¡No! No pienso hacerlo

—Sí, vas a tener que reflexionar sobre los límites y el respeto y lo harás por las buenas o por las malas. Espero tu respuesta mañana temprano. Te disculpas o estarás castigada todas las vacaciones sin salir del rancho.

Su tía salió antes de que pudiera responder otra vez que se rehúsaba a disculparse con Devora; con Carla, lo entendía. No había sido a propósito, pero todos se habían asustado mucho. La recordó completamente inmóvil en el asiento trasero sin poder hablar. Lo último que había dicho era que se sentía muy mareada y todo le daba vueltas.

Recordó la palidez de Lorena cuando vio a Carla, estaba tan espantada, como lo estuvo Juan Carlos la noche de la fiesta de Día de Muertos. Con la ayuda de Rodrigo la bajaron del coche y entre los dos la subieron a su cuarto. Todas las demás se quedaron afuera esperando incluso con el coche todavía encendido sin saber qué hacer. Después de lo que les pareció una eternidad,

Lorena bajó, apagó el coche y como pudo las tomó del brazo y las arrastró dentro de la casa. Estaba tan enojada que ninguna de las tres se atrevió a decir nada, permanecieron calladas y se limitaron a obedecer cuando las sentó en la sala donde ya estaba Rodrigo esperándolas.

No podía disculparse con Devora. Le estaba costando todo su autocontrol no volver a destrozar su cuarto de sólo pensarlo. Su tía hablaba de pedir perdón, de hacerse responsable y esas cosas, cuando ella misma no lo era y no lo había sido. *¿Quién es ella para juzgarme? Yo no le he disparado a nadie. Ella sí. Creo...* Se metió a la cama sin siquiera cambiarse de ropa. Le costó trabajo quedarse dormida aunque estaba muy cansada, porque no podía evitar rumiar la idea de tener que justificarse. Sus sueños fueron intranquilos y se despertó varias veces durante la noche.

Después de bajar a desayunar, todavía con la misma ropa del día anterior, se metió de nuevo en su cama dispuesta a volver a dormirse. En ese momento, la puerta de su cuarto se abrió de golpe. Era su tía otra vez.

—Tía, no la esperaba todavía.

—Quiero saber que decidiste.

—No me voy a disculpar con Devora —la retó Mónica.

—Entonces vas a pasar castigada todas tus vacaciones.

—¡No es justo! —se paró de la cama de un salto. Se le olvidó de pronto que estaba cansada y que no había dormido bien.

—¿Quién está hablando de justicia aquí? Te portaste de una forma muy irresponsable, pusiste en riesgo a más personas y trataste de dañar de forma deliberada la reputación de alguien más, sabiendo muy bien lo que se siente que te lo hagan a ti.

—Bueno, al menos yo no he matado a nadie.

—¿Qué dijiste?

Mónica se arrepintió de su exabrupto demasiado tarde. Ya había metido la pata y era mejor sacarlo todo.

—Lo que oyó. Lo sé todo. TODO —Ni modo. Era momento de decir la verdad. Ya no veía vuelta atrás.

—No sé de qué hablas —dijo su tía, pero era obvio que sí.

Se va a hacer la difícil, entonces.

—Sí lo sabe, entré al ático que está cerrado con llave y leí las cartas del baúl. Por lo menos, las necesarias para saber lo que hizo.

—¿Qué es lo que crees que hice? —su tía trató de defenderse.

—Matar a Alejandro —la cara de su tía palideció y pudo ver una gran confusión aparecer en su rostro —. Lo sé todo.

—No sabes nada, pero me queda claro que no respetas a los demás. Vamos a requerir tomar medidas drásticas. Necesitas pasar un tiempo reflexionando sobre tus acciones y sobre invadir la privacidad de los demás. No tengo nada más que decirte en este momento.

—¿Qué va a hacer? ¿Qué hace? —Mónica no entendía lo que pasaba —¿Qué hace? —repitió mientras su tía salía en silencio y después escuchó un ruido escalofriante: el seguro de la puerta cerrándose desde afuera. ¡*Me encerró!* Corrió a la puerta, trató de abrirla y al no poder, comenzó a golpearla —¡Déjeme salir! —gritaba.

—Te quedarás ahí y no saldrás hasta que reflexiones sobre todo lo que has hecho —le dijo la anciana y después la oyó alejarse.

—¡Déjeme salir!

A pesar de que parecía que nadie la escuchaba se mantuvo gritando por más de hora y media. Cuando ya no pudo más, se puso a llorar. No sabía qué hacer. Fue entonces que decidió hablarle a Carla, pero se dio cuenta que nunca le había pedido su teléfono. No se le había ocurrido antes. Entonces trató de pensar en otra solución, le vino a la mente Juliana, cuyo número sí tenía. No contestó el celular, pero sí en la casa de su papá. Atendió Charlot.

—¿Bueno? ¿Está Juliana?

—No, no está. Se fue a casa de su mamá.

—¿No va a volver? ¿Cuál es el teléfono de la casa?

—No va a regresar esta semana y Marcela aún no tiene teléfono.

—Es que no contesta el celular...

—Sí, no va a suceder. Lo arrojé a la alberca ayer cuando llegamos a la casa después de que escuchó a su mamá castigarla, pero cuando regrese yo le digo que la llamaste. ¿Cuál de sus amigas eres?

—Mónica...

—Yo le aviso que marcaste, Mónica. Te cuelgo porque estoy esperando la llamada de mi agente por una audición que tuve. ¿Estás bien? —preguntó algo preocupada.

—Sí... sí estoy bien —murmuró Mónica.

—Okay, hablamos luego... Bye...

Colgó y Mónica se quedó con las palabras en la boca. *Estoy encerrada y no sé qué hacer. Necesito ayuda. ¿Por qué no puedo decir eso?* Charlot había sido amable con ella y no había podido pedirle su apoyo. No entendía por qué Juliana la odiaba tanto.

Sin saber qué hacer y desesperada decidió marcarle a Juan Carlos, si él no le ayudaba, nadie más lo haría. ¿Quién más le iba a creer que la tenían encerrada en su casa? El teléfono sonaba y sonaba, pero nadie contestaba. *Vamos... vamos... por favor... contesta... vamos...* Cuando por fin contestaron, sintió un enorme alivio.

—¿Bueno?

—¡Juan Carlos tienes que ayudarme!

—¿Mónica?

—Sí. Soy yo. Por favor, Juan Carlos tienes que ayudarme. Mi tía me encerró.

—¿Por qué te encerró?

—Se enojó conmigo por... por... —las palabras se ahogaron en su garganta y la hicieron sentir que no podía respirar. No se atrevía a decir lo que había sucedido.

—Ya hablé con Devora y con Rodrigo. ¿Es por lo que pasó ayer?

Mónica se quedó callada en la línea. No estaba segura de qué decir. Aceptar que había tratado de chantajear a Devora sonaba muy mal y confesarle el secreto de su tía... de repente le pareció una mala idea.

—Tienes que ayudarme. Por favor... —dijo al fin.

—No. No tengo que ayudarte. Únicamente estás castigada. Tú sola te metiste en problemas. Y en este momento estoy enojado tanto con Devora como contigo. No quiero hablar con ninguna de las dos por hoy. No me busques hasta que yo lo haga, porque en este momento no sé qué pensar. Adiós, Mónica.

—Pero...

Colgó.

No, por favor no me hagas esto. Tú no. No ahora que te necesito, por favor no... Se puso a llorar, se sentía muy mal, completamente impotente. No sabía qué hacer, pero tenía que salir de ahí ya. *¿Pero cómo?* No estaba segura y su única esperanza era que Lorena de alguna forma le ayudara cuando viniera a la casa, tal vez, a través de Rufina cuando le trajera de comer. Así lograría que alguien la rescatara. Con Juliana en casa de su mamá sin celular, sin tener cómo comunicarse con Carla y Juan Carlos sin querer escucharla, no sabía qué hacer, veía el teléfono y tenía la mente en blanco.

No contaba con que su tía no dejó que nadie subiera a verla. Ella misma le subió la comida y retiró los platos sin tocar después de un tiempo. Miró la bandeja con desaprobación, pero no dijo nada.

En la noche cuando su tía le trajo algo de cenar, aprovechó para quitarle el teléfono y su computadora. Mónica trató de impedirlo, pero no lo logró. Agradeció que no hubiera revisado sus cajones porque ahí tenía el celular cuya existencia su tía desconocía. Rogó al cielo que no sonara hasta que ella hubiera salido de su habitación.

—Necesitas reflexionar sobre tus acciones. Si sigues comportándote así, lo único que vas a lograr es hacerte daño a ti y a los que te rodean. Necesitas unos días de tranquilidad para que encuentres el camino. Tienes que entender que no puedes tratar de forzar a los demás. No sé si esto sea lo mejor, pero sí sé que necesitas un par de días para pensar.

Más tarde, su tía recogió la bandeja con su cena sin tocar. Mónica era demasiado orgullosa como para aceptar la comida a pesar de que tenía mucha hambre y sabía que podía llamar a su tía con una campana que le dejó para que le subiera algo de comer. Sin embargo, su orgullo le ganó a su hambre ese día.

Volvió a hablar a casa del papá de Juliana, ahora desde su celular, pero estaba ocupado. No se atrevió a llamar nuevamente a Juan Carlos. Decidió esperar hasta la mañana siguiente para llamar a casa de Juliana otra vez. Escondió el celular en otro cajón de ropa, por si acaso alguien más lo hubiera encontrado, y se puso a ver la tele. Aún no sabía lo que haría; tampoco estaba tranquila, aunque tenía que relajarse y distraerse, porque no estaba dispuesta a rogarle a su tía que la dejara salir ni que le trajera algo de comer. No se arrepentía de haberle dicho todo lo que dijo, al contrario, se alegraba y no podía perdonarla por encerrarla. Tenía que escapar, pero desconocía cómo porque no sabía a quién más recurrir en busca de ayuda.

Toda esa noche la utilizó para pensar qué iba a hacer. Se sintió sola e impotente; como atada de pies y manos. Tal vez, tendría que rogarle a su tía que la perdonara. *No, antes muerta y refundida en ese cuarto. No, no puedo quedarme en este horrible sitio. Si tan sólo Rufina entrara.* Era obvio que no le permitían subir.

Su tía le trajo el desayuno y, junto con éste, un cuaderno a rayas de pasta dura con una cubierta de cuero café.

—Toma este cuaderno para que reflexiones.

—No tengo nada que reflexionar —dijo Mónica mientras le rugía el estómago.

—Una vez que entiendas que no lo sabes todo, podrás analizar y entonces vas a empezar a mejorar. Úsalo y podrás pasear por el rancho. Sigues castigada, pero aquí tienes tu oportunidad. No la desperdicies. Mañana tendrás una visita que espero te pueda ayudar mucho más que yo.

—Usted no me está ayudando. Ha sido muy hipócrita. Ha hecho cosas mucho peores que yo y a pesar de ello no ha repensado nada.

—Quiero evitar que cometas los mismos errores y que sufras como yo.

—Empiece por hacerlo usted también. No me puede exigir nada que no esté dispuesta a hacer.

—Tienes razón. Mañana trabajaremos en eso. Ahora come. Doña Josefita hizo estas enchiladas de mole sólo para ti.

Se dio la vuelta para darle la espalda a su tía, fingiendo que no le importaba la comida, pero en cuanto salió se abalanzó sobre la bandeja. El desayuno lo devoró como si fuera un animal salvaje; el hambre terminó matando al orgullo.

Pasó toda la mañana viendo con recelo el cuaderno que había dejado su tía en el escritorio. Por fin, después de un rato lo abrió. En la primera hoja vio que su tía le había escrito algo.

Mónica:

No soy muy buena para comunicarme. Durante años no tuve la necesidad de expresarle a alguien más lo que siento o lo que pienso y creo que es como cuando dejas de ejercitarte, retomarlo es muy difícil.

Llegaste a mi vida sin que lo esperara y me ha costado mucho trabajo, tanto como a ti, el acostumbrarme a esta nueva realidad. Sin embargo, deseo profundamente que encuentres la paz y no sigas batallando tanto como lo has hecho hasta ahora.

Espero que halles la calma interior que te permitirá dejar tus patrones destructivos atrás y logres soltar tu dolor, que por experiencia te daña mucho más que si lo aceptas y lo dejas ir. Alguna vez leí que un corazón lleno de gratitud, es un corazón que encuentra la paz. Así que espero que en estas páginas puedas escribir tus reflexiones, pensamientos y las cosas de las que puedes sentirte agradecida. Yo misma empecé a hacerlo poco después de que llegaste y ha sido un ejercicio que me está ayudando mucho a soltar mi propio pasado. Te lo recomiendo y espero que lo hagas.

Un abrazo.

Tu tía Lucrecia

Mónica se quedó viendo el cuaderno y lo dejó sobre la mesa. En un principio decidió ignorar el regalo de su tía, pero después de un rato se encontró examinándolo una y otra vez. Tenía sus plumas y plumones de colores que usaba para la escuela justo sobre el escritorio, así que tomó una. Comenzó a escribir.

Esto es muy estúpido, no tengo nada que agradecer.

En ese momento empezó a sentir muchas ganas de llorar, trataba con todas sus fuerzas de no hacerlo, pero no lo estaba consiguiendo. Al final, las lágrimas le ganaron al autocontrol y se puso a llorar. Sólo podía pensar en que tenía que salir de ahí.

Tengo que salir de aquí.

Agradezco tener el celular con el que voy a poder llamar a Juliana para que me saquen de aquí.

Eso la hizo sentir mucho mejor. *Bueno, al parecer agradecer sí sirve de algo.*

Al día siguiente, como al mediodía, alguien tocó la puerta antes de entrar. Mónica sabía que lo de tocar era mera cortesía porque no estaba en su poder negarle la entrada a la persona que estaba afuera del otro lado de la puerta. Se sorprendió, y no, cuando vio al padre Luis entrar.

—Hola Mónica. ¿Cómo estás? ¿Te molesta si fumo? —no esperó respuesta, se dirigió a la ventana y encendió un cigarro. Se veía nervioso, pero no estaba del todo segura por qué —. ¿Qué tal tu día?

—Encerrada.

—Sí, eso me comentó tu tía: que te castigó.

—Me encerró.

—No estás en la cárcel. Te castigó y ya le dije que te levante el castigo de no poder salir del cuarto. No es sano.

—¿Voy a poder salir de la casa?

—Tampoco te emociones. Ya de por sí fue difícil convencerla de que te deje andar por la casa y el rancho.

—Gracias —dijo con toda honestidad—. ¿Qué hace aquí?

—De nada. Buena pregunta. Tu tía me pidió que viniera, primero a hablar con ella y después a hablar contigo. Felicidades, lograste convencerla de que se confesara y wow...

—¿Qué? ¿Qué dijo?

El padre le dio el golpe al cigarro que se estaba acabando y antes de tirar la colilla por la ventana encendió el siguiente.

—¿Qué clase de sacerdote sería si te contara lo que alguien más dijo en su confesión? Lo único que necesitas saber es que al menos tu tía está tratando de mejorar. La pregunta aquí es ¿tú también?

—Estoy empezando a usar el cuaderno que me dio.

Mónica lo levantó justo en la página en la que había estado trabajando toda la mañana hasta entonces. El padre Luis se acercó para leer lo que había escrito.

—Mmmhmm, bueno me imagino que ya es algo, pero una plana de: “Esto es estúpido, sáquenme de aquí”. No sé si lo catalogaría como autorreflexión.

—Esto no es justo.

—¿No es justo que te castiguen después de lo que hiciste?

—Que me castiguen por no disculparme con Devora.

—Creo que es por todo. Tienes que aprender a tratar a las personas, ahorita no parece tener límites, ni consideración por los demás.

—Mi tía no me está respetando.

—Tiene que ser recíproco. Tú la respetas y ella te respeta a ti. ¿Lo haces tú en este momento?

—Esto es maltrato.

—Créeme, Mónica. Esto no es nada. Yo lo sé. Tu tía no te está golpeando con un cable o quemando con cigarros.

Ella pudo recordar cuando su mamá le había pegado, pero no era nada como eso, al menos.

—Bueno, pero sí he recibido un trato injusto. Eso no me lo merezco, ni la forma en la que me trataron mis papás, ni cómo ahora lo hace mi tía.

—Puedo entender que ninguno te ha hecho la vida fácil, pero sólo vas a lograr ser feliz cuando dejes de endosarle a alguien más la responsabilidad de ello. Empatizo con lo injusto del maltrato, créeme, pero tu seguridad física no está en peligro. Lo emocional, lo vamos a trabajar. Y tus papás ya no van a poder resarcir el daño que te hicieron, así que ya no te deben nada. No quieres llegar a adulta resentida y esperando que reparen de alguna forma lo que te hicieron porque eso nunca va a pasar.

—No es justo.

—Sí, puede que no lo sea, pero es lo que es y eso no lo vas a poder cambiar, pero sí puedes cambiarte a ti. Tú puedes resarcir el daño tú sola, bueno, con ayuda de la fe o la terapia si así lo prefieres.

—¿Qué hay de lo injusta que es mi tía?

—Cualquier relación se basa en el respeto mutuo. Recibes lo que das. Tú tía es una mujer justa y ella también está trabajando en mejorar. Si se dan una oportunidad la una a la otra, creo que pueden tener una gran relación.

—Tienen que dejarme salir de aquí.

El padre Luis suspiró.

—Mónica, no eres una prisionera. Estás castigada, que es diferente. Tal vez nunca te habían castigado antes y por eso no entiendes la diferencia, pero la hay. Aprovecha estos días para reflexionar y pensar cómo te gustaría que fuera tu vida de ahora en adelante. Piensa cómo se vería tu vida si dejas de estar en conflicto contigo misma y con los demás. Se puede. Piénsalo.

Al día siguiente, después de dejarle el desayuno, su tía le dijo —Hoy vas a poder salir del cuarto, pero espero que trabajes en el rancho y reflexiones sobre tus acciones durante toda esta semana. Una vez que pase Navidad, veremos. Es probable que en uno de estos días le pida a la dra. Baldosa que venga a verte, pero como ésta es la época más pesada para ellos en la tienda, tendremos que esperar. Don Chente te aguarda con los caballos para que le ayudes. El trabajo te va a venir bien.

—No estoy de acuerdo.

—Lo sé, pero tómalo como otra oportunidad para reflexionar y pensar qué quieres hacer con tu vida.

¿Qué quiero hacer con mi vida? La verdad, no lo sé.

Pasaron varios días así, encerrada en el rancho sin permiso de salir al pueblo ni contactar a alguien de afuera. Trabajaba en alguna actividad alimentando a los animales, practicaba montar a caballo, trataba de hablar a Juliana con la esperanza de que ese día estuviera en casa de su papá y pudiera contarle lo que le había pasado sin éxito, veía el cuaderno sin saber qué agradecer y se dormía. No había intentado llamar de nuevo a Juan Carlos, no quería volverlo a hacer ni aunque fuera la última persona del mundo a la cual recurrir. La había insultado cuando más lo necesitaba, incluso la había hecho llorar y eso no lo podía dejar pasar, ni perdonar. Con su tía no hablaba y en general con nadie, hacía todo en silencio porque no se sentía con ánimos de estar hablando con la gente a su alrededor, de todas formas ninguno de ellos la iban a ayudar. Lorena y su papá casualmente estaban de vacaciones, así que sus esperanzas de poder escapar cada día le parecían más escasas. Sentía que su tía estaba tratando de someterla.

Finalmente un día marcó a casa de Juliana y ella contestó.

—¿Bueno? ¿Juliana?

—Sí soy yo. ¿Quién habla?

—Soy Mónica.

—¡Mónica! ¡Por Dios! ¡Qué bueno que marcaste! ¿Cómo estás? ¿Qué pasó? ¿Tu tía ya te perdonó? Me dijeron que estás castigada. ¿No debes de hablar?

—No... te marco desde el celular que ella no sabe que tengo. Necesito escapar de aquí. Mi tía me tiene incomunicada y sólo pude esconder este celular, pero el saldo de la tarjeta está a punto de acabarse y ya no podré hablar más. Tienes que ayudarme a salir. ¿Lo harás?

—Claro. Lo haremos.

—Mira, tienes que entrar al rancho rodeando los establos y atravesar el jardín, lo cual te tomará un par de minutos, cuando estés frente a la casa mi cuarto está en el segundo piso. Es la ventana del costado izquierdo. Una vez ahí me avientas piedras para avisarme que ya llegaste, bajo y nos vamos.

—Ajá. ¿Y después?

Buena pregunta. No tengo idea.

—Y después hablaré con mi abogado. Él sabrá qué puedo hacer. ¿Puedes ayudarme?

—Sí. Yo me encargo, pero creo que va a ser el domingo, pasando Navidad. No hay forma de hacerlo antes. Cuelga antes de que se agote la tarjeta.

—Okay. Nos vemos el domingo.

Colgaron. Mónica se sintió mucho mejor y muy contenta de que por fin iba a salir de ese encierro con la ayuda de Juliana. Decidió que haría una maleta con las cosas que se llevaría con ella: unas cuantas mudas de ropa, sólo veinte o mejor treinta, algunos accesorios, su botella de perfume *CK One*, todos sus ahorros que tenía a la mano y otras cosas que creía que iba a necesitar.

Sacó una maleta de debajo de la cama, abrió los cajones y comenzó a sacar la ropa. Su único problema era el hecho de que nunca antes en su vida había empacado, para venir aquí alguien más lo hizo por ella, así que no tenía idea de lo que hacía y empezó a aventar la ropa como fuera cayendo. Entre sus cosas apareció la sudadera de Juan Carlos que nunca le devolvió. La sostuvo entre sus manos y pudo reconocer que todavía olía a él. Sonrió al recordar lo sucedido ese día y al mismo tiempo le dieron ganas de llorar por la última conversación telefónica que habían tenido

Se enfadó y aventó la sudadera. Siguió “haciendo la maleta”. La volteó a ver en el piso, se arrepintió de haberla botado y la recogió para guardarla con lo que se iba a llevar. Seguía teniendo la sensación de que algo no había terminado de cuajar entre ellos dos gracias a la susodicha Devora.

Cuando ya no cupo nada más, metió la maleta en el closet. No podía arriesgarse a que su tía la viera y arruinara su fuga. Se metió en la cama. Tenía sueño. Desde que el castigo había comenzado no dormía bien. Quería recuperarse de las noches que ya llevaba con insomnio pensando en todo lo que había vivido, pero no podía. Por momentos seguía sin creer en todo lo que le había pasado. Antes, su vida era horrible, pero ahora ¿era mejor? *Creo que sí... creo... no lo sé...* Siempre se había sentido sola y ahora estaba castigada sin tener contacto con nadie, pero antes sólo estaba su nana y unos padres que parecía que nunca la habían querido. Actualmente tenía amigas, una tía abuela con un dudoso pasado y estricta disciplina y a más personas a su alrededor que parecían apreciarla aunque no estaba segura de por qué. También estaba Juan Carlos, pero quién sabe qué iba a pasar con él.

—Sé que esta cena de Navidad tal vez no sea como tú la celebrabas, al fin de cuentas estamos únicamente nosotras dos, pero al menos la comida está muy buena, ¿no te parece?

Mónica estaba de mejor humor porque sentía que ya casi era su momento de escapar.

—Sí, ¿cómo se llamaba este pescado?

—Bacalao a la Vizcaina. Nadie lo cocina como Doña Josefa. Es el mejor que he comido. Espero que eso compense la falta de compañía.

—Sí, muy bueno. No es nada nuevo. En realidad pasé muchas Navidades acompañada únicamente con mi nana. Era genial, hacíamos galletas, las decorábamos y cenábamos el postre primero.

Su tía se le quedó viendo con una mirada que Mónica no lograba entender.

—¿Te gustaría volver a ver a tu nana? Sé que la despidieron meses antes de que todo pasara.

—Sí, en enero. Ya va a ser casi un año... por supuesto que me gustaría verla otra vez.

—Veremos si el abogado nos puede ayudar a localizarla. Tus papás no dejaron ningún dato de contacto pero lo podríamos averiguar.

—Me alegraría bastante.

—¿Qué has pensado sobre lo que hablamos? ¿Ya estás lista para pedir una disculpa?

—Antes muerta.

Su tía aventó el tenedor al plato.

—¡Por mi vida, Mónica, que me va a dar algo contigo! ¿No has aprendido nada en estos días?

Mónica se le quedó viendo.

—Yo... —aunque lo intentaba, las palabras no salían de su boca. Quería decir algo, cualquier cosa, pero nada.

—¿Sabes qué? Se me quitó el hambre. Buenas noches —su tía se puso de pie y de repente se vió demasiado cansada. Mónica siguió sin decir nada—. Feliz Navidad, Mónica.

Apenas era viernes en la noche y no sabía si sobreviviría hasta el domingo atrapada en la casa. Se sentía desesperada y deprimida, pero sobre todo furiosa con su tía. *¿Cómo podría perdonarla por tratarme así?* Se imaginó por un momento a su tía muerta reunida finalmente con Alejandro. *Tal vez así se le quitaría lo amargada. O tal vez como ella lo mató, puede ser que no.* Después sintió miedo de que su tía muriera. Se tranquilizó pensando *No, mala hierba nunca muere. Todavía le quedan varios años. Al paso que vamos, me muero yo primero. Tengo que salir de aquí.*

El día de Navidad no paró de llover, se fue la luz desde temprano, así que Mónica caminaba desesperada por la casa como león enjaulado. Necesitaba hacer algo para no enloquecer o aventarse por la ventana. Decidió explorar la casa buscando algo en lo cual ocuparse. Salir al jardín no era opción porque llovía a cántaros, pero había suficientes habitaciones como para entretenerse un rato. Su tía estaba en su despacho y sabía que no saldría de ahí hasta tarde, así que al menos podía pasearse por la casa a sus anchas.

Asaltó la alacena y comió galletas hasta que la corrieron de ahí. Dio vueltas por la planta baja tratando de abrir todas las puertas, aunque la mayoría estaban llenas de tiliches, sábanas y polvo que ya había visto antes. La primera planta no le ofrecía nada entretenido, la reja estaba cerrada como siempre, pero se dio cuenta que nunca había explorado los otros cuartos de arriba. No eran tantos, pero al menos había tres más que desconocía por completo. La primera era una pieza que parecía haber quedado lista para recibir visitas, similar a la suya, pero sin haber sido modernizada.

La segunda la hizo sentir algo triste. Era la habitación del lado derecho de la de su tía y que se veía que en algún punto había sido preparada para recibir un bebé: la pintura, los juguetes, la cuna, todo era una cápsula del tiempo a otra época. En los cajones todavía estaban las chambritas tejidas con mucho cuidado y esmero. El mueble cambiador, tenía montones de pañales de tela listos para ser usados y que nunca fueron tocados. A Mónica se le encogió el corazón cuando se

dio cuenta del amor con el que se había preparado ese cuarto. Alguien había acomodado y alistado todo con tanta ilusión para recibir a un bebé que nunca llegó. Una lágrima le corrió por el rostro porque sintió que a ese hijo que nunca existió lo habían querido más que a ella que estaba ahí.

Decidió explorar el tercer cuarto, que estaba del lado izquierdo de la de su tía. Esa habitación tampoco había sido tocada en años. Sin embargo, era obvio que sí había sido ocupada. Estaba llena de objetos, fotos y ropa que sólo podían haber pertenecido a su tío. La apariencia de la decoración era bastante masculina con madera oscura y muebles pesados. En una mesita todavía estaban dispuestos como si fuera a usarlos, botellas e instrumentos para afeitarse antiguos. A decir verdad, toda la habitación se veía como si todavía estuviera en uso, cada rincón limpio y ordenado. Le hacía sentir como que en cualquier momento, su tío entraría por la puerta y la regañaría por estar ahí. Sólo el closet estaba polvoso.

En un principio, el armario no tenía nada en especial, pero era lo único que no había sido tocado en muchos años. Sintió curiosidad de porqué podía ser así. Decidió revisar para ver si encontraba algo. Revisó todos los cajones, pero no encontró más que ropa y objetos personales. Nada fuera de lo ordinario o que no habría hallado en el closet de su papá, en el que una vez jugando a las escondidas entre la ropa con su nana, descubrió una caja fuerte y una pistola. Decidió revisar igual a ver si tenía suerte. Lo que encontró fue mucho más polvo y arañas que la hicieron retroceder y agarrarse de la pared para brincar cuando salieron muy molestas por aquella invasión a su hogar. Ahí se dio cuenta que había algo raro en el muro de atrás. La madera se podía quitar y había algo más. *¿Para qué mi tío tendría doble pared en su closet? No tiene sentido.* Retiró las tablas con cuidado y en efecto se dio cuenta que había una puerta detrás. Sin embargo, no tenía ningún tipo de picaporte o manija o algo que permitiera abrirla. Revisó con atención cada parte de la misma, pero no había nada.

Comenzó a desesperarse, no tenía ni idea de qué hacer para abrirla y no iba a regresar sin haber visto qué había del otro lado. Se recargó en la pared para pensar qué hacer y al apoyar la cabeza, esa parte se hundió y la puerta comenzó a abrirse con lentitud. Se alegró de por fin poder entrar y de que ahora sabría qué había dentro.

Cuando tuvo libre el paso, se introdujo al espacio que ahora estaba disponible. Le causaba un poco de ansiedad el no saber si se cerraría antes de que pudiera examinarlo o peor, el hecho de quedarse atrapada dentro, pero su curiosidad era más grande que su miedo.

El cuartito parecía ser un segundo closet que olía a humedad, era muy pequeño, pero le llamó la atención una madera que tapaba algo. Estaba llena de telarañas y polvo, lo cuál le dio mucho asco, pero quería ver si había algo escondido ahí. Retiró la tabla y vio que lo que estaba oculto eran dos orificios pequeños por donde entraba luz de un lugar. Se asomó y vio que daban a una habitación que por un segundo le fue imposible identificar, pero se le hizo familiar, como que ya había estado ahí antes.

Vio una figura caminar dentro. *¡Es mi tía en su recámara!* Decidió observar qué hacía. La vio abrir su ropero y sacar del interior un objeto largo envuelto en una sábana. La sacó del closet y la puso sobre la cama. Mónica pensó en miles de objetos que podían estar ocultos ahí. La desdobló y vio que era un rifle. Se veía antiguo. *¿Estará pensando en matarme?* Se acordó de Alejandro y sintió un escalofrío. Sin embargo, su tía no parecía tener intenciones asesinas, más bien parecía admirarlo. Casi podía jurar que lloraba un poco. *¡Ése es el rifle con el que mató a Alejandro! ¡Es el rifle que causó todo! Tiene que ser.*

Pero algo no le cuadraba. ¿Por qué había una pared falsa que espiaba al interior del cuarto de su tía? Fue entonces que una idea le cruzó por la mente y decidió que iba a tener que volver a revisar todo de nuevo para corroborar su teoría. Aunque en un principio la habitación de su tío no parecía tener nada en especial, decidió examinar de nuevo todo el piso, las paredes y los muebles. Algo le ayudaría a comprobar lo que pensaba y lo encontró ahí mismo en el escondite.

En una de las esquinas del espacio que se había abierto encontró una copia del cuadro que estaba en la entrada del cuarto de su tía y un cuaderno viejo. Decidió llevarse ambos objetos, porque con la luz que entraba por los agujeros no distinguía bien todos los detalles y quería inspeccionarlos con calma. Tomó el lienzo y el cuaderno, se los puso bajo el brazo, tocó para ver si conseguía cerrar el espacio igual que lo había abierto, lo logró y salió. No quería que su tía la fuera a cachar, ni que conociera lo que había descubierto. Ahora que podía espiarla no quería que lo supiera, no todavía. Sabía quién lo había hecho antes, pero ¿su tía sabría de su existencia?

Depositó sobre la mesita de su recámara el cuadro y el cuaderno y los examinó con cuidado. El lienzo tenía una leyenda ilegible escrita con tinta negra. Seguramente algún tipo de dedicatoria o algo similar. El cuaderno, también tenía cosas escritas con tinta negra y, a pesar de que sus hojas eran frágiles y amarillentas, parecía estar entero. La letra no era de nadie que reconociera del baúl, así que en efecto no era ni de Alejandro ni de su tía. El clima y la humedad parecían haberlo desgastado a lo largo del tiempo, así que en muchas páginas no se entendía lo que decía. No se daría por vencida estaba segura de que lo que encontraría la ayudaría a constatar sus sospechas. Ese cuaderno era de su tío, así que sería interesante saber qué pensaba sobre su triángulo amoroso con su tía y Alejandro.

Pensó en lo estúpido y ciego que resultaba Juan Carlos. No se daba cuenta de nada. Era obvio que lo suyo era muy diferente, no podía considerarse como un triángulo amoroso en sí, simplemente era cuestión de hablar las cosas y arreglarlo todo; no había asesinatos de por medio, no por falta de ganas o deseos por parte de Devora, pero nadie estaba obligando a nadie a casarse y no había habido un duelo, aunque la idea no sonaba tan mal después de pensarlo un poco.

Trató de leer las primeras páginas, pero casi no se distinguían las palabras y le ganaba la impaciencia. Sin embargo, su curiosidad fue mayor y colocó una de las hojas del cuaderno contra la ventana para que la poca luz que se filtraba entre las nubes la ayudara a leerlo mejor. Pudo darse cuenta que en lugar de ser párrafos que seguían una secuencia coherente, era más bien una serie de notas no muy claras de diferentes temas y cosas que observaba.

Revisar el ganado para detectar parásitos. Mis sospechas fueron confirmadas porque al parecer no me ama. Ella dice que sí, pero no parece. Lloro cada noche. Hay que fumigar los huertos. Tengo que revisar con el abogado si ya quedó la compra del campo.

Mónica no entendía bien en qué momento estaba pasando esto. Las notas de su tío Gulfrano parecían mezclar lo que pasaba con su tía con el trabajo del rancho. Tampoco entendía por qué había guardado la pintura junto con el cuaderno.

Una desgracia. Desafortunadamente lo perdimos otra vez. No creo que lo volvamos a intentar. No tendremos hijos pero espero que logremos ser felices. Ella recorre nerviosa la habitación dando vueltas interminables. Darle el cuidado de los caballos. Eso ayudará. Negociar un nuevo precio para el forraje.

Era obvio que aunque no había fechas, los párrafos se habían escrito en distintos días, meses o probablemente años.

La observo como cada noche. Dice que está bien, pero no sonrío. Estoy enfermo y el doctor opina que el cáncer no tiene cura. No le comenté, pero ella lo sabe. Me voy a morir y se quedará sola. Sin nadie. ¿Qué va a ser de Lucrecia? Hablar con el abogado sobre mi testamento mañana en la mañana. ¿Me están castigando o la están castigando a ella?

Al final de la libreta sólo había cuentas sin conceptos, números que habían tenido sentido para él, pero que ahora no le decían nada a Mónica. Aunque su tío nunca habría sido considerado un gran escritor, podía entender que había sufrido mucho.

Guardó la pintura y el cuaderno en su closet al lado de la maleta. Todavía no estaba segura de si llevárselos o no. *Tal vez tomaré únicamente el cuaderno.* Le dolían los ojos por el esfuerzo de descifrar lo escrito, tenía la vista cansada y mucho sueño. Cerró la puerta del closet y las cortinas, a oscuras y a tientas, se metió a la cama. Mientras se acurrucaba volvió a pensar en Juan Carlos y luego en todas las demás personas que llegaron a su vida, incluso en los que habían muerto hace tantos años. Sin darse cuenta se quedó dormida.

Soñó que estaba en la Plaza Florentina que al mismo tiempo era un campo como si la naturaleza y las nuevas construcciones se mezclaran entre sí. Llevaba puesta la ropa que había usado en la feria del Día de Muertos y Juan Carlos la miraba vestido con el mismo atuendo que traía la primera vez que se vieron cuando él iba a su entrenamiento de fútbol. En el sueño la invitaba a tomar un café y ella aceptaba.

Sentados uno frente al otro bebiendo el café que ahora era unos chilaquiles, él se paraba de imprevisto y la besaba. Alguien los separaba de un tirón. Era Devora, vestida igual que aquella noche en el lago, se acercaba a Juan Carlos para hablarle al oído y el enojo se apoderaba de su semblante. Mientras tanto ella sentía que unas manos la jalaban y al voltear la cara veía a Carla y a Juliana. Carla le sonreía y le ofrecía un brownie. Juliana gritaba que entre las dos podían golpear a Devora.

Se dirigió hasta donde estaban ellos, empujó a Devora quien en ese momento se transformó en la dra. Baldosa y tomó la mano de Juan Carlos para irse corriendo por la plaza. Buscaban la salida, pero no tenía fin. Se paró enfrente a los elevadores y uno se abrió hacia el vacío. Alguien la jaló al interior de la oscuridad, Juan Carlos trató de impedirlo, pero no pudo. Mónica lo soltó cuando él se transformó en su mamá. La puerta se cerró entre las dos y se encontró en el interior de una caja de metal que subía rápidamente. Ahí con ella estaba su tía sonriendo, pero sin decir palabra. Mónica trataba de encontrar la salida, pero no había ninguna. El elevador se detuvo de golpe y su tía la empujó a una especie de celda. Mónica golpeaba y golpeaba la reja, gritaba sin voz y trataba de abrirla pero no cedía. Empezó a sentir desesperación. Un montón de luz la cegó y la puerta se abrió, no pudo ver quién era pero había una silueta que le extendía la mano, invitándola a salir. Creyó que era su nana, pero al tomar su mano, se dio cuenta que era ella misma y se despertó.

Se sintió muy exaltada, todo había sido un sueño muy loco. No sabía qué significaba y dudó si realmente había sido ella la persona del final. Estaba empapada en sudor, se paró para echarse agua en la cara. Miró el reloj. Eran las 7:30 am. Bajó a la cocina y se abalanzó sobre el desayuno que le habían servido. Tenía tanta hambre que podría haberse comido un caballo.

Regresó a la cama. Desde que se despertó, la pesadilla le había provocado una gran ansiedad en el pecho que a duras penas le permitía respirar. No estaba segura de lo que sentía. Parecía ser una combinación de todo. Esta noche la sacarían de esa horrible casa, la cuál había llegado a odiar en algunos momentos de su encierro. No podía esperar a oír la voz de Juliana y seguro también

Carla desde el jardín. Sólo necesitaba bajar con su maleta y lo siguiente era la libertad. Trataba de concentrarse en eso y no en el hecho de que no tenía ningún plan para después de su escape.

La mañana fue eterna. Le pareció el día más largo de su vida. Se sentía aburrida. Su desesperación y frustración habían llegado a su máximo, pero trataba de superarlo pensando que iba a ser feliz cuando la ayudaran a escapar de la casa. Era similar a como se sintió el día en que Juan Carlos iba a pasar por ella o como cuando en Nochebuena se iba a la cama esperando la llegada de Santa Claus. La misma impaciencia y al mismo tiempo un estado de felicidad como pocas veces había experimentado. Podía sentir cómo el corazón le palpitaba a mil por hora, la ansiedad crecía minuto a minuto y caminaba desesperada por toda la casa. En eso se dio cuenta que ese lugar se había convertido en su hogar, en su mundo y lo iba a extrañar. ¿A dónde iría después? No lo había pensado, en realidad. Sólo podía esperar a que dieran las nueve, ahorita no quería pensar en que no tenía a dónde ir, ni qué hacer. Empezó a dudar de lo que estaba haciendo, pero ya no podía dar marcha atrás. Su orgullo no se lo permitía. No podía arrepentirse, así que decidió ignorar esas dudas. Lo importante era salir de ahí.

A las 8:30, ya tenía los nervios destrozados y no podía esperar más. *Aguanta sólo media hora, eso es todo, sólo media hora más y seguro seré libre.* El tiempo pasaba muy lento y cada minuto parecía una hora. Al dar las 9:30, el corazón le saltaba hasta la garganta, temblaba, las manos le sudaban, sentía que se iba a desmayar y la ansiedad no la dejaba respirar. Cuando pensaba que no podía soportarlo más, oyó sonidos en su ventana. Al principio, no estaba segura de qué era, pero después pudo escuchar claramente pequeñas piedras que provocaban un ruido casi sordo al impactarse contra el cristal. Los golpes eran muy ligeros como si tuvieran miedo de ser descubiertos y eso la hizo sentir todavía más nerviosa. Corrió hacia la ventana y se tropezó en el camino. Al asomarse distinguió a Juliana y a Carla paradas en el jardín sin poder determinar si la tercera silueta correspondía a Rodrigo o Mariana.

Bajó las escaleras con su maleta de la forma más silenciosa que pudo porque era enorme, pero justo podía escuchar como toda la madera que pisaba crujía como si fuera una alarma alertando a todo el rancho de su escape. Cuando salió al jardín una voz, que le resultaba familiar y que no era ni la de Rodrigo ni la de Mariana, le dijo —Mónica, aquí estamos.

¡Era Juan Carlos! ¡Él estaba ahí ayudándola a escapar! Se preguntó si habría hablado con Devora sobre lo sucedido en el lago. Trató de correr hacia ellos, pero la adrenalina no la dejaba respirar. Se detuvo un momento a recobrar el aliento cuando Carla y Juliana se le echaron encima.

—¿Cómo estás, Móni? ¿Estás bien? —preguntó Carla.

—Sí, gracias.

—Te tenemos una sorpresa —Juliana sonaba muy orgullosa de sí misma.

—Creo que sé lo que es.

—Sí, sí lo sabes. Me costó convencerlo, pero aquí está. ¡Sorpresa! —Juliana se movió y de atrás de ellas dos salió Juan Carlos. Se veía serio, pero era por la adrenalina del momento.

—Hola. Qué bueno que estás bien —dijo él con timidez.

—Gracias.

—Bueno, nosotras nos vamos llevando la maleta y nos vemos en el coche. ¿Verdad Juliana?

—¿En serio la tenemos que cargar nosotras?

—Juliana...

—Okay, okay. Vamos.

Pudo ver a Carla regañando a Juliana mientras se alejaban cargando su maleta que casi podría haber sido un baúl de lo grande que era.

Juan Carlos suspiró.

—Mira, yo... perdón, Mónica. Debí haberte dado la oportunidad de explicarte cuando me llamaste y...

—Ajá...

—Y... yo debí... ya sabes...

—No, no sé —respondió ella de forma seca.

—No me vas a hacer esto fácil, ¿verdad?

—Claro que no. Continúa.

—Hablé con tus amigas, porque aunque no me creas después de tu llamada me quedé preocupado. No te llamé porque perdí tu celular y en el teléfono de tu casa nunca me pasaban la llamada. Lo intenté muchas veces y nada —Mónica no pudo evitar sonreír. La había buscado. Sin embargo, también sintió algo de culpa porque ella que podría haberle vuelto a marcar, no lo había hecho—. Ellas me contaron todo lo que pasó con Devora y aunque al principio no les creí, cuando la presioné para que me dijera toda la verdad, dejó de mentir y me contó todo lo que había hecho desde hace un par de años. Yo creyendo que no tenía pegue y que todas las chicas me terminaban odiando porque había algo malo en mí y resulta que era mi mejor amiga alejándome de todos los demás. Ella me rogó que la perdonara y al verla tan arrepentida, la verdad estuve a punto de hacerlo en ese momento, pero creo que me voy a esperar porque todavía tengo muchas cosas que pensar antes de hacerlo.

—Me alegra que se haya aclarado todo, pero todavía no sé cómo YO me siento con esto...

A pesar de la oscuridad, vio cómo él se ponía pálido y su expresión se nublaba.

—Dime, ¿qué tienes que pensar? Por favor, Mónica ¿qué necesitas que haga?

Ella bajó la mirada porque con la intensidad con que la veía le era imposible mantenerla. Le costaba mucho trabajo verlo con cara de sufrimiento y no aventarse a sus brazos. Por primera vez, todas esas ganas de ver sufrir a Devora, se desvanecieron al menos por un segundo.

—Está bien. Lo que yo...

—¡Mónica! —toda la sangre de su cuerpo se congeló por un momento cuando escuchó el grito seguido de los ladridos de la jauría de perros dirigiéndose hacia ellos.

—Es mi tía. ¡Vámonos! —empezaron a correr, pero Juan Carlos no conocía el jardín y se tropezó con unos arbustos. Se detuvo a ayudarlo —¡Párate!

—¿Sabías que con esta luz parece que tienes cuatro ojos?

—¡Mónica! ¡Ven acá! —podía escuchar los gritos de su tía.

—Si no te levantas vas a ver cómo me veo sin cabeza. ¡Vamos!

Se paró y empezaron a correr de nuevo.

—El coche está afuera de la reja de la entrada. Ahí nos deben estar esperando Juliana y Carla.

Él le tomó la mano para poder correr sin volverse a estrellar contra algo y Mónica pudo sentir cómo su corazón se las ingeniaba para latir todavía más rápido al contacto directo con su piel. Se preocupó por sus amigas, no estaba segura si Carla y Juliana habían logrado llegar ya al coche cargando su maleta. Entre más se alejaban de la casa, menos luz tenían y no llevaban linterna, aunque no estaba segura si había sido una decisión estratégica para no ser descubiertos o si a

Juan Carlos o a las otras se les había olvidado traer una. Cualquiera de las dos opciones era igual de probable.

Ella corría más lento que él. Se notaba cual de los dos hacía ejercicio. Se prometió a sí misma que si sobrevivía a esto se inscribiría a un gimnasio. Casi no podía respirar y sentía que no daba más. Ya estaban cerca de la reja, la podía ver cuando sintió el tirón hacia el interior de la propiedad. Unas manos la sostenían con fuerza y pudo ver que Juan Carlos batallaba con alguien también, pero que lo jalaba en la dirección contraria. Él la agarraba tratando de evitar que los separaran.

—No me sueltes, Mónica.

—Eso trato, pero...

Las personas que los agarraban los jalaron con más fuerza y sólo dos de sus dedos quedaron entrelazados. Podía sentir que él estaba tratando de usar toda su fuerza y aunque la estaban lastimando, no quería soltarlo. Sin embargo, sabía que era en vano. La lograron zafar y la arrastraban al interior de la propiedad derecho hacia su tía.

V

SALUD, MEDIO AGUACATE



El trato

Si en serio quieres cambiar tu vida,
encontrarás la manera.
Si no, encontrarás una excusa.
Jen Sincero

Su tía la esperaba dentro de su despacho. No quería entrar, sabía lo que iba a pasar. David, que era la persona que la había atrapado, seguía parado atrás de ella. Ya no hacía ningún intento por sostenerla porque su mera presencia le hacía saber que no tenía escapatoria. Suspiró, se armó de valor, abrió la puerta y la cerró azotándola de un portazo en la cara de David. Al menos le mostraría que no estaba contenta con él.

Su tía, la esperaba sentada tras su escritorio en camisón y envuelta con un grueso chal negro. Se las ingeniaba para verse con mucha autoridad, aún en pijama.

—¿Qué es lo que quiere?

—¿Qué se supone que estabas tratando de hacer? —era notorio que trataba de sonar tranquila aún cuando la quería estrangular.

—¿Para qué me quiere aquí? ¿No prefiere que desaparezca de su vida?

—¿Y a dónde pensabas ir? —Mónica se quedó callada, en parte porque no quería responderle, pero sobre todo porque realmente no tenía una respuesta. Su tía se relajó un poco en su silla —. Exacto. Tan enérgica como siempre para actuar de forma impulsiva, pero sin tener ni la más remota idea de un plan. ¿Ya regresaste a la realidad? ¿Ya aterrizaste de tu fantasía? ¿O más bien te estrellaste?

—Déjeme en paz... yo sé lo que hago.

—¿En serio? Ilústrame entonces. ¿Qué planes tienes para el resto de tu vida una vez que sales por esa puerta? ¿Dónde vas a vivir? ¿Dónde vas a estudiar? ¿Tienes alguna fortuna secreta para mantenerte? —su tía la miraba con dureza, pero no con crueldad.

—Ojalá se muera —Mónica esperaba que reaccionara con enojo pero su tía la miró con tristeza.

—Ése es el problema, niña. Me voy a morir ¿y qué va a ser de ti? Te puedo dejar salir, pero no sobrevivirías ni tres días. Serás muy valiente y orgullosa, pero no estás ni cerca de ser capaz de hacerte cargo de ti misma, menos si todavía no aprendes a medir las consecuencias de tus actos.

—¡Se equivoca!

—Mírame a los ojos y dime que no tengo razón —Mónica no pudo decir nada. No tenía una respuesta. Su tía suspiró y se suavizó, aunque la frustración estaba muy clara en las facciones de su rostro —. Me recuerdas a mí misma cuando era joven y veo un futuro en el que puedes vivir amargada, sola y vacía. No quisiera eso para ti.

—¡Yo no me parezco en nada a usted! ¡Antes muerta!

Su tía soltó una risa amarga.

—Dime, niña. ¿Eso crees? ¿Qué es lo que haces cuando no se hace tu santa voluntad o ahora que te confrontan con el hecho de que estás equivocada? ¿Acaso no te enojas y quieres destroz

todo antes de reconocer que te equivocaste o que estás mal?

—Yo...

—¿Acaso no estás llena de furia y sientes que la vida tiene que recompensarte por todo lo que has vivido y que alguien te debe algo aunque no sabes ni qué, pero que alguien tiene que venir a resolverte lo que te ha pasado? ¿No sientes que el enojo por la injusticia te consume?

—¡Eso no tiene nada que ver!

—Por supuesto que tiene que ver, Mónica. Nadie te va a venir a resolver la vida, si no sueltas esa expectativa y empiezas a vivir tu propia vida y lo resuelves tú misma, vas a irte por un camino del que ni yo, ni nadie podrá salvarte. Y honestamente es muy frustrante. Si no sueltas tu orgullo, aprendes a perdonar, a ser humilde, a tener confianza en ti misma, tus capacidades, valores y habilidades, no hay nada qué hacer. Y tu actitud me lleva a pensar que todos esos años que desee tener un hijo he vivido equivocada y son una ironía.

—Usted también tiene cola que le pisen, ¿No es usted la que está sola y amargada? Yo no pedí venir aquí y seguro también tiene mucho que “resolver” de su pasado como su matrimonio obligado y todo lo que eso provocó que la llevó incluso a asesinar a su novio Alejandro.

—¡Calla!

—¿No sigue cargando con la culpa por haber matado a la única persona que amó?

—¡No hables de lo que no entiendes! ¡No sabes lo que dices y mucho menos lo que siento!

—¿Qué es lo que siente entonces? ¿Con qué autoridad moral viene a juzgarme?

—Nadie me obligó a casarme. Es cierto que la razón original para aceptar la propuesta no fue amor, sino el beneficio y la estabilidad económica que obtendría con ese matrimonio, pero Gulfrano lo sabía y aún así estuvo de acuerdo. Mi padre era el más beneficiado. Lo vio como una oportunidad para recuperar la fortuna que había perdido después de apoyar a los republicanos en la guerra.

—¿Y Alejandro?

—Ya habíamos terminado para cuando acepté el matrimonio, pero él no lo reconocía. Sí lo había amado, pero no como él me quería. Yo nunca quise casarme con él, nunca me vi como su esposa.

—¿Y el duelo?

—Alejandro siempre fue muy impulsivo y se le hizo un gesto romántico.

—Fue una estupidez.

—Sí, fue una estupidez para todos. Para él por proponerlo, para Gulfrano por aceptarlo y para mí por...

—¿Por?

—Cazar conejos no es igual que tratar de impedir un duelo. Sólo quería asustarlos, pero la bala atravesó a Gulfrano hiriéndolo en el hombro; sin embargo, a Alejandro lo mató de forma casi instantánea. Las autoridades dijeron que había sido un accidente cazando, pero todos sabían lo que había pasado en realidad, bueno creyeron saber lo que había pasado, sólo Gulfrano sabía la verdad. Aún así se casó conmigo —Mónica se quedó callada sin saber qué decir—. Ten cuidado con tu orgullo y con creer que eres quién más sabe.

Las lágrimas escurrieron por las mejillas de Doña Lucrecia y por primera vez Mónica la vio como la mujer que era y lo que había sufrido.

—¿Cómo se recupera una de algo así?

—Sanar no ha sido fácil. Todavía vivo las consecuencias de mis malas decisiones, pero con el tiempo aprendí a vivir con la pérdida, el dolor y el arrepentimiento. A veces siento que sigo aprendiendo.

—¿Cómo suelto o perdono? Sólo siento tanta rabia dentro de mí contra mi nana por haberme dejado, contra usted por encerrarme, contra mis papás por abandonarme siempre, morirse y dejarme sola y contra mí misma porque no puedo soltar todo lo que siento —Mónica empezó a llorar también más que por tristeza por amargura —¿Cómo puedo aprender a perdonarlos? ¿Cómo suelto todo lo que tengo encerrado dentro? ¿Cómo puedo mejorar mi situación? ¿Cómo juntar los pedazos de todo lo que tengo roto?

—No somos tan diferentes, Mónica. Las dos hemos tenido que aprender mucho, pero tu pasado no es tu futuro. No puedo decirte qué hacer, pero cuando encontré mi propósito, empecé a agradecer lo que sí había en mi vida y trabajé con esfuerzo y disciplina, así pude sentirme mejor.

—Al parecer usted sí tiene corazón después de todo.

Su tía rió. Era la primera vez que la escuchaba soltar una carcajada.

—Creo que empiezas por el camino correcto si no niegas lo que sientes. Así es cuando vas a ver que las cosas mejoran. Lamento si no puedo hacer nada sobre la necesidad de cariño que sentiste y que tus padres ignoraron.

—Aún siento mucho coraje por eso. Nunca estuvieron ahí para mí. La dra. Baldosa dijo que yo podía darme lo que ellos no me dieron, pero no sé cómo. Mi nana me dio cariño, pero ya no está.

—No fue tu culpa, ni la de ella. No había nada que pudiera hacer para evitar que la obligaran a irse.

—Siento que debió de intentarlo.

—Nada te dice que no lo hizo.

—Nunca intentó contactarme después de... del accidente.

—No sabemos si lo hizo. El departamento se vendió y los abogados tuvieron instrucciones estrictas para no permitir que nadie te contactara aquí. Era para evitar a la prensa o la presencia de gente incómoda, pero puede ser que hayan pagado justos por pecadores —Mónica no había pensado en eso, ni en muchas otras cosas. Sólo se derrumbó sin aceptar todo el dolor que llevaba dentro. *Oculté el dolor que sentía... que siento, incluso de mí misma.* No lo dijo, sólo lo pensó, pero su tía parecía adivinarlo —. Sí nos parecemos, pero si algo puedo enseñarte es a que no vas a controlar nunca todos los eventos que ocurran en tu vida, es imposible, pero sí cómo reaccionas ante ellos y si dejas que te vuelvan a derrumbar o no.

—¿Cómo?

—Tienes que alcanzar tu propia tranquilidad. Reconoce tus propias acciones que lo único que hacen es dañarte y cámbialas, tu dolor y el hecho de que sigues guardando todas esas emociones negativas dentro.

—No sé si lo logre. No sé si puedo o quiero cambiar o perdonarlos.

—No me atrevo decirte si perdonarlos será la mejor acción que puedes tomar. Tal vez la dra. Baldosa sea capaz de hacerte recomendaciones. Yo no. No te puedo pedir que hagas algo que a mí misma me ha costado tanto trabajo y que a veces siento que todavía me falta.

Mónica no supo qué responder, se daba cuenta que su tía tenía razón, pero sólo sentía el nudo en la garganta que se había formado y cómo se le revolvía el estómago. A su memoria comenzaron a llegar destellos de recuerdos como en un bombardeo. Respiró profundo para

calmar su respiración agitada. Sabía que había cosas en su mente que no se atrevía a tocar por miedo a romperse, eran casi un tabú, pero al mismo tiempo alcanzaba a sentir cómo algo se había fracturado en la presa que retenía todos sus sentimientos y ya no iba a volver a ser como antes. Sólo le quedaba intentar respirar para evitar que lo que sentía no se desbordara por completo, aunque ya la golpeaba de forma violenta. Algunas lágrimas rodaron por sus mejillas y logró apreciar algo nuevo para ella también, reconoció que a pesar de la amargura y el dolor, sí había amor, aunque no sabía qué hacer con él.

—Sí deseo perdonarlos, por todo, pero aún no sé cómo. Sé que sí los quería o los quiero, no sé, pero es demasiado pensarlo.

Su tía la miró fijamente después de que guardó silencio. Parecía no querer interrumpirla por si se le ocurría agregar algo más, pero al ver que no lo hacía, ella misma suspiró.

—No hace falta que sigas mis pasos, pero para mí ha sido más fácil después de haber perdonado a las personas que me lastimaron, no por ellos sino por mí, para ayudarme a sanar, aunque no ha sido completo, porque hasta la fecha no consigo perdonarme a mí misma, tratarme con la misma generosidad con la que consideré la ambición desmedida de mi padre o la que tuve hacia Gulfrano al no querer reconocer varias cosas. He perdonado el carácter impulsivo de Alejandro, la intransigencia y el abandono de mi hermano, pero no he logrado hacerlo conmigo misma por el grave error que cometí. No creas que tu estancia aquí no me ha ayudado a analizar esto, verte a ti me ha hecho darme cuenta de muchas cosas sobre mí. Incluso ya había pensado en levantarte el castigo para la fiesta de Año Nuevo.

Diablos. Y yo tratando de escapar.

—¿En serio?

Su tía sonrió.

—Claro eso fue antes de que intentaras escapar hoy y tuviera que meterte a rastras para que entendieras el error que estabas cometiendo, porque como dices sí tengo corazón. No podía permitir que cometieras la estupidez tan grande de irte así, porque sabía que volver iba a ser difícil por tu orgullo y antes te ibas a morir de hambre que reconocer tu error y lo sé, porque yo era igual.

Tiene razón. La cara de Mónica fue la confirmación suficiente para que su tía continuara.

—¿Ves? Por eso te detuvimos. No eres una prisionera, estás castigada. Creo que se me olvidó que nunca te habían castigado, nunca te pusieron límites, ni viviste las consecuencias de tus actos y eso estuvo mal. Eso te hizo mucho daño, tanto, que no sabes distinguir una semana de castigo de un encierro permanente. ¿Qué pensabas que iba a pasar? ¿Que te iba a encerrar en un convento, iba a tirar la llave y me iba a olvidar de ti? No seas ridícula, Mónica.

—Pues es que... —se calló porque no tenía una buena respuesta para dar. Se daba cuenta que había exagerado y que su tía estaba en lo correcto, pero no conseguía expresarlo. Las palabras se atoraron en su garganta y no salían. No podía decir lo que estaba pensando porque sentía que le era físicamente imposible articular las palabras. Su tía parecía adivinar sus pensamientos.

—Ya es tarde. Vete a dormir y mañana continuamos. Las dos estamos cansadas.

Salió del estudio y se dirigió a su cuarto. No quiso reconocerlo, pero una parte de ella misma se sentía aliviada de seguir viviendo en la casa, en su hogar. Sin embargo, le costó mucho trabajo quedarse dormida, tenía muchas cosas en la cabeza que le daban vueltas y vueltas. No era para menos.

Cuando despertó, vio en su reloj que era pasado el mediodía. La habían dejado dormir por primera vez desde que había llegado al rancho. Cuando vio a Rufina sonrió.

—Vaya... ¿Estamos de buenas, niña? Al parecer sólo necesitabas despertarte tarde para estar de buen humor. ¿Vas a querer bajar a comer algo? Hay taquitos de cecina.

—Nunca la he comido.

Rufina la miró con cara de entre sorpresa y espanto.

—¿Cómo puede ser eso posible? Vamos vístete ya. Bajo a avisar que te guarden cuatro.

—Eso es mucho.

—Eso es lo mínimo, nadie puede comer menos de cuatro. Vístete ya. Vas a tener visitas después.

—¿Quién? ¿Mi tía?

—No lo sé. Yo sólo sigo instrucciones.

Mónica se atrevió por un segundo a desear que fueran sus amigas, pero sabía que eso era absurdo. Seguramente sólo era su tía que venía a terminar de hablar de lo de ayer. Se dio cuenta que ya no le tenía tanto miedo a su tía como antes. Aunque parecía casi imposible, sí veía un posible futuro en el que podía llegar a ser feliz en el rancho. Se sorprendió un poco de tener pensamientos positivos. *No, tengo que ser realista.* No quería perderse en ideas optimistas sin fundamento.

Después de desayunar y bañarse, hizo la nota mental de que iba a tener que hablar con Juan Carlos para que le devolviera pronto su maleta, ya que la mayoría de su ropa de frío se había ido ahí y la iba a necesitar. *O tal vez, mejor que se la quede por el momento, por si tengo que escapar de nuevo.* No tenía nada qué hacer así que agarró un libro. El tiempo pasaba muy lento y no se podía concentrar. Se preguntaba qué le diría su tía, podría ser cualquier cosa. Trataba de ser paciente, cosa rara en ella, pero sabía que doña Lucrecia solía ser puntual, aun cuando no le había dado una hora en especial.

Escuchó que tocaban su puerta y corrió a abrir. No quería hacerla enojar por dejarla esperando. Con suerte estaría de buenas y no quería arruinarlo. Abrió la puerta y su tía entró con pasos pausados y muy tranquila. Sin decir nada, ni una sola palabra, entró y se sentó en su sofá. Parecía una reina que con un solo movimiento de su mano, podía ordenar a sus súbditos que hicieran lo que ella quisiera. En cuanto se sentó, sonrió.

—Bueno, muy bien. Ahora debemos continuar con la sencilla decisión de qué va a ser de tu destino.

—¿Qué quiere decir?

—Ya tenemos más claro el panorama de la herencia de tus papás y no hay prácticamente nada.

Mónica se le quedó viendo sin saber si echarse a reír o llorar.

—¿Entonces?

—Entonces tenemos que decidir si vas a continuar como hasta ahora o si te mando a un internado fuera del país hasta que acabes la prepa tal como lo deseabas cuando llegaste aquí.

—¿Todo depende de mí?

—En parte... yo también decido, dado que al parecer yo lo voy a tener que financiar.

Por un momento, Mónica se sintió tan cansada y harta. Siempre había querido irse a Canadá para alejarse de su casa, pero ahora ya no estaba tan segura de querer hacerlo. Empezó a morderse las uñas, manía que había eliminado exitosamente hacía un par de años, pero que al

parecer había regresado de forma agresiva el día de ayer. Al menos, se dio cuenta que había dejado de rascarse sus cicatrices. No estaba segura desde cuándo. Pensó por un largo momento, mientras su tía la esperaba, sentada de forma apacible.

—Por favor. Ya no. Ya no quiero eso. Estoy cansada. ¿Por qué no me deja aquí? Sólo son tres años y no tendrá que volver a verme nunca más después si no quiere.

Su tía sonrió. Mónica pensó que le divertía verla así, casi rogando. A pesar de la sonrisa, hablaba con seriedad.

—Puedes acabar clases aquí, pero también, si así lo decides después, podemos enviarte al internado que tanto quieres en Canadá para el siguiente ciclo escolar.

—¡No es justo! ¿Por qué me da falsas esperanzas sobre mi estancia en el rancho para después decirme que me mandarán lejos el siguiente año? ¿Por qué me avienta un balde de agua helada?

—Sí, la vida no es justa, es cierto. Te ofrezco lo que querías y lo consideras un insulto. Si lo que más querías en la vida, ya no es. Entonces, ¿qué es lo que quieres hacer con tu vida?

—No sé. Siempre me ha importado un comino lo que pase hasta cumplir los dieciocho años, pero no sé qué va a ser de mí. A veces quiero mi vida de antes... otras irme a Canadá... también deseo quedarme aquí, seguir en la escuela, porque éste es mi hogar.

—Sí, sí lo es.

—Entonces... ¿por qué quiere deshacerse de mí?

—Nadie está tratando de deshacerse de tí. Simplemente te estoy planteando que lo que querías cuando llegaste, ya lo puedes tener. Me resulta raro que alguien más considere el rancho su hogar, porque no me había pasado desde que murió Gulfrano, pero es algo con lo que yo tengo que lidiar.

—Pues hágalo, porque quiera o no, éste es mi hogar y lo será por los años durante los que todavía se tiene que hacer cargo de mí. Son sólo tres.

—Yo también tengo cosas que pensar.

—No tiene que pensar nada. Yo ya tomé una decisión y quiero quedarme aquí por el resto de la prepa y usted tendrá que lidiar conmigo al menos hasta que cumpla dieciocho. Si es necesario, recurriré a un abogado. ¿Entiende?

Su tía rió.

—Ya veo. Al parecer va a regresar la paranoia de ser observada para mí.

—¿Cómo? —Mónica recordó lo que había encontrado el otro día en el cuarto de su tío.

—Siempre supe que de alguna forma, Gulfrano me observaba, por los comentarios que luego me hacía, pero nunca encontré su escondite. Tampoco lo busqué, a decir verdad. Después de que él falleció, no me quedaron ganas de ponerme a registrar su habitación.

Mónica se mordió el labio y era obvio que algo sabía.

—¿Puedo quedarme a vivir el tiempo que yo quiera en el rancho si lo encuentro?

Su tía suspiró un poco con exasperación, pero en sus ojos podía ver cómo le había causado curiosidad.

—Puedes quedarte a vivir en el rancho por el tiempo que tú quieras, te doy mi palabra. No es necesario que encuentres nada. Ya te lo dije.

—Pero... ¿qué pasa si lo encuentro? ¿Si la guío a ese escondite? ¿Si la ayudo a encontrar lo que usted no encontró en todos estos años?

Doña Lucrecia suspiró con frustración. Era obvio que no iban a llegar a ningún lado así.

—¿Lo encontraste?

Mónica sonrió porque sabía la respuesta y estaba segura de que así iba a obtener lo que quería.

—¿Entonces me puedo quedar?

—Sí, Mónica. Te puedes quedar, eso fue lo que dije.

—Trato hecho.

—No hay ningún trato, pero como quieras.

—Espere a mañana.

—Sí, esperaré. Mientras tanto, le pedí a la dra. Baldosa que venga a darse una vuelta a verte, a vernos. Te aviso cuando llegue.

Mónica se quedó pensando después de que su tía salió de la habitación, de por qué no se había animado a decirle en ese momento que ya lo había encontrado. Tal vez era prudente esperar un poco y hacerla pensar que todavía lo estaba buscando. Aunque su tía no parecía estar muy preocupada por encontrarlo.

La dra. Baldosa llegó por la tarde. Su tía había acondicionado una de las áreas de la planta baja que daban al patio para recibirla. Era una pequeña sala de estar, cálida y acogedora que contrastaba con el frío que hacía esa tarde. La doctora la saludó con mucha afectividad, aunque se veía algo nerviosa de estar en la casa. Mónica se preguntó si era la primera vez que estaba ahí. Era muy probable.

—Hola Mónica. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Cómo están Mariana y Rodrigo?

La doctora rió.

—Castigados.

Mónica se sonrojó y sintió algo de culpa.

—Lo lamento.

La dra. Baldosa le sonrió.

—Gracias. Ellos van a estar bien. Unos días en casa y haciendo inventario no van a matar a nadie. Es más, antes de que se me olvide... —agarró su bolsa y empezó a buscar desesperadamente en ella sacando objetos que Mónica no tenía idea que una persona solía traer consigo. Le recordó a la película de Mary Poppins cuando ella buscaba algo en su bolso y sacaba Dios sabe cuánto—. ¡Aquí está! —le extendió un folder manila que se cerraban con una cinta roja, en su interior podía sentir que había una serie de... ¿sobres? —Te lo mandan los chicos. Las puedes leer después.

—Gracias —apretó el folder contra su pecho. Trató de controlarse y no abrirlo en ese instante. En lugar de eso, lo puso sobre la mesita que tenía cerca, donde lo podía voltear a ver todo el tiempo.

—No hay de qué.

—Les responderé en cuanto pueda, en cuanto me regresen mi teléfono y mis cosas.

Omitió el hecho de que todavía tenía su celular guardado. La dra. Baldosa la miró con cierta dulzura.

—¿Te habían castigado así antes?

—No, no realmente. Mis papás no se involucraban lo suficiente como para tomarse la molestia y mi nana jamás me castigó.

—¿Por eso trataste de escapar? —Mónica pudo sentir su cara caliente y como se ponía roja

como un jitomate. Se le quedó viendo a la doctora sin saber qué contestar —No te preocupes, Mónica. No te estoy juzgando, sólo quiero entender qué estabas pensando. ¿Qué te hizo sentir que querías escapar?

Después de pensarlo por un largo rato y luchar consigo misma para articular las palabras se armó de valor.

—No soporto la idea de sentirme encerrada y que me iba a dejar así para siempre, que ya nunca más iba a poder volver a la escuela o ver a mis amigos y no lo podía tolerar.

—Ya veo... ¿Qué notaste en ti cuando dijiste que no lo podías soportar?

—Sentí que mi tía me estaba encerrando en una prisión y tirando la llave, que se iba a olvidar de mí y me iba a dejar abandonada.

—Eso debió de haberte causado mucho miedo. ¿Qué percibiste en tus emociones cuando decidiste escapar?

—Que al menos así yo tendría el control de mi vida.

—¿Control sobre qué?

—Pues sobre lo que hago, lo que me pasa, con quién estoy, todo...

—¿Alguna vez has pensado en tu futuro? ¿Qué quieres hacer más adelante? ¿A qué te quieres dedicar? ¿Qué proyecto de vida tienes? Cosas así —Mónica se le quedó viendo con la mente en blanco. Nadie nunca le había preguntado eso y a decir verdad, no tenía ni la más remota idea. Era obvio que la dra. Baldosa se daba cuenta de eso, así que cambió su pregunta —. Bueno, ya casi es Año Nuevo. Va a empezar un nuevo siglo, es más, un nuevo milenio. Creo que es buen momento para que empieces a pensarlo. ¿Qué te gustaría lograr en el año 2000?

—No sé...

—Piensa: ¿qué te gusta hacer? ¿Qué actividades te hacen feliz?

—No lo sé...

—¿Hay algo en lo que crees que eres buena?

—Creo que no. Todo lo que hago acaba mal.

—No, Mónica. Es seguro que no es así.

—Siempre han hecho todo por mí o me han ignorado o me han hecho sentir tan insignificante, que honestamente no tengo ni la más remota idea de en qué se supone que soy buena o para qué sirvo —a pesar de que luchaba contra ellas, Mónica podía sentir las lágrimas corriendo por sus mejillas y sabía que una vez que empezara a llorar no iba a poder parar por un buen rato. El enojo creció en su interior, por la impotencia de no ser capaz de detenerse y también por lo que acababa de decir.

—Tienes muchas cosas positivas y estoy segura de que las vamos a poder detectar, pero empecemos poco a poco. Dime, ¿qué es lo que más te gusta de tus amigos? ¿Qué es lo que más admiras de ellos?

Mónica se tomó unos minutos para calmarse y pensar. Pudo ver en su mente a cada uno de los que ella consideraba sus amigos y pensó en lo bueno que había en ellos. Eso era mucho más fácil.

—Pues... Carla ha vivido tantas cosas y aun así es una de las personas más alegres que conozco. Me gustaría ser como ella que le puede ver el lado bueno a todo.

—Ajá.

—Juliana es la persona más valiente que conozco y aunque a veces no hace las cosas como la mayoría de las personas es una gran amiga y defensora.

—¿Alguien más?

—Pues... Rodrigo es muy inteligente, sabe de todo lo de tecnología y bueno, Mariana también pero en otro estilo. Ella siempre sabe qué decir y la verdad da un poco de miedo.

La doctora soltó una carcajada.

—A veces a mí también me asusta un poco.

—Y... Juan Carlos... —podía sentir como se ponía roja otra vez. Era ridículo, pero no lo podía evitar—. Él es... es un gran amigo. Siempre apoya a los demás.

La dra. Baldosa se quedó callada unos momentos esperando a ver si decía algo más. Cuando se dio cuenta que no lo haría, suspiró.

—Bueno, hay quien dice que tus amigos y las cualidades que ves en ellos son parte de ti. ¿Qué opinas de esto?

—No lo sé, tal vez.

—Bueno, hablas de ser alegre, resiliente, valiente, defensora, inteligente y ser buena amiga. Tú tienes parte de estas cualidades. ¿No lo crees?

Mónica se le quedó viendo sin estar segura si se atrevía a pensar que tenía alguna cualidad real. *Tal vez sí.*

—Puede ser...

—No te preocupes. Vamos a empezar con esto. Por lo pronto enfócate en reconocer los aspectos positivos que te caracterizan; en celebrar que podrías ser una mala persona y sin embargo cada día te esfuerzas en ser una buena persona. Piensa en tus cualidades y también en las metas que te gustaría tener para el siguiente año.

—Deseo quedarme aquí. Eso es lo que quiero: quedarme en mi hogar.

—Muy bien. Ahora piensa cómo anhelas vivir en tu hogar como una mejor persona. Medítalo.

—¿Ahorita?

—No, tómate unos días, lee las cartas que te traje y lo platicamos cuando nos volvamos a ver.

—¿Cuándo?

—Después de Año Nuevo. Te recomiendo que, después de pensarlo un tiempo, anotes en una libreta estas cualidades que vimos y las que crees que puedas tener. Trata de apuntar por lo menos unas cinco.

—¿Y si no tengo ninguna?

—Las tendrás, estoy segura. ¿Has seguido apuntando algo de lo que estás agradecida cada día?

—A veces... la verdad.

—Entonces lo que nos falta es la disciplina de crearte el hábito. Esta semana, todos los días, siéntate a la misma hora y apunta algo de lo que estás agradecida y una cualidad. Lo revisamos la siguiente vez que nos veamos.

—Esto es ridículo...

—Sé que puede parecerlo, pero muchas veces las cosas pequeñas que hacemos todos los días, son las más importantes. Inténtalo, no pierdes nada.

Una vez que la dra. Baldosa se había ido, Mónica corrió a donde estaba el folder y lo rompió. No podía esperar a abrirlo con calma, la curiosidad se lo impedía. En su interior, descubrió

varios sobres individuales que parecían ser cartas dirigidas a ella. Reconoció su nombre en la letra de Juan Carlos y de inmediato la abrió, desdobló el papel con cuidado y comenzó a leer.

Mónica:

Espero que estés bien. Sé que sigues castigada, pero Rodrigo me dijo que su mamá iba a ir a verte y Mariana tuvo la idea de mandarte unas cartas con ella. No sé cuánto tiempo más durará tu castigo ni si tu tía nos va a dejar volver a pisar tu casa algún día, pero sólo quería decirte que todos te extrañamos.

No me he olvidado que tenemos una conversación pendiente. Lo que necesito decirte preferiría hacerlo personalmente aunque tenga que esperar a que regresemos a la escuela en enero o cuando pueda verte.

Todos esperamos que la situación con tu tía mejore y habrá mucho qué platicar. Por ejemplo, Devora y yo hablamos seriamente sobre todo lo que había estado haciendo y me pidió disculpas. Todavía no estamos bien, pero creo que es cuestión de tiempo. Ayer me presentó a Alexa y es buena onda. Ya no puedo esperar a verte lo más pronto posible, bueno Carla y Juliana igual. Ellas también te extrañan.

Ojalá pronto puedas escribirme o llamarme para saber cómo estás. Al menos, decirle a tus amigas y ellas me podrán pasar el mensaje.

Me despido porque mi mamá me está gritando que tengo que arreglar mi cuarto porque dice que parece un campo de batalla en mitad de la guerra. Bueno, ya me desvié, así que mejor me despido.

Juan Carlos

Después de leer todas las cartas, se convenció de que tenía que salir de ahí y ver a sus amigos. Corrió fuera del cuarto, hablaría con su tía y le diría que ya había encontrado el escondite de don Gulfrano, que la dejara salir y quedarse en el rancho. Tocó la puerta de la habitación, se frotó las manos nerviosa y esperó a que le abriera. Al no recibir respuesta inmediata, volvió a tocar, entonces la puerta se abrió de forma súbita lo cuál la hizo brincar.

—¿Qué pasa, Mónica? —su tía la miraba fijamente. Nunca tocaba la puerta de su cuarto, así que tenía toda su atención.

—Sólo vine a decir que encontré lo que quería que buscara. ¿Quiere verlo?

La anciana sonrió, aunque no estaba segura de qué significaba esa sonrisa.

—Sí, está bien.

Salió de la habitación y la siguió.

Mónica se paró en el centro del cuarto de su tío. Doña Lucrecia se encontraba atrás de ella con la espalda hacia la puerta.

—¿Y bien? ¿Dónde está? Igual y mejor no vale la pena perder el tiempo en esto —Mónica ignoró el comentario y caminó en dirección al closet, sin decir nada, movió la ropa hacia un lado y con la mano le indicó que se acercara. Su tía sonrió. —Claro, el closet era lo obvio. Enséñame.

—Es bastante incómodo, oscuro, húmedo, estrecho y lleno de telarañas. ¿Aún así quiere entrar? Su tía movió el bastón en círculos en señal de fastidio.

—Un poco de incomodidad no me va a detener. No soy tan delicada, tampoco quejumbrosa y mucho menos cobarde como podrías pensar. Sí, estoy dispuesta a ver el escondite de Gulfrano.

Mónica suspiró, no sabía si su tía iba a terminar regañándola por esto aunque ella no tuviera nada que ver.

—Okay, en ese caso, voy a tomar mi linterna para verlo mejor.

Después de batallar un poco, Mónica logró abrir el escondite, prendió la linterna y entró primero. Su tía la siguió con la misma agilidad y contrario a lo que esperaba, no dijo ninguna palabra ni se quejó de lo estrecho que resultaba el espacio. Se limitó a observar todo. —¿Esto es todo?

—Sí, no hay más.

Su tía sonrió complacida por la audacia de su sobrina.

—Esto es lo que encontré —dijo mientras señalaba los agujeros en la pared que habían estado escondidos por una madera.

A pesar de su recelo se acercó muy despacio para mirar a través de los agujeros.

—Ya veo que por aquí era por donde me estuviste espiando. Qué daño te hiciste tú solo. Siempre creyendo que no te amaba — murmuró más para ella misma que para Mónica —. Muy bien. Cumpliste tu palabra de encontrarlo. Gracias por mostrármelo.

—¿Entonces me puedo quedar?

—Te podías quedar con o sin esto. Te lo dije varias veces.

—¿En serio? ¿Y también podré salir?

—Eso todavía lo estoy pensando y en si debo cerrar todo con llave o no molestarme, porque de alguna forma te las ingenias para andar revisando lo que no te incumbe por todos lados con o sin mi permiso. Salgamos de aquí.

Salieron sin decir nada. Mónica se fue a su habitación, se acostó en la cama y prendió la televisión. Se sentía contenta por haber obtenido la autorización para quedarse, pero ahora quería salir de la casa para poder ver a sus amigas y a Juan Carlos, ir de compras porque sentía que ya no tenía nada qué ponerse e ir a la fiesta de Año Nuevo en la plaza del pueblo. La exasperación crecía en su interior. Necesitaba desintoxicarse de la casa. Empezaba a sentir ansiedad y claustrofobia que se apoderaban de ella otra vez.

Decidió salir al jardín, no lo había hecho desde su intento fallido de escape y al menos eso era mejor que quedarse encerrada en su cuarto. Esperaba que el paseo le ayudara a calmarse. Bajó despacio las escaleras, casi como si fuera la primera vez que estuviera ahí. No tenía prisa, aún no oscurecía por completo y a pesar de que todo el día había estado soleado, el clima del atardecer le exigía una chamarra y una sudadera.

Terminó paseando por el huerto y al caminar entre los árboles que rodeaban la propiedad, se dio cuenta que habían perdido las hojas a diferencia de los del huerto. Sin duda el tiempo había pasado muy rápido.

Se paró en seco cuando una imagen enterrada en su memoria le pegó tan fuerte que se quedó sin aliento. Lo había olvidado por completo y de repente el recuerdo del último día que había visto a sus padres antes del accidente la sorprendió sin aviso. Fue el martes 6 de agosto: su mamá sentada en su tocador daba los últimos toques a su maquillaje mientras giraba instrucciones a dos miembros del personal. Mónica había entrado y se sentó en la cama, tratando de llamar su atención.

—Mamá... mamá... mamá yo quería...

Su mamá suspiró fastidiada.

—Ahora no querida. ¿Qué no ves que estoy hablando con Miguel y Rita? Sea lo que sea que necesites, ve y dícelo a tu papá.

—Pero...

—Pero nada. Anda que estoy ocupada. Habla con tu papá.

Mónica salió de la habitación hacia el despacho de su padre. Regañaba al sr. García porque le había avisado que no lograba meter todas las maletas de su esposa en la cajuela de la camioneta.

—Papá... papá... papá, yo...

—¿Qué no ves que estoy ocupado, nena? Tu mamá está llevando cinco maletas sólo para molestarme. ¿No ves que estoy hablando?

—Sí papá, pero...

—Nena, estoy atareado. Lo vemos al rato.

Mónica lo vió con frustración y rabia. Él pudo sentirlo y suspiró.

—Ya, ya. No te enojés, ni te quejes. Sabes que este viaje es importante para nosotros. Necesitamos vacaciones. Ya vendrás el siguiente año, cuando no tengas que estar bajo supervisión médica por lo de tu... accidente...

Pudo sentir como se ponía roja, aunque no estaba segura si era de vergüenza o coraje.

—No fue un accidente, fue...

—Ya, ya, ya, da igual. Te prometo que te traeremos algo. Van a grabar el eclipse para la televisión. Ahora ve con tu mamá que estoy ocupado.

Mónica corrió frustrada a refugiarse en su cuarto y se encerró. Nadie le hacía caso. Como sus papás no venían a despedirse de ella, en el último momento antes de que bajaran al estacionamiento a subirse al coche, salió. Su papá daba las últimas indicaciones al personal que lo ayudaba con el equipaje de mano.

—Mamá...

—Ay hija. ¡Qué bueno que vienes, ya me estaba olvidando de ti!

Mónica puso una cara que podría haber sido dolor o disgusto.

—Que tengan un buen viaje... —su tono de voz se escuchaba con furia contenida.

—Lo tendremos. Grecia en esta época del año es hermosa y todos los que están allá dicen que el clima es excelente. Ya nos están esperando en el yate y vamos a ir a ver el eclipse.

—Tu madre tiene razón. Todo está excelente. Ya hasta planearon ir de caza en caso de que nos aburramos.

—No hagan tonterías. No tomen demasiado. No hagan nada ilegal.

—Por Dios, Mónica. Pareces una abuela. Sabemos lo que hacemos.

Apenas y la abrazaron y le dieron un beso frío cada uno. Se subieron al elevador y partieron. Mónica pudo ver la camioneta salir rumbo al aeropuerto desde la ventana. Se quedó parada, preguntándose qué haría durante las próximas dos semanas que sus papás estuvieran de viaje.

No estaba segura de la hora, pero ya había oscurecido por completo. Regresó a su cuarto por el frío tan intenso que empezó a sentir y porque de repente el jardín parecía estar lleno de fantasmas. Estaba cansada, así que no pasó mucho tiempo para que se quedara dormida. Ni siquiera había bajado a cenar. El sueño se apoderó de ella como si hubiera tenido un día muy intenso.

Al día siguiente, después de haber realizado su rutina de costumbre, se sentó a hacer la tarea que le había dejado la dra. Baldosa. Se quedó en blanco, así que bajó a pasear por el jardín, las caballerizas y el huerto, comió y regresó a intentarlo de nuevo. Nada, no se le ocurría nada. Se paró, vio la televisión, bajó a cenar, regresó, leyó un libro mientras volteaba a ver a cada rato el cuaderno que la juzgaba desde el escritorio. Se acostó a dormir, pero no tenía sueño. Podía sentir la frustración crecer en su interior. *Deja de mirarme así con esa cara. ¿Por qué es tan difícil que se me ocurra algo? Esto es ridículo. Mañana lo volveré a intentar.* Se tapó la cara con la almohada y trató de ignorar al cuaderno que la seguía mirando con desaprobación.

En la mañana no estaba segura si se sentía frustrada, aburrida, deprimida, ansiosa o todas las anteriores juntas. El cuaderno seguía ahí. Se sentó incluso antes de bajar a desayunar o de bañarse o vestirse. *Esto no me va a ganar. Yo sé que tengo que poder.* Suspiró. Estaba segura de que el cuaderno se reía de ella mientras le pateaba el trasero. *¿Qué agradezco? Bueno, no me corrieron del rancho. ¿Qué cualidades tengo?*

Se paró del escritorio y empezó a dar vueltas por la habitación para pensar mejor. *Esto es una tortura. Mi tía me está torturando como parte de mi castigo.* Seguía con la mente en blanco. En momentos así, lo que haría sería hablar por teléfono, ir de compras o pasear por algún sitio, pero todavía no le regresaban su teléfono fijo, no tenía saldo en la tarjeta del celular y no podía ir a comprar nada, ya que seguía sin poder salir de la casa. Sentía que iba a hacer un hoyo en el piso de tantas vueltas que ya había dado y no se le ocurría nada.

Pensó otra vez en sus amigas y en lo que ellas tenían de bueno. *Es mucho más fácil pensar en lo que tienen de bueno los demás. ¿Qué dirían ellos de mí? ¿Qué diría yo si fuera ellos?*

Decidió releer las cartas que le habían escrito. Abrió la de Juliana primero.

Mónica:

Te extraño mucho y la Plaza Florentina también. Tenemos que ir de compras. Sólo quería decirte que las cosas en mi casa están mejor. Ya me levantaron el castigo y mi mamá y yo estamos bien. Mi papá sigue enojado conmigo, pero Charlot dice que va a hablar con él. Ya le dije que no se moleste, que me espero al siguiente año que quiero un coche nuevo para mi cumpleaños.

Espero pronto te levanten el castigo porque tenemos que ir a comprar lo que nos vamos a poner para la fiesta de Año Nuevo. Al parecer hasta van a traer unas bandas y toda la cosa. Seguramente ya no tienes nada que ponerte, así que prometo pronto mandarte algo que te guste si sigues sin poder salir.

TQM

Besos

Juliana

Al parecer su amiga estaba en mejores términos con Charlot, pensaba en ella y la extrañaba. Mónica también la extrañaba. *Tal vez una cualidad puede ser el buen gusto.* Lo apuntó porque ya estaba desesperada. Releyó también la carta de Carla mientras sostenía en su mano el dije que le había mandado dentro. Eran dos muñequitos sostenidos de las manos. Cuando lo vio la primera vez, había sospechado acerca del motivo del regalo.

Querida Mónica:

Espero te encuentres bien. Seguro vas mejor. Yo estoy bien, pero te extraño. Acá entre nos, Juan Carlos no ha dejado de hablar sobre ti. Me dan ganas de ponerle un bozal, porque ya no lo aguantamos.

Te preguntarás por mi regalo que es muy probable que tengas en tus manos. Es una historia que sucedió el lunes. Juan Carlos lo llevó a la casa de Rodrigo y nos lo mostró a todos. Después cuando se fue, me lo encontré tirado abajo de la cama. Lo tomé para devolvérselo, pero al parecer le dijo a Rodrigo que lo había perdido y que iba a comprar algo mejor. Así que en lugar de dárselo, decidí mandártelo yo con una cadena, porque estoy segura de que de todas formas te va a gustar el regalo que él pensó para ti. Espero que te guste.

También he estado viendo a la dra. Baldosa para hablar de todo lo que ha pasado y aunque no es fácil, lo estoy intentando.

Prométeme que nos veremos muy pronto. Te extraño mucho y me atrevo a decir que Juan Carlos también. Creo que todos sabemos por qué. Aquí te estaremos esperando.

Te paso el teléfono de mi casa: 33 33 33

TQM

Carla

Mónica se puso el dije y lo ocultó debajo de su ropa. No quería que nadie la viera y le pidiera explicaciones. Antes, necesitaba aclarar las cosas y para eso necesitaba salir de la casa.

Rufina entró esa tarde cargando su maleta.

—¡Cómo pesa esto! La siguiente vez que quieras escapar de casa, empaca más ligero.

—¡Mi maleta! ¿Quién la trajo?

—No sé. Alguno de tus amigos.

—Gracias. Creo que lo mejor será vaciarla.

Se levantó, tomó la maleta y la llevó hacia el closet. Estaba feliz por tener sus cosas de nuevo. Tal como esperaba, estaba intacta, pero no se quedó a examinarla más porque sentía su mirada en ella.

Después de comer, Rufina volvió a entrar a su cuarto acompañada de alguien que no estaba a la vista, pero no pudo evitar asomarse al escuchar una voz desconocida de un hombre joven que definitivamente no era David el chofer. Creyó estar soñando. Era demasiado bueno como para ser verdad. Era el señor que venía a instalarle de nuevo su teléfono y le regresaba su computadora.

Le pasó por la cabeza agradecerle a su tía por esto; sin embargo, no lo hizo. Iba en contra de lo que deseaba transmitirle y no quería que se fuera a arrepentir y le quitara todo de nuevo. Decidió que era mejor esperar. Fue su tía quien la visitó. Aunque ya tenía las cosas instaladas, no se había atrevido a usarlas por precaución, pero en realidad sabía que era miedo.

—Después de pensarlo, decidí que voy a permitir que salgas de nuevo y puedas disfrutar de lo que te queda de tus vacaciones, como al principio.

Mónica quería pellizcarse a sí misma para constatar que no estaba soñando.

—¿Cómo? ¿Me va a levantar el castigo?

Su tía le sonrió con lo que casi parecía ser ternura.

—Te estoy dando la oportunidad que nunca tuve, pero no me lo agradezcas...

—No pensaba hacerlo.

Su tía soltó una pequeña carcajada.

—Es bueno saberlo aunque de todas formas no lo esperaba. Recuerda que los privilegios te los puedo volver a quitar si así lo decido, en caso que vuelvas a comportarte sin medir las consecuencias de lo que haces.

Mónica suspiró con resignación.

—Sí, ya sé.

Su tía la miró a los ojos y a pesar de que tenía el rostro serio, no fue necesario decir nada, porque podía ver la sonrisa en su mirada. De forma silenciosa, ambas se pidieron disculpas por las cosas que habían hecho y dicho ya que eran demasiado orgullosas como para decirlo.

Al día siguiente salió por primera vez después de lo que le había parecido una eternidad. Faltaba un día para la fiesta de Año Nuevo. Era obvio que eran vacaciones y que ya había pasado Navidad. Se sentía extraña caminando en la Plaza Florentina como hacía mucho tiempo no lo hacía. Necesitaba renovar su guardarropa ya que tenía varias semanas sin haber ido de compras.

El pobre de David la acompañaba cargando las bolsas, sacándola de los tumultos de las compras de último momento para Año Nuevo y guiándola por donde había menos gente. Todavía había varias cosas de Navidad en venta y música de la temporada en las tiendas y veía a la gente comprando esos artículos sin entender por qué alguien estaría comprando un reno de

plástico el treinta de diciembre. *¿Qué pensarán las personas que sienten la urgencia de seguir comprando arreglos navideños a estas alturas del año?* No se daba cuenta de la ironía, ella misma acababa de comprar unos calcetines de reno.

Decidió que quería un café antes de irse. Entró a la misma cafetería a la que había ido con Juliana meses atrás, aunque parecía que había sido hace años, ya que todo se veía tan lejano. Cerró los ojos por un momento y recordó ese día. Sonrió. No le había avisado a ninguna de sus amigas que ya le habían levantado el castigo, quería estar sola y disfrutar de sus compras sin interrupciones, pero sabía que lo que sentía era miedo de que ya no la quisieran, que hubieran cambiado de opinión y su actitud ahora fuera distinta a la última vez. Suspiró. Sabía que les iba a hablar, pero en esa mañana había temido enfrentar las cosas y requería recuperar el valor. Sólo necesitaba tiempo. ¿Cuánto? No estaba segura. Se concentró en tomarse el café y sentir que con cada sorbo recuperaba un poco más la confianza.

El pobre de David apenas y podía caminar con tantas bolsas, Mónica había entrado prácticamente a todas las tiendas y había salido con algo más que él tenía que cargar. Ya había recorrido suficientes y se apiadó de él que hacía malabares para sostener todo sin caerse.

—Está bien, David. Vámonos a casa.

No le veía la cara, pero captó su alivio.

—Gracias, señorita.

Comenzaron a bajar las escaleras eléctricas cuando le pareció escuchar los gritos de alguien llamándola, pero no distinguía a nadie. Al llegar al piso de abajo, caminaron hacia la salida donde estaba el estacionamiento.

—¡Mónica! —volteó porque escuchó su nombre, pero no encontraba la fuente de la voz. No quería quedarse con la duda, aunque no estaba segura si realmente había escuchado bien. Una mano le tocó el hombro. Era una mano delicada —¡Mónica!

—¡Juliana!

Se abrazaron fuertemente como si llevaran meses sin reunirse. Mónica estaba muy feliz de encontrarse a su amiga después de lo que parecía una eternidad.

—¿Qué haces aquí?

—¿No te alegra verme?

—¡Claro que sí! Sólo que... ¿Te escapaste o qué onda?

—¡No!

—¿Entonces? —Juliana frunció el ceño por la confusión que pasaba por su mente —¿Qué hiciste?

—Mi tía me dejó salir.

—¿En serio? ¿Después de lo que hicimos? ¿Se volvió loca? —Juliana puso una cara de espanto que hizo reír a Mónica.

—Es una larga historia. Estaba por irme y David tiene que ir a dejar las bolsas.

—¡Pues cuéntamela! ¿No lo puedes mandar solo? No se va a perder. Puedes esperar tantito antes de irte —Juliana la comenzó a jalar del brazo hacia el interior de la plaza, en dirección del lugar del que no tenía mucho que acababa de salir.

—¡David, nos vemos aquí en la cafetería, enfrente de la fuente!

Ya no logró dar más instrucciones porque Juliana con su paso decidido no se lo permitió.

—Muy bien. Comienza. Soy toda oídos.

Mónica le contó todo. Juliana no podía creerlo. Doña Lucrecia era una leyenda en el pueblo y todo el mundo le tenía mucho respeto incluso miedo. No se imaginaba cómo había sido cuando era joven. Mónica aprovechó para preguntar por cada uno de sus amigos y finalmente por Juan Carlos.

—Todos están bien. No puedo esperar a decirle a todo el mundo que ya eres libre de nuevo.

—Yo también. Ya me urge verlos... a todos.

Juliana se rió.

—Sí, y estoy segura que a TODOS ya le urge verte también.

Mónica sonrió y se puso roja.

—Tengo que hablar con él.

—Ya sé —no fue necesario explicar a quién se refería. Juliana siguió hablando sobre cómo le había ido a ella en su castigo y la situación con sus papás cuando volteó a ver el reloj que traía en la muñeca y se espantó.

—¡Oh no! Tengo que irme. Le prometí a mi mamá que la ayudaría a comprar las cosas para la fiesta de Año Nuevo que está organizando —Juliana puso cara de sufrimiento al ver a Mónica—. Pero no me quiero ir. No te veía desde hace años...

—Ve. Nos vamos a reunir de nuevo y vamos a ir a la fiesta del pueblo y de todas formas creo que todavía tengo cosas que comprar, no me convence el vestido que conseguí hace rato.

—Bueno, trata de que no te vuelvan a encerrar. Todavía tenemos mucho de qué hablar, así que nos juntamos mañana

—Te lo prometo... vete.

Juliana se levantó inquieta, con rapidez y lentitud a la vez. Era obvio que le dolía irse, pero sabía que debía hacerlo. Mónica se quedó sentada en la cafetería hasta que la vio desaparecer y hasta entonces se dio cuenta que se había relajado, el miedo que sentía había desaparecido. Quiso pagar la cuenta, pero Juliana ya lo había hecho. Caminó sin prisa hacia la fuente donde David la esperaba pacientemente. Empezaba a gozar de su libertad y no quería volver a casa, así que decidió hacer una parada antes.

Le pidió a David que la llevara al súper para ver a Mariana, Rodrigo y la dra. Baldosa. Tal vez era una locura momentánea, pero quería hablar con ellos antes de ir a disculparse con Lorena y Carla. Estaba segura de que estarían ahí. Las personas estaban haciendo compras para la cena de fin de año y tendrían que atenderlas.

Al entrar, se sintió como que no había estado ahí en años. Recorrió la sección de frutas y verduras buscando a sus amigos, pero al no ver a ninguno, comenzó a caminar por los pasillos cada vez más rápido, esquivando a las personas que estaban ocupadas comprando los ingredientes de su cena. En las uvas se estaban sacando los ojos. David la esperaba en las cajas, exhausto de su excursión a la plaza. Mónica tropezó con alguien y cayeron al piso.

—¿Estás idiota o qué te pasa? ¿Por qué andas corriendo por el pasillo? —era Rodrigo que no la había reconocido y ayudaba a Carla a ponerse de pie.

—¡Hola, chicos!

—¿Mónica? ¡Por Dios! —Carla se le aventó a los brazos aún estando las dos en el piso—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo? ¿Estás bien? —la abrazó tan fuerte que sentía cómo se quedaba sin aire.

—Sí... bien... es una... larga... historia... No puedo respirar...

Carla la soltó y la examinó mientras Rodrigo las ayudaba ahora a ambas a ponerse de pie.

—No entiendo. ¿Te escapaste otra vez?

—¡No! No, para nada.

—Tienes que contarme. ¿Qué hora es? ¿A qué hora es la película?

—Son las cinco. A las seis, pero no te preocupes. La reagendamos. Creo que no todos los días Mónica se escapa de su casa con éxito.

—No me escapé, yo...

—Creo que mejor no quiero saber por si viene la policía a buscarte. Le voy a ayudar a Mariana con el inventario porque seguramente está histérica —contestó Rodrigo.

—Quisiera saludar a tu hermana y a tu mamá.

—Mejor mañana, las dos están muy ocupadas con las ventas de última hora. Mariana te arrancará la cabeza si la interrumpes. Me da gusto verte Mónica.

—Gracias, Rodrigo. A mí también.

Carla la arrastró afuera de la tienda. Mónica sólo alcanzó a hacerle gestos a David de que iba a estar en el restaurante y que ya después se iban a casa. Él suspiró, pero Mónica no estaba segura si lo hacía de hartazgo, cansancio o aburrimiento, o todas las anteriores.

—Muy bien. Ahora dime. Te estoy esperando. No he sabido nada de ti y la última vez que nos vimos, ni tiempo tuvimos de nada.

—Realmente lo siento mucho —Mónica recordó el lago, se enrojeció y tuvo que bajar la mirada porque no podía ver a Carla a la cara de la vergüenza que sentía.

Carla adivinó lo que pensaba.

—No estoy enojada contigo. En dado caso, estoy molesta con Sebas porque él me dio el brownie y conmigo misma por haberlo aceptado sin pensar en las consecuencias. Tú ni siquiera estabas ahí.

—Ya sé, pero... estábamos ahí por mí, por lo de Devora y Juan Carlos.

Carla sonrió.

—Yo tomé la decisión. Una mala decisión pero fue mía. Deja de mortificarte por ello. No estoy contenta con lo que pasó porque todavía tengo que pagar el castigo, pero, en serio, no estoy molesta contigo.

Mónica la miró a los ojos y sintió cómo se le llenaban de lágrimas. Hizo su mejor esfuerzo para no soltarse a llorar en ese momento de puro alivio y prefirió cambiar el tema a decir algo más.

—Bueno... ¿tú sabes dónde está Juan Carlos?

—Sé que se fue a Puerto Vallarta a pasar Año Nuevo con la familia de su mamá. Llegará después del primero pero no sé qué día.

—Mmmm... bueno... No importa.... ojalá se la pase bien —realmente no quería que se la pasara bien. Justo ahora que le habían levantado el castigo y era libre otra vez, a él se le ocurría irse de vacaciones.

—Ahora... ¡Cuéntame todo y cómo fue que te dejaron salir!

Mónica volvió a contar la historia que ya le había comunicado a Juliana. Pensó que de haber sabido, las habría juntado para no tener que repetir todo dos veces seguidas. Seguía teniendo la espinita de que Juan Carlos no estaba. Se sentía triste y decepcionada. Quería golpearlo. Tenía mala suerte porque ahora tendría que esperar varios días para poder hablar con él y no sabía cómo lo iba a lograr. Dejó de poner atención a la conversación de Carla y se preguntó si lo que le

estaba pasando ahora era bueno y si en lo que se había convertido su vida era lo mejor que le podía haber pasado dadas las circunstancias. Quiso dejar de pensar en ello casi de inmediato, se le hizo una idea “sacrilega” no fuera a arruinarlo con sólo pensarlo.

—¿Qué pasa, Moni? Te noto distraída.

—Perdón, pero... me pasó una idea por la cabeza. Me pregunté... si... mejor olvídale.

—¿Qué idea? Dime.

—Que siento que mi vida va demasiado bien y eso va en contra totalmente de quién soy.

Carla sonrió con tristeza.

—No creo que sea cierto. Lo entiendo.

—Yo a ti te veo bien y contenta con tu vida.

—No ha sido nada fácil ni natural.

—¿En serio?

—Después de la muerte de Jaqui, la verdad llegó un momento en el que yo también ya me quería morir porque no le veía sentido a la vida. Estaba muy deprimida.

—¿Y qué pasó?

—Decidí que ya no quería estar peleada conmigo misma ni enojada con la vida por injusta, pero la dra. Baldosa me dijo algo que se me quedó grabado.

—¿Qué?

—Que sentirme triste, perdida y enojada, se vale, y es tan normal como sentirme contenta, tranquila y bien, pero que iba a depender de mí si dejaba que esas emociones me dominaran y decidí que no iba a ser así.

—¿Cómo puedes sólo decidir algo así? ¿Cómo te levantas un día y dices ya no más?

—Pues... creo que sí me levanté un día y dije ya no más y entendí que sólo yo puedo construir la casa de mi mente. No sé cómo explicarlo, pero un día me desperté y todo tenía sentido.

—Suená fácil.

—No, no es fácil, pero creo que si lo trabajas diario, uno de estos días te vas a despertar y te vas a sentir mejor. Es hacer pequeñas cosas cada día.

Mónica la miró sin saber qué decir. Desde que recordaba se sentía así, cómo iba a ser posible que tan sólo pensando “Ya no más” eso iba a ser diferente. Se preguntaba si todo era tan fácil como lo describía Carla. Sin embargo, a pesar de todo sí era obvio que Carla era feliz o al menos parecía estar en paz con ella misma y con los demás, mucho más que Mónica. No se podía ni imaginar una vida así, era como un sueño o una fantasía, como los unicornios, pero tenía uno justo frente a ella, sonriendo mientras veía el menú y decidía si iba a pedir un postre de cajeta o uno de chocolate.

—Mi tía me hizo reunirme con la dra. Baldosa y con el padre Luis y me han dicho cosas similares a las que tú me estás diciendo, pero creo que por primera vez lo veo más claro, aunque todavía no lo entiendo.

—No sé cómo ha sido para ti, pero estoy segura de que no es fácil. Creo que se vale que te tome tiempo. Yo sigo sin estar como quisiera, pero creo que concentrarme en pequeñas acciones y hacerlas todos los días es lo que me ayuda.

—¿Qué haces todos los días?

Carla miró a su alrededor revisando si alguien las estaba escuchando y como si lo hubiera invocado, llegó el mesero.

—¿Van a ordenar algo más?

—Yo voy a querer el pastel de cajeta. ¿Tú, Moni?

Mónica pidió el primer postre que vio.

—El tiramisú.

En ese momento, Mónica estornudó. Alguien a lo lejos pedía medio aguacate para su platillo.

—Salud, amiguita. Ahorita les traigo sus platillos —respondió el mesero sin dejar de escribir en su libreta.

Carla puso una cara divertida y empezó a reírse para el total desconcierto de Mónica. El mesero se fue sin prestar más atención.

—¿Escuchaste? Te dijo: salud, medio aguacate.

—No... no lo hizo.

—Sí lo hizo. Yo lo escuché.

—No, dijo “salud, amiguita”.

—Dijo medio aguacate.

—No, dijo amiguita. Alguien más dijo algo de medio aguacate.

—Bueno, eso creo que tiene más sentido, pero me gusta más mi versión.

En ese momento Mónica empezó a carcajearse también. Le dio tal ataque de risa que le lloraban los ojos, le dolía la panza y sentía que no podía respirar, pero al mismo tiempo, no podía parar. No recordaba cuándo había sido la última vez que había reído de esa forma en su vida, puede ser que nunca. Carla reía con ella y todo el restaurante se les quedaba viendo, pero no les importó.

—No te había dicho esto, pero creo que estoy saliendo con Rodrigo —dijo de pronto seria y viéndola a los ojos.

—¿Crees? ¿No estás segura de que te gusta o de que sea algo?

Carla se puso roja.

—Sí me gusta —dijo tan bajito que costaba trabajo escucharla—. Es que no estoy segura de qué somos.

—Cuéntamelo todo. ¿Cuándo “crees” que empezaron a salir?

—Al día siguiente de lo de Devora... vino a la casa a ver cómo estaba y aunque Lorena lo amenazó con arrancarle la cabeza, no cedió y pidió verme. Mi hermana le dio chance y hasta me dejó que fuéramos a tomar un café. Desde ahí, nos hemos visto casi diario y hoy íbamos a ir al cine. Es muy lindo y me siento super contenta y muy bien con él. Creo que sí me estoy clavando.

—Realmente te gusta entonces.

Carla sonrió.

—Sí, sí me gusta y mucho. No sé qué le veo, pero me encanta.

—Te entiendo. Me alegro por ti, pero ¿por qué no estás segura de que sea algo?

—Porque no me ha pedido que sea su novia. Creo que me le voy a declarar yo.

Mónica se echó a reír.

—¿En serio?

—Considero que no se atreve, pero si yo lo hago, va a ser más fácil. Además, se me hace absurdo que sólo ellos tengan la iniciativa —Carla pareció adivinar lo que se imaginaba al verle

la cara —. Rodrigo es muy amigo de Juan Carlos. Él se va a enterar de cuando regrese de sus vacaciones. Te aviso.

Mónica se quedó pensando y llegó a la conclusión de que Carla tenía razón. Era necesario ser más asertiva con Juan Carlos. Se metió un tenedor demasiado lleno de tiramisú a la boca, pero de todas formas habló con la boca llena.

—Con eso me ayudarías mucho más de lo que te imaginas. Necesito platicar con él antes de que Devora lo convenza de algo.

—No creo que Devora vaya a ser un problema. Creo que ya entendió que no puede controlar la vida de su amigo de esa forma.

Mónica la miró con incredulidad, pero no la contradijo.

—De todas formas quiero hablar con él pronto.

—¿Quieres venir con nosotros a la fiesta de Año Nuevo? Vamos a ir todos, no serías mal tercio.

Mónica rió.

—Me encantaría. Ahora pidamos la cuenta que ya tengo que llegar a mi casa.

No tenía hambre por tanto café y el postre, pero de todas formas bajó a cenar con su tía esa noche. Comió poco de lo que le sirvieron y su tía no le hizo preguntas sobre dónde había estado todo el día.

—Mañana iremos a la iglesia. Va a haber una misa especial por el Año Nuevo y te vendrá bien conversar con el padre Luis.

—¿Y usted?

—Yo fui a hablar con él, mientras estabas castigada. Si no me crees, puedes preguntarle.

Se durmió temprano, ya que la misa era a primera hora de la mañana y eso no le causaba mucha gracia. Pensaba que nunca le iba a gustar ir a misa a esa hora tan nefasta y que nunca se acostumbraría a levantarse temprano, menos en vacaciones.

—Buenos días, niña.

Mónica respondió con una especie de gruñido, *Debería estar prohibida esta tortura*. El reloj anunciaba que faltaba media hora para que empezara la misa de las 8:00 am para cuando salió de bañarse. Se arregló tan rápido como pudo y su tía la esperaba impaciente ya subida en el coche.

A pesar de que la ceremonia duraba únicamente una hora a Mónica le parecía que eran diez y se preguntaba si algún día podría superar el aburrimiento y apreciarla como su tía. Algo imposible de lograr, pero cosas más increíbles le habían sucedido ya.

—Hola Mónica. Tenía mucho tiempo de no verte aquí en la iglesia, es bueno saber que estás de regreso. Te extrañamos en Navidad, ¿verdad, Doña Lucrecia?

—Vamos a decir que estuve ocupada.

Su tía rió.

—Ve con el padre y te espero en el auto.

En la oficina el padre Luis encendió su cigarro.

—¿Es cierto que mi tía vino a hablar con usted mientras yo estaba castigada?

—¿Mucha curiosidad?

—Sí, demasiada.

—Sí, sí vino a verme.

—¿Qué le dijo?

—Que tiene una sobrina muy chismosa —Mónica se puso roja y el padre se rió sacando humo por todos lados. Tosió un poco y carraspeó la garganta —. Sí, me contó algunas cosas que no voy a repetir, pero si te consuela, creo que has sido una buena influencia para ella.

Ahora fue Mónica la que se rió.

—Me castigaron por ser una mala influencia.

—No, te castigaron por tomar decisiones estúpidas y no medir las consecuencias de tus actos.

Mónica se quedó viendo al padre.

—¿No es lo mismo?

—No, pero lo sabes. ¿Cierto?

—Por momentos no, la verdad. A veces me siento como que soy la peor persona del mundo, pero bueno, nadie me ha acusado de asesinato así que creo que tal vez no estoy tan mal.

El padre volvió a reír.

—¿Has pensado cómo quieres vivir el nuevo año que comienza? Es un buen momento para reflexionar y empezar de nuevo muchas cosas.

—No pienso venir a misa de buena gana si a eso se refiere.

—Sería bueno profundizar tu fe, pero creo que Dios te perdonará de todas formas.

—¿No es pecado o algo así?

—Bueno, no creo que Dios viva guardando rencores. Yo me inclino más por la filosofía de que es amor y perdón.

—Suená fácil, pero no creo poder ser así. No sé si me puedo imaginar una vida en la que ya no sienta nada de rencor.

—¿Pero a poco no sería maravilloso?

—¿Usted vive libre de rencores?

—No todavía, pero rezo todos los días y trabajo conmigo mismo para soltar mis propios demonios. Es una labor diaria, pero lo vale. Uno siempre va a ser más feliz si perdona y sana.

—Usted no tuvo unos padres como los míos.

El padre sonrió con tristeza. Ella se dio cuenta que había olvidado sobre su papá.

—Yo tuve un padre golpeador y abusivo, Mónica. Así que puedo entender lo difícil que es soltar el dolor y el resentimiento contra la persona que debió de haberte protegido. No te puedo decir qué hacer, pero sí que trabajarlo vale la pena, porque la felicidad la haces tú, no las circunstancias que viviste en el pasado.

—¿Cómo lo hago? Es muy difícil.

—Las cosas que valen la pena en la vida conllevan esfuerzo, Mónica. Mi recomendación es un paso a la vez. Tu tía me dijo que has visto a la dra. Baldosa y creo que ella te puede ayudar mucho en ese sentido. No te abrumes por lo grande o lejos que se ve la posibilidad de vivir una vida feliz y plena. Eres joven y estás en muy buen camino para lograrlo.

—No lo veo.

—Empieza a trabajar y poco a poco lo verás. Un día de éstos te despertarás y te darás cuenta que ya perdonaste a tus padres por todo lo vivido.

—A veces siento que ya lo hice, pero luego me doy cuenta de que realmente no es así.

—Poco a poco. Lo importante es obtener tu paz mental. El perdón es parte de ello y si empiezas un día vas a llegar a tu destino.

—A veces quisiera ir a verlos al cementerio.

—¿Por qué no lo has hecho? —Mónica se quedó callada porque no estaba segura de la respuesta. A decir verdad, era una idea nueva. Se le había ocurrido hacía poco, pero no se había animado a decirlo antes. El padre le sonrió —Lo harás cuando estés lista. Puede ser pronto o puede tardar, no te presiones. Estás empezando a darle sentido a tu vida, eso es un trabajo duro y el aceptar tu pasado, resolverlo para ti misma, sanarlo toma tiempo. Sin embargo, sufrirás mucho más en el futuro si no lo haces —Mónica no dijo nada. La idea de estar en paz sonaba tan irreal como los unicornios. Aunque también había escuchado de Carla, su unicornio personal, que valía la pena —. Bueno, antes de que se haga tarde, me retiro porque voy a dar una misa pronto y tú tienes que irte porque tu tía te está esperando. Espero nos reunamos en el siguiente milenio. Me da gusto verte.

—Igual... creo.

El padre Luis la acompañó hasta su auto, la ayudó a subir, aprovechó para despedirse de su tía y comentarle sobre los donativos que había dado para algo que Mónica ya no escuchó por estar sumida en sus pensamientos. Sólo se dio cuenta que le decía adiós con la mano y se metía en la iglesia. Ella se mantuvo callada y pensativa. Analizaba lo que le había planteado el padre. Las palabras resonaban en su cabeza como eco. Trataba de pensar en qué tan cierto era lo que le exponía y lo analizaba junto con todo lo demás que le habían dicho tanto él, como la dra. Baldosa, Carla y hasta su tía. Ella había tratado de convencerse a sí misma que no necesitaba ir al cementerio, que ya había superado lo que había pasado con sus padres, pero ahora no estaba segura si evadirlo era la mejor decisión. Lo cierto era que tenía miedo de ir y darse cuenta que el odio y el dolor seguían ahí tanto como antes y que todo se le iba a regresar al momento de ver su cripta. Empezó a sentir una fuerte presión en el pecho y dolor de cabeza. Al llegar al rancho se acostó y se durmió por un largo rato.



El cementerio

No esperes que los eventos se den de la forma
en la que quieres, acéptalos tal como sucedan:
ése es el camino a la paz interior.

Epicteto

Cuando despertó, tenía la importante tarea de elegir qué se iba a poner para la fiesta de Año Nuevo. Por un lado, quería verse espectacular para recibir el nuevo milenio, pero por el otro lado, no quería quemar algo que luego pudiera usar para impresionar a Juan Carlos en la cita que empezaba a pensar que le iba a pedir que tuvieran si él menso no se animaba a invitarla a salir otra vez.

Cuando Rufina entró más tarde a la habitación, la horrorizó la escena de todo el closet de Mónica más la ropa que acababa de comprar esparcida por todo el cuarto.

—¡Por Dios! ¿Qué haces, niña?

—Rufina, no sé qué ponerme al rato —dijo Mónica desde el piso donde estaba sentada al borde de las lágrimas.

Rufina rió pero se controló cuando vió cómo se sentía.

—Bueno, no creo que vayas a ponerte traje de baño porque hace frío ahorita, así que ¿qué te parece si te ayudo a guardar éstos?

—Es que no soy capaz de tomar ninguna decisión. No sé qué hacer —las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas y empezó a sollozar muy bajito. Era ridículo ponerse así por no saber qué ponerse, sospechaba que había mucho más atrás, pero no se podía controlar, una vez que empezó a llorar, le fue imposible parar.

—¿Qué te parece si te preparo la tina para que te des un baño mientras guardas todo lo de calor? Ya que salgas y te hayas calmado, podrás elegir algo.

—Muchas... gracias... Eso... eso suena bien.

Seguía llorando pero más tranquila. Rufina fue a prepararle el baño mientras Mónica empezó a guardar la ropa que en su desesperación había sacado sin motivo. Ya que estaba lista la tina, se desvistió y se metió lentamente, el agua caliente consiguió relajarla, aunque la ansiedad todavía la dominaba. Intentó no pensar y disfrutar el momento. Los perfumes y aceites hacían que su piel se sintiera tan suave como la de un bebé recién nacido e imaginó estar envuelta en un capullo de espuma que le permitió pensar mejor sobre qué hacer. Mientras el agua comenzaba a enfriarse, pudo pensar en lo que se iba a poner para esa noche. Ya saliendo, ya sabía lo que quería y en bata fue a separar su ropa.

Rufina le informó al salir que el último almuerzo del año serían chilaquiles verdes. Doña Josefita preparaba la birria que serviría para todos los trabajadores del rancho el primero de enero porque se le hacía que era la mejor manera de recibir el nuevo año y a pesar de ser un día de asueto sabía que ninguno se perdería la oportunidad de compartir tan delicioso manjar.

El día parecía estar cargado de electricidad, los perros ladraban más de lo normal y todos trabajaban mucho más rápido porque todo el mundo quería irse a arreglar para la fiesta. La

mayoría estaban muy emocionados, mas Mónica no tenía la certeza de si era por el concierto que empezaba a la medianoche o por lo que significaba cambiar al año 2000, tal vez ambas cosas.

Mónica no había tocado un cuchillo para picar en su vida, pero se propuso ayudar en la cocina que se encontraba atareada con todas las comidas del día y las del siguiente. El pavo ya se asaba en el horno y todavía había mucho qué hacer. Doña Josefita parecía notar su inexperiencia, así que la puso a separar las piedras de los frijoles. En otro momento le habría parecido una tarea humillante, pero en esta ocasión la recibió de buen ánimo.

Se sentó en la mesa de la cocina de afuera con su bote y se puso a pisar los frijoles mientras los perros ladraban y peleaban por un hueso de pollo de los chilaquiles del almuerzo. Negrito salió victorioso como siempre. En ese instante, Mónica se dio cuenta de que se sentía en paz, aunque fuera por sólo un momento. Tal vez sí había esperanzas después de todo. Decidió que uno de sus propósitos del año sería aprender a cocinar aunque fuera lo básico. Nunca había pensado en la comida como en algo disfrutable, pero desde que había llegado al rancho, casi todos los platillos que había probado se sentían como un abrazo. La idea de que un ingrediente de la comida era el amor, siempre se le había hecho ridículo, pero ahora, después de subir varios kilos en los últimos meses, creía que algo de razón había en ello y quería seguir explorándolo.

Cuando oscureció y era hora de arreglarse para cenar y luego salir a la fiesta, la emoción de la expectativa casi no la dejaba respirar. Nunca se sentía emocionada durante ningún día festivo, ni siquiera su cumpleaños, pero por alguna extraña razón siempre le había gustado celebrar el Año Nuevo. Sus papás solían estar de viaje y no lo pasaban con ella, pero las pocas veces que había sucedido, iban a grandes fiestas con música, baile, uvas en copas, fuegos artificiales y hasta los tradicionales abrazos y besos a la media noche. Siempre caía muerta después... sin embargo valía la pena.

Este año sería diferente y precisamente eso la emocionaba porque por primera vez podía ver un futuro por delante aunque aún fuera nebuloso y lejano. Tenía muchos sentimientos y necesidades que no estaban resueltos, pero empezaba a sentir que de alguna forma los soltaría, no sabía cómo ni cuándo; simplemente comenzaba a tener la certeza de que lograría vivir con lo que había en su vida en ese momento y apreciarlo tanto como si ella misma lo hubiera elegido. Sólo era cuestión de tiempo. Por primera vez en mucho tiempo empezaba a sentir esperanza, ya no en una persona, como cuando tenía a su nana, sino en ella misma a pesar de que eso no lo había sentido nunca antes.

Esa noche su tía había elegido un atuendo conservador que resultaba elegante y la hacía lucir mucho más joven. Mónica por primera vez pudo apreciar que todavía se parecía mucho a la mujer del retrato sólo que su forma hosca de ser la avejentaba. Su aspecto era serio aunque ahora que se había suavizado lo suficiente podría incluso volver a tener un pretendiente o casarse. Claro que no comentó nada al respecto por miedo a que su opinión la hiciera acreedora a recibir un pedazo de pavo en la cara.

—¿Ya tienes tus propósitos para este Año Nuevo? Dime que no has cambiado de idea sobre vivir en Canadá.

—No, me quedo. Ya no quiero irme a Canadá.

—Mucho mejor. Así podemos ahorrar e invertir el dinero que queda para tu universidad. ¿Tienes idea sobre lo que te gustaría estudiar?

—No, la verdad no. Creo que apenas estoy empezando a considerar lo que me gusta.

—Está bien. Todavía tienes un par de años para reflexionarlo, así que no hay prisa, pero entre más pronto decidas, será mejor para ir planeando.

—Creo que me gustaría aprender a cocinar.

Su tía la miró un poco sorprendida, pero sonrió complacida.

—Muy bien. Doña Josefita siempre necesita ayuda en la cocina y creo que puede ser una excelente experiencia y aprenderás muchas habilidades que luego te servirán para lo que sea que decidas hacer.

Volteó a ver el reloj. Todavía había tiempo, ambas lo sabían, pero decidieron empezar a comer un poco más rápido de todas formas. A las once llegaron al palco presidencial donde las esperaba el papá de Juliana, Juliana, Charlot y muchas personas que Mónica no tenía idea de quiénes eran. El concierto comenzaría en cualquier momento.

—Recuerda que regresaremos al rancho a las dos de la mañana, así que te quiero aquí de vuelta a esa hora.

Mónica asintió y después desapareció con Juliana en la multitud hacia donde se habían quedado de ver con sus amigos.

—¿No se enojó tu mamá de que hayas venido en lugar de pasarlo con ella? —preguntó Mónica.

—Sí, claro, pero ella va a cenar después de las doce y quedé en llegar como a las dos de la mañana. Accedí porque sabe que es por el concierto, no por mi papá.

—Bueno, me alegra que estés aquí conmigo hoy.

—A mí también me da gusto.

A medida que se acercaba la medianoche la gente empezaba a emocionarse más. Encontraron a Carla y a Rodrigo bailando y a Mariana con cara de pocos amigos, claramente deseando no estar ahí. Cuando las vió corrió a abrazarlas.

—Qué bueno que llegaron. Ya no podía estar sola con ellos un minuto más. Son tan cursis que siento que voy a vomitar.

Las tres se rieron y eso llamó la atención de los otros dos, que por un momento salieron de su burbuja para saludarlas.

—Entonces, ¿sí te le declaraste? —murmuró Mónica al oído de Carla.

—Sí, porque si se lo dejaba a él, iba a tomar dos años más, mínimo. Es muy tímido.

—Me haces sentir que debo ser más asertiva.

—Sí, te le tienes que aventar a Juan Carlos.

Mónica empezó a reírse a carcajadas.

—¿Ya tienen todos sus propósitos de Año Nuevo? —gritó Carla para que todos la escucharan.

—¿Tú qué propósitos tienes Mariana? —preguntó Mónica.

—Quiero un empleo mejor pagado para poder ahorrar.

—Tu papá te paga por trabajar en la tienda, ¿cierto? —Carla sonaba confundida.

—No, por eso quiero otro.

Todos rieron.

—¿Por qué no te propones tener un novio, Pinky? A ver si eso te mejora el carácter —Carla le dio un codazo a Rodrigo.

—¿Cuál es tu propósito Rodrigo? Sobre todo porque se supone que nos vamos a quedar sin computadoras en unos treinta minutos —lo cuestionó Mónica.

—Me muero, pero no, no va a pasar. Yo quiero seguir expandiendo mi negocio de CDs gracias a la generosa contribución de Juliana.

—De nada —dijo Juliana haciendo una reverencia.

—¿Tú, Carla? —Mónica no podía parar de reír.

—Yo quiero meterme a una clase de aerobics y leer todos los tomos de la *Encarta* que me regalaron para aprender más sobre cómo evolucionaron todos los animales.

—¿Y tú, Juliana?

—Honestamente no sé, pero me gustó cómo cerró este año así que mi propósito será seguir así y tal vez decidirme sobre qué voy a estudiar.

—¿Ya no quieres ser actriz? —Mariana sonaba complacida.

—No desde que conocí a Charlot. Creo que no tengo tantas ganas de hacerlo como ella, pero todavía no sé lo qué quiero. ¿Tú, Mónica?

—Yo igual quiero seguir con ustedes chicos y aprender a cocinar.

—¿A cocinar? ¿Qué nos vas a preparar? —preguntó Rodrigo.

—Por favor, brownies no —gritó Carla.

Todos empezaron a reír otra vez.

—No Carla, definitivamente no como esos. Todavía no sé qué tipo de comida.

El presentador en el escenario anunció que era el momento de la cuenta regresiva. De la nada, Carla materializó un tupper lleno de uvas que ofreció a todos.

—Para que pidamos nuestros deseos y propósitos.

Mientras Mónica escuchaba a la banda tocar cada campanada, podía sentir cómo se quedaba sin aire, pero no era algo malo, era la emoción de un mundo de posibilidades que se abría ante ella con cada toque. Se cerraban tantas cosas tras de sí, algunas buenas y la mayoría malas, pero por primera vez podía sentir que el futuro no tenía que ser como el pasado y ya no estaba sola para enfrentarlo.

—Tres...

—Dos...

—Uno...

—¡Feliz Año Nuevo!

La música explotó, todos lloraron y se abrazaron y Mónica sintió como la euforia del momento se apoderaba de ella. Bailaron y cantaron todos juntos hasta quedarse sin voz y llegó el momento de irse. Juliana y ella tenían que regresar al palco donde la estaba esperando su tía para ir a casa. Ya era tarde y le dolían los pies por haber estado parada durante dos horas.

—¡Mónica! —esa voz le hizo sentir un escalofrío.

—Devora... qué sorpresa... ¿Qué quieres?

Tenía la impresión de que la iba a retar a un duelo, a sacar una pistola y la mataría, pero se dio cuenta que algo había cambiado en ella. No estaba segura si para bien, porque era como pedirle al cielo que de un día para el otro se volviera verde, pero al menos ya no sonreía de forma malvada como siempre y sus ojos no brillaban con el desprecio de antes.

—Decirte que ganaste, lograste lo que querías. Juan Carlos ya no es mi amigo. Espero te lo merezcas... aunque yo creo que no.

Mónica se sacó mucho de onda, no sabía qué hacer, ni qué decirle.

—Devora, es ridículo que pienses así. Juan Carlos no va a dejar de ser tu amigo y no creo que me lo tenga que merecer, además esto nunca fue una competencia.

—Era lo que querías.

—Es absurdo. Yo no tenía nada en tu contra hasta que empezaste a comportarte mal conmigo y a hablar mal a mis espaldas. En dado caso, espero que te hayas dado cuenta que no podían continuar así en esa situación que habías creado de forma indefinida. No es posible aislarlo del resto del mundo sólo porque según tú era lo mejor para sus planes. No eres la que tiene la autoridad de elegir por los demás.

Mónica estaba asustada pero no permitiría que el miedo le ganara, iba a controlar la situación. Juliana estaba parada atrás de ella esperando a ver si era necesario intervenir.

—No me importa lo que digas. Tú me odiaste desde el primer momento en que me viste.

Eso no le hizo gracia a Mónica.

—No te odio, nunca lo he hecho. No te pido que yo te agrade. En dado caso la que me odia eres tú, pero no hay razón para seguirte lastimando o lastimar a Juan Carlos. Si en realidad lo estimas tanto como dices, creo que podemos llevar la fiesta en paz. Te pido perdón por lo que pasó en el lago y yo te perdono por estar hablando mal de mí a mis espaldas.

Devora sonrió débilmente.

—Juan Carlos es como mi hermano y lo quiero mucho. Hemos vivido tantas cosas juntos que creo que puedo aguantar su relación contigo.

—Todavía no somos nada.

—Es cuestión de tiempo. Alexa y yo estamos de acuerdo en que cualquiera de estos días se anima. Es muy tímido.

—En serio, Devora, te pido perdón.

—Yo también. No me caes bien, pero sé que estuvo mal lo que hice. ¿Contenta?

Antes que Mónica pudiera contestar y sin decir nada más se dio la media vuelta y se fue.

Mónica se sintió aliviada por haberse desahogado y pedir perdón porque realmente sí se avergonzaba por lo que había pasado, pero la inquietud sobre qué iba a pasar con Juan Carlos iba en aumento. Estaba contenta porque era inevitable que todo el mundo no estuviera desbordado de emoción con el inicio del año 2000, pero era obvio que todavía había mucho por hacer.

Cuando llegó a su casa, le costó mucho trabajo quedarse dormida, estaba demasiado estimulada de la fiesta, pero se acostó y se dio cuenta que ya había tomado una decisión en cuanto a ir a ver a sus padres. Ahora necesitaba el valor para hacerlo.

Al día siguiente decidió que le hablaría a Carla y le preguntaría exactamente cómo es que se le había declarado a Rodrigo para que le diera ideas sobre qué hacer con su caso.

—¿Bueno? —contestó una voz adormilada.

—Carla, soy yo, Mónica.

—Moni, ¿Cómo estás? ¿A qué hora llegaste a tu casa?

—Ya bien tarde, pero bien. ¿Tú qué tal?

—Todo bien, gracias. Muy feliz con Rodrigo. Quedó de venir hoy en la tarde.

—¡Cuéntame! ¿Cómo fue? Me interesa muchísimo. Necesito que me des ideas.

Carla rió de buena gana.

—Está bien. Fue en la ida al cine después de que nos vimos. Cuando llegamos, él me ganó a comprar los boletos. Yo le dije que no debía de haber hecho eso, porque yo tenía la intención de pagar mi boleto. Él sonrió de esa manera que me encanta y dijo que lo sentía, pero que tenía la intención de hacerlo otra vez, que yo podía comprar las palomitas si quería y eso hice. En la sala hacía mucho frío, el aire acondicionado estaba a todo. Yo temblaba de frío y él me abrazó y yo sentía que no quería que me soltara nunca. No me dijo nada. Entonces me puse a pensar que no quería seguir así sin estar segura qué éramos, así que me le acerqué y le susurré al oído que si quería andar conmigo. Él me dijo “¿Qué?” y yo lo dije más alto, pero no me entendió y volvió a decir “¿Qué?” Entonces yo me enojé y grité “¡Que si quieres andar conmigo, sordo!” Toda la sala de cine empezó a gritar, la mitad callándome y la otra mitad gritando que dijera que sí.

—¿Entonces?

—Él estaba rojo como un jitomate y parecía no poder decir nada. Creo que estaba al borde de un ataque de asma. Yo no sabía si preocuparme porque se fuera a morir ahí o porque me iba a rechazar o los dos. Como pudo susurró casi sin que se pudiera escuchar un sí. Ya no dijimos nada durante el resto de la película porque entre que no quería que nos corrieran de la sala y no estaba segura de que se hubiera recuperado, mejor nos esperamos hasta el final para volver a hablar. Me alivió mucho ver cómo se veía más recuperado. Al estar saliendo, me jaló hacia él y me detuvo contra la pared y me dio un beso.

—¡No! ¡Qué padre! ¿Y luego?

—Sonrió, me tomó de la mano y te juro que no me habría sorprendido si hubiera empezado a flotar en ese momento. En el coche de regreso a mi casa hablamos de puras tonterías, pero hace mucho que no me sentía tan feliz.

—Me da mucho gusto por ti, Carla.

—Vas a ver que las cosas con Juan Carlos también se van a dar.

—No lo sé, pero ayer hablé con Devora y le pedí perdón.

—¿Qué te dijo?

—Lo mismo que tú, que es cuestión de tiempo.

—Sé que llega hoy en la noche de su viaje. Me dijo Rodrigo. También, me dijo que mañana iría a la Plaza Florentina a buscar tu regalo. Puede ser que te lo encuentres ahí.

—Bueno, entonces iré mañana y te contaré en cuanto lo vea.

—Invítalo a salir tú si él no se anima. Funciona.

—Lo tomaré en cuenta.

Le marcó después a Juliana y le preguntó si quería ir de compras. Llegó a la plaza temprano cuando apenas estaban terminando de abrir todas las tiendas que sí trabajaron en 1 de enero. Había quedado de verse en la fuente de los delfines, pero tal y como esperaba, ella todavía no llegaba. Decidió sentarse en la orilla y observar cómo la plaza empezaba a cobrar vida poco a poco. A lo lejos veía el árbol donde había sucedido el duelo por su tía y se sentía rara de que un evento tan trágico ahora hubiera sido olvidado y la vida continuaba a su alrededor como si nunca nada hubiera sucedido ahí.

Juliana llegó corriendo unos diez minutos después.

—¡Ay perdóname! Es que no sabía qué ponerme y no encontré estacionamiento cerca. En fin, es una de esas mañanas en las que te pasa de todo.

Recorrieron el centro comercial toda la mañana, tomaron un café y salieron con bolsas llenas, pero Mónica no estaba segura si realmente estaba satisfecha. Tal vez salir y gastar sin pensar estaba perdiendo el encanto que tenía antes.

—Creo que tenemos que irnos o se nos va a hacer tarde. Yo quedé con mi mamá para ayudarle con la casa porque quedó destrozada después de la fiesta.

Mónica había quedado de ver a la dra. Baldosa para un café en el restaurante “Los Suspiros” que era el mismo lugar en el que ya se habían visto la vez anterior. David cargó sus bolsas y las subió al auto. Al verlas todas en la cajuela juntas sintió una combinación de entre culpa y arrepentimiento.

Cuando llegó al lugar la dra. Baldosa la esperaba sentada en una mesa de la esquina del restaurante, en la parte más alejada del resto, observando el menú pero sin haber pedido nada todavía.

—Hola. ¿Llevaba mucho aquí?

—Hola, Mónica. No, unos diez minutos. Gracias por aceptar vernos aquí, porque al ser el primer día del año es una locura y no me puedo alejar tanto por mucho tiempo como para vernos en tu casa. ¿Por qué te urgía tanto vernos? Cuéntame.

—Este... ¿Y Mariana?

—Mariana se está haciendo cargo de la tienda hoy y creo que hace hasta un mejor trabajo que yo. Siempre le digo eso.

Una mamá que le hacía cumplidos a su hija y que además le decía que era mejor que ella en algo era una idea inconcebible para Mónica.

—¿En serio?

La dra. Baldosa se rió.

—Sí, claro.

—¿Qué va a pedir?

—Yo creo que voy a pedir el pastel de chocolate.

—¿Hay problema si pido un platillo? Es que no comí hace rato porque fui de compras. ¿Qué me recomienda?

—La especialidad de la casa es la paella. Pídela. Si la porción termina siendo demasiado para ti, yo te ayudo. ¿Qué opinas?

—Me parece bien.

El mesero tomó la orden. Mónica se preguntó si era el mismo que la había atendido la vez pasada. No estaba segura.

—Una paella con un plato extra para compartir y un pastel de chocolate.

Después de que el mesero se fue, la dra. Baldosa comenzó a hablar.

—Bueno, entonces cuéntame. Tu tía me dijo que fuiste a ver al padre Luis.

—Sí, fuimos a misa, la última del año. Gracias a Dios.

La dra. Baldosa rió.

—¿No te gusta ver al padre?

Mónica pensó por un momento. Nadie le había hecho esa pregunta y no sabía si ella misma se había puesto a pensar en ello.

—Creo que sí, pero no las misas.

—¿Las misas que él da o en general?

—Yo creo que en general.

—Bueno, le dará gusto saber que no es personal.

—Hay algo que no entiendo.

—Dime.

—Cuando estuve en el hospital, me hicieron tomar terapia. Esto es básicamente una terapia.

¿Por qué no tiene un consultorio?

La dra. Baldosa soltó una risa nerviosa.

—Debería, ¿no es verdad?

—Sí.

—Tú no eres la única que necesita recolocar su proyecto de vida, Mónica. Yo ya había renunciado a la idea de hacer mi propia carrera y me había dedicado a mi marido, mis hijos y la tienda. No es que no fuera feliz, pero creo que ésta es mi verdadera vocación. Ayudar a los demás. No hace mucho que lo retomé y creo que apenas le estoy empezando a dar forma. Tendrá que ser mi propósito de Año Nuevo. ¿Cuál es el tuyo?

—No sé... debería de tener una gran meta para el año 2000 pero la verdad creo que sólo se me ocurre el estar bien conmigo misma. No sé qué es eso. Nunca lo he tenido.

—Es una excelente meta, Mónica.

—Es una cursilería. Es ridículo.

—No, claro que no. Nunca. Es muy valiente. No cualquiera toma esa decisión. Aquí el chiste es ¿cómo lo vas a lograr?

—No tengo idea. Tal vez cuando sea adulta lo sepa.

—Creo que debo decirte que la mayoría de los adultos no tiene mejor idea que tú sobre lo que quieren o cómo lograrlo.

—Eso suena deprimente.

—Según Einstein, hay dos formas de ver la vida: creyendo que los milagros no existen o que todo es un milagro. El saber que siempre puedes cambiar el rumbo de tu vida, sin importar la edad o el momento en el que te encuentres, creo que es un milagro.

Mónica no estaba convencida.

—¿Entonces de qué sirve crecer si no vas a tener todo resuelto? ¿Qué van a pensar los demás a tu alrededor?

—Lo que piensen los demás no debería conflictuarte si tú actúas con convicción, con claridad, conforme a valores definidos. ¿Qué crees que es más importante o mejor: actuar conforme a lo que los demás crean que debes hacer o conforme a tu propia claridad?

—¿Cómo puedes saber si estás actuando bien entonces?

—Hay muchos valores que son universales, en lo personal creo que la sabiduría, la justicia, la moderación y la valentía son mi brújula personal. Los diez mandamientos no están de más tampoco. Si sigues esto, no importa lo que opinen los demás, puedes estar segura de que estás en el camino correcto.

—Estoy enojada todavía con mis papás. ¿Cómo puedo hacer lo correcto en cuanto a eso? ¿Cómo puedo hacer algo al respecto si ya no están?

—Si trabajas en ello, un día estarás bien con lo que hay, con lo que fue, porque sí se puede construir algo con lo que estés bien, aún si ya no hay nadie del otro lado, pero tomará tiempo y

disciplina.

Llegó el mesero con la comida. Mónica se quedó con el plato original y sirvió una parte de la paella en el plato pequeño. Empezaron a comer en silencio.

—No entiendo de qué me sirve la disciplina. Lo que yo quiero es sentirme bien. No veo cómo una cosa tiene que ver con la otra.

—Tiene todo que ver. Creo que es la base de todo para que puedas lograr lo que quieras en tu vida. Si consigues tener disciplina, logras lo que sea.

Mónica se quedó pensando unos minutos, en lo que se acababa su paella.

—Eso suena como demasiado trabajo.

El mesero llegó con el pastel.

—Su pastel de triple chocolate, señorita. ¿Algo de postre para usted?

Mónica se limitó a pedir un flan de la casa, que según la dra. Baldosa era una receta muy antigua, de la abuela de la dueña y que también era excelente.

—Piensa en esto, Mónica: El tiempo va a pasar sin importar lo que hagas, entonces ¿cómo prefieres vivir cada día? ¿Con la satisfacción de que tus acciones te reafirman y te ayudan a estar bien contigo misma o sintiéndote infeliz porque siempre dependes de las acciones y de los criterios de los demás?

—No, pues lo primero suena mucho mejor, pero ¿qué tiene que ver la disciplina con esto?

Llegó su flan y comenzó a comerlo rápidamente. Estaba tan bueno como le habían dicho, se sentía cremoso y se deshacía en su boca con cada mordida.

—Muchas personas creen que para mejorar deben tener motivación y no es así. La vida es difícil y depender de sentirte motivada para cambiar, no es suficiente. El ahora siempre va a ser demasiado tentador, pero la disciplina es lo que te va a permitir mejorar sin importar cómo te sientas en ese momento. La acción siempre va a traer la motivación, el secreto está en crear la disciplina a través de hábitos.

Mónica se le quedó viendo. Una parte de ella lo entendía, otra parte no lo veía.

—Creo que sí entiendo, pero no sé cómo hacerlo.

La dra. Baldosa volteó a ver su reloj.

—Ya son las cinco y media y nos tenemos que ir. Es probable que mis hijos y mi marido necesiten ayuda, pero la siguiente semana seguiremos con este tema. Mi consejo o tarea como lo quieras ver para estos días es: piensa en cómo ves tu vida en cinco años, qué estás haciendo, dónde estás viviendo, quiénes son tus amigos, qué estás pensando y sintiendo. De ahí podemos trazar una meta, porque sin un objetivo no podemos tener un rumbo hacia el cuál quieras llevar tu vida. Continúa con las cosas que agradeces y sigue pensando en tus cualidades. Poco a poco, te prometo que todo va a ir encontrando su camino. No es fácil, pero siempre vale la pena. Yo pago en esta ocasión.

—No, claro que no.

—En serio, yo lo pago. Estoy viendo de rentar un consultorio por aquí cerca y entonces si lo hacemos formal, aceptaré que me pagues cada vez que nos veamos. ¿Qué te parece?

Mónica suspiró fastidiada, pero un poco ansiosa. No sentía que fuera del todo correcto, pero aceptó la propuesta.

—Sí, está bien. ¡Usted gana! Pero sólo porque en el consultorio yo pagaré.

—Sí, me parece perfecto. Ahora hay que irnos porque hay cosas que hacer. Me dio mucho gusto reunirme contigo hoy, Mónica y te veo mucho mejor.

Puso el dinero de la cuenta sobre la mesa, se levantaron y salieron del restaurante.

Si renaciera hoy y pudiera volver a empezar, ¿qué querría? Se quedó pensando en lo que la dra. Baldosa le había dicho. Su vida había cambiado tanto en los últimos meses que le era casi irreconocible. Todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos. Un viaje que ni siquiera ella había decidido hacer cambió por completo su vida y todavía no estaba segura cómo sentirse al respecto. La partida de Lilia había sido demasiado dura, pero en ese momento no tenía idea que le esperaba algo mucho peor meses después. Creyó que Lilia la había dejado abandonada y vulnerable, pero lo cierto es que era sólo una probadita de lo que le esperaba después. Y ahora... ahora tenía que recolocar su vida y ponerse metas que nunca se había planteado. Sentía que mucho de lo que estaba viviendo le había mejorado la vida, pero no sabía qué pensar del hecho de que una tragedia tan enorme era lo que le había traído tantas experiencias positivas. Se sentía culpable y al mismo tiempo le daba tanto coraje.

Sintió que en cualquier momento iba a despertar de un sueño en su departamento del Distrito Federal tan miserable y sola como siempre se había sentido ahí. *No, no puedo dejar que el pasado me consuma. Tengo que planear.* Decidió que el futuro a cinco años era demasiado para ella en ese momento, así que se iba a enfocar en la siguiente semana. Hoy iba a cenar con su tía y después ya vería.

Al día siguiente estaba muy ansiosa, no dejaba de ver el reloj y cuando dieron las once corrió al teléfono, pero colgó. No se atrevió a marcar a la casa de Juan Carlos y pensó que era mejor verlo en persona. Salió al centro comercial siguiendo el consejo de Carla y algo de su instinto. Tenía que hablarle y tenía la esperanza de verlo ahí.

Eran las once y media cuando entró a la Plaza Florentina corriendo. Buscó en la primera planta y nada. Buscó en la segunda planta sin éxito. Creyó verlo en una tienda, pero no era. Empezó a creer que Carla se había equivocado, se disponía a salir de la plaza mientras pensaba en qué haría para verlo antes de empezar clases mañana cuando le pareció escuchar que la llamaban, pero estaba tan absorta en sus pensamientos que no hizo caso.

—¿Monica?

Volteó, no podía creerlo.

—¿Juan Carlos?

Él corrió hacia ella y la abrazó, ambos estaban aturridos.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás bien? ¿Cómo llegaste? ¿Tu tía te dejó salir? ¿Te escapaste? ¿Cómo saliste?

—Déjame explicarte...

—Sí, sí... ven, vamos a los bancos de la fuente. Hay mucho que me tienes que contar —se sentaron y Mónica le contó su historia. Él la miraba fijamente y se movía ansioso —¿No puedo creerlo! Entonces... ¿eres libre de nuevo?

—Sí.

—Me alegro mucho.

—Yo igual.

Mónica estaba nerviosa y no sabía cómo tocar el tema de la carta. Suspiró, tomó valor y le preguntó.

—Este... en la carta que me mandaste... decías... bueno, ahí decías que... que teníamos una conversación pendiente. ¿Qué era lo que me querías decir?

Él se puso rojo.

—Bueno... es que yo... yo quería decirte que yo... —suspiró y Mónica por dentro estaba gritando. *¡Vamos! ¡Vamos! ¡Dilo maldita sea! ¡Dilo!* Pero él estaba trabado y ella sentía que iba a explotar —. Que yo... yo... que yo te... ¿Quieres agua? Yo sí. Me muero de sed.

Mónica estuvo a punto de arrojarle contra él y ahorcarlo hasta que se pusiera azul porque ya no aguantaba más.

—Si eres tan cobarde que no lo puedes decir tú, creo que lo tendré que decir yo, porque no tengo toda la vida para esperarte.

—No te vayas es que yo...

—Juan Carlos, no me voy a ir. Es que yo quisiera...

—Bueno es que yo quería decirte que...

—Quería pedirte que si tú quisieras...

—Que me encantas y que quiero que seas mi novia...

—Salir conmigo en una cita.

—¿Qué?

—¿Qué?

Ambos se miraron confundidos.

—¿Que sea tu novia?

—¿Me estás invitando a salir?

—Sí si quiero.

—¿Salir conmigo o ser mi novia?

—Sí a las dos. ¿Verdad que no era tan difícil?

—Bastante la verdad. ¿En serio sí quieres?

—Sí.

Él la abrazó con fuerza. Mónica se sentía extraña, diferente, pero era algo bueno. Pasaron el resto de la mañana paseando sin rumbo por la plaza.

—¿Sabías que Rodrigo ahora anda con Carla?

—Sí, ya sé. Pasé con ellos Año Nuevo y fue bien raro. Fue como ver a tus hermanos besarse. Guácala.

Juan Carlos se rió.

—Todavía no los veo juntos, sólo sé lo que él me dijo cuando le hablé para ver si me acompañaba hoy y me dijo que no porque iba a salir con su novia. La verdad es que no lo podía creer. ¿Tienes idea de cómo se dio?

Mónica se puso roja al recordar lo que había pasado en el lago.

—Será cosa de que ellos te cuenten.

—Sí. Ya mañana.

—Quería decirte que hablé con Devora.

—¿En serio?

—Sí, me la encontré en la fiesta de Año Nuevo.

—¿Y qué tal?

—Tan encantadora como siempre. Honestamente no entiendo cómo es tu amiga, pero le pedí perdón, porque sé que actué mal.

—¿Y qué te dijo?

—No me rechazó.

—Sé que es especial, pero en serio puede llegar a ser muy linda y muy leal. Aunque ahorita ya no sé si voy a seguir siendo su amigo.

—Por mí, no te detengas. Sí estuvo mal que te engañara tanto tiempo y se merece las consecuencias que tú decidas, pero también si llegas a tomar la decisión de perdonarla está bien.

—Yo creo que la dejaré sufrir un poco más, todavía sigo bastante enojado con ella.

—Me parece buena idea.

—No quiero que pienses que soy un rencoroso.

—No, claro que no.

—Pero fueron años los que me mintió según ella tratando de hacer lo mejor para mí y no sé cómo sentirme sobre ello en este momento. Eso más el hecho de que mi papá me está buscando otra vez.

—¿En serio?

—Sí, pero aún no me siento listo para hablar con él tampoco. ¿Qué opinas?

—No sé cómo lidiar con esto cuando tu papá todavía está vivo. Yo estoy tratando de sanar las cosas cuando ya no están aquí. ¿Por qué no hablas con la dra. Baldosa sobre esto? Creo que a mí me está ayudando.

—¿Tú crees? Mi mamá me lo ha dicho, pero no sé.

—Inténtalo y después decides.

Acompañó a Juan Carlos a comprar un regalo que buscaba para su mamá que cumplía años al día siguiente y algo para ella. Después de un rato le avisó que se tenía que ir.

—Nos vemos... te hablo por teléfono.

Ella sonrió y asintió. No sabía cómo comportarse con él. Ya era su novio y ahora no sabía qué hacer. Él dudó en acercarse, pero al final le dio un beso en la frente y se fue. Ella se quedó parada sin saber qué sentir. Era muy feliz y eso era nuevo para ella. Era algo que tenía que proteger del mundo y al mismo tiempo quería ir a tocar las campanas de la iglesia y gritar que ahora Juan Carlos era su novio.

Llegó a su casa a las 6:00 pm de la tarde, casi casi levitando y tan contenta que iba a explotar. Quería gritar, correr... tantas cosas que no sabía qué hacer. Decidió hablarle a Carla, que era la persona que sabía que la iba a entender.

—¿Está Carla?

—Sí, ¿Mónica? Dame un momento. ¿Cómo sigue tu tía? ¿Se ha sentido mal últimamente? ¿Se está tomando la medicina?

—Mmm... creo que sí. Yo la veo bien.

—Recuérdale que se la tiene que tomar. De todas formas, mañana la voy a ir a revisar. Te paso a Carla.

—Hola —saludó Carla—. ¿Cómo te fue con Juan Carlos?

—Muy bien. Ya somos novios.

Se oyó un chillido del otro lado de la línea que casi la dejó sorda.

—¿En serio? ¡Qué padre! Cuéntamelo todo.

Le contó a Carla lo que había pasado, pero omitió lo del papá de Juan Carlos y sólo mencionó lo de Devora. No estaba segura si a él le gustaría que otras personas supieran lo de su papá.

—Ya ves. Tienes que tener iniciativa, pero tengo una duda.

—Dime.

—¿No te has besado con Juan Carlos?

—No.

—¿Por qué no?

—No lo sé. No se dio la oportunidad, supongo.

—Mmmm... —Carla no sonaba nada convencida—. ¡Ya llegó Rodrigo por mí! Te tengo que dejar. Nos marcamos luego.

Colgaron. Se quedó pensando en lo que le había dicho Carla. Era cierto. ¿Por qué no se habían besado? No se había dado la oportunidad, pero eso era absurdo. Los dos habían sido tan torpes, tan nuevos en esto, que ni siquiera lo habían intentado. Decidió hablarle a Juliana.

—¿Juliana?

—¿Sí?

—Soy yo, Mónica.

—¿Qué onda?

—Nada. ¿Y tú?

—Estaba por irme a casa de mi mamá. Justo sólo vine por unas cosas que voy a necesitar mañana.

—Perdón, no fue mi intención interrumpirte.

—No importa. En realidad, me traje aquí todas las botanas que sobraron de la fiesta, porque si no, se las come todas y no sigue la dieta del nutriólogo.

—Pero si tu mamá está muy bien. ¿O no? —Mónica nunca había convivido con la mamá de Juliana, así que sólo hablaba al tanteo.

—Ya sé, pero es que sola no sigue su dieta. Ella dice que tiende a engordar y le encanta toda la comida chatarra. Creo que ése es el problema, si está sola se sale de control.

—No suena muy sano.

—No... creo que no. Pero es difícil decirle que necesita más ayuda. ¿Qué pasó? ¿Todo bien?

—Quería decirte que ya tengo novio.

Escuchó el mismo chillido que cuando habló con Carla.

—¡Qué! Si no es Juan Carlos, te mato.

—¡Sí! —Mónica se rió—. Claro que es él.

Juliana comenzó a gritar.

—¡Por fin! ¿Por fin! Es que si no, ya lo iba a aventar del bungee sin cuerda.

—Ya es oficial.

—Bueno, quiero todos los detalles, ahorita. Mi mamá puede esperar.

Trató de darle la versión resumida porque sabía que Juliana se tenía que ir, pero a pesar de la prisa, Juliana no colgó hasta no quedar satisfecha con toda la información.

—Bueno, nos vemos en la escuela mañana.

—Sí. Hasta mañana.

Esa noche casi no pudo dormir, aún tenía mucho adentro que no la dejaba en paz. Todavía no se la creía, no se hacía a la idea. También entre las cosas que pensó, se dio cuenta que ya había juntado el suficiente valor como para pedirle a su tía que la llevara a donde quería ir.

En el receso cuando se sentó con Juan Carlos, él le dijo —¿Qué te parece si el viernes salimos a cenar?

—Vayamos a cenar el jueves o a comer. Hay algo que tengo que hacer fuera este fin de semana.

—¿A dónde te vas?

—Voy a ir con mi tía a un lugar al que no creí que iba a volver, pero creo que ya es tiempo.

—¿A dónde? ¿A Disney?

—No, pero te contaré el domingo que regrese. Por ahora quiero que sea sorpresa, pero no es nada malo.

—No creo que sea malo que tengas planes con tu tía, pero ¿por qué lo quieres mantener secreto?

—La verdad es que es algo que no estoy lista para hablarlo porque capaz que si lo pienso mucho, me arrepiento. Sé que no suena nada lógico, pero es la verdad. ¿No te enojas?

—No, claro que no. Vayamos a comer el jueves entonces. ¿Te parece bien si vamos a Los Suspiros?

—Sí, me parece excelente. Ya fui ahí un par de veces y se come muy bien.

—Entonces salimos el jueves y nos vemos de todas formas el domingo cuando vuelvas y bueno, todos los días aquí en la escuela. ¿Te irías el viernes?

—No lo sé. Depende del trabajo de mi tía, pero yo te confirmo el jueves que para entonces ya debo saber si nos vamos el viernes en la tarde o el sábado temprano.

Sonó la campana. Silencio incómodo e indecisión. Mónica por un momento creyó que le iba a dar la mano o algo así, pero se acercó y le dio un beso en la frente.

—Nos vemos al rato.

El miércoles en la tarde preparó dos maletas, una para su viaje y otra para cambiarse del uniforme para comer con Juan Carlos, porque antes muerta que quedarse en la ropa de la escuela mientras tenía una cita con él. Volteó de cabeza el closet, porque no sabía qué ponerse ni para una cosa ni para otra. Las dos eran citas importantes por motivos muy diferentes y quería vestirse acorde a cada ocasión. *¿Qué se pone uno para una cita con tu pasado en un cementerio? ¿Pantalones de vestir? ¿Un vestido negro? ¿Jeans?* Tuvo que contener las ganas de aventar toda la ropa por la ventana en su frustración.

Recordó cuando el lunes por la mañana antes de irse a la escuela había ido a tocarle a su tía a su cuarto y con mucha timidez le pidió que la llevara. Su tía la había observado en silencio por un largo rato.

—¿Estás segura?

—Sí, creo que es importante para mí y pues año nuevo, vida nueva.

Ambas sonrieron débilmente.

—Si es lo que quieres, con mucho gusto te llevo. Sólo que tendrá que ser el viernes o el sábado, no puedo antes. ¿Está bien?

—Sí, no hay problema. No es como que van a irse a algún lado.

Su tía rió.

—Te confirmo más adelante si nos podemos ir el viernes o el mismo sábado.

—Está bien.

Cuando llegaron al restaurante, ya eran pasadas las 3:00, pero Mónica se metió derecho al baño para cambiarse. Se debe de haber tardado bastante, porque cuando llegó a la mesa, Juan Carlos estaba enfrascado en una discusión con el mesero sobre el triunfo de México en la Copa Confederaciones y quién había sido el jugador más valioso del torneo. Ella se sentó en silencio.

—Dime, Mónica, ¿quién es mejor?

—No me preguntes de fútbol porque no sé nada.

—¿Qué van a querer tomar? —preguntó el mesero retomando su papel.

—Yo una coca. ¿Tú, Mónica?

—Una naranjada, por favor.

—¿Todo bien? Te ves muy linda —Juan Carlos aún le hablaba con mucha timidez.

—Gracias —ella respondió igual.

El mesero trajo los menús. Decidieron pedir el pozole que era la especialidad del día, uno chico y uno grande. Mientras comían, no hablaron de nada en especial: de la escuela, los maestros, sus vacaciones o la falta de y se pusieron más serios cuando empezaron a hablar de sus propósitos de Año Nuevo.

—¿Cuáles son tus propósitos para este nuevo milenio?

Juan Carlos sonrió.

—La verdad, no estoy seguro. Creo que por un lado, poder sacar mis materias sin tener a Devora encima de mí todo el tiempo. Ya me había malacostumbrado a que ella me iba a estar haciendo que estudiara siempre.

—Sí, porque yo no lo voy a hacer.

Él soltó una carcajada.

—Con mayor razón.

—¿Algo más?

Juan Carlos se puso serio.

—Mi mamá lleva ya un par de años insistiendo que hable con mi papá y yo no he querido, pero he estado pensando si debería hacerlo este año. ¿Tú qué opinas?

—La verdad, no sé. Cuando mis papás murieron yo estaba muy enojada con ellos y ahora ya no están. Nunca voy a tener otra oportunidad y lo único que puedo hacer es trabajarlo yo sola. Tú al menos tienes la posibilidad de llegar a algo con él todavía. Yo ya no.

Él se quedó pensando un rato. El pastel de chocolate que iban a compartir llegó y se quedó en medio de ambos sin tocar. Después, Juan Carlos suspiró y tomó una de las cucharas. —¿Crees que mi amigo Alejandro tenga posibilidades con Juliana? No sabe cómo acercarse a ella. La verdad da miedo. Tú la conoces mejor.

Mónica sonrió.

—Ahorita anda feliz con su soltería, así que puede que tarde un rato en querer algo, pero creo que sería mejor que primero intente conocerla, hacerse su amigo.

—Pues a ver qué tal. Yo le digo. Por cierto, ¿ya le dijiste a tu tía que tienes novio? —la idea no le había cruzado por la cabeza y muy seguro la confusión era visible en su rostro porque Juan Carlos empezó a reírse —. Cobarde...

Mónica se molestó.

—No es por cobarde. No se me había ocurrido. ¿Tú ya le dijiste a tu mamá?

—Ya, ayer. Casi le da un infarto. Primero, porque respeta mucho a tu tía, pero después me dijo que te invitara a la rosca de reyes que vamos a partir mañana. Le dije que no estaba seguro si ibas a poder porque chance salías de viaje o algo así.

—Sí... no voy a poder. Nos vamos mañana al DF por la mañana. No voy a ir a la escuela.

—¿Y qué vas a hacer allá?

Ella le hizo una mueca.

—Te contaré ya que vuelva. No lo quiero salar o arrepentirme.

—Por favor —puso una carita como de perrito triste que la hizo sentir que era la cosa más adorable que había visto en su vida.

—No.

Una carita de perrito triste todavía más intensa con todo y los gemidos de un perrito herido.

—Por favor.

—No, ya no me hagas esa cara. Eres adorable, pero no.

—Está bien

Su rostro estaba tan cerca del suyo, que podía casi sentirlo. Sabía lo que quería y ella también. El corazón le saltaba desenfrenado.

—¿Todo bien con sus platillos?

El mesero desinfló el momento. Mejor, pensándolo bien no quería que la besara en la mitad del restaurante. No la primera vez. Él sonrió, suspiró profundamente y le tomó ambas manos. Luego soltó una y procedió a comerse el pastel.

—¡No te lo vayas a acabar! —reclamó Mónica.

—Si no empiezas a comer, ya no te va a tocar nada —dijo él riendo.

Cuando la fue a dejar, se estacionó justo en la puerta de entrada.

—Esta casa, realmente es intimidante.

—Es mi hogar. Tiene su encanto.

Él se le quedó viendo y ella dejó de respirar por un segundo. Él comenzó a acercarse poco a poco. Su corazón latía a mil por hora. Pero justo cuando sus labios comenzaban a tocarse, la jauría de perros que siempre acompañaba a todos los autos, comenzó a ladrar y a aullar, espantándolos. Había una figura parada en la puerta y Mónica sabía quién era, aún dándole la espalda. La cara de Juan Carlos, lo confirmó.

—¿Mi tía está parada en la puerta?

—Sí.

—¿Se ve enojada?

—Honestamente, no sé. Siempre se ve aterradora.

Mónica se rió.

—Señor Castilla, buenas tardes —saludó su tía en su tono más intimidante.

—Buenas tardes, Doña Lucrecia —había que darle crédito, trataba de sonar valiente.

—¿No fue usted el que se metió a mi casa para ayudar a mi sobrina a escapar?

—Este... yo... yo... creo que ya me tengo que ir. Te veo el domingo.

Mónica se bajó del coche y Juan Carlos arrancó como si lo fuera persiguiendo el demonio.

—¿Realmente era necesario espantarlo así?

—Si no puedo aprovechar mi reputación de vez en cuando, ¿de qué sirve tenerla?

—Es mi novio.

—Me imaginé. Así que con mayor razón.

Entraron a la casa. Mónica acompañó a su tía por su té de la tarde a la cocina y se sirvió uno igual. Era muy diferente a los té de bolsa que había tomado en su casa. Ahí secaban sus propias hierbas y su tía tenía su mezcla especial de manzanilla con hierbabuena que siempre se tomaba con una cucharada de miel de abeja.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Sí, estoy segura.

—¿Ya empacaste?

—Más o menos.

Si por empacar se entendía, ya sacó todo lo que había en su closet, lo había dejado afuera, había intentado meter la mitad en la maleta y Rufina había tenido que volver a guardar el resto otra vez.

—Salimos temprano mañana, alrededor de las siete de la mañana.

Mónica suspiró, sería la primera vez que regresaba en cuatro meses.

—Sí, estaré lista.

—Josefita nos dejará unas tortas hechas para el camino, así no tendremos que parar a desayunar y podremos ir directo al despacho del abogado. Ahora termina de empacar porque siempre se te hace tarde. Yo tengo que dejar unas cosas listas para mañana y luego terminar mi maleta.

Mientras subía las escaleras, Mónica no estaba segura si estaba tomando la decisión correcta, pero creía que era mejor equivocarse a arrepentirse de nunca haberlo hecho.

—Hola. ¿Cómo están? Me imagino que tan bien como se puede estar aquí. ¿Se acuerdan de mí o ya me olvidaron? —el silencio del lugar era penetrante. Al parecer los viernes por la tarde, no había nadie. Se oía el cantar de los pájaros y las abejas que iban de flor en flor con toda la calma de saber que nadie las iba a molestar. Presionaba tanto contra su pecho los dos ramos de flores que traía en las manos que le temblaban con los nudillos blancos. Podía sentir que se le quebraba la voz, pero siguió hablando —. Les dará gusto saber que estoy bien. Hice nuevas amigas y... hasta un novio... se llama Juan Carlos... es muy guapo... un poco distraído, pero es muy buena persona.

Se mordió el labio, porque no quería llorar. Si empezaba, no sabía si podría parar, pero la tristeza la consumía por dentro y se le agolpaba en la garganta hasta que no pudo aguantar más. Las lágrimas empezaron a fluir furiosas por sus mejillas. Colocó uno de los ramos en el pequeño florero que colgaba frente al nombre de su mamá: ADRIANA MERLO DE DE ANDA, luego hizo lo mismo con el de su papá: GUILLERMO DE ANDA SERRAT. Tocó los nombres con delicadeza y pudo sentir lo frío que se sentía el grabado. Rompió en llanto y se desbordó, sacando meses de dolor con sollozos violentos. Sintió una mano que se ponía en su hombro, apenas tocándola como para no interrumpir, pero diciendo aquí estoy. Tomó la mano en su hombro y empezó a calmarse un poco.

—Me hicieron mucho daño, pero no quiero vivir el resto de mi vida cargando este dolor.

—Lo sé. ¿Qué quieres hacer?

—Quiero perdonarlos, pero no sé cómo. El abandono todavía me duele demasiado. Aún siento tanta rabia.

—Piensa: Estás aquí, quieres perdonarlos y estás aprendiendo. Ya es suficiente.

Mónica se hincó ante la cripta, hubiera deseado que todo fuera un sueño, despertar y que estuvieran ahí, comenzar de nuevo, pero sabía que no podía ser así.

—Estaba segura de que los odiaba, no me imaginaba ninguna otra opción. Aprendí que estaba equivocada de la peor forma posible. Estaba tan aferrada al dolor que me causaron cuando despidieron a mi nana y todo lo malo que me hicieron, que nunca pude darme cuenta que sí los quería.

—Seguramente te quisieron tanto como pudieron lo que pasa es que algunas personas no saben expresarlo.

—Y ya nunca lo harán.

—No... nunca vas a escuchar de ellos un te quiero, estoy orgullosa u orgulloso de ti, eres especial o lo mejor que hay en mi vida, pero tienes más gente a tu alrededor que te lo puede decir; como yo, y tú te lo puedes repetir a ti misma.

—Eso es muy cursi.

—Sí... pero podemos ser cursis juntas y puede ser nuestro secreto.

Mónica se levantó, abrazó con fuerza a su tía y lloró en sus brazos por un largo rato.

—Sí los quiero —dijo al fin.

—Por eso duele, eso está bien. Se vale. Si te sirve el consejo de una vieja que ha perdido a muchos, suelta el dolor, déjalo fluir y quédate con el amor, que es lo que dura para siempre y nunca se va.

Mónica leyó los epitafios en letras doradas.

ADRIANA MERLO DE DE ANDA

1958-1999

AMADA ESPOSA Y MADRE

GUILLERMO DE ANDA SERRAT

1955-1999

AMADO ESPOSO Y PADRE

Le pareció que decían mucho y al mismo tiempo muy poco. Eran palabras vacías y que le causaban mucha tristeza porque hablaban de unas personas que sentía que eran desconocidas para ella. Su papá había sido un empresario respetable con conexiones por todos lados, pero al final todo se había derrumbado como una casa de naipes. Ni la prensa, ni sus socios, ni conocidos habían hecho mucho caso a lo que terminó siendo un funeral bastante miserable. Agradeció que hubiera habido poca gente ese día, pero no estaba segura si a su papá le habría gustado saber que casi nadie había estado ahí para acompañarlo. Tampoco el ejército de amigas de su mamá había estado ahí, ni ninguna de las que Mónica había considerado las propias en ese momento. Recordó lo sola que había estado ese día, pero agradecía que ya no se sentía así. Una sonrisa amarga se le dibujó en el rostro.

—¿Cree que mis papás cambiarían o si siguieran vivos?

—¿En qué sentido?

—Siempre quisieron aparentar ser la familia perfecta. ¿Cree que habrían soltado las apariencias y buscado realmente ser felices y quererme?

—No lo sé, Mónica. Mejorar ya es un proceso de cada persona y no todos están dispuestos. Es difícil saber lo que alguien que ya no está aquí haría. Creo que es preferible renunciar a esas expectativas. Es mejor que trabajes en ti, en la persona que tú quieres ser sin importar lo que ellos hayan o hubieran hecho.

—Anhelo perdonarlos y ser feliz, pero todavía no sé bien cómo.

—Si eso es lo que desees y trabajas en ello, vas a aprender. Ten paciencia.

Se quedó más rato y luego se dio la vuelta dándole la espalda a la cripta.

—Bueno, vámonos. Me dio gusto venir a verlos y quisiera volver después, pero creo que por hoy, es suficiente.

Mientras caminaban hacia el coche donde las esperaba David, su tía la rodeó con el brazo. No se atrevía a moverse, ni siquiera respirar y mucho menos a hablar. Todavía no se acostumbraba al contacto físico y la hacía sentir incómoda, pero al mismo tiempo tenía miedo de que su tía se arrepintiera y la soltara.

—¿Cómo te sientes?

—La verdad, no lo sé.

—Bueno, estoy orgullosa de que hayas decidido venir y empezar.

—Sí... supongo... pero siento que todavía tengo bastante camino que recorrer y aprender.

—No te preocupes, yo sigo aprendiendo —una leve sonrisa se dibujó en el rostro de su tía.

—Tía...—Mónica sentía miedo, pero al mismo tiempo, necesitaba preguntar—Tengo una pregunta.

—¿Dime?

Se acobardó.

—¿Podemos regresarnos mañana en lugar del domingo?

—Podemos si es lo que quieres.

Mónica respiró hondo para agarrar valor.

—Sí, pero quiero que me prometa algo. Quiero que siempre seamos una familia, la que usted nunca tuvo y la que yo no tengo.

—Claro, Mónica. Vivimos un periodo de adaptación importante para las dos. No ha sido fácil pasar de vivir sola a tener una adolescente en casa. Me disculpo si te he hecho las cosas difíciles por mi temperamento que choca con el tuyo, pero creo que ambas estamos poniendo de nuestra parte para que las cosas funcionen. ¿No crees?

—Sí, lo siento. Ha sido difícil para mí también.

—Lo haremos poco a poco.

—¿Podemos regresarnos mañana entonces?

—Sí, sólo tengo que dejar unas cosas arregladas con el abogado aprovechando que estamos aquí y nos regresamos después de comer. ¿No te importa?

—No, está bien.

—Por cierto, creo que tenemos una forma de contactar a Lilia, la que era tu nana. ¿Te interesaría hablar con ella?

—Sí claro. Me encantaría.

—Está bien. Entonces, veremos de localizarla.

Se subieron al auto, David cerró la puerta con cuidado y salieron del cementerio. Mientras iban en el tráfico camino al hotel, Mónica comenzó a pensar en Juan Carlos. Tenían varias cosas pendientes, como el beso que no le había podido dar. También, pensó en Juliana y si algún día le interesaría andar con alguien. Ella prefería estar sola en este momento, pero igual y un día de éstos decidía que ya quería volver a enamorarse. Sólo esperaba que se divirtiera y fuera feliz. Pensó en Carla y cómo a pesar de todo, era la persona más feliz que conocía y lo contenta que se veía con Rodrigo. Reflexionó sobre la relación que tenían Rodrigo, Mariana y sus papás. Justo algo así era lo que ella quería.

Mientras veía por la ventana del coche, analizó todo lo que había pasado, cómo había comenzado y cómo estaba ahora. Aún faltaba tanto por recorrer, pero sentía que ya había vivido una vida entera en tan poco tiempo. Pasó de sentirse totalmente sola y abandonada, sin nada ni nadie en el mundo, a ser querida por tanta gente, sus amigas, su tía y hasta un novio. Antes, no podía imaginar vivir una vida sin su nana y ahora le enseñaría que estaba rodeada de personas que estaban ahí para ella. Había pasado años siendo incapaz de manejar su frustración, reconocer sus errores y tirando y rompiendo todo a su alrededor, y ahora empezaba a ver una nueva forma de manejarse y de sanar. Todo en tan sólo cuatro meses. Nadie era capaz de decirle lo que iba a suceder ahora en esta nueva etapa, pero sentía que iba a aprender mucho más. Todavía había en su futuro muchas lecciones sobre las pérdidas que había vivido, cómo llevar su vida de ahora en adelante, cómo perdonar su pasado, pero sobre todo de cómo ser y continuar siendo feliz sin importar los eventos que se presenten, porque sabía que iba a encontrar la paz.



Si te gustó, no dudes en dejar una reseña
positiva en Amazon o visitar la página de recursos adicionales
donde iré publicando regalitos interesantes sobre la historia.
Muchas gracias.



Jimena Elorriaga

Gran amante de las letras, los idiomas, el café, Star Wars, la filosofía estoica, los perros, los videos de gatos y los pingüinos. Ella escribió la primera versión de esta novela cuando tenía quince años y la compartió con todo su salón de secundaria, donde fue un gran éxito. Años después de vivir dos enfermedades crónicas y pérdidas dolorosas, decidió retomar la historia de “Furia Plena” porque se reconectó con la idea de pasar de la ira y la desesperanza a la plenitud. Es una acapulqueña que vive en Ciudad de México con su esposo, sus hijas y su perrita que ama la lechuga más que la carne.



Furia plena

editado por Bonilla Artigas Editores S.A. de C.V.

Edición ePub junio 2024

Un ático misterioso lleno de secretos familiares. Mónica, de 15 años, se queda huérfana y tendrá que irse a vivir con una tía abuela a San Lucas, un pequeño pueblo en el que nunca ha estado. Mónica intentará descubrir por qué jamás le habían hablado de esa pariente. ¿Fue otra negligencia de sus papás o hay otra razón? También, se enfrentará a situaciones desafiantes con amigos y enemigos nuevos, mientras intenta salir del círculo vicioso de ira y dolor en el que se encuentra atrapada.

